



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.

Secretaría  
**General**  
archivo de bogotá

talleres de crónicas barriales

# antología









talleres de crónicas barriales

# antología





talleres de crónicas barriales

# antología

---



**ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.**

Secretaría  
**General**  
archivo de bogotá

**MEMORIAS DE LA CIUDAD  
DE BOGOTÁ**



Alcalde Mayor de Bogotá, D.C

**Luis Eduardo Garzón**

Secretario General

**Enrique Borda Villegas**

Subsecretario General

**Luis Miguel Domínguez García**

Director Archivo de Bogotá

**Germán Rodrigo Mejía Pavony**

Secretaría Distrital de Cultura  
Recreación y Deporte de Bogotá  
Bogotá Capital Mundial del Libro

**Ana Roda Fornaguera**

Banco de la República  
Subgerencia Cultural

**Ángela María Pérez Mejía**

Pontificia Universidad Javeriana  
Facultad de Comunicación y Lenguaje

**Maryluz Vallejo**

Biblioteca Luis Ángel Arango  
Banco de la República

**Yolima Arias Azcuénaga**

Autores

**Participantes Talleres  
de Crónicas Barriales**

Primer semestre 2007

Edición

**Maryluz Vallejo Mejía**

Coordinación editorial

**Bernardo Vasco**

Diagramación y armada electrónica

**Bernardo González**

Imagen del proyecto "Talleres  
de Crónicas Barriales"

La Silueta Ediciones Ltda.

**Andrés Fresneda**

**Juan Pablo Fajardo**

Fotografía de portada

y páginas interiores

**Ivonne Chávez**

Diseño de carátula

**Fabio A. López**

Unidad Imprenta Distrital

Impresión

ISBN:

© Primera edición 250 ejemplares 2007

Alcaldía Mayor de Bogotá

*Impreso en Colombia*





## Contenido

<b><i>Prólogo</i></b>	<b>9</b>
<b><i>Personajes</i></b>	<b>13</b>
◆ El credo del padre Mario	15
◆ Las tres tacitas de té	21
◆ La vida sin Angie Cepeda	29
◆ Visita al poder detrás del trono	33
◆ De oveja negra a pastor de almas	39
◆ A Estela no le gustan los 5 de julio	45
◆ Viviendo en el silencio de un disparo	49
◆ Monólogo de El Babillo	53
◆ Una modelo de Grau en el Restrepo	57
◆ El hombre que le canta a Bogotá	61
◆ Bogotá sin piernas, sin ojos, sin oídos	65
<b><i>Lugares</i></b>	<b>73</b>
◆ Memorias del agua	75
◆ San Cristóbal: haciendo ladrillos, haciendo historia	81
◆ Bogotá desde arriba	87
◆ Sesenta años a los pies de un árbol	91
◆ Navaja, pico y espuela	101
◆ Refugio en La Soledad	105
◆ El puente está quebrado. Historia de un atajo	111
◆ Edificio de Nogal	115
◆ Antonio José de Sucre: una playa universal	119
◆ La 46 Sur, más allá de una nomenclatura	127
◆ La cuadra de las casas inclinadas	135

♦ Territorio muisca	141
♦ Las guaraperías de San Fernando	145

### ***Prácticas y oficios*** **149**

♦ Rimas como ráfagas certeras	151
♦ La anatomía del cotejo	157
♦ El oro tiene alma	167
♦ Confesiones de odio ambulantes	175
♦ Santa Marta: mundanamente sagrada	179
♦ Duelo entre empacadores	187
♦ Caminante sin sombra	193
♦ Rayado de lo escondido	197
♦ Bogotá en tres ruedas	201
♦ Se apaga la Navidad en Ciudad Montes	207
♦ Las rebuscadoras de la rumba	211

### ***Memorias de sucesos*** **215**

♦ Búsqueda en el Bosque	217
♦ Bajo el concreto, bajo la luna	221
♦ Una muerte en La Uribe	225
♦ Música urbana y tormentas de plomo	231

### ***Los talleristas*** **235**



## Prólogo

---

*“Escribir con los cinco sentidos” (estar, ver, oír, compartir y pensar), como decía el maestro Kapucinski. Descubrir con otros ojos las calles que se suelen recorrer, los lugares de encuentro y los personajes que de tan conocidos ya hacen parte del paisaje cotidiano fue el intento de los jóvenes autores que publicamos en este primer volumen de los *Talleres de crónicas barriales*, una cartografía de Bogotá desde sus cuatro puntos cardinales, en 39 relatos.*

De los 120 jóvenes entre los 17 y los 23 años, que fueron seleccionados en la primera convocatoria de 2007, más de 50 concluyeron el proceso de capacitación en las técnicas básicas de la investigación y del lenguaje periodístico, y entregaron su crónica de largo, mediano, pero siempre inspirado aliento. En este libro se recogen los microcosmos que exploraron desde personalísimos y desprejuiciados puntos de vista, o desde las voces de sus personajes, casi siempre anónimos y poco trajinados en los medios de comunicación.

La mayoría de los seleccionados son estudiantes de universidades públicas de Bogotá y cursan carreras humanísticas y técnicas, pero también hay de universidades privadas y de colegios distritales, y algunos se ganan la vida en oficios varios, pero en sus ratos libres escriben novelas prometedoras. Identificar esos talentos y potenciales cronistas era también un propósito del programa. Juntar en un salón a jóvenes de tan disímil procedencia fue una interesante experiencia de movilidad social; más cuando allí, al calor de los consejos de redacción donde se arman y se desarman las historias, y se comparten lecturas, vivencias y fuentes, se formaron espontáneamente grupos para seguir trabajando en proyectos periodísticos.

Estas crónicas —agrupadas temáticamente en personajes, lugares, prácticas y oficios y memorias de sucesos— rezuman un fuerte arraigo e identidad barrial que los jóvenes expresan con orgullo (viven allí desde niños, al igual que lo hicieron sus padres). Relacionan los problemas de la vida cotidiana (servicios públicos, transporte, vías, drogas, inseguridad, entre otros), pero no se irían a vivir a otra parte. Al fin y al cabo, como apuntan algunos, quienes verdaderamente habitan el barrio son los jóvenes y los ancianos, porque la mayoría de los padres salen de madrugada a trabajar y regresan en la noche.

Paradójicamente, muchos expresaron en tonos nostálgicos la pérdida de la fisonomía de sus barrios de infancia, transformados por el paso del progreso y convertidos en “no lugares”. Un joven recorre desde el amanecer los caminos que bordean el Humedal de El Bu-

rrero, pasando por la biblioteca El Tintal, y descubre las huellas dejadas por sus habitantes, como el perro Bruno, sepultado a la sombra de un árbol. Mientras los habitantes del Modelo luchan por preservar los antiguos urapanes, aunque invadan las casas y fracturen el pavimento con sus raíces, como lo registra una joven historiadora. Ahora, con el pretexto de un asesinato que ocurrió en una panadería de La Uribe, un joven novelista narra cómo también se fue muriendo el barrio arrasado por el cemento. Y una chica cuenta cómo 15 años atrás, el cierre del antiguo puente que comunicaba su barrio San Antonio con la calle 182, perjudicó a toda la comunidad. Un atajo de la Bogotá rural que se perdió, la de los barrios que comenzaron con el loteo de grandes haciendas.

A propósito, esa línea fronteriza entre las costumbres urbanas y pueblerinas sobresale en algunas historias, como la de las guaraperías de San Fernando, con sus tradicionales juegos de turmequé, rana y cucunubá, amenizados por música *cross over* (desde rancheras y baladas hasta rap y metálica); o los habituales partidos de fútbol que sirven de solaz a los obreros en las canchas de barrio, o a los ejecutivos en las canchas cerradas de moda. También figura una tradición muy capitalina, la de la Navidad en Ciudad Montes, a punto de desaparecer por la inseguridad del sector y la indiferencia de las nuevas generaciones.

La Bogotá antigua palpita en la crónica de un habitante de San Cristóbal, que en diálogo con las abuelas que trabajaron en las primeras fábricas recobra esa memoria con leyenda urbana incluida (la del obrero que construyó en tres días con sus noches el buitrón de La Sidel, en lo que se consideró un “pacto con el diablo”). Otra joven se encuentra con los descendientes directos de los muisca en la vereda de San Bernardino, en Bosa, donde antes existió el resguardo indígena y ahora escasamente aparecen sus nombres ancestrales en los avisos de las funerarias.

En los mejores relatos se advierte el manejo de la técnica de observación, la descripción viva de espacios, escenas detalladas, control del tiempo (debidamente cronometrado), diálogos y hasta momentos de tensión. Muchos también acertaron con el uso de jergas y el registro de voces coloquiales que dan mayor veracidad a los relatos.

Por estas páginas pasan “El Patrón”, que en su patio de “máximo confort” de la Picota sigue en su ley; los reyes del volante, que ejercen su dominio en un parqueadero de buses, epicentro económico del barrio Sucre; los “midas” bogotanos, con su reino de joyerías en la calle sexta, que venden el “alma” del oro a los incautos; el enfermo de sida que abandonó su condición de oveja negra y asumió la de pastor en un templo de San Andrecito de la 38; el agente de inteligencia infiltrado en El Cartucho que recuerda su hazaña; los muchachos de Egipto que prefirieron las rimas del rap a las balas; el librero de viejo que filosofa en su rincón bohemio de La Soledad; los bicitaxistas que pedalean por la subsistencia en contravía de la ley; los invidentes y discapacitados que sobreviven en las calles de la capital, indiferentes a sus limitaciones; las rebuscadoras de la rumba con tarifas estratificadas; los vecinos y comerciantes de la calle 46 Sur que se resisten al cambio de nomenclatura y acogen la multiculturalidad capitalina.

No faltaron la loca (Estela, la que defiende a los policías de la estación de Suba), el 'ñero' que perdió a Angie Cepeda, su perra consentida; el recolector de basuras en turno de la noche que el cronista sigue como su sombra hasta descubrir que en su anodino oficio también es posible encontrar el amor; Pedro Medina, el compositor del himno de Bogotá, que a sus 90 años sigue inspirado; la indígena del Ricaurte que fue modelo de Grau durante más de 20 años; madre e hijas de un metro escaso de estatura que engrandecen el barrio Modelia; dos vendedoras ambulantes, también madre e hija, que compiten mortalmente por la clientela en la misma cuadra; los empacadores de un gran supermercado que se disputan los carros más llenos y hasta los gallos que mueren en la arremetida de sus picos para desgracia de los galleros del Alfonso López.

Sin contar las consabidas historias del conflicto armado, estos jóvenes retratan la violencia, sutil o brutal que tensiona la vida cotidiana de la gente común y silvestre. Pequeños o grandes dramas que no dan para titulares ("*la muerte de una persona ya no significa nada*", apunta uno de ellos), pero conmocionan a los seres cercanos: el chico guapo del barrio que se volvió vicioso, al que buscan desesperadamente sus familiares y amigos del Bosque; los cinco 'ñeros' que vivían bajo el puente de la carrera séptima con 39 y una noche torrencial del último diciembre murieron arrastrados por el río Arzobispo, sin que el hecho clasificara para noticia. También con intención de denuncia, una crónica describe cómo se están hundiendo las casas de un conjunto del barrio San Mateo, en Soacha, construidas hace más de 20 años sobre terreno inestable.

Historiadores de la vida cotidiana y herederos del gran cronista santafereño del siglo XIX, J.M. Cordoves Moure, estos aprendices hicieron sus "reminiscencias" de Bogotá, menos santa en este siglo XXI, pero con raras devociones, como la del templo de Santa Marta —vecino al de Salomón—y mucha fe en esos párrocos que cumplen su apostolado, como el padre Mario, del barrio Girardot, que hace rifas entre los feligreses y paseos a Villeta con los jóvenes.

Y aunque la mayoría de historias tienen como escenario barrios populares del sur de la ciudad, unas pocas visibilizan la vida en los sectores más exclusivos de Rosales y Nogales. Una caminata ecológica por el sendero de la quebrada La Vieja —con guardaespaldas, guardabosques y timbres de celular que le compiten al canto matutino de los pájaros—, o las entrañas de un flamante edificio de El Nogal reveladas en las anécdotas e infidencias del personal de servicio demuestran otras posibilidades del género urbano, realizado por el tono irreverente e irónico.

En fin, noveles cronistas de la mayoría de localidades de Bogotá, trazan el mapa de sus afectos, intereses y preocupaciones de jóvenes de mundos diferentes, pero con la misma sensibilidad y el mismo interés por escribir historias absolutamente reales. Transmilenio pasa por muchos de sus relatos como inevitable medio de encuentro, de desplazamiento y de reconfiguración urbana; pero menos predecibles son las pequeñas coincidencias de una raza canina, *French Poodle*, que termina por igualar a sus amos de distintos estratos

sociales; o dos ovejas descarriadas que se volvieron pastores cristianos; o la Primero de Mayo, avenida recurrente en las historias; o la música metálica y del rap, sonido de fondo en varias historias. Pequeñas curiosidades que insinúan otros trayectos de lectura de la ciudad y sus gentes.

Aquí está entonces el resultado de seis sesiones sabatinas, en seis bibliotecas públicas de la ciudad y bajo la orientación de seis talleristas —también jóvenes periodistas de medios impresos— durante las cuales los asistentes vivieron la dinámica de los consejos de redacción donde se arman y se desarman las historias, compartieron lecturas y escucharon a maestros de la crónica —como Heriberto Fiorillo y Óscar Bustos— en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

Los talleristas, que hicieron su escuela en la revista *Directo Bogotá* de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Universidad Javeriana, mantuvieron un diálogo casi generacional con los asistentes a los talleres. El experimento consistía en que estas voces nuevas hicieran propuestas temáticas y estilísticas frescas, que marcaran alguna diferencia con las agendas habituales de los medios. Confiamos en que el lector nos dará la razón. Posiblemente también advertirá que no todas las piezas tienen la misma calidad de escritura, que incluso algunas presentan problemas de estructura o de lenguaje, pero aún en su imperfección encierran valor, por la fuerza de la historia o el enfoque peculiar o los testimonios o los pequeños detalles que las animan. Sólo ellos, metidos en la entraña de esos barrios que se resisten a desaparecer, pueden inventariarlos con ayuda, además, de su memoria.

En algunos textos tuvimos que torcerle el cuello al cisne por los excesos poéticos, y en otros castigamos los artificios literarios, porque la ficción mata la no ficción, que es el periodismo. Pero tratamos de respetar esa voz propia que muchos hicieron sentir, sobre todo en los finales, con reflexión y crítica explícita, a la manera de escritores comprometidos. Y como la crónica es un género esponjoso y permisivo, admitimos esas licencias.

Agradecemos a las entidades que hicieron posible esta experiencia: la Rectoría y la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Universidad Javeriana, el Banco de la República con su biblioteca Luis Ángel Arango, el Archivo de Bogotá y la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte. Además, a las bibliotecas de la Biblored que prestaron sus sedes: Virgilio Barco, El Tintal, El Tunal, Usaquén y La Marichuela.

En el cierre de “Bogotá capital mundial del libro 2007”, durante la Feria Internacional del Libro de 2008, presentaremos el segundo volumen de los Talleres de Crónicas Barriales. Así completaremos esta memoria de la ciudad, primera vez mirada, escudriñada y contada por los jóvenes.

**Maryluz Vallejo Mejía**

*Coordinadora Académica  
Talleres de Crónicas Barriales  
Universidad Javeriana*

talleres de crónicas barriales talleres de crónicas barriales



**personajes**





# El credo del padre Mario



**Laura Cárdenas Villalobos\***

*laotecar@hotmail.com*

Con cantos a la virgen de Guadalupe termina la misa y comienza la rifa en la iglesia del barrio Girardot, actividad dominical que se realiza con gran entusiasmo, sin demeritar la Eucaristía. Lo que se rifa esta vez es una grabadora y la boleta vale \$2.000. Los que pueden, se echan la mano al bolsillo para comprar una y llaman a los monaguillos, quienes, correteando por toda la iglesia, están atentos a ver qué cristiano les hace señas.

Desde el altar, el padre coloca la mano derecha encima de la izquierda, en la que tiene los números del sorteo, y dice las palabras mágicas: *“Con la bendición de los polvos de María Celestina el ganador es...”*, y menciona el nombre del ganador, el cual sube a recibir la grabadora mientras todos los asistentes aplauden.

## ◆ Más que un cura

El padre Mario nació en Manizales y no aparenta tener 60 años. El sentido del humor y la energía que irradia lo hacen ver como de 50. A los ocho años quedó huérfano de madre y a los 15 su papá falleció. La devoción por la Virgen María se la inculcó la mamá, quién lo bautizó Mario debido al fervor que le profesaba a María. Entró a la Universidad Javeriana y comenzó a estudiar Filosofía en la mañana y Comunicación Social en la tarde. Cuando terminó, empezó Teología y Psicología y en diez años sacó las cuatro carreras. También terminó Artes Dramáticas y Dirección Escénica en la Universidad Nacional, porque las artes le gustan mucho. Y todos estos conocimientos los pone en práctica montando en la iglesia, con los acólitos o monaguillos, obras de teatro en Semana Santa y Navidad.

▷▷ \* Estudiante de Mercadeo, Universidad Jorge Tadeo Lozano. 23 años.  
Taller Luis Ángel Arango.

### ♦ Su llegada al barrio

En julio va a cumplir cinco años de colaboración en San Marcos. *“Los primeros dos años fueron duros, porque en el barrio la delincuencia era muy fuerte y los ladrones estaban acostumbrados a robar a cualquiera que llevara el mercado para la casa; lo vendían y conseguían para el vicio...”*. Incluso lo llegaron a amenazar. Cuando el Cardenal se enteró de esto lo llamó y le preguntó: *¿Usted tiene miedo?* Y él le respondió: *“No, yo soy un hombre de fe”*. Como buen comunicador, en una de las misas les contó a los feligreses lo que estaba pasando y les dijo: *“Si me llega a pasar algo ustedes ya saben quiénes son”*. Se rodeó de la gente y mandaron a instalar alarmas en el barrio.

### ♦ Anita Poveda y los escoltas

Anita Poveda, que tiene una tienda frente a la iglesia, cuenta que los dos primeros años el padre hizo las procesiones con escoltas. Iban a los lados dos motos de la Policía y una adelante. *“Él llegó a la parroquia con temor por las referencias que tenía del sector y un día yo me fui para la oficina de la casa cural y le dije: ‘Sí, el barrio es fuerte y tiene sus viciosos, pero tranquilo, padre, que aquí no lo van a matar. Yo pensaba que los padres no tenían miedo’”*. Se quedó callado y le quitó hierro al asunto.

El padre no sale a pie a ningún lado. Siempre anda en su camioneta verde oscura. Como es muy mariano mandó construir un nicho a la virgen. Lo ubicó en la parte de arriba de la casa parroquial y se puede apreciar desde la tienda de Anita. Los robos en los alrededores de la parroquia disminuyeron desde que instaló esta imagen hace cuatro años. Es muy estricto, muy serio, no le gustan ni los perros ni los “chinos” correteando por la Iglesia. Como dicta clases de Bioética y Antropología Filosófica en la Universidad Antonio Nariño —en la sede de la avenida Primero de Mayo—, Anita supone que *“con lo estricto que debe ser en la universidad, rajará hasta los cuadernos”*.

### ♦ Sergio, el acólito, y los ositos

Sergio es un joven de 17 años y desde los 12 acompaña al padre Mario. La gente le dice ‘el sacristán’, por el tiempo que lleva. Ha conocido Medellín, Manizales y Villeta en los paseos que el padre organiza. En diciembre de 2005, el padre castigó a todos los monaguillos quitándoles el paseo a la finca en Villeta porque se perdieron unos ositos que él tenía empacados para regalarles a los niños pobres en Navidad. Como todos callaron y no encontró al culpable, se molestó y ivaya sanción! A ninguno del grupo le quedó gustando la experiencia; estos chicos y chicas de la parroquia también tienen primitos y por eso alguno se atrevió a tomar un detalle de la parroquia para regalar, supone Sergio

### ♦ Hasta para la 'peluquiada'

Hace dos años, Sergio se atrevía a pedirle al padre plata para la 'peluquiada' cuando no tenía. Ahora le da pena, pero dice que les sigue ayudando con dinero para comprar los libros y los cuadernos, no sólo a él, sino también a los otros acólitos. Eso sí, a él hay que cumplirle: tienen que ser puntuales cuando hay reuniones, misas y catecismo. El padre les dice a estos muchachos que tienen que verse con ojos de hermanos. Hace poco despidió a Jorge, ex acólito de 15 años y a Nataly, ex catequista de 22, porque descubrió que eran novios. La relación duró ocho días. Aunque no les prohíbe que les hablen, el padre dice que a la gente que le hace mal a la parroquia (o sea, los que se retiran y hablan pestes después) no se les debe tratar.

### ♦ El paseo a Villeta

Salen un día de la primera semana de enero. El padre Mario contrata un bus y se va con sus muchachos para la finca de Villeta, a tres horas de Bogotá. A los jóvenes les encanta bañarse en la piscina y broncearse un poco; lo duro del asunto es que regresan a las 5:00 p.m. de la tarde porque tienen que venir a preparar la misa de las 7:30 p.m.. Sergio comenta que llegan cansados, quemados y, encima, tienen que estar listos para la misa. Pero toca cumplirle al padrecito.

### ♦ Entre amigos y ladrones

El padre les da libros para que lean e intercambien. Cada semana deben resumir lo que leyeron; también les hace reflexionar sobre la situación en que viven otros jóvenes del barrio Girardot para que no caigan en lo mismo. Resulta que a un amigo de Sergio se le murió la mamá y el muchacho ahora se dedica a oler pegante, consumir pepas y a robar. El joven huérfano estaba en décimo, al igual que Sergio, pero se salió y, sin embargo, cuando se habla con el amigo, le dice que más adelante quiere volver a estudiar. A este joven ya le enseñaron a robar los ladrones más expertos y se van para el norte porque allá les va bien.

Allá suelen robar Ipods, Mp3, Mp4, a veces dejan algo para ellos y otras los venden; los ladrones no se meten con él, pero tampoco lo determinan; saben que trabaja en la iglesia y que es muy juicioso; tampoco es que los conozca a todos, *"porque es muy difícil, cada día hay más"*.

### ♦ Hay que pensar en la universidad

El padre Mario anima a los acólitos para que continúen estudiando cuando salgan del colegio. A Sergio le dijo que si él estaba en la parroquia el otro año, para cuando él terminara el colegio, lo ayudará a entrar a la Universidad. *"Y así no esté en la parroquia me llaman y los ayudo, pero hay que meterle ganas"*. Y es que el padre Mario cree que a la gente no hay que meterle en la cabeza que es pobre y que no puede, sino que no es pobre y que sí puede.

## ♦ Las experiencias de México

Haber vivido 12 años en México le dejó enseñanzas al padre Mario. Hay mucha miseria, peor que en este barrio, que aunque es pobre tiene gente muy linda, trabajadora y con ganas de salir adelante, acota él. Por ser jesuita es muy disciplinado y lo que se propone lo logra. En una periferia de Ciudad de México (Cuahutemoc) construyeron con los estudiantes de la Universidad Iberoamericana (de la Compañía de Jesús) un colegio y una parroquia. Desde que se estaba formando como sacerdote, el padre Mario hacía labor social en los barrios El Consuelo, El Dorado, Buenos Aires (vecinos del Girardot, muy cerca de la montaña).

## ♦ Cloruro de magnesio para los huesos

Hace tres meses el padre viene ofreciendo a la salida de misa unas hojas con indicaciones para tomar cloruro de magnesio, que fortalece los huesos, alivia los dolores y se consigue en las droguerías Rosas. Yolanda Ramos, fiel colaboradora de la iglesia, cuenta que el esposo ya ha lo ha tomado y se le quitó el dolor que tenía en los huesos. Hasta los compañeros de trabajo del Instituto Nacional de Ciegos, al notar la mejoría, le dijeron que les comprara a ellos también. *“Voy a tener que volver a tomar ese remedio porque otra vez estoy jodido de los huesos”*, le dijo un compañero, porque le dolían y se le inflamaban las rodillas. El cloruro es una barrita blanca que se disuelve en un litro de agua hervida, se deja enfriar y se toma en copita de aguardiente una vez al día, explica Yolanda, que una vez tenía un dolor en el brazo *“y al tomarme esa agüita, que es como salada, al otro día me sentí mejor”*.

## ♦ El buen gusto por la decoración

Yolanda Ramos, la señora que lleva cuatro años colaborando, hace el desayuno cuando no viene la señora que cocina, atiende la cafetería los domingos y limpia la iglesia. Llegó ahí por el hijo, que era acólito, y ahora también se encarga de comprar las flores. Va los sábados al mercado de Paloquemao, madruga porque las flores son rapaditas, *“él no pone cualquier flor, tienen que ser gladiolos, valen \$60.000 y la gente se queja que tanto dinero que pide el padre, pero no saben que es que cuando uno va a comprar las cosas ya han subido”*.

Ella también lleva la contabilidad. *“No se recoge mucho, porque la gente a veces da y a veces no”*. Su hermana Amparo fue ayudante y recuerda que para el 13 de mayo, día de la virgen de Fátima, tenían que coronar a la virgen. El padre estuvo recogiendo dinero días antes, y un mes después de las fiestas, repetía en la misa de domingo: *“Ya fue quincena y todavía hay unos que no han dado la cuota de \$10.000, acuérdense de que todavía estoy pagando la corona de la virgen, costó \$750.000, tiene oro y piedras preciosas”*. Amparo no está muy segura de eso porque *“qué va a tener esa corona piedras preciosas y oro, usted cree que con la inseguridad... Virgen Santísima!”*.

## ♦ Regalos para todos

El padre Mario tiene sus detalles. El día de la madre dio 200; regalos, a la esposa de José Tobías (el señor más viejito que ayuda en la iglesia) le dio unos tenis nuevos, y a él un par de medias y una crema de afeitar. El padre consigue estos regalos de donaciones de gente pudiente de los barrios del norte. Hace poco una familia se fue a vivir a Miami y le regaló vajillas y ropa de cama. Estas cosas las vende o las rifa *“porque a mí no me gusta regalar nada, la gente debe aprender que las cosas se ganan”*. El día del padre también rifó unas camisas y dio regalos.

La cafetería quedaba en un salón a la entrada, a mano derecha, ahora se consiguió una carpa para que las señoras vendan las empanadas a la salida de la iglesia (cerca al atrio) y al salón le metieron ropa, que se vende a \$20.000, \$15.000 o \$10.000, dependiendo de la prenda.

*“Soy uno en todas partes, soy muy tierno y muy cariñoso, pero no me gustan las mentiras; siempre he sido un buscador de la verdad, vivimos en un mundo llevado de mentiras y sufro a menudo por eso”*. El padre Mario aprendió de un superior que *“orden en la vida para una vida en orden”* y esa filosofía la ha puesto siempre en práctica. *“Porque todo desorden genera miseria, el desorden afectivo, el desorden económico, el desorden intelectual; en cambio, si uno organiza las cosas hay tiempo para todo”*.



# Las tres tacitas de té

**Daniela Guzmán\***

*daninriver@hotmail.com*

En Semana Santa las vi por primera vez. Las dos niñas, acompañadas de la mamá, entraron en sus triciclos a toda velocidad por el pasillo principal de la iglesia del barrio Modelia, como si fueran por una autopista. Iban en busca del padre que acababa de dar misa.

Llegué al 105, timbré, y segundos después Tris, un perro *French Poodle* blanco, que se va todos los días a las 6:00 a.m. y regresa a las 8:00 a.m., en punto, comenzó a ladrar con un tono acechador y desesperante. Sus latidos se mezclaron con la voz aguda de una niña que intentaba calmarlo y que en medio de la bulla, preguntó: “¿Quién es?”. “Yo las llamé ayer en la noche y hablé con la señora Yolima”, respondí, mientras escuché un grito que aclaraba mi presencia. Se abrió una puerta blanca de aluminio y abajo se asomó la carita de una niña de unos ocho años, tímida y sonriente. Era Christelle María, un poco despeinada, de brazos muy velludos y dos lunares en su mejilla derecha. En su cuello llevaba una cadena de oro con tres dijes: una mano empuñada negra de carey —que sirve de protección— una virgen y un corazón de oro. De pronto arrancó rápidamente en su pequeño triciclo rosado y blanco, de ruedas desgastadas, adornado con una variedad de calcomanías: desde la frase “*Super Tricy*”, con dálmatas a su alrededor, hasta las pegatinas que venían en cajas de cereales de la película de Disney, *Lo que el agua se llevó*. El triciclo fue un regalo de su mamá en la Navidad de 2005, fecha que Christelle recuerda perfectamente, al igual que las dos caídas que ha tenido en él. Una fue llevando a Tris del collar; el perro comenzó a correr desesperado y la hizo caer. La otra la recuerda con picardía: “*Es que yo me quería caer, pero no tan duro, solamente una raspadita, y yo hacia así —se balancea de un lado a otro—, entonces cuando bajamos una rampa iba con mucho impulso, me caí y me hice un esguince en el brazo*”, termina con menos entusiasmo.

▷▷ \* Estudiante de Comunicación de El Politécnico.  
Taller de la biblioteca Virgilio Barco

Luego manejó hacia la habitación de su mamá, Yolima, de 1.10 metros de estatura y 43 años. Residente del barrio Modelia desde hace 14. Yolima y sus hijas sufren de osteogénesis imperfecta, llamada “enfermedad del vidrio o del cristal”, por la fragilidad de los huesos, que se fracturan con facilidad. Esta enfermedad, que impide el crecimiento normal y provoca malformaciones, la heredaron Christelle María, de 92 centímetros de estatura, con cinco fracturas en su cuerpo y Laurelin Terese, de 15 años, con 1.05 metros de estatura, osteoporosis y veinte fracturas en total. Yolima, por su parte, ha tenido 10 fracturas y 8 cirugías. Ella es la única de su familia con la enfermedad. La osteogénesis podrá ser heredada únicamente por las hijas de Christelle y Laurelin porque sólo las mujeres son portadores del gen de la enfermedad.

El silencio que se escucha en el apartamento es interrumpido por el volumen alto de un televisor que se encuentra en el cuarto de Rosa Elvira, la mamá de Yolima, de 83 años, que sufre de diabetes y ya perdió la visión de un ojo. Este cuarto resulta misterioso y casi impenetrable, aunque entré una vez. La abuela permanece acostada la mayor parte del tiempo, y se arropa con una cobija rosada que contrasta con el fucsia de las uñas de sus manos morenas. Su cama es una camilla de hospital, con barandas de aluminio y un colchón especial. Era de Carmen, la tía de Yolima, que murió de 97 años, en junio del año pasado, en el ‘cuarto del terror’, como lo llama Laurelin. Pero este cuarto no sólo oculta la muerte de la tía, sino la de Rosita, una empleada del servicio que guardaba allí su ropa y murió atropellada por un carro en un paseo a Chinauta. Sobre las paredes, rosadas y con olor a chicle, hay corazones desfigurados en forma de mosaico y besos azules escarchados de donde cuelga una foto en relieve del sonriente Papa Juan Pablo II. Sobre la cama hay varios muñecos puestos en fila, cada uno con su nombre, curiosamente, masculinos en su mayoría: Hernando, Richard, Felipe, Ramón, Kike, Andrés, Juliana y Ana María, la muñeca preferida de Christelle. Entre todos los juguetes, elige una flauta y afirma que sabe tocar ‘El himno de la alegría’, ‘La piña colada’ y ‘Los pollitos’. Los toca uno a uno, aunque reconoce que Do es la nota más difícil de sacar porque tiene que tapar todos los huecos de la flauta.

El comedor es imitación de mármol. A su lado, un mueble de ventanas transparentes guarda un juego de tacitas de té francesas de color blanco con rosas pintadas. En una mesa hay un pequeño altar con varias imágenes religiosas, un ángel semidesnudo tocando violín, un retrato de Santa Teresita de Jesús con esta inscripción en francés: *“Jesús aime les coeurs joyeux”* (Jesús ama los corazones alegres) y una Biblia abierta en los salmos, de forro negro percutido, que heredó Yolima de su tía Carmen. Este altar es vigilado desde la repisa inferior por la estrella de Hollywood, Charlize Theron, portada de la revista *Plan B* de febrero de 2006. El corazón de Jesús desteñido por el sol preside la sala con muebles de cuero café. Sobre una mesita hay una orquídea lila que florece cada año y perfuma el apartamento. El cuarto de Yolima tiene una cama sencilla que comparte con sus hijas: en la cabecera se acomoda ella con Laurelin y en la mitad, pero del lado opuesto, Christelle, que en las noches se convierte en boxeadora profesional, por la cantidad de puños y patadas que les da dormida.



En medio del saludo entró con un poco de timidez Laurelin Terese, apoyada en un caminador. Su pelo castaño oscuro es ondulado, y sus ojos grandes, de pestañas largas y cejas entrejuntas pobladas, reflejan su agudeza mental y su estado de ánimo. Laurelin ha tenido dos novios. El primero fue cuando estaba en cuarto de primaria, se llamaba Gustavo. Ella tiene una carta que él le hizo a computador, con una promesa de matrimonio y con una invitación para vivir en Miami. Gustavo la invitaba frecuentemente almorzar a su casa; duraron un año y medio. El otro noviazgo fue con Santiago, en sexto de bachillerato. Él le regaló una moña azul, que todavía conserva. Sólo duraron una semana porque el día del examen de inglés, él escribió como respuesta: *"Laurelin is my girlfriend"* (Laurelin es mi novia). Cuando la profesora les preguntó que si era verdad, ella lo negó todo por miedo a tener problemas en el colegio, en cambio, Santiago dijo que sí. Este fue el motivo para terminar. Aunque él se fue del colegio la llama frecuentemente por teléfono.

Encima del televisor, en un portarretrato pequeño, está Yolima sentada al lado del doctor Acuña, experto en genética, que atendió durante un tiempo a Laurelin y Christelle en el Hospital Materno Infantil. Yolima me ofreció asiento en la cama. Ella es morena, de pelo liso, nariz redonda y ojos saltones. Lleva unos zapatos vinotinto de charol con hebilla de abotonar al lado y mini tacón negro, como los de Mafalda, la caricatura del argentino Quino. Su vestido fucsia, largo hasta la mitad de la pantorrilla, deja ver las medias negras de lana con margaritas. Al sentarme veo que en las paredes amarillo pollito y azul cielo hay un par de fotografías en marcos dorados. En una de las fotos la protagonista es Laurelin, en su primer cumpleaños. Con un vestido rosado, zapatos blancos y un mini sombrero color curuba. La otra foto está colmada de risas y armonía. Sobre una cama están sentados papá e hijas: al lado derecho Laurelin, de once años, al lado izquierdo Christelle, de cinco, y en el medio su papá, Hernando Alvarado.

### ♦ **Hernando, el hombre de la foto**

Yolima se enamoró a los 25 años de Hernando; ocho años menor que ella. Hernando es blanco, de ojos claros, 1.80 metros de estatura y originario de Duitama, Boyacá. Según Yolima, su amor fue a primera vista pero tuvieron que ocultarlo durante mucho tiempo. Todo comenzó en el barrio La Estancia, al sur de Bogotá. En el recorrido de Yolima para ir al colegio, Hernando trabajaba en una construcción. En tono alegre y burlón Yolima dice: *"Yo detestaba a los obreros, me parecían de lo más ordinario, pero uno no debe decir nada; toco madera"*. Pero el sifón del patio trasero de la casa de Yolima se tapó y Hernando llegó a arreglarlo. Ella tuvo que bajar a cuidar a Violeta, una perra pastor alemán que mordía a cualquier desconocido, y ese día Hernando sólo logró sacarle unas pocas palabras cortantes y hasta groseras. Desde entonces él comenzó a pasar a diario, después de las 5:00 p.m., cuando terminaba de trabajar, recién bañado y perfumado. Al llegar a la casa, lo primero que hacía Hernando era preguntar: *"¿Dónde está 'la estudiante'?"*. Sin embargo, a ella le resultaba indiferente y se hacía la brava, le decía que estaba muy ocupada estu-

diando y que no tenía tiempo para hablar con él. *“¡Qué tal, yo enamorada de semejante indio zarrapastroso, un obrero, un albañil, ush, guácale!”*, le decía a sus hermanas. Pero cuando Hernando faltó un par de días a la casa, Yolima se dio cuenta de que lo extrañaba y de que sí le gustaba. Fueron amigos durante cuatro meses, luego fueron novios, pero se prometieron que no le iban a contar a nadie. Los dos eran tan celosos que vivían peleando: *“¿Dónde estaba?”*, *“¿Con quién estaba?”*, *“¿Por qué no vino?”*, acompañadas de frases como *“no le creo”*, *“si quiere llame y pregunte”* y *“le muestro la tarea que estaba haciendo”* eran las palabras y preguntas que más usaban. Gracias a las peleas, Hernando le dedicó a Yolima una canción de Yuri, que se llama *“¿Qué te pasa?”*, que dice en su estrofa final *“¿Qué te pasa?—qué estás haciendo en casa / ¿Qué te pasa?— derriba la muralla”*. Entre sus recuerdos están dos regalos muy especiales que le dio Hernando; el primero fue por su cumpleaños. Hernando compró todos los ingredientes para que Carmen, la hermana de Yolima, le preparara la tradicional torta; pero se le quemó. El otro regalo fue el día del grado de bachiller: una botella de vino cariñoso de manzana, que se tomaron a pico de botella en un parque del barrio El Perdomo, cercano a la Estancia. Yolima llegó mareada a la casa y sólo recuerda que Hernando le insistía en que se tomara un tinto para que no se dieran cuenta las hermanas. Tiempo después María Rita, la mamá de Hernando, se enteró de la relación por rumores y porque Hernando le hablaba mucho de Yolima. Desde ese momento comenzaron los problemas entre las familias y los consejos negativos por parte de los amigos. Pero el amor seguía, y como prueba Hernando le dedicó a Yolima un merenge de Bonny Cepeda, llamado *“Una fotografía”*, muy parecido a lo que vivían. Ella canta la parte que se le cumplió: *“Una fotografía fue lo que me quedó de aquel bello romance que aún no olvido yo...”*. Cuando terminaron ella sólo se quedó con una foto de Hernando, cuando estaba joven, porque él rompió varias y le quitó otras. La tiene pegada detrás de la puerta de su cuarto. Los miedos de Hernando, las influencias de la familia y de las amistades lograron separarlos. Yolima nunca vivió con él.

A los dos años de conocerse, nació Laurelin, con ocho meses de gestación. El 24 de julio de 1992, a las 8:30 a.m., en el Hospital Materno Infantil del centro de Bogotá. Yolima le tejó la primera muda: un esquimal en lana amarilla del que aún conserva el pantalón. También le hizo una cobija blanca bordada en cinta con un cascabel, al igual que los pañales de tela y las camisetas. Después de la cesárea duraron una semana hospitalizadas. Yolima conserva el letrero con letras rojas que estaba pegado en la incubadora de su hija: **“FAVOR MANIPULAR CON MÁXIMO CUIDADO, SE FRACTURA CON FACILIDAD. OSTEOGÉNESIS”**. Seis años después se reconcilió con Hernando y nació Christelle, el 19 de noviembre de 1998. A los ocho meses de embarazo, por cesárea y en el Materno Infantil, al igual que su hermana mayor. Yolima recuerda que la primera vez que la vio parecía una japonesa gorda y de piel rosada. Christelle nació con un problema en la cadera, por lo que permanecía casi todo el tiempo abrazaba a su pierna izquierda, chupándose el dedo gordo del pie. A Yolima la alarmó la posición de la pierna y pensó que tocaba operarla, pero una enfermera le dijo que Christelle bajaba la pierna cuando quería y a la hora del tetero.

Christelle Maria y Laurelin Terese son nombres franceses. Yolima las bautizó así porque desde hace veinte años sus dos hermanas viven en Boulogne, cerca de París. Al principio María del Carmen y Maria Esperanza trabajaron como damas de compañía de la marquesa *madame* Odette, que vivía con su esposo en un pequeño castillo como los de las películas, con servidumbre y todo. Ellas consiguieron el trabajo gracias a Rebeca Lara, una prima que lleva casi 30 años en Francia, donde se casó con Emilio Bocopsa, un francés pariente de la marquesa. Él le pidió a su esposa que le recomendara un par de personas de confianza para que cuidaran a *madame* Odette, que vivía con sus bisnietas, cuyos nombres cautivaron a Yolima. Pude ver en una foto a las niñas como de unos ocho y diez años. Christelle es mayor que Laurelin. Ambas parecen porcelanas por la piel blanca, el pelo rubio, los ojos azules y las facciones delicadas. Actualmente tienen entre 23 y 25 años. Ahora María Esperanza trabaja con *madame* Anne, la hija de *madame* Odette, y María del Carmen administra un edificio. Laurelin y Yolima han ido dos veces a Francia, en cambio, Christelle sólo una vez; sus estadías duran tres meses. Siempre han ido por cuestiones médicas de Laurelin, por operaciones o tratamientos, que el doctor Philip, especialista y profesor en osteogénesis imperfecta, le ha hecho en el Hospital Arman Truckson. Aunque las visitas no son sólo médicas, porque cuentan que conocen la Torre Eiffel y El Arco del Triunfo. Pero en especial una fábrica de perfumes que le encantó a Yolima, amante de las buenas aromas, donde probó todas las fragancias y salió oliendo a puro 'pachulí'. En los viajes a Francia lo que más comen es pescado, langostinos y camarones, acompañados de queso y pan francés. Las tías y primas les han enseñado unas pocas palabras en francés, que tanto Christelle como Laurelin pronuncian de manera elegante y correcta, como *drapeau*, que significa bandera, *mama* que es igual a mamá y *bounjour*, que es buenos días. Les gusta mucho Francia por el buen trato que se les da a los discapacitados y por la buena atención en los hospitales.

Las hermanas de Yolima le colaboran económicamente, aunque Yolima también busca la plata por sus propios medios. Teje en compañía de su mamá. Hacen carteras, mochilas, bolsos playeros y hasta gorros en bolsas plásticas de almacenes como Éxito y Carrefour; las recortan en tiras, las pegan y enrollan hasta hacer una madeja. Además, tejen por encargo, como el chaleco de lana en tonos pastel que le hicieron a *madame* Anne. Yolima también sabe hacer manicure y pedicure porque estudió belleza en el Sena. Además, han hecho visitas a programas de televisión, como "Tardes con Pacheco", "Muy Buenos Días" y "Arriba Bogotá" para buscar recursos y pagar los costosos tratamientos médicos que requieren. La visita preferida de Laurelin y Christelle fue al programa "Muy Buenos Días" por los autógrafos que les dieron y que guardan como un tesoro en una agenda de *Winnie Pooh*. Me mostraron la firma de Jota Mario y Carolina Cruz, presentadores del programa, adonde fueron dos veces. Christelle dice que la segunda vez no le gustó porque el padre Chucho le preguntó: "*¿Qué mensaje le quieres dar a los niños de Colombia?*" y ella se quedó callada, "*como una arepa*", dice Yolima. Laurelin se ríe y le dice que hizo el oso delante de todos. En cambio, a Yolima el programa que más le gustó fue "Tardes con Pacheco" porque

estaban reunidos varios personajes como Jota Mario, Pacheco, Maria Mercedes Ruíz y el profesor Salomón.

Ahora la vida de estas tres *petite* mujeres transcurre con tranquilidad, aunque los accidentes las han marcado; unos han sido caseros y otros callejeros. Christelle no olvida cuando al apoyarse en el lavamanos flojo del baño para alcanzar el jabón, éste se cayó y se rompió. Una punta afilada le hizo dos heridas, una en su brazo derecho y otra en la sien; le cogieron 26 puntos en total. El accidente la tuvo casi 24 horas en el hospital. En cambio, Laurelin recuerda uno que tuvo en quinto de primaria, en un ensayo de una obra de teatro. Ella bajaba de una tarima con su caminador ayudada por la profesora. El caminador se trabó y la profesora, que estaba en tacones, se tropezó y la dejó caer. A causa de la caída se le dañó una la cirugía que le habían hecho en el brazo y en la pierna. El accidente de Yolima fue a las 9:00 p.m. Ella conducía orillada por la carretera y montada en el triciclo de Laurelin, cuando una camioneta 4x4 que iba en contravía le enganchó el triciclo y la arrastró un par de metros. Su reacción fue tirarse de la cicla. Yolima tuvo una fisura en el omoplato y se le dislocó el hombro izquierdo.

### ♦ Soñar con París desde Modelia

Los días pasan cuidando a la abuelita Rosa Elvira y a la espera de la visita de una de las hermanas de Yolima, a mitad de año. Los sábados van al parque o a la piscina del conjunto, hacen tareas y descansan un poco. Todos los domingos, Christelle y Laurelin van a misa en el conjunto por la mañana. Christelle es acólita: toca la campana a la hora de la comunión y reparte hojas. Mientras, Yolima cuida a su mamá porque ese día no va la empleada. En la tarde escuchan música. La preferida de Yolima es la "de plancha", el merengue y la música mexicana. En cambio, a Christelle y Laurelin les gusta el reguetón que escuchan en la emisora Oxígeno. Preparan el almuerzo entre las tres y ven algo de televisión. El programa preferido de ellas es "El chavo del ocho", pueden durar horas y hasta tardes enteras viéndolo. Sin embargo, algunos fines de semana están endulzados por la visita donde Mao, un local muy concurrido en Modelia en el que venden postres, helados y dulces. Mauricio, el dueño, ya las conoce y cada vez que van les sirve el postre que más les gusta y les regala dulces a las niñas. Los chocolates son sus preferidos, por eso en cada visita que les hice les llevé chokolatinas Jet, porque la plata no me alcanzaba para los Ferrero, sus favoritos.

Actualmente Hernando vive con Martha, su nueva mujer y con sus dos hijas, Lady de 12 años y Daniela 3. Sigue trabajando como obrero. A Yolima le dicen que está feo, gordo, barbado y descuidado, no como antes. Hace año y medio que no se ven, pero él llama más o menos cada seis meses para hablar con Yolima y preguntar por las niñas. Las conversaciones siempre se ven envueltas en discusiones y reclamos por la falta de interés de Hernando en Christelle y Laurelin; es esto lo que más le duele a Yolima. Sus pocos aportes económicos se deben a una demanda por alimentos que ella le tuvo que poner. Hernando

ya está condenado a un año de cárcel por inasistencia alimentaria porque nunca cumplió con las conciliaciones pactadas. El poco dinero que da sólo alcanza para una sola cosa, o para las loncheras o para pagar la ruta de una de las niñas. Christelle está en tercero de primaria en el Liceo Cultural Pilísimos. Su juego preferido es la rueda y tiene dos mejores amigas: Angi y Laura. Ella dice que es muy “*chévere*” su colegio. En cambio, Laurelin, que cursa noveno grado en el Gimnasio William Mackinley, piensa que el colegio es un poco aburrido porque la mayoría del tiempo la pasa sola, aunque a veces está con Juliana, su única amiga. Su materia preferida es inglés y tiene dificultad con la física.

Yolima sólo vive a la espera de buena salud para su mamá y sus hijas, y busca todos los tratamientos posibles para Laurelin y Christelle en Francia, porque el Seguro Social no le responde por las cirugías y tratamientos que requieren. Por esto Yolima ha buscado ayuda en el programa *Arriba Bogotá* para que el ISS le responda por la medicina y los tratamientos necesarios, que hasta ahora les han faltado. A Laurelin la han operado siete veces y a Yolima ocho. En cambio, a Christelle ninguna porque las cirugías que requiere son muy costosas, además, de alto riesgo y aquí en Colombia no le garantizan un buen resultado. Yolima quiere que la operen en Francia, como a Laurelin, pero está buscando los recursos.

Christelle dice que no quiere crecer, que quiere seguir siendo niña porque los mayores tienen muchos problemas y discuten. Aunque sueña con vivir en Francia y tener su propia empresa de carros. Laurelin, en cambio, no quiere vivir en Francia porque dice que la gente es muy amargada. Ella quiere estudiar idiomas, ser traductora, comprarse una casa grande y un *mini couper* negro porque es muy elegante. Por eso Yolima las apoya y les exige un buen rendimiento en el colegio, además, les inculca que deben ser mujeres independientes.

La última vez que nos vimos fue el 25 de junio, día del cumpleaños de Yolima. A las 8:00 a.m. estaba citada con ella para acompañarla a hacer unas vueltas en el centro de Bogotá. Paré un bus viejo. Yolima se subió sin mi ayuda y se sentó rápidamente en las sillas azules. Ella sabía con seguridad en qué lugar bajarse y a qué hora encontrar a la presentadora de “Arriba Bogotá”, María Mercedes Ruíz, para comentarle su problema con el ISS. Se bajó del bus sin mi ayuda. Poco a poco llegamos al lugar donde las esmeraldas colombianas se venden de manera informal por hombres de añillos y ostentosas cadenas de oro. Un vendedor ambulante que venía de frente le dijo: “*Jesús te curará*”. Ella me miró y me dijo con una sonrisa: “*Uno ya se acostumbra*”. Llegamos a Citytv y después de esperar 20 minutos a la periodista, se saludaron y Yolima le recordó que se conocieron en “Tardes con Pacheco”. María Mercedes le prometió que haría lo posible. Cruzamos la calle y entramos a la iglesia San Francisco, en donde hay un Cristo al que le crece el pelo. Yolima se sentó, esperó la comunión, se persignó y salimos de la iglesia en busca del juzgado.

Yolima quería recoger la orden de captura de Hernando por haber incumplido con la cuota de manutención de sus hijas. Al lado del juzgado, una vendedora ambulante vendía polli-

tos de cuerda. Yolima se distrajo con ellos y les compró a sus hijas. Entramos y nos pidieron una carta que no teníamos para poder solicitar la copia de la sentencia. Nos fuimos a una cafetería y la hicimos a mano pidiendo una copia del proceso. Volvimos al juzgado y la señora que atendía nos dijo que en 10 días tendría la respuesta. Pero le insistimos y nos prestó el proceso; bajé rápido del edificio y lo copié. Ya era casi medio día y caía llovizna junto con una fuerte brisa. Esperamos el bus en la Séptima.

Llegamos al apartamento, almorzamos. La tarde pasó en medio de una conversación amena y de una botella de vino cariñoso que Yolima mandó comprar. Brindamos por su cumpleaños y por su familia. Christelle y Laurelin le regalaron una tarjeta y un perfume que ellas le hicieron o, como lo llama Christelle, un *"engurme"*. Ya en la noche partimos el ponqué de chocolate que le gusta a Yolima. Ella estaba feliz, pronto comenzó a buscar una bolsa de confetis que guardaba, y nos echó a todas en medio de las risas. Su cumpleaños terminó con una llamada inesperada de Hernando que le deseó un feliz cumpleaños. Yolima colgó el teléfono y quedó confundida; no comprendía el comportamiento de su ex marido. Ahora no sabe que hacer con la orden de captura que tiene contra de él.

# La vida sin Angie Cepeda

**Andrea Mariana García Achuri\***

*maryanna.garcia@gmail.com*

Durante diez años observé por costumbre y con poca emoción la esquina que se divisaba desde el ventanal enrejado de la sala de mi casa. Al llegar la tarde, un olor a pan se mezclaba con el humo de los carros que cruzaban el puente de la calle 45. Un pequeño hombre de aspecto desaliñado, que hacía parte del paisaje, se ocupaba de la seguridad de los carros en el parqueadero.

Recuerdo que en una oportunidad me solicitó amablemente que le regalara algo de ropa. Su excusa: a él, a Angie Cepeda (su perra), y a su esposa los habían echado de la pensión donde usualmente pagaban \$3.000 la noche. Adentro se encontraban las pocas prendas que tenían.

Unos tenis notablemente más grandes que su tamaño de pie, un *jean* cuyo dueño anterior no creía tan inservible al momento de regalarlo; una camisa tal vez blanca, tal vez gris, y una chaqueta azul rey de apariencia algo infantil. En la mano una bolsa de colombinas. “*Papá, me va a colaborar... acuérdesse que los viernes fío*”, luego comenta a un transeúnte desprevenido “*...pero el lunes le cobro*” y la risa nerviosa de quien cree será asaltado por el señor que cuida carros; y otra carcajada del último, que disfruta con el chascarrillo.

## ◆ Ocho años en la misma esquina

En los últimos ocho años escuché un ladrido agudo de una perra que permanecía echada en el árbol que amparaba a su dueño, al lado de la panadería. Cuando aún era pequeña ansiaba tener un perro y una noche vi la oportunidad cuando salí de mi casa a comprar el pan. Caminé un poco para llegar a la panadería de la mano de mi mamá. Automáticamente, me dirigí

▷▷ \* Estudiante de Derecho de la Universidad Nacional.  
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

al árbol, que aún era pequeño y había un perrito en una caja que tiritaba de frío o, pensándolo mejor, tal vez de hambre. Fue la primera vez que lo vi y en ese entonces tenía una apariencia mucho más tierna. Supe hace poco que Diego la llamaba Angie Cepeda y compartió con ella ocho años de los 15 que lleva en la esquina de la calle 53 con carrera 30.

Y fue hace 38 años cuando nació en alguna olvidada comuna de Antioquia, y con seguridad prefiere no recordar los años escolares aunque afirma: *“No soy del todo ignorante”*, mientras dirige su mirada arriba, al letrero de la panadería que arroja el olor del pan: *“Mire, yo sé que ahí dice Romannoti”*. A los 20 años se escapó de su casa, dejando a su mamá, debido a las malas influencias: trabajaba en el matadero municipal de su ciudad donde un compañero que descansaba de la dura jornada de la mañana decidió fumar un poco de marihuana. Después de ese día de trabajo, llegó a su casa con un deseo desaforado de comer, devoró toda la comida que encontró en las ollas de su casa y se acostó a dormir. Como no se despertaba, su familia lo creyó muerto. *“Es que cuando uno se pone a fumar esas cosas a uno le da mucha hambre y, claro!, cuando me fui a fabricar lagañas mi mamá pensó que me había muerto. Al despertar me cascaron duro y, pues, yo me fui de ahí y hasta en la cárcel estuve”*.

Chayanne empezó su carrera en solitario hace veinte años y un *boom* en el mercado fue motivo de comparaciones, Diego era el Chayanne de comuna: *“Es que yo era un bacán, a todos les caía bien”*, y añade; *“Le gustaba a todas las mujeres, es que eso es lo que se pierde cuando uno empieza a consumir la droga”*. Aun hoy asocia estos hechos con la envidia que despierta entre sus conocidos. *“Aquí muchos manes me han tratado de quitar el puesto, porque usted sabe, aquí la gente me conoce, y pues una vez un man trató de quitarme el puesto y todo pero yo no le hice nada ¿sabe por qué? Porque yo no cargo navaja, yo cargo corazón”*.

Suerte es lo que Diego piensa que le ha faltado. Sólo la tuvo con él durante ocho años y se llamaba Angie. *“Había días en que las señoras estas de por acá me decían: Diego, tome \$40.000 para que se coma algo con la perra. Y pues claro, yo casi que se los rapaba... eso sí, con mucho respeto... Imagínese, esa era una perra con suerte”*.

### ♦ Singular pasajera

Una noche me dirigía a la calle 45 al encuentro de un amigo. Salí de mi casa y decidí tomar la ruta donde al girar la esquina usualmente se encontraban Angie y Diego. Esta vez no me fijé en ellos, crucé el puente de la esquina para tomar un bus, y el primero que se divisaba decía en su letrero blanco con letras rojas “Diana T. Lomas. Calle 45”. El recorrido ahora tardaría cinco minutos. Al minuto dos, cuando no estaba del todo cómoda en mi silla, se subió una perra, era Angie, que corrió a la parte trasera del bus y decidió guardar puesto a su amo, Diego, quien pagó el pasaje y se sentó. Muchas de las personas que iban conmigo en el bus se asustaron del aspecto del pequeño hombre y aunque creo que esta vez fue más por su olor. Al momento de bajarme lo miré de reojo, y estaba comiendo pollo. Seguramente era un regalo *“de las señoras esas de por acá”*.



Es probable que Diego no recuerde cómo conoció a su esposa, pero sí recuerda cómo conoció a Angie. Con ironía comenta que fue precisamente su compañera quien la trajo, de sólo 20 días de nacida, a su pequeño cuarto ubicado en algún punto del trayecto del bus que se dirige a Diana Turbay. Con el pasar de los días, la recién bautizada Angie Cepeda se acercó a los sentimientos del humilde cuidador de carros y se alejó del corazón de quien fue su legataria. *“A los quince días de que yo tuviera a Angie, ella la odiaba; ella se fue porque decía... gas, esa perra huele muy maluco..., pero luego volvió”*. Un día su esposa le sugirió demostrarle su amor matando a la perrita. *“Yo no lo iba a hacer, porque llevaba años con mi perra y fue más fiel la perra que la mujer que tenía”*, afirma él.

Diego respetaba la condición de perra de Angie y Angie le colaboraba en su trabajo. *“Cuando con Angie nos subíamos al bus ella buscaba un puesto y me lo cuidaba y me hablaba con el pensamiento para que le abriera la ventana y poder ver perros... al fin, perra”*. Los ladridos que escuché durante los últimos años eran de Angie previniendo a Diego de posibles maleantes. Angie tuvo varios embarazos no deseados. En alguna oportunidad, Diego me mostró en cajas lo que parecían unos pequeñísimos cachorros. *“Es que son hijos de Angie y un labrador, porque a Angie le gustan los labradores”*. Y sí, Angie, una perrita negra y café que no alcanzaba la rodilla de un adulto, con la trompa alargada, y orejas ni muy largas ni muy cortas, esa vez fue madre si mal no recuerdo de cinco o seis perritos que Diego habrá regalado.

### ♦ La pesadilla

Hace dos meses empezó lo peor. *“Una se esas señoras de por acá”*, de aquellas que le daban dinero a Diego para que se alimentase con su Angie, iba en un carro, y antes de cruzar la parte de abajo del puente del barrio Galerías llamó a Diego y le dijo: *“¿Quiere que le haga un favor?, si quiere le esterilizo a la perra. Súbase y los llevo a donde el veterinario de mi perro”*. Diego no consideró del todo descabellada la propuesta; finalmente, para Angie era complicado concebir tantos perritos y las tentaciones naturales eran imposibles de evitar. Así que la operó el veterinario. *“Estuve tres días al pie de la perra y verla así era más duro que ver morir la madre”*. Después del complicado postoperatorio, Diego estaba de vuelta en la esquina con su perrita, pero *“Angie parecía un avión descabalao. Dejaron a mi perra inválida porque el veterinario le cortó los tendones”*. Diego decidió pedir una segunda opinión que esperaba fuera más certera; el nuevo doctor tomó las radiografías y descubrió que la perra tenía dentro de su cuerpo una aguja de cirujía: *“Una de esas agujas con la que lo cosen a uno, de las que parece un gancho”*, dice, describiendo con su mano derecha una letra C. El doctor le dio la opción de inyectarla para que la perrita no sufriera más y, finalmente, Diego la mató por amor. Justo como su esposa lo había solicitado en un principio. *“Ahora ella está feliz, y pues está conmigo”*, dice con poco ánimo.

En alguna oportunidad alguien le tomó fotos a Angie con la cámara de su celular. Diego carga con la Santa Biblia, y las tres fotos de su perrita adentro. Mientras las enseña dice:

*“Ahora estoy viendo como le saco así sea un millón de pesos al médico ese; sí ve, es que ella me trajo suerte todavía después de muerta”.*

Recuerdo haber estado como ahora frente a un computador cuando escuché afuera los lamentos del señor que cuida carros y vende colombinas; no lo sé con exactitud porque las lágrimas y creo que el dolor no le permitían hablar bien. Recuerdo sus impropiedades y lamentos cuando se despedía de Angie: *“Yo he tomado guaro y he llorado por esa perra lo que nunca hice por mi mamá”*. Acurrucado con sus dos pies y abrazando sus piernas, Diego lloraba frente a la panadería. Esta vez no se dirigió a las señoras de esas de por acá para ofrecer una colombina, sino para comentar la muerte de su compañera: *“Quiere que le cuente algo, no vaya a creer que estoy drogado, es que me tomé una botella de aguardiente”*. ¿Qué pasó, fue que su esposa se murió?”, le preguntaban. *“Ojalá hubiera sido ella, fue mi Angie y yo no sé qué voy a hacer”*.

# Visita al poder detrás del trono

*Julián Medrano Hoyos\**

*jmed1989@gmail.com*

El calor ahogado se convierte en humo cuando la colilla del cigarrillo de Augusto Cadavid cae en un charco frente a la entrada de la cárcel La Picota de Bogotá. Desde la parte de afuera, ya se respira el olor de la comida revuelta y mazacotuda que les sirven a los presos menos favorecidos económica y políticamente a la hora del desayuno. Augusto prende otro cigarrillo para camuflar el olor con uno más familiar para él. Son las 8:00 a.m., hora de las visitas, y su turno de entrar.

La cárcel se encuentra al sur de Bogotá, sobre la avenida Caracas. Carros y buses entran a un parqueadero con el piso de piedras sueltas y arena. Allí hay varias casetas de lata donde señoras y niños de escasos recursos venden fritanga, tinto y todo tipo de comida callejera. En la penúltima tienda venden unas fichas de \$10.000, que equivalen a un pollo asado o a un plato de carne que podrá ser reclamado dentro de la cárcel. En la última caseta, saliendo del parqueadero, se presta un servicio imprescindible para los visitantes. Una señora recibe todos los objetos personales: dinero, documentos, celulares, llaves y los mete en una bolsa plástica, la sella y la entregan y cobra mil pesos. La mujer recibe la bolsa y pregunta, “¿tiene foto?”, pero, “¿cuál foto?” Es el documento que se necesita para ingresar, es decir, una fotocopia de la cédula que, en caso de ser de aquellas en las que no se reconoce el rostro de la persona en blanco y negro, se debe adjuntar una fotografía reciente en la parte de atrás y laminarla. Ésta va a ser la tarjeta que lo representará como el visitante de un club para el que no hay que pagar la entrada, pero sí la salida. En caso de que el visitante no tenga, no hay problema, antes de la entrada principal hay otras casetas improvisadas donde se hacen fotocopias y se toman fotos, que seguramente han sacado de apuros a más de uno. Es todo un monopolio del estrato uno.

►► \* Estudiante de Literatura de la Universidad Javeriana.  
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

♦ **Rumbo al búnker**

Se abren un par de rejas gigantes y Augusto empieza a caminar, desanimado, de mal genio, con ganas de estar en cualquier otro lugar. Camina lentamente, pisando fuerte para escuchar el sonido que produce la suela de sus zapatos en el piso de piedras sueltas. Debe caminar cerca de un kilómetro, al aire libre y para su desgracia ha estado lloviendo. Piensa en Murphy y les dice a los hombres que lo acompañan: *“Cuando las cosas están mal, lo más probable es que se pongan peor”*. A lo largo de este camino hay varias oficinas en donde se controla el papeleo que se lleva a cabo: la comida, los presos, lo que se gasta, lo que se pierde y lo que se roban. Llegan al final del camino y se encuentran con un puesto donde les preguntan sus nombres, el nombre del preso al que van a visitar y su parentesco. Curiosamente, para esta entidad, sólo existen dos: *amigo o familiar*, lo que molesta a Augusto porque a quien va a visitar no es ni lo uno ni lo otro. Suele decir que el hombre es un *conocido*, para que el guardia de turno arbitrariamente cree entre ellos una relación más íntima, y escriba: *amigo*. Más adelante les harán las mismas preguntas en otros puestos de control.

Lo primero que ven cuando los dejan pasar es una estatua de un angelito, acabada por la lluvia y sucia a la cual *“se encomiendan todos los que perdieron su alma”*, dice Augusto entre risas. A la izquierda hay un asadero, sí, un asadero enorme con unas chimeneas que se alcanzan a ver varios kilómetros antes de llegar. Ahí cambian las fichas que compraron en la humilde caseta de latón a la salida del parqueadero. Augusto y sus compañeros compran siempre unos diez o quince pollos.

Al fondo se alcanza a ver un búnker de concreto, reforzado con varillas de acero en donde se encuentran los presos de estratos 1, 2, 3. A la derecha hay otro puesto de control. El primer obstáculo con el que se enfrenta todo el que va a máxima seguridad. Más allá hay un camino con casas que cualquiera creería que son el hogar del director de la prisión o de algún otro funcionario. Son las “celdas” de los parapolíticos. Hay también otro pabellón exclusivo para los homosexuales, que deben estar apartados.

El pabellón de máxima seguridad es una fortaleza, aún más grande que la anterior, y la fachada es menos deprimente. A pesar de que ha ido ya en repetidas ocasiones, Augusto no se acostumbra al tedioso proceso de ‘iniciación’ para ingresar a aquel manicomio de condenados. Primero, una exhaustiva requisa, en la cual hay que quitarse hasta los cordones de los zapatos para que los guardias estén seguros de que los objetos personales fueron dejados en la entrada, como cuando se entra a un supermercado con paquetes. Teóricamente los visitantes sólo pueden ingresar con un esfero y algo en donde anotar, pero eso depende de a quién vayan a visitar. Terminado el “raqueto”, en su antebrazo le ponen un número con lo que parece un dispositivo para poner sellos en las empresas. El número con el que marcan es un consecutivo que corresponde al orden de llegada, es decir, aquel que entró primero tiene el número 001 y así sucesivamente. Además, lo estampan con un sello visible sólo con luz ultravioleta, que en contraste con el sórdido ambiente

carcelario que se respira, tiene la imagen de personajes de Disney y Warner Brothers. A algunos les toca la cara de Mickey Mouse, y a otros la de Bugs Bunny. A medida que avanza y llega a diferentes puestos de control, le adicionan un nuevo motivo.

### ♦ Pabellón de 'máximo confort'

Una vez ha sido manoseado por los vigilantes, debe someterse a un minucioso examen de huellas digitales. Le toman las impresiones de cada dedo y las analizan cuidadosamente con lupa, para luego compararlas con las que se plasmaron en el papel. Caminan unos cuantos metros más y les pedirán que dejen la foto, les volverán a preguntar sus nombres, el nombre del preso y el parentesco. Pocos metros después habrá otro "raqueto", más detenido que el anterior. Éste es el último control de seguridad. Finalmente, cuando los dejan pasar pueden ver los pasillos y las celdas, distribuidas en dos pisos, que no tienen barrotes de acero —por los cuales los presos sacan la cabeza lamentándose con una clamada inocencia, en busca de alguna ayuda divina que lógicamente no llegará jamás—; éstas son habitaciones de tres por tres metros con camarotes de concreto puro, fundidos al piso y a la pared, un inodoro y una puerta de seguridad con una ventanilla de vidrio blindado.

Máxima seguridad es equivalente a máximo confort. A algunos de los que se encuentran en este sector les toca pagar una pensión para permanecer ahí que no baja de los diez millones de pesos mensuales, con la que adquieren ciertos privilegios como: comida a la carta, celdas más grandes, mejor ubicadas, para ellos solos (ya que los demás tienen celda compartida), ingreso de objetos no permitidos por parte de los visitantes, televisión, cama cómoda, computador, escritorio, entre otros lujos. Lo que no quiere decir que todos los ocupantes de esta zona gocen de todas estas comodidades. Hay quienes están condenados por la gravedad del crimen cometido, ya sean delitos de lesa humanidad, narcotráfico, entre otros.

Al final del pasillo principal está el patio. Un lugar muerto, iluminado por la oscuridad de las vidas de quienes lo visitan a diario. Máquinas para hacer ejercicio, bancos de parque y un triste piso de concreto conforman el único lugar con visos de libertad de toda la cárcel. Visos que se interrumpen cuando se mira al cielo y se ve aquel lienzo azul de trazos blancos entrecortado por una malla de seguridad. La melancolía que produce ver un cielo cuadrículado les recuerda a todos que tal vez nunca vuelvan a ver las maravillas que hay debajo de él.

Cada vez que viene, Augusto siente que todo ese proceso es el mismo al que son sometidos los presos nuevos cuando entran. Cree que mientras uno esté allí, así sea de visita, es un preso más de la cárcel que corre los mismos riesgos que cualquier otro. En ocasiones le dan ganas de hablar con alguno de los guardias acerca de sus miserables vidas. Según dice, *"parecen como sacados del mismo molde. Grandes y con complejo de superioridad. Siempre con la mirada en alto, y con alguna sonrisilla en la cara. Con un bolillo en un costado de la pierna creyéndose mejores personas que todos los que están allí. Mejores que los presos, precisamente porque les ordenan qué hacer y qué no, y mejores que nosotros los visi-*

*tantes por tener que venir a este lugar que odiamos y que algunos de ellos consideran su hogar, el único sitio donde se sienten superiores porque en el mundo real no son nada. Siempre los he considerado como presos con privilegios. Claro que cuando están cerca de los que realmente mandan, los de máxima seguridad, se les bajan los humos. Creo que ha de ser interesante la repartición de las mensualidades que pagan los duros por las comodidades que les brindan. Me repugna imaginarme la ferocidad con la que deben devorarse la carne que les botan. Vea, entrar ahí es como entrar a una ciudad, hay varios edificios y tiendas en donde usted puede comprar lo que quiera, hay un buen ejército, un presidente, un alcalde, y como siempre, está el poder detrás del trono.*

*No sé quién se asusta más cada vez que tengo que ir a una reunión a la cárcel, si mi esposa o yo. La simple idea de que ocurra un motín, o una balacera me paraliza, más aún sabiendo la clase de personas con las que estoy rodeado. Si le contara las historias que me han contado unos cuantos desgraciados con los que me he visto en la obligación de hablar quedaría igual de aturdido que yo. Ya no estoy para escuchar como asesinan personas inocentes a diario, a sangre fría y con regocijo”.*

### ♦ “El Patrón”

El preso al que va a visitar Augusto se encuentra en el pabellón de ‘máximo confort’. No me quiso decir su nombre, pero me dijo que lo pedían en extradicción por narcotráfico; que no se lo iban a llevar; que estaba condenado a 200 meses; que llevaba ocho años y que saldría antes de finalizar el 2007. Su pena había sido rebajada por estudio, trabajo, buen comportamiento, y, tal vez la mayor razón, por tener mucho dinero.

Cuando Augusto llega a su celda hay una fila de aproximadamente cinco personas para verlo. En ocasiones las visitas se llevan a cabo en el patio, durante una caminata, cuando no son de mayor importancia. Sin embargo, esta visita le tocará en la celda. Mientras espera, debe entrar en la de al lado, en la que sí conviven dos presos. Dos asesinos, conocidos a nivel nacional, con los que se ve en la obligación de entablar conversación. Conversación que con los minutos se va tornando más sórdida a medida que relatan sus anécdotas de cómo mataron a unos agentes del DAS, de la Fiscalía y, en el peor de los casos, a los campesinos ajenos al conflicto.

Hastiado de muerte, finalmente es llamado a hablar con “El Patrón”. Le entrega los pollos, que reparte a todos los presos que se encuentran alrededor. Llegan como abejas a la miel y con gestos de agradecimiento se arrastran cada vez más ante la aparente generosidad de este hombre. El motivo de su visita es contarle cómo van los negocios de su hermano, con el que perdió el contacto hace tiempo. Hablan durante varias horas, almuerzan mejor que en cualquier restaurante de alcurmia bogotano, hasta que al fin sale con dolor de cabeza y fumándose un cigarrillo a medida que camina por el pasillo principal. Mientras avanza, con pasos lentos y perezosos, reflexiona sobre todo lo que controla la persona que acabó de dejar atrás.


Hoy pudieron visitarlo casi diez personas porque le compró las visitas a los presos de la celda de al lado, ya que cada interno tiene derecho a dos visitantes semanales; él compra a los demás sus derechos con dinero y pollo asado. Les negocia los minutos que le corresponden a cada uno a la semana y termina con varias horas disponibles para sus charlas. El dinero manda en todos los aspectos de la vida: compra lujos, tiempo, comida, derechos y una relativa libertad, pero no puede dar la satisfacción de mirar al cielo sin una malla de seguridad que lo cubra. Afuera hay un monopolio de casetas de latón y adentro el monopolio de un hombre, el poder detrás del trono.

Lo revisan en cada estación y le lavan las yemas de los dedos con un solvente para asegurarse de que no lleva unas huellas falsas de silicona o de algún otro material. Se los limpia, camina cada vez más rápido hasta sentir de nuevo el aire contaminado de Bogotá; respira profundo y mira el cielo —nublado todavía—, agradecido por verlo sin obstáculos.





# De oveja negra a pastor de almas



**Ingrid Paola González\***  
ingragreen@hotmail.com

A un costado del palpitante de autos y luces de la glorieta en la Primera de Mayo, al sur de Bogotá, hay un barrio que está rodeado por otros tres, como el corazón de una gran manzana. Allí, en Santa Rita, en una casa de tres pisos con fachada de ladrillo vive un hombre cuyo rostro no parece haber recibido las descargas de su pasado ni revela su profesión, que se ejerce sin certificado o número profesional. Tan sólo requiere de un techo, un equipo de sonido con micrófono y una comunidad de oídos muy dispuestos y espíritus con hambre de escritura celestial. Él, Ricardo Pinzón, se crió en el barrio Quiroga en medio de la pobreza, de nueve hermanos y de un padre con ínfulas de boxeador, que sin lugar a dudas lo ayudaron a recorrer su vía crucis que, milagrosamente, terminó en resurrección.

Mientras consiento a 'Susy', su perrita *French Poodle* blanca, casi negra por el mugre, se sienta delante de mí en su sofá anaranjado y me cuenta que a los 16 años —hace 23—, comenzó a buscar la libertad y se le despertaron las ganas de disfrutar la vida: *"Me quedaba aquí en Bogotá por dos meses en mi casa y después hacíamos 'vaca' con unos amigos y nos íbamos para Cúcuta o Santa Marta"*. Pasaba sus cortas pero divertidas travesías metido en la vida nocturna de las ciudades a donde iba y sin descartar la rumba bogotana. Una noche, en la discoteca Disco Fuego, después de unas tandas de ginebra, vodka, el equivalente de 20 dosis personales y unas pepas desconocidas —porque no preguntó de qué eran antes de consumirlas— amaneció en una casa de La Calera desnudo y con tres hombres obesos. Estaba conociendo mundo, probando mundo, la cocaína de Colombia para el mundo. Aún en esa época de blanca bonanza se requería muchísimo dinero para poder alimentar el vicio que iba acompañado de la obsesión por tener un cuerpo a lo Arnold Schwarzenegger.

▷▷ \* Estudiante grado 11, Colegio Cultura Popular. Escritora, 17 años.  
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

♦ **Al estilo de Eros Ramazzotti**

Cultivaba la metrosexualidad, que lo acompañaba hasta en su sombra, con pócimas de colonias Cartier, Hugo Boss, 360 de Perri Ellis, entre otras del mismo estrato, además de la dependencia a los jeans *Levis* porque le hormaban de prodigio. “*Me gustaba el estilo de Eros Ramazzotti*”, dice, refiriéndose al cantautor italiano de 1.80 metros de estatura, cabello color niebla y un tatuaje en el antebrazo derecho, que interpreta música pop-rock y convive con una serpiente pitón, una gata y su soltería.

Un día, bajo el nauseabundo sol de la mañana que se ocultaba sobre las herméticas máquinas en el gimnasio Michelle de la carrera 30, unos personajes invitaron a Ricardo a vender su estético cuerpo. Tuvo que hacerlo porque necesitaba sostener su buena vida, sus *Levis*, y no tenía nada más en qué trabajar, porque al igual que muchos jóvenes de apenas 17 años, no sabía hacer absolutamente nada.

Trabajaba de día como instructor de gimnasia, pero ese sudado salario no se ajustaba a sus gustos. Y se prostituyó —en ese momento su grave voz bajó de tono y pronunció cada sílaba despacio, sin autocompasión—. De 8:00 a 12:00 p.m. se ofrecía en un prostíbulo llamado La Casa Victoria, que a los ojos ignorantes de cualquier transeúnte del barrio Teusaquillo pasaba por una casa de recuerdos coloniales y no por un grill VIP. En su acogedor ambiente de paredes color morado, salmón o lila, ofrecía lujosas habitaciones que tenían como uniforme un largo y cuadrado espejo en los techos, una sala con muebles negros donde se ubicaba la mercancía para que el interesado escogiera según su antojo: mujeres, niñas y muchachos.

Su primera cita fue espantosa y tuvo que drogarse con tres dosis personales de polvo blanco. Le tocó con un tipo fétido y gordo, de 55 años de edad, fino traje claro, blanco de tez y cochino por todo lo que hizo y deshizo con el cuerpo de Ricardo. Desde entonces sólo se drogaba cuando lo que se venía le parecía demasiado.

Con la abundancia de compradores, Ricardo pasó de vivir en el barrio Teusaquillo a El Polo Club, en la calle 85 con carrera 24 y al barrio Torres Blancas, en la avenida Circunvalar con calle 95. Convivió con dos amigos maquilladores, y como había hecho un curso de peluquería en la Academia Francesa, ellos lo introdujeron en el mundo del maquillaje y del “visagismo” (un estudio que detalla las formas del rostro, volúmenes y líneas faciales para corregir las facciones mediante el maquillaje). Aprendió de sus maestros, se perfeccionó y trabajó para la agencia *Stock Models*, maquillando reinas como Paula Andrea Betancourt y Paola Turbay; presentadoras como Pilar Smith y Viena Ruíz, para eventos como el lanzamiento de la ropa *Guess* en Bogotá, un reinado en Cartagena y desfiles de prestigiosas marcas.

Si embargo, Ricardo seguía en su labor nocturna que terminaba en la madrugada cuando se iba caminando de la calle 95 hasta la 130, por toda la carrera 15, en busca de clientes, quienes al verlo solo o acompañado, parado en una esquina o sentado en la acera, le

pitaban desde todo tipo de vehículos costosos y Ricardo ofrecía sus servicios que oscilaban entre los \$ 50.000 y los \$ 100.000, y si pagaban de más el preservativo no era necesario. Como las noches bogotanas, especialmente en esos andares, saben a inseguridad y huelen a aventura, Ricardo cargaba como defensa propia un gas paralizante en *spray* que conseguía en cualquier San Andresito.

### ♦ Elisa positivo

Entre ese ir y venir de transpiraciones apasionadas y trastornados encuentros, Ricardo quiso estudiar. Presentó el examen del Icfes para poder realizar su sueño de ser profesor de educación física. Pero empezó a bajar de peso, a sufrir gripas que lo llevaron a tal recaída física que tuvo que asistir a la Secretaría de Salud Distrital, donde el 24 de enero de 1996 se realizó el temido examen Elisa; que si ahora ese virus despierta temores y lástima, hace 11 años producía algo más que repudio. Tuvo que esperar los quince días más lentos de su vida porque mientras la incertidumbre acababa con el pedazo de conciencia que le quedaba, el dolor físico era insoportable. La Secretaría de Salud Distrital le asignó una psicóloga durante esas dos semanas, que le realizaba sesiones con el fin de que aceptara cualquier nefasto resultado.

Cuando supo que tenía una infección en la sangre, lo primero que pensó fue: *“Se me acabó el mundo, la vida llega hasta aquí”*. Consumió diferentes tipos de medicamentos, como un cóctel que se preparaba con 28 píldoras, que al parecer no lograron hacer ni mucho ni poco porque durante los trece meses que prevaleció la enfermedad sufrió dos infartos cardiacos, uno de ellos en el coliseo El Campín, en medio de una reunión evangélica a la cual asistía de vez en cuando. Empezó a sentir un fuerte apretón en su pecho e inmediatamente se desmayó; cuando recobró el sentido estaba en reanimación en el Hospital San Ignacio. El otro ataque fue camino a una cita médica, cerca al mismo hospital de la Javeriana, y se despertó en una habitación aturdido por el chillido del 'monitor signal'. Además, padeció una neumonía, hepatitis de todos los colores —la A, B y C— y sarcomas de Kaposi, llagas de sangre que sólo afectan a un tercio de la población con el VIH, las cuales erupcionaron en su boca, lengua, manos, pies y espalda. Le dolía cada hueso y coyuntura de su trajinado cuerpo con punzadas agudas y profundas.

Ricardo se dio por vencido y entendió que nada lo iba a curar y que si fuera posible prolongar en algo su existencia no tenía sentido. Todos los que consideraba amigos se esfumaron porque durante su éxodo inmunológico sólo estuvieron presentes su mamá y su ahora cercana familia. Levantó los ojos al cielo, y preguntándose por la existencia de ese ser superior al que llaman Dios, decidió evocarlo. Se sentó en un mueble y pasó cuatro meses sin poder moverse, aguardando la muerte. Ese hombre vanidoso, alto y atlético, ahora pesaba 30 kilos; se estaba desintegrando física, mental y espiritualmente. Entonces encontró una Biblia en su casa, que era de su mamá, y la empezó a leer hasta que su proceso de divina curación fue completo. A Ricardo nadie lo llevó a una iglesia, pero le bastó con tener

una comunión íntima con Dios que, según él, se logra con una suma de oraciones y una tormenta de lecturas bíblicas.

Y parece que las oraciones y lecturas dieron resultado. Ahora mis perplejos dedos sostienen uno de sus exámenes definitivos, el *Western Blot* o de inmunoelectrotransferencia, de la división de apoyo epidemiológico de la misma Secretaría de Salud Distrital, donde está escrito en letra pequeña pero legible el serial 3001-322 y las iniciales R.P o Ricardo Pinzón, con un criterio de interpretación donde aparecen tres casillas —positivo, negativo, indeterminado—, de las cuales está tachada la última. La fecha es del 8 de febrero de 1997. Al ver este examen la doctora, la psicóloga y la bacterióloga le dijeron a Ricardo con tono despectivo, que su 'indeterminado' significaba que había padecido el infeccioso virus, porque su Elisa lo certificaba, pero que estaba escondido en lo que llaman una 'ventana inmunológica'. Y desde entonces el virus no se ha asomado.

### ♦ La nueva “fuente de vida”

Otro *test* es una foto familiar en medio de una celebración de cumpleaños, donde aparece un hombre de 1.80 metros de estatura, delgado, con rasgos fuertes y algo calvo, acompañado de una mujer con cabello lacio y rojizo, que es su esposa. También hay una niña de siete años junto con su hermana, una adolescente de 15 años muy parecida al hombre calvo que está a su lado derecho, su papá: Ricardo.

Rocío conoció a Ricardo gracias a su hermana, que estudiaba con él. Vivieron en unión libre por tres años, los que Rocío y su hija mayor esperaron con gran impaciencia, hasta que se casaron después de la curación de Ricardo, convencido de su decisión. Lo hicieron hace 12 años en la iglesia evangélica Misión Carismática Internacional, donde Ricardo era miembro activo. Pero hace dos años abandonó su carismática casa matrimonial debido a la presión que sentía para conseguir almas secas y vacías: lograr la meta de 24 personas al mes, para un hombre como él —en proceso de acomodación emocional— era una carga descomunal.

Inmunodeficiencia del milagro cuando las ovejas —que son alrededor de 100—, de la iglesia Fuente de Vida, ubicada en el segundo piso del afamado comercio de San Andresito de la 38, se apretujan los domingos en la mañana para escuchar las prédicas de su pastor, con el fin de eliminar alguna simple gripa o hasta a un cáncer. Ricardo fundó y dirige esta iglesia, que cuenta con unos grandes ventanales transparentes cuyos costados soportan la aglomeración de feligreses, todos en sus sillas blancas Rimax sobre un piso de baldosas blancas. Ellos atienden entusiasmados desde hace dos años las parábolas de su pastor, Ricardo, porque el llamado de Dios es irrevocable; ese llamado es la sensación de una impaciencia espiritual y una sed de deuda celestial. En esta iglesia, que abre sus puertas los domingos, jueves y sábados, también se han producido milagros muy variados, como el de una señora de elevada edad, que había sufrido un mes atrás una trombosis y a mitad

de una oración al unísono, se paró de su silla de ruedas y caminó a tientas, según cuenta el pastor.

Aunque a Ricardo no le falte su desayuno bíblico, me confiesa que todavía se le presentan tentaciones paganas —a pesar de que ya ha desechado por completo las ganas de Quipitos, inclinadas al deseo sexual por los hombres—, de las cuales desiste por amor a Dios y por respeto a su familia y, por supuesto, a su iglesia. Actualmente no se dedica sólo a realizar charlas —que prepara en su blanco computador marca Compaq—, también cada vez que su agenda se lo permite viaja a ciudades venezolanas, como Valencia o Caracas, donde visita iglesias evangélicas y dicta conferencias que basa en su propia experiencia de recuperación.

Cuando se le pregunta por una frase que pueda definir su presente, afirma sin vacilación: *"Hijo de Dios"*, porque es lo único que tiene claro. Si él hubiera tenido la opción de elegir su pasado lo omitiría totalmente, aunque según él y la sagrada escritura, finalmente: *"Todo obra para bien"*.



# A Estela no le gustan los 5 de julio



**Miguel Ángel Hernández Martínez\***

*mahernandezma@unal.edu.co*

—...Eeeso, perrohijueputas, sigan así que después los matan. Y después quieren que ni mierda. Já! Los veré después comiendo mierda aaaajajaja. Con la autoridad no se metan, hijueputas.

—Encierren a esa perra...

Lúcida como la cordura, expiraba al viento la locura, elocuente declamatoria de madrazos a una pareja de 'ñeros' que fueron a averiguar por un parcero suyo a la estación de Policía de Suba.

Digo yo que eran 'ñeros' porque así como mucha gente —tanta que no alcanzaría a nombrarla— he aprendido a clasificar tipológicamente a las personas, y lo hago muy bien. Hay unos como Elkín Fiallo, por ejemplo, tatuados con demonios, monjas prostitutas y otras bestialidades por todo su cuerpo —el de él es el logotipo de *Mayhem*, su banda favorita, y se lo hizo tan grande que le ocupa todo el pecho—, vestidos con ropas más negras que la misma muerte, chaquetas de *jean* entintadas con blasfemias de ateísmo escolarero y botas pesadas y de tortuoso cuero que compran en los almacenes militares de la calle novena. A este tipo de gente la he catalogado como 'satánica'. Hay otros, en cambio, cuyas cachuchas parecen desafiar la gravedad al verse como levitando sobre sus cabezas; la visera que les oculta medio rostro y un áureo mechón que descuelga serpenteando cual el río Bogotá sobre sus mejillas. Anchas sus ropas como si por asco prefirieran estas no tocarles el cuerpo; a la vez que las jovenzuelas, despojan de su vientre toda prenda que impida a las miradas morbosas penetrarlas por el ombligo. A este tipo de gente la he catalogado como 'ñera'. Por eso, la pareja de aquella noche, era sin duda una pareja de 'ñeros'.

—Eso, coma mierda, no sea metida loca malparida...

▷ \* Estudiante de Antropología de la Universidad Nacional.  
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

Tengo, sin embargo, y como es normal, serios problemas en mi inventario de personas. Muchos llaman loca, incluso yo por costumbre y comodidad también, a la señora que por nombre tiene Estela. Pero ¿cómo clasificar la locura?

Anda como amortajada entre dos cobijas grises, una más corta que la otra y un chal rojo de cuadros escoceses arrastrándose por el piso. Mi abuela, recuerdo, se levantaba de la cama con una “cuatro tigres” encima de la ruana para ir al baño a hacer chichí todas las mañanas a las cinco en punto. Mi familia, por eso, nunca la llamó loca. Ni siquiera hoy, cuando de su razón ha empezado a huir se atreven a llamarla así, prefieren decirle ‘senil’.

Estela deambula con los zapatos rotos, unas botas medianas de cuero negro que una caneca de basura le regaló hace año y medio. Tengo un par de amigos, y otros conocidos, amigos de mis amigos, que rompen con gusto sus *Converse* o se ponen los más viejos y andrajosos zapatos de sus papás. Pero no por esto les dicen locos, aunque menos no quisieran. Ellos, por ahora, se hacen llamar Emos, porque luego, cuando desfallezcan en su intento por enamorar a la muerte, cuando la tristeza de sus ojos ensombrecidos se desvanezca y cuando la androginia escape de las posibilidades de su cuerpo, volverán a buscar qué ser, haciéndose llamar de otra manera.

Dichosa se arropa la cara con su pasamontañas verde, estilo paramilitar, incluso cuando el sol derrite los chocolates de doña Mary. Casi que puede verse cómo el calor le empaña las pupilas, pero ella es terca y no deja que nadie se lo quite. En algún tiempo, cuando en el imaginario colectivo no se concebía otro lugar turístico que Girardot, tuve por desgracia la fortuna vivir allí durante un año. Mas fue imposible adaptarme a aquellas bárbaras costumbres, según las cuales para ser aceptado había que ponerse bajo la sevicia del estío, el gorro de lana que algún tolimense tejía y el que todos compraban creyendo que era un *Nike* original. Casi salgo apuñaleado por antipático y desobediente. Si en mi barrio “lo último” fuera usar pasamontañas estilo serrador, seguramente antes de cualquier cosa, todos dirían que la vieja está a la moda.

Siguieron tiempos funestos, de ruinas y desórdenes alimenticios, en donde la obsesión descontrolada por coleccionar compactos estuvo a punto de volverme anoréxico. Casi que mi pueril aspecto se desgastaba al ritmo de mis Croydon, cuando recorría las interminables filas de baldosas de concreto para ahorrarme lo del bus y resumía el “corrientazo” en una empanada de hojaldre para embolatar el hambre. Todo por llegar el viernes con una nueva joya de metal colombiano. El sábado temprano prendía la grabadora y girando hasta el tope la perilla, me revolcaba entre las colchas escuchando *Cortejo Fúnebre* y se me erizaba el bozo con el magnetismo del micrófono cuando cantaba *Pogotá*. Luego entraba desesperada mi mamá golpeando la puerta con los puños, de la misma manera como yo le pegaba al colchón cuando sonaba *Dios ha muerto*, y gritándome como gritaba *Manitú*, me mandaba cambiar esa “música de locos”. Que le cuente Estela qué música escucha ella, para que se dé cuenta de a cuántos les gusta lo mismo.



Indignada, suele quebrantar el silencio de la noche cuando algún 'ñero' imprudente se atreve a desafiar la autoridad, porque ella, recostada sobre uno de los muros que limitan la estación de Policía, tiene como oficio defender a los policías de los hijueputazos que lanzan punzantes como un puñal, los visitantes de los detenidos ante la indolencia del teniente. No olvido cómo un día mi padrastro reventó a golpes a un latonero oportunista que, al presentir la soledad de mi mamá, quiso robarle los repuestos del Chevrolet Chevette Coupé modelo 83 que hasta hace poco tuvimos. Admiraba perplejo el escandaloso tropel y cada grosería del cucho seguida de un puñetazo, me llenaba de arrogante orgullo. Me volví popular en el colegio y dejaron en el recreo de robarme las onces. ¿Cuál loco? Todo un varón. De ser el escándalo y la grosería síntoma de locura o indicio para reconocerla, las cantinas, balnearios, moteles, billares, escuelas, inquilinatos, prostíbulos y pasillos de centros de convenciones, estarían sólo concurridos por sordomudos. El resto, estaría en Sibaté pasándola mejor.

Pero el viento no es solo para Estela el transporte de sus madrazos, es el que casi siempre escucha sus reflexiones, se aguanta los regaños y se enreda en esas complicadas discusiones. Incluso a veces pareciera aconsejarla, porque hay momentos en que ella, conteniendo la respiración, se ahoga en un silencio absorto que casi siempre interrumpe la inoportuna curiosidad de algún 'ñero', esos payasos que no hacen sino molestarla. La gente pasa y con extrañeza se ríe del solitario escándalo. Pero yo, ahora que le tengo cierta admiración, decidí vengarla aún sabiendo que nunca me lo va a agradecer, riéndome de cuanta persona habla sola mientras camina, de cuanto ejecutivo manotea cuando se sienta a tomarse un tinto y de cuanta señorita sonríe y se estremece por los recuerdos cochinos que le llegan por el reflejo de las ventanas del bus. Empecé hace cuatro días y ya me he reído como de cien personas. Yo no entiendo de qué se extrañan.

Hoy, 5 de julio, vi a Bogotá vestirse de blanco, cuando de ese color le dijeron que se vistiera. La vi moverse. La muchedumbre se levantó como los pañuelos que agitaban las manos adoloridas de los ancianos más pobres. Y comenzó la diáspora. Marcharon porque les pidieron que marcharan. Pero también les ordenaron detenerse y toda ella se detuvo. Las tabernas, los hospitales, las grandes industrias, las microempresas fracasadas, las busetas. Mas cuando el bus en el que yo iba frenó en frente de una escuela militar, vi que ninguno allí había marchado. Ni siquiera protestaron porque, seguramente, tienen orden de estar de acuerdo con la guerra. También obligaron a los de Transmilenio a pitar, y todos por voluntad propia hicieron sonar sus bocinas, mientras las voces ya temblorosas repetían como el eco, el primer grito del líder que imponía la frase. El pueblo se sublevó cuando le avisaron que ya era hora. Pero Estela no marchó. Esperó mejor que su radio anunciara el fin de la comedia, así como también sigue esperando que algún día a alguien se le ocurra decir con voz colectiva, que ya no aguantamos más la pobreza. Ese día, estoy seguro, Estela marchará, y se levantará como lo hicieron hoy las masas, y gritará, y llorará, y satisfecha, esa misma tarde se recostará en el andén que por la noche le sirve de cama.



# Viviendo en el silencio de un disparo



**María Fernanda Bello Bello\***

*maffesoli@gmail.com*

El pasado lo lleva en sus venas y es ahí donde la muerte se conjuga con la vida. “*La muerte es lo único seguro que tengo*”, ríe cínicamente mientras mira a través de una nube de humo que produce su cigarrillo. Tiene 20 años, pero parece viejo, y a pesar de que sufre de leucemia, su pasado lo mata más rápidamente que su propia enfermedad.

Su nombre es Martín, vive en el norte de Bogotá, en una casa de arriendo, junto a su gato Lerner y a su madre Beatriz. Vive en un lugar que recuerda el pasado: hay almanaques vencidos; alguno que otro recordatorio olvidado con el tiempo, en el bifé hay una foto de cuando era chico, un perfume azul barato, un vaso desechable lleno de ceniza, una barra de incienso a punto de acabarse, fichas de *Anime* de *Dragon Ball* y Caballeros del Zodiaco. También una colección de botones de *Jack*, de bandas de metal, de rock Neo, pero sus favoritas son las muñecas Manga. En su cuarto, sobre la mesa de noche, está la colección de música y películas de vampiros, de comedia americana y unas tantas infantiles. En la cama pequeña, unos ositos que el tiempo ha desteñido parecen ya fantasmas; la imagen del televisor no deja de saltar, huele a humedad mezclada con cigarrillo y trago.

Su ropa negra suele ser siempre la misma, aunque la combina con unos *jeans* apretados, correa de taches, medias remendadas, tenis desgastados y chaqueta negra. Usa gafas baratas, *Axe Touch*, gelatina en bolsa de \$100 para su cabello, y en su maleta, unas cuantas muñecas dibujadas con corrector de esfero.

Su madre es una mujer de casi 60 años y se nota en su rostro que la felicidad no ha sido parte de su diccionario. “*Hecha a la antigua*”, apunta Martín. Ella es la cabeza de la familia y ha sufrido para tener con qué vivir y para sacar a su hijo adelante; obligado por ella,

►► \* Estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad de la Salle. 18 años. También estudia Tecnología de Gestión Humana. Taller de Usaquéen.

Martín validó el bachillerato, pero nunca terminó. Nacida en un pueblo de Cundinamarca, tuvo un padre machista, de esos que cogían el látigo para tener respeto. Y por eso nunca se casó. Es una gran mujer, y si la vida le hubiera dado una oportunidad habría llegado lejos, y quizá habría conocido la felicidad, pero no es así: trabaja y trabaja, jamás descansa.

### ♦ La primera venganza

Martín conoció a su papá cuando cumplió 14 años; entonces supo que debía vengarse porque procedía de una humillante violación: su papá era el medio hermano de su mamá. Nunca lo quiso, nunca se preocupó por él, sólo le importaban el dinero y las mujeres, administraba lotes de siembra, bebía sin parar y al parecer tuvo muchos hijos que nunca reconoció. Así que fue el primero en caer en las manos de este joven asesino. *“Fue en una finca por el camino a Girardot, y no me remuerde en lo absoluto”*, dice Martín.

Ahí comenzó todo. Luego se adentró en ese mundo bajo y oscuro por Pablo, un amigo que conoció en uno de sus colegios, porque eso sí, pasó por muchos y nunca terminó el bachillerato. También conoció a tres amigos que no pasaban de su edad, 15 años. Sus juguetes no eran más los inofensivos objetos de plásticos infantiles; eran armas con las que se podía jugar a la ruleta rusa. En esa práctica mortal cayeron algunos de sus amigos, que se suicidaron frente a ellos, muchas veces aburridos o con crisis existencial. La muerte era un descanso para estos jóvenes condenados por sus circunstancias.

Su vida en ese entonces consistía en halar el gatillo y esperar un tiempo a tener otro “morraco” (muerto) para sumar a su lista y aumentar el respeto entre sus compañeros. Los de “la limpieza” le ofrecían trabajo, buen dinero y un cargo alto, pero nunca trabajó con ellos porque sus horarios y requisitos eran exigentes y porque ese estilo de vida le parecía muy complicado. *“Es como ser un animal”*, medita Martín. “La limpieza” es una organización secreta que elimina bajo supuesta ley los excrementos de la sociedad, pero es tan secreta que muy pocos la han escuchado; allí trabajan personas llamadas N.N que no tienen documentos ni familia ni amigos, nadie los conoce, nadie sabe de ellos y, si mueren, a nadie le importa. *“Es toda una sociedad secreta, amparada por la ley”*.

Aunque el grupo de Martín no era muy diferente: ellos hacían caso a cualquiera que quisiera vengarse, a cualquiera que tuviera dinero. Vendían la muerte de los demás, pero Martín decidió seguir trabajando con sus amigos porque así vivía mejor y podía gozar de mayor libertad. Sólo una vez casi lo coge la Policía; con el tiempo se volvió tan experto que ya no dejaba rastro. Finalmente, entre todos adquirieron una moto, el regalo más grande que pudieron darse porque así era más fácil el desplazamiento y reducían sus gastos. Con la experiencia acumulada, le bastaba una foto para comenzar la labor de inteligencia que duraba uno o dos meses y consistía en estudiar al personaje, su oficio, sus salidas, hasta llegar al día de la esperada muerte. El dinero oscilaba entre uno a cuatro “palos” (millones), eso sí, dependía de cómo lo quería el cliente y de cuánto tiempo se necesitaba para “hacer la vuelta”.

*“El dinero llega fácil y así se va; no es tanto lo que se gana, pues en las balas, la investigación, la gasolina y el seguimiento se gasta bastante, sino que lo que ganábamos lo botábamos en una noche en trago, porros, cigarrillos, apuestas...”. Recuerda que cuando iba por las calles con los bolsillos llenos de plata, dejaba a los mendigos un billete de 20 o de 50, porque ellos lo utilizaban mejor que él. Pronto el silencio lo pasma, sus manos se juntan en torno a su rostro, le llegan imágenes de malos momentos, como el error más grande de su vida, ese que todavía lo estremece: “Ver a los ojos a dos personas que vas a matar”, y aún siente su presencia mirándolo, a toda hora y en todo lugar; quizá por esto vive cada día como si fuera el último.*

### ♦ Amores atravesados

Su vida amorosa era normal. Duraba desde una semana hasta muchos meses; pero su voz cambia cuando habla de Paola, de 17 años, con rostro medio oriental, delgada, alta y muy linda. *“La relación con ella fue muy especial, decía que me amaba, pero yo no le ponía mucha atención”, dice como si tuviera la culpa de lo sucedido. “Un día me iban a matar, y yo en ese entonces andaba en el parque de uno de los barrios aledaños al de ella; estábamos comiendo helado, cuando sentí el ruido de una moto cerca de nosotros, volteamos nuestras cabezas y se encontraban a unos cinco metros de distancia, fue una escena caótica; uno de los hombres sacó un arma y me apuntó. Paola se interpuso delante de mí casi con la misma rapidez con que la bala atravesó su corazón. Me inundé en pánico, conocí el dolor de la muerte, me fui saliendo de esta vida, el peso de las otras muertes cayeron sobre mi corazón, en mucho tiempo el silencio valía más que cualquier palabra o acción».*

Con el paso del tiempo hizo una apuesta con sus amigos por cuadrarse con una mujer recién llegada al barrio. Martín fue el ganador; al principio lo hizo por ganar la poca plata apostada, pero luego esa mujer se volvió su mayor apoyo; peso que tenía en el bolsillo lo invertía en ella, cualquier segundo era para pensar en ella. Lo era todo para él, por ella moría y por ella vivía. A los cinco meses de novios, ella quedó embarazada y abortó sin su consentimiento. Golpeó en su casa y le llevó una bolsa transparente metida dentro de una bolsa de basura con el cadáver del feto. Las cosas no iban bien porque se la pasaban discutiendo, y al saber que la persona que amaba le era infiel y había matado a su hijo se llenó de desesperación.

Buscó veneno, el más fuerte y efectivo del mercado, pero por casualidad un vecino allegado se dio cuenta, lo siguió por un camino que nadie tomaba hasta un lote deshabitado, donde había vacas y uno que otro perro de esos asesinos, saltó la reja que separaba a la calle del lote, pero el otro muchacho llamó a la Policía. La patrulla llegó pronto. Martín se dio cuenta y siguió tomando el veneno mientras corría, pero cayó en manos de los agentes que lo llevaron al hospital para que lo desintoxicaran. Estaba solo, pues su mamá se encontraba de viaje y se enteró cuando ya había salido del hospital.

♦ ***“El dinero llega fácil y así se va”***

Pablo se metió con el comercio de droga y de armas. Sus oficinas eran bares, de apariencia normal, pero detrás de la barra había una gran caleta en la que se hallaba de todo para todos; recintos en los que la oscuridad, en medio de juegos de luces y de sonidos electrónicos, oculta a la Bogotá ilegal. Negocios fructíferos, y vuelve al recuerdo la frase de Martín: *“El dinero llega fácil y así se va”*. Allí va toda clase de personas, y hasta la Policía pasa por su vacuna: una botella de whiskey y varios fajos de billetes que van de un “palo” para arriba. *“Siempre es la misma historia»*, dice Martín con resignación, ya que le tocó por necesidad trabajar para Pablo. *“Una guacharaca (arma) semi legal oscila entre 500 mil y un palo, pero eso sí, se pueden encontrar más baratas, con papeles falsos y con más de seis morracos encima”*, apunta entre risas, como si recordara la cara de babosos de los compradores. *“Van desde pelados, hasta ya casi cuchos, y en su mayoría coleccionistas”*.

*“La droga es la que fluye como agua en el río, pues se encuentra desde mil pesos, que son pocos gramos de cocaína, mezclada con cualquier tipo de polvo en gran cantidad, hasta el precio más inimaginable que se tenga, claro está, dependiendo de la cantidad y de la calidad. En uno de los bares un día hubo un atentado, de los tantos que se producían en las noches, proveniente de uno de aquellos comerciantes de droga, porque hubo un malentendido, entonces, el que recibió el impacto fue uno de nuestro anterior grupo, cayó por el impulso de una bala y lleva más de un mes en coma. Es casi un hermano para mí”*, comenta como si no pudiera salir de un mal sueño.

Pablo se aburrió del negocio de los bares por la cantidad de problemas y los vendió por una gran suma de dinero, ya que estaban muy acreditados. *“No andábamos tranquilos”*, cuenta Martín. *“Se siente que todo lo que uno hace es malo, hasta el mismo hecho de salir a la calle, de coger un Transmilenio; ya no se puede hacer lo que hacía antes. Lo único seguro en mi vida es la muerte, por ella vivo cada día, ella es mi rey y mi dios; la que se lleva a todos por igual y a nadie discrimina”*. Eso es lo que espera Martín, morir. *“Esa es mi soledad, echo veneno sobre otras vidas, era eso lo que quería y en eso me convertí, tristemente”*. Pablo se fue del país y Martín decidió acabar con su vida pasada; aún hay personas que lo llaman para que vuelva a ser lo que fue. Pero vale más el arrepentimiento y su palabra, que volver a ahogarse frente a su sueño de estudiar medicina.

# Monólogo de ‘El Babillo’



*Cristian Mora\**

Fue hace siete años. En agosto de 2000 recibí una llamada de mi mayor en la que explicó sin rodeos la misión para la que me había elegido: infiltrarme entre la indigencia del Cartucho para dar con el paradero de unos capos que traficaban con armas para luego venderlas a grupos de paramilitares y de guerrilla.

¿Qué pensé? Nada. No tuve tiempo para pensar. Pasaron a recogerme en un carro blanco dos compañeros del Centro de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército. Eran como las 2:30 p.m. Comí en el camino hacia el centro todo lo que pude. No era difícil imaginar que pasaría hambre.

Íbamos rumbo al corazón del Cartucho, por el Bronx, bajando por la 19, entrando por la 13. Antes de que hicieran el parque del Tercer Milenio. En esa época apenas empezaban a tumbar todo ese infierno, a desalojar a la gente.

Cuando el carro se detuvo en un semáforo pensé en la aventura que comenzaba. El carro paró más adelante, a unas cuadras del Cartucho. El disfraz ya estaba escogido. Mis compañeros recogieron ropa en la calle y la pusieron ahí frente a mí. Me llegó un olor asqueroso, a pecueca, que salía de esos *jeans* azules y de aquel buzo manga larga con capota azul y un indio de Cleveland estampado en la espalda. Lo recuerdo todo muy claro. Me vestí con el *jean* roto en la pierna izquierda y el buzo con capota azul. Con carbón y betún me pintaron la cara para dar aspecto de suciedad. También traían una peluca muy sucia, desechable, con chicles enmarañados en los jirones de pelo, untada de boxer. Me calcé unas zapatillas marca *Converse*, de color rojo, muy rotas y deslenguadas. Para que no se me cayeran los pantalones los sujeté con una cabuya y me abrigué con una chaqueta despedazada.

▷▷ \* Estudiante del colegio Valles de Cafam, Usme.  
Taller de La Marichuela.

No me reconocí al verme en una vitrina. Era otro yo. Unos graffitis vulgares por todas las paredes saludaban y daban la bienvenida a aquel mundo. La primera persona con la que hablé fue un niño no mayor de 12 años. Lo saludé y me invitó a su cambuche. Ya oscurecía y me ofreció un vaso de agua caliente. No tenía más nada que ofrecerme. Comenzaba a entender como era la vida de un indigente.

Busqué un lugarcito donde recostarme. El mal olor y el frío reinaban; era espantoso. Dormí sobre un cartón que encontré tirado y sentía cómo pasaban las ratas por encima. Eso fue aterrador. Pero psicológicamente no debía perder el control, porque para ellos las ratas son parte del paisaje, así que podían descubrirme si me asustaba.

Al amanecer salí a caminar, debía entrar en contacto con el grupo que traficaba armas lo antes posible. Entonces apareció un "parche". El "parche" uno se lo gana con inteligencia. La cosa comienza con una invitación a probar vicio. Nunca había probado la dichosa marihuana así que el temor era volverme drogadicto, porque uno escucha que por consumirla dos o tres veces puede caer. Cuando me pasaron el bareto me atoré y a ellos se les hizo extraño. Pero lo controlé. Lo que uno siente con la marihuana no se puede describir y para entenderlo hay que probarla. Luego te invitan a robar.

—*Quiubo perro, ¿qué tal?*

—*¿Qué? bien o no? me va regalar la pata?*

—*¡Nos vamos a conseguir la liga!*

—*Quiubo, listo, pa' las que sea, qué como es...*

—*No, pues que vamos a ir a conseguirla.*

Entonces me pasaron una navaja y nos fuimos detrás de un señor.

—*¡Quiubo, cáigale a ese perro!, me dijo uno de los del parche, quítele lo que lleve.*

Les dije que mejor me acompañara, que entre dos era más fácil. Le "caímos" y le quitamos lo poco que llevaba. Todo lo que robé en esos días se lo entregaba a ellos, que me surtían de marihuana y bazuco. La verdad es que allí no hay grupos constituidos. Ellos son una sola familia y entre todos se cubren. Cuando pelean unos con otros es porque se "falsean el robo", que no son honestos al repartir el botín. Me tocó atracar. Uno tiene que demostrar eso para ganarse la confianza. En esas calles al que dé papayazo le caen entre dos o tres; los parches con los que anduve alcanzaron a apuñalar a dos personas.

Mi nombre era 'El Babillo'. Se me vino a la cabeza cuando entré al Cartucho y recordé una canción que sonaba en mi pueblo. La canción era sobre el barcino, pero yo era niño y cantaba 'El Babillo'. Allí nunca se llaman por el nombre sino por el alias.



Por las calles del Cartucho sólo veía gente inhalando bóxer, bazuco. Peleando unos con otros a cuchillo. La vida no vale mucho. Vi gente con heridas llenas de gusanos. Impresionante.

Al cuarto día llegué al sitio donde estaban los que vendían las armas. Tenía el perímetro en el que traficaban por información de inteligencia. Hablando con unos y otros di con el lugar. Fueron cuatro días en los que viví haciendo del cuerpo frente a la gente, con los ratones y las cucarachas pasando por encima y por debajo, comiendo pedazos de huesos de pollo sacados de bolsas negras. Recuerdo que al segundo día, un muchacho rompió una bolsa, sacó un pedazo de pan y me lo pasó. Me tocaba comer eso, ellos comían y decían: "*Tome, perro*", y pasaban un pedazo.

Yo iba preparado psicológicamente para eso. En el Ejército, desde que nos incorporamos nos enseñan que el que domina la mente domina el cuerpo. Cuando la mente piensa, el cuerpo no sufre. Todo está en la mente. Todo es psicológico.

En este mundo no hay nada imposible, sino personas incapaces, me decía mi abuelo, que murió hace ocho años. Según él, todos podemos hacer cualquier cosa, lo que pasa es que nos ponemos barreras y no hacemos sacrificios. En ese recuerdo encontré coraje y valentía.

Algún día estaré orgulloso de lo que soy. He estado en partes donde otros han evitado estar. Las armas se incautaron, pero son noticias que no salen al aire en los noticieros porque con tanta delincuencia no podemos darnos a conocer. Todo fue secreto. Se hizo una redada con DAS y SIJIN; se dieron de baja como 9 personas.

¿Lo primero que hice cuando salí del Cartucho? Correr a ducharme. Tardé como dos horas y vomité lo que no había vomitado. En ese momento me puse a pensar en lo que pasé esos cuatro días. Los especialistas del Ejército que me esperaban, tomaron pruebas de sangre y otros exámenes. También me esperaban unos psicólogos. Luego me dieron una medalla de honor por el valor.



# Una modelo de Grau en el Restrepo



**Natalia Porras Bonilla\***

wiccanatalia19@hotmail.com

*"Mis pómulos salientes y un pequeño huequito en mi mejilla izquierda; mi cabello negro y mi cuerpo macizo".* Estas características fueron las que conquistaron al maestro Enrique Grau, quien eligió a Luz Marina, una indígena de 14 años, entre 20 modelos altas y refinadas mayores de edad. Fue allí cuando la vida de esta mujer tomó un rumbo diferente al de la mayoría de indígenas. A partir de ese momento se convirtió en una de las "Ritas" de Enrique Grau.

Luz Marina Ducuara Aroca, quien actualmente tiene 66 años, pertenece a la comunidad indígena Ambika de los Pijaos. Aprendió medicina homeopática aprovechando el saber tradicional de su etnia, mucho después fue Consejera de Planeación Local en la localidad de Antonio Nariño y actualmente trabaja en la oficina de Mujer y Género de la Alcaldía Mayor de Bogotá. Y aunque ha hecho muchas más cosas en su vida, lo que la dio a conocer fue haber sido modelo y gran amiga del maestro Grau durante 24 años.

A los siete años Luz Marina conoció Bogotá por una tía suya, quien pensó que lo mejor sería que estudiara en la capital. Cuando llevaba dos años de carrera en Bellas Artes en la Universidad Nacional conoció al maestro, quien la convirtió en su modelo. Cuando recibió su primer sueldo, \$50.000 por semana de trabajo en 1954, dice: *"Imagínate, esta cantidad era mucho, así que chao a la universidad, además tenía que darle lo mejor a mi hijo"*. Así empezaron los años maravillosos de Luz Marina, quien recuerda con orgullo y una sonrisa sincera los momentos que pasó al lado del maestro. Me trae un álbum en donde están todas las fotos, los recortes de periódicos y las fotos de pinturas que Grau le regaló con su figura. *La visita*, *La boa verde*, *Último tango*, y *El Abanico rojo* fueron unas de las tantas obras famosas.

►► \* Estudiante de Biología de la Universidad Nacional.  
Taller El Tintal.

El estilo de Grau ya era muy reconocido por ser uno de los transformadores del arte en Colombia y su estilo era alabado por unos y criticado por otros. La conocida crítica de arte Marta Traba, escribió sobre su obra: *“Presenta un carácter decorativo, es un gran conocedor del oficio y su obra contiene temas idénticos como la figura femenina”*. En otra ocasión dijo: *“La pintura de Grau equilibra el panorama nacional de las artes plásticas y modera los excesos de los jóvenes artistas abstractos”*.

### ♦ Las Ritas terrenales

Ahora, como aseguran muchos autores, *“todas las mujeres de Grau son las Ritas del planeta”*. Son mujeres que parecieran tener una misma identidad: fornidas, sin llegar a ser tan obesas como las de Botero, con pieles generalmente morenas que evidencian la niñez y vida cartagenera del artista. A pesar de sus fuertes cuerpos, siempre muestran una clara feminidad, ya sea sensual, tierna o cotidiana; no obstante, lo que más destaca Grau en sus féminas es el disfraz, la decoración o la amplificación de utilería femenina con collares, lazos y sombreros.

Luz Marina recuerda que las sesiones con el maestro eran muy largas. *“Me quedaba de doce a quince horas en una misma posición, entonces, con el tiempo, empecé a tomar clases de yoga, disciplina que junto con la meditación me permitía pasar el dolor de los músculos por estar tanto tiempo rígida. Y a veces el maestro me hacía levantar para que yo le diera su opinión acerca del cuadro; siempre me parecieron lindísimos”*.

“Y usted, ¿en qué meditaba, en qué pensaba para concentrarse y relajarse?, le pregunto. *“Bueno, yo sólo fijaba un pensamiento que era ver crecer a mi niño y enviarlo a Europa”*, responde.

Luego surge la pregunta más obvia de todas, pero que no me atrevo a pronunciar. Ella la adivina y me dice: *“No, mi amor, lo que me mantuvo tanto tiempo al lado del maestro fue su respeto hacia mí”*. Luego de trabajar para Grau durante 24 años, decidió vivir su vida y no a la sombra del maestro: *“Todo lo que viví con el maestro tuvo un centro principal, que fue mi hijo Alfredo. Yo quería darle lo mejor, entonces le pagué una carrera de Artes en Londres y allí estuvo durante 20 años”*.

### ♦ Saberes pijao envasados

Luz Marina viajó por Europa durante cinco años, y estuvo un año en México. Mientras estaba en ese país vio la noticia de la erupción del volcán que acabó con Armero en 1985, entonces, decidió volver a su país, ayudó a los damnificados y regresó a Bogotá, en donde se instaló definitivamente. Montó cinco farmacias homeopáticas, basadas en los viajes que hizo y en la tradición de los saberes pijao; dos de estas farmacias se abrieron en el barrio Restrepo, una de ellas llamada Mandrágora, la hierba de las brujas o la planta antropomorfa. Actualmente estas farmacias no existen, pero en el segundo piso de su casa en el Restrepo sigue funcionando una.

En el año 2000, la Comunidad Ambika se legalizó. La casa de Luz Marina fue declarada centro cultural para la promoción y valoración de la comunidad pijao. Allí se reúnen 20 familias pijao residentes en Bogotá, aunque la sede principal de esta comunidad se encuentra en Usme. Desde hace un tiempo las comunidades de ambas sedes se congregan para celebrar cada año el Encuentro de culturas y saberes indígenas Minga, el último fue en julio de 2006. Un espacio de diálogo indígena que se realiza en la ciudad con el fin de hacer visibles los saberes ancestrales, la problemática y los proyectos de vida de las comunidades indígenas de Bogotá, organizado por la Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte. Luz Marina dice con orgullo que *“las dos etnias más bárbaras de Colombia son los pijaos y los motilones de Cúcuta, y si no que vea la actitud aguerrida en los partidos de fútbol”*.

Así percibe Luz Marina a Bogotá: *“Es la máxima plaza, yo la adoro porque me impulsó desde muy joven en mi carrera de modelo artístico. El barrio Restrepo, por su parte, es la máxima seguridad, uno puede llegar a cualquier hora y es tranquilo, aunque las calles están abandonadas”*.

Hablar con Luz Marina, no es solo encontrarse con un pedazo de la historia de Bogotá, la obra del maestro Enrique Grau o enterarse de las tradiciones indígenas; ella es una mujer con calor humano, inteligente y práctica, que prefiere ahorrar mucho y privarse de lujos. Le encanta contar su historia, que ha vivido de un tirón, dice ella, pero que la hace sentirse totalmente realizada. Aunque ya no es tan famosa como en otras épocas, todo el tiempo emprende proyectos, trabaja siempre para su comunidad que lleva en su corazón, porque como ella misma dice: *“Yo sé que dentro de mí hay una joven de 20 años”*.

Cualquiera que entre a su centro cultural ubicado en carrera 20 No.19-21 sur, al respaldo de la plaza de mercado, podrá degustar de una bebida agria como la chicha pijao acompañada de la sonrisa amable de una memorable mujer, eternizada en las obras de Enrique Grau. O si lo prefiere, búsquela en las paredes de alguna galería o museo. Allí, pintada sobre un lienzo, está también Luz Marina. O pásese por el Parque Nacional y encontrará a una impetuosa vigilante en la esquina de la 39 con séptima.



# El hombre que le canta a Bogotá



Ángela Cristina Villate Moreno\*

angie\_villate@hotmail.com

Don Pedro Medina Avendaño ha vivido la historia de Colombia por más de 90 años. Nació en Cóbbita, Boyacá, en junio de 1915, y hoy es casi una leyenda por haber compuesto cantos que expresan el sentir de los pueblos. Escritor, poeta, abogado de la Universidad Nacional, es autor de los himnos de Boyacá, del Partido Liberal, de la Universidad Libre y de la capital cachaca. Es una persona amable, disciplinada, con un excelente sentido del humor y, como buen géminis, un gran conversador.

Llegó a Bogotá por primera vez en 1937, con ayuda de su tutor en Tunja, Ernesto Meléndez Sandoval, a los 22 años y comenzó sus estudios de Derecho. A pesar de la ausencia de sus padres desde los cinco años, don Pedro siempre estuvo rodeado de personas que lo encaminaron a la vida académica y a una formación personal en la que primaban los valores.

Bogotá es como el río Magdalena, porque así como allí desembocan decenas de riachuelos y lagunas que fortalecen su cauce, aquí llegan cientos de personas, estudiantes y trabajadores foráneos que, como don Pedro, ayudan a forjar una ciudad que crece a diario, *“con la que uno se va encariñando con el tiempo, porque al fin y al cabo esta ciudad me recibió con los brazos abiertos”*, dice.

“El maestro”, como es llamado por quienes están cerca de él, tiene la facultad de convertirse en un amigo incondicional. Es de una contextura grande y gruesa, su cabello blanco inspira respeto, sus manos son fuertes y en la mirada se le puede descubrir la picardía de un niño. Camina lento, pero firme, y su lucidez y memoria ilimitadas serían la envidia de cualquier estudiante universitario. Le gusta encontrarse con sus amigos en los cafés ubicados en la carrera séptima con 17; tertuliar sobre poesía, política, amores, en fin, todas

▷▷ \* Estudiante de Derecho de la Universidad Libre.  
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

esas historias que se esconden bajo el olor que expiden las grecas y se esfuman entre la nube espesa de los cigarrillos.

### ♦ Su musa capitalina

Tener como musa a Bogotá para escribirle un himno, cuando decidió participar en la convocatoria de escritores en 1973 no debió ser tarea difícil para don Pedro, quien compone versos desde la escuela. Los más reconocidos poetas y escritores de la época aspiraban a este premio, que además del reconocimiento literario, otorgaba un significativo monto de dinero. Los jurados buscaron una composición armoniosa, histórica, pero a la vez que pudiese perdurar en el tiempo suscitando el fervor patriótico de los habitantes de la capital. La composición ganadora fue la de este boyacense, que entre sus estrofas tiene versos como:

*“Blanca, estrella que alumbra en los Andes*

*Ancha senda que va al porvenir...*

*.. Caros, Cuervos y Pombos y Silvas*

*Tantos nombres de fama inmortal*

*Que en el hilo sin fin de la historia*

*Les dio vida a tu amor maternal”*

Y así las voces repetirán por siglos *Bogotá, Bogotá, Bogotá*.

El himno fue adoptado por el Decreto 1000 de 1974, como himno oficial de la capital de la república de Colombia.

### ♦ Amigo y alumno de Gaitán

Don Pedro tuvo la fortuna de ser alumno de uno de los personajes que marcaron la historia de Colombia, del caudillo amigo del pueblo, Jorge Eliécer Gaitán. *“Recuerdo que el doctor Gaitán fue mi profesor de sociología criminal; como en todo lo que hacía era una persona comprometida, especialmente en su rol como maestro. Por esta época Gaitán había llegado de Roma, donde había sido alumno del gran Enrico Ferri. Cada vez que empezaba sus clases podía verse en él un hombre amable; el primer día nos contempló, tomó su cabeza a lado y lado de la sien y exclamó: ¡Que haré yo para llegar a vuestras mentes!”*

Oír a Gaitán en las plazas públicas, juzgados o cátedras de sociología criminal debió haber sido todo un espectáculo por sus dotes de orador electrizante. *“Mantuvimos una relación estrecha, tanto así que graduado yo como abogado empecé a trabajar con él en su bufete de abogados penalistas. A finales de marzo de 1948 el doctor Gaitán me llamó; tenía que asumir un caso en Cúmbita sobre el asesinato de tres campesinos en un combate con la Policía, en*



*donde probablemente el autor intelectual era el párroco del pueblo. Días después viajé a Cómbita, pero la noticia de la muerte de Gaitán se disparó como plomo. Recuerdo que hubo una sublevación total del pueblo; yo participé en esa manifestación."*

—¿Y el caso de los campesinos?

— *"Quedó en total impunidad. Después del asesinato nadie quiso hablar..."* Y añade: *"Cada vez que hablo de don Jorge Eliécer, es inevitable recordarlo con estos versos que compuse para él"*, y de inmediato recita las líneas escritas en la placa que se encuentra en la carrera séptima con trece, en homenaje al caudillo:

*"Como en el día el trueno del torrente  
y en la noche cual mar el oleaje  
Jorge Eliécer Gaitán, nadie te olvida,  
Nadie puede borrar de la memoria  
Las hazañas y sueños de tu vida.  
En el cero mostraste el infinito  
En el pueblo la rueda de la historia  
No eres la voz del pueblo, eres su grito"*

### ♦ Los amores de don Pedro

"El maestro" se define como un vencido en la batalla del amor, seducido por el encanto de las mujeres hermosas. Recuerda con gusto aquellas damas que ocuparon su corazón y que en su tiempo fueron cortejadas con la finura y tierno romance de un poeta. Suspira tan hondo que da la sensación de que en un chorro de aire hubiese regresado a su ya lejana juventud.

*"Mire, hubo tres mujeres en especial que me marcaron. Una, la dama más exquisita y pasional del mundo, vivimos juntos por dos años después de que se separara de su primer esposo, ¡fueron épocas para enmarcar!, la recuerdo aún con su semblante siempre firme, con una mezcla entre romántica y tierna. Las cosas no funcionaron así que cada cual decidió tomar su rumbo. La segunda, una mujer demasiado intelectual, igualmente hermosa, fue la primera abogada de la Universidad Nacional, Gabriela Peral, antioqueña, rebelde, intransigente en todo lo que hacía; Gabrielita es de esas que lucha toda la vida, que no se vence tan fácil, es sinónimo de entrega. Y la tercera, aquella que atrapó mi corazón definitivamente, la conocí a través de su hermano; una santandereana dulce y enérgica, viene de una familia de músicos, la magia de todo su ser es capaz de cautivar a cualquier hombre, Sofía Torres, la mujer con la que llevo casado casi 60 años con la que tuve 5 hijos y con la que aún comparto la dicha de despertar cada mañana".*

—Don Pedro, ¿existe el amor?

—*“Claro que sí”.*

—Y, ¿cómo es?

—*“Eso no se puede definir, aún el verso más armonioso quedaría inconcluso”.*

Don Pedro vive con su esposa, su hija Isabel y su nieto en una casa de Chapinero. Ha dedicado su vida a la literatura y al derecho, no se cansa de componer versos y tiene el alma de niño inquieto. Luchador que guarda a un ser noble e intelectual, de espíritu combativo. Todo un romántico. Así es el hombre que le canta a Bogotá.

# Bogotá sin piernas, sin ojos, sin oídos



**Juan Pablo Tovar Sierra\***

*juantovar5@yahoo.com*

Luis Antonio Chaparro salía de su casa en el barrio Marco Fidel Suárez, en el sur de la ciudad, a hacer una diligencia en un banco del centro. En la calle, sus pasos eran guiados por su bastón de invidente con el que iba tanteando la ruta. De repente, sintió un vacío y al instante se quedó sin suelo. Lo siguiente fue un “golpazo” en una pierna y en los brazos. Luis se sentía en una trampa, y es que la mitad de su cuerpo había quedado enterrado en una alcantarilla sin tapa.

*“Un par de personas me auxiliaron a salir de ese hoyo, aunque quedé muy resentido de una rodilla”,* cuenta este hombre ciego de 40 años, de cabello castaño corto, bigote y que siempre usa gafas oscuras. Luis Antonio recuerda que le dijeron que podía demandar al Distrito por ese accidente, pero no quiso hacerlo para evitar un pleito legal y ponerse en molestias. Después de ir al médico que le curó algunas heridas leves le dieron cinco días de incapacidad.

Ésta es una de las ocasiones en que Luis Antonio se ha sentido más incómodo y frustrado por su condición de invidente. Y es que para él la falta de andenes adecuados, las calles con obstáculos y en las que hay poco espacio para movilizarse como peatón son su mayor dificultad. *“En este año me he caído unas dos veces por tropezarme con algún hueco, aunque no falta algún estrellón con un bolardo”,* dice este hombre que vive en el barrio San Luis, cerca del Portal de Transmilenio de las Américas.

Hace más de un año y medio ocupa una de las casas de la urbanización de Metrovivienda, donde también ha encontrado dificultades. Algunas de las calles no están pavimentadas, por lo cual Luis Antonio debe caminar con cuidado para no tropezar y en ocasiones, cuando llueve, lleno de lodo camina las ocho cuerdas que lo separan del paradero del alimentador de Transmilenio. Algún auxiliar de Policía le colabora por obligación para tomar el transporte.

►► \* Estudiante de Comunicación Social y Periodismo, 20 años. Universidad Sergio Arboleda. Taller de El Tunal.

## ♦ Pista de obstáculos

A las 9:00 a.m., Claudia Acosta sale de su casa en el barrio San José sur, ubicado a una cuadra de la troncal de la Caracas, acompañada de su hija, quien la lleva en una silla de ruedas. Claudia es una mujer paralítica de 30 años, de cuerpo robusto y cabello tinturado. Al salir de su casa lo primero que encuentran es el angosto andén con un sardinel de unos 50 centímetros de alto. Entonces debe pasar su silla por la calle, donde sorteará los huecos del pavimento como si fuera una pista de obstáculos.

Una llovizna incesante lleva a apresurar el paso a Claudia y a su hija, de 13 años de edad, que sostiene la silla de ruedas con un par de asas. Al llegar a la Caracas continúan por toda la calle y empiezan a movilizarse como si fueran un vehículo más. La madre está pendiente de los otros carros que hay en la vía y le dice a su hija que tenga cuidado. Al llegar a un semáforo peatonal, donde hay una rampa para atravesar la carrera, pasan hacia el barrio El Olaya y siguen su marcha hacia el sur. En algunas partes deben sortear los coches parqueados en la acera mientras vienen otros autos en sentido contrario, dejándoles un margen estrecho para andar. *“A mi siempre me dan miedo los carros, miedo a que lo cojan a uno y lo manden lejos”*, dice Claudia, mirando hacia el frente.

A pesar de esto a Claudia no le parece peligroso circular en su silla por la calle, eso sí, dice que siempre busca movilizarse por vías alternas y no por las principales. Y es que, además, en su barrio hay muy pocos andenes con rampas adecuadas para subir su silla de ruedas. *“Sólo algunos tienen rampa, más que todo en las avenidas por donde pasa el Transmilenio”*, afirma. Tal vez la única dificultad que tiene son los huecos. Alguna ocasión, en un día lluvioso, sin darse cuenta cogió uno de ellos, que estaba cubierto de agua, y una de las ruedas delanteras de la silla quedó enterrada. Ella salió expulsada hacia delante y cayó en el pavimento.

Después de unos veinte minutos de recorrido por las calles y avenidas, Claudia y su hija llegan finalmente a su destino en el barrio el Restrepo. Ahí Claudia trabaja como vendedora ambulante en un pasaje comercial, ubicado sobre uno de los andenes de la carrera 24, una de las vías más concurridas y comerciales de este sector. El local de Claudia es el número 114, donde vende forros de controles de televisor y de celulares. Además, ayuda a una amiga suya a vender películas de DVD y CD de música pirateados, y como *“la lana”* (gorros, bufandas y guantes).

Las manos de Sandra Borrás se mueven a toda velocidad. A medida que hace señas con ellas, formando círculos, uniéndolas o en ocasiones tocándose los brazos o la cara, refuerza lo que dice con expresiones acentuadas en su rostro y abriendo la boca, aunque sin emitir sonido alguno. Sus interlocutores son un grupo de 15 niños de los grados tercero y cuarto del grupo de estudiantes sordomudos del Colegio San Francisco, en la localidad de Ciudad Bolívar.

En su salón de clases, adornado con carteleras de colores y dibujos hechos por los estudiantes, reina el silencio. Los niños sentados en sus pupitres miran atentamente a Sandra, la profesora asistente, una joven de 23 años, ojos miel, cabello castaño, piel trigueña, con el uniforme gris de la institución, y quien es sordomuda de nacimiento. En ocasiones se oye el ruido de alguna silla que se corre o de algún estudiante que alcanza a producir algo de voz, pero sin lograr articular palabra. A pesar de esto, los estudiantes no pierden su concentración y siguen la lección por medio de las señas que hace su maestra.

José Antonio, Claudia y Sandra son parte de las 2'625.000 personas que tienen alguna limitación física o mental en Colombia, según el Censo del Dane de 2005. De estas, 331.300 viven en Bogotá, de las cuales cerca de 88.000 tienen alguna limitación para moverse o caminar, 128.000 algún tipo de limitación para ver y aproximadamente 60.000 para oír y hablar. Ellos terminan por adaptarse a una ciudad que no pareciera estar diseñada para ellos.

### ♦ La ciudad a un metro del suelo; la ciudad a oscuras

Sandra trabaja como profesora hace más de un año. Su labor consiste en propiciar espacios de comunicación para los estudiantes sordomudos, además de enseñarles matemáticas, ciencias naturales y geografía. En 2004 acabó el bachillerato en el Instituto Nuestra Señora de la Sabiduría para personas con limitaciones para oír y hablar. Ha vivido siempre en Soacha con sus padres, quienes tienen la misma discapacidad, y dos hermanas menores que sí son hablantes.

Con la ayuda de un intérprete, Sandra dice que a pesar de su discapacidad ella no se siente disminuida ni que por eso se le dificulte hacer alguna cosa. Además, dice que el hecho de haber nacido sordomuda le permite tener una mejor habilidad motriz para hablar con señas que otras personas hablantes que aprenden ese lenguaje. Por esta razón, después de graduarse de bachiller decidió buscar trabajo como maestra y consiguió el puesto por medio de la Federación Nacional de Sordos de Colombia.

El salón en el que dicta clase lo comparte con una maestra hablante del grado cuarto de primaria llamada Mary, una mujer de 40 años que maneja la lengua de señas. El aula se divide por la mitad, unos seis niños se sientan dirigidos hacia Sandra mirando hacia un tablero que hay en la pared. El resto de los estudiantes observa hacia el otro extremo, donde hay otra pizarra y donde está Mary. Las dos clases se hacen simultáneamente a ambos lados del recinto. Pareciera haber una pared invisible de silencio que las separa. Mientras en una se dicta una lección de español, acerca de cuentos y leyendas, en la otra Mary les habla a los niños, por medio de las señas, de la cadena alimenticia. La maestra explica que los animales dependen del ecosistema en el que viven y va preguntado qué animal pertenece a cada uno. Los niños se apresuran en responder y tratan de llamar la atención de ella alzando sus manos muy alto; incluso algunos se ponen de pie y se acercan para poder ganar la palabra.

Sandra cuenta que algunas veces al cruzar la calle se asusta porque los carros le pitan casi encima sin que ella alcance a notarlos. *“Sólo cuando están muy cerca los alcanzo a percibir por la vibración que hacen, es como un corrientazo que me pasa por la piel”*, dice ella con señas, y seguido toca sus antebrazos con las manos recreando lo que siente. En momentos como ese se da cuenta de que hay cierta indiferencia hacia personas con discapacidad. Incluso recuerda que el año pasado dos niños sordomudos de su clase, que caminaban por la mitad de una calle del barrio San Francisco, fueron atropellados por una volqueta. *“Es que aquí la gente tiene la costumbre de no andar por el andén y los niños siguen el ejemplo”*, añade la maestra Mary, mientras aclara que los niños no sufrieron heridas graves.

En otras ocasiones a Sandra le ha pasado que su discapacidad para comunicarse la aleja de las demás personas o le resta independencia. Por ejemplo, en una ocasión que iba por la calle una señora le pidió ayuda para encontrar una dirección. Ella trató de ayudarle pero no se entendieron, después intentó decirle que era sordomuda, pero igual no pudieron comunicarse. También hace unos seis meses tuvo que ir al médico por un dolor que tenía, pero le fue imposible decirle al doctor lo que sentía. Se vio obligada a llamar a una de sus hermanas para que le interpretara y así le pudieron diagnosticar que tenía apendicitis. Además, le molesta que algunas personas se rían o se burlen cuando ella se comunica con el lenguaje de señas.

Después de que Claudia llega a su puesto de ventas en el Restrepo empieza a organizar las cosas que vende. El local 114 se sostiene por un par de palos de madera sobre los que hay una carpa plástica. Es un pequeño espacio en una esquina del pasaje comercial en el que sobre una tabla de madera exhibe las películas, y a su lado las prendas de lana sobre un mostrador improvisado. Lo primero que hace es organizar las películas tratando de ubicar mejor los estrenos recientes: *El hombre araña III*, *Shrek III* y *Piratas del Caribe* son algunos de los títulos que se distinguen. En un momento una caja de una de las películas cae al suelo y al tratar de recogerla la mujer le pasa una de las ruedas de su silla por encima y de inmediato dice *“casi que la iba espichando con una de mis patas”*.

En la mañana su hija Tatiana la acompaña. La pequeña, que viste el uniforme de su colegio, deja a su mamá en la tarde cuando se va a estudiar. Claudia trabaja desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche. En el espaldar de su silla de ruedas pone un saco de lana *“para que no talle el cuerpo”*. Alrededor de su cintura lleva un canguro donde guarda sus ganancias y un celular Nokia con el que también vende minutos a celular.

Ella es vendedora ambulante hace más de 13 años. *“Mi hermana, mi mamá y yo dependíamos económicamente de mi papá, así que cuando él murió nos tocó salir de la casa a ganarnos la vida”*, recuerda con nostalgia. Comenzó vendiendo en las esquinas y semáforos frutas, dulces, lápices y esferos. En esa época Claudia andaba en muletas debido a la artritis degenerativa que le afectaba la movilidad de sus piernas. Un tiempo después, en

1999, esa misma enfermedad la dejó en silla de ruedas. Después siguió con las ventas en la calle que la llevaron al barrio el Restrepo. *“Una vez en una batida de la Policía me agarraron a mí y a unos compañeros”,* cuenta ella, *“después me tuvieron que subir entre cuatro uniformados al camión con silla y todo”*. Al llegar a la Estación le pidieron que firmara un compromiso de que no iba a trabajar más en la calle, pero ella nunca lo hizo. Hace dos años la Alcaldía la reubicó a ella y otras decenas de vendedores en el pasaje comercial sobre la carrera 24.

En su casa del barrio San José sur vive con su hermana, su hija y tres sobrinos más. *“Es un poco difícil vivir ahí porque el espacio es muy reducido”,* afirma Claudia. Cuando necesita movilizarse a algún lugar lejano de la ciudad dice que la única forma de transportarse es en taxi, aunque no le es fácil pagar la carrera, o en Transmilenio, que es más barato. Este último medio se ha adecuado más a su discapacidad, ya que la estaciones tiene rampa, y en los buses hay un espacio especial para personas como ella, donde viajan más cómodos y seguros. *“Cuando tengo que ir a algún lado cercano me voy a pie”,* dice refiriéndose a andar en la silla de ruedas. También, una que otra vez, le debe hacer mantenimiento a su “vehículo”. Si necesita alguna reparación lleva su silla a una bicicletería. Actualmente está ahorrando para comprarse una silla más cómoda que cuesta \$450.000.

A principios de este año Claudia tenía una cita médica en un centro hospitalario del barrio Olaya. Cuando llegó al lugar donde le debían hacer un chequeo rutinario se encontró que el consultorio del doctor quedaba en un segundo piso y no había ascensor. Ante esta situación el médico tuvo que bajar y atenderla en el primer piso. *“Esa vez me sentí un poco incómoda, aunque en esos lugares deberían pensar más en las personas discapacitadas”,* dice ella. Aún con estas dificultades, Claudia expresa que no teme salir a cualquier parte. Cree que hay personas que se resignan y se quedan encerradas en la casa o empiezan a mendigar. Eso sí, dice que le gustaría que hubiera más oportunidades para personas parálíticas. *“Si pudiera me saldría de la calle a otro trabajo, pero tendría que pagar bien, ya que un salario mínimo no le alcanza a una persona como yo, teniendo que pagar arriendo, servicios y el colegio de mi hija”*.

### ♦ Guiarse por los olores

José Antonio ha aprendido a reconocer el lugar en el que se encuentra de la ciudad por los olores que percibe y en ocasiones por lo que oye. Al no tener vista sus otros sentidos se han desarrollado más. Dice que a Chapinero lo distingue por el olor de los carros, de la gasolina y de pavimento mojado. Al bajar del alimentador que lo lleva a su barrio, se da cuenta de que se va acercando hacia su casa porque pasa cerca a *“un río que huele como maluco”*. También se orienta por el olor que tiene una panadería o algún restaurante que quedan allí. En otros lugares como en la carrera 30 con Primera de Mayo dice que se respira un aire más puro.

Cuando vivía en Fontibón recuerda sobre todo el sonido de los aviones pasando por encima y cómo hacían interferencia con sus electrodomésticos. Para este hombre, nacido en El Castillo, Meta, una de las mayores dificultades es el ruido de la calle, que en ocasiones lo desorienta. Dice que *“en la calle los carros pitán mucho”*, cosa que le molesta. A pesar de esto nunca se ha perdido y si alguna vez siente que no sabe dónde se encuentra le pregunta a alguna persona.

José Antonio vive hace más de diez años en Bogotá. Antes trabajaba en San José del Guaviare como motorista de lanchas. Movía todo tipo de mercancía por los ríos Guaviare y Unilla. Había empezado a trabajar como asistente de otra lancha y tiempo después, con más experiencia y dinero pudo comprar un pequeño barco con motor. *“El 25 de mayo de 1998 estaba en una heladería allá en San José con un amigo y su esposa. Entonces una patrulla del Ejército entró al lugar y alguien les lanzó una granada”*, cuenta en pocas palabras.

Las esquirlas de la granada le cayeron en la cara a José Antonio. Una de ellas en el ojo derecho, que perdió totalmente, y otra le afectó el nervio del ojo izquierdo, haciéndole perder la visión por completo. *“A los heridos nos trajeron en un avión del Ejército a Bogotá”*, afirma este metense. Aquí en la capital, y después de pasar un tiempo en el hospital, empezó a vivir con su papá en el barrio Fontibón. *“Al principio dependía mucho de la ayuda que me diera mi padre, pero después por problemas con una esposa que él tenía me tuve que ir de ahí”*, dice.

Hace más de dos años vive solo en una casa en el barrio San Luis. Se mantiene con una pensión que le dieron por ser, como él dice, *“víctima de la guerra”*. A mediados del año pasado empezó a hacer un curso en Centro de Rehabilitación para Adultos Ciegos (CRAC), ubicado en la calle 8ª con carrera 30. Ahí ha aprendido ebanistería, manejo del espacio de la casa, informática y lectura en braille. A José Antonio le gusta principalmente la carpintería y ya ha hecho algunas piezas, como percheros, casas de madera y cubierteros.

Se transporta casi siempre en Transmilenio, donde los auxiliares de Policía o las personas del servicio le ayudan y lo orientan para coger las rutas de bus. También a veces toma el transporte público, para lo cual busca la calle donde pasa y le pide orientación a alguna persona. En las calles su mayor herramienta es su bastón de invidente, con lo que anticipa cada paso. José Antonio recuerda que una vez extravió un bastón en un taxi y que en un par de ocasiones en Transmilenio se lo han dañado *“porque la gente no tiene cuidado y se le paran encima”*.

Igualmente se orienta en los buses y en la calle por el tiempo que duran sus recorridos. Por ejemplo, sabe que del Portal de las Américas al centro de la ciudad siempre se puede tardar unos veinte minutos. Para saberlo José Antonio lleva un reloj de plástico autoparlante en el pulso de la mano izquierda. Cada vez que quiere saber la hora presiona un botón del aparato y lo acerca a uno de sus oídos. Del reloj sale una voz robótica con la hora y minuto

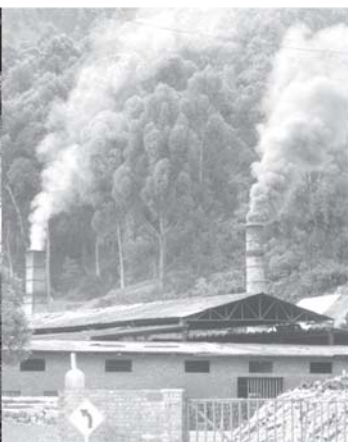


exactos. Así mismo, cuando sale a hacer alguna vuelta o a estudiar, se pone su par de gafas “bueno”, un poco más resistentes. Esto se debe a que, como él mismo dice, *“uno nunca está exento de darse un estrellón en la calle, es que hasta en la casa le puede pasar, por más que uno ya la conozca”*.

José Antonio dice que se hace a la idea del desarrollo que ha tenido la ciudad en los últimos años. Por ejemplo, cree que hay más comodidad para transportarse y que se han recuperado algunos espacios como el del Parque Tercer Milenio. También piensa que la gente se ha vuelto más solidaria y cívica, a pesar de esto cree que todavía hay mucha inseguridad en la ciudad, *“casi a diario escucho que roban a alguien en Transmilenio”*. Finalmente, cuenta que le gustaría vivir en un barrio donde hubiera más comodidad, donde todo le quedara más cerca y donde existiera más espacio para caminar.



talleres de crónicas barriales talleres de crónicas barriales



**lugares**



# Memorias del agua



**Felipe Gómez\***  
felipbg@gmail.com

*"Imaginemos a Kennedy hace cinco mil años con una extensa ciénaga y en invierno una laguna, circundada aquí y allá de bohíos de madera en los cuales habita una población que usa instrumentos de piedra para golpear, mantarrayas para pescar con plomadas de piedra, martillos de piedra, golpeadores y raspadores del mismo material".*

Alfonso Jaramillo Palacio  
*Hijos de las estrellas: Historia de Ciudad Kennedy*

En Cundinamarca, la tierra del cóndor, las nubes duermen en el suelo. Por eso cuando amanece en el humedal El Burro apenas puede distinguirse una silueta a cinco metros, y la madrugada sorprende al vapor que se eleva con los minutos como una paloma que fuese espantada por los transeúntes. Los niños que viajan al colegio campestre, al otro lado de la ciudad, encuentran que respirar a esas horas es como fumar el frío de la mañana, y aprovechan para distraer el sueño y la tristeza de haber dejado las cobijas. Los porteros y las empleadas están hace rato ya montados en los buses e intuyen el lugar exacto en que deben despertarse para llegar a tiempo al relevo o a preparar el desayuno del patrón.

Tomo mi nave, mi bicicleta, aún no amanece pero quiero ver las aves del humedal El Burro. Despierto a Don Aurelio, el portero del edificio, que se asusta antes de reconocermelo, me abre la puerta y vuelo por entre la nube que aún descansa sobre el pavimento. La ciclorruta rodea el humedal. A su alrededor levantan la vista jóvenes edificios, obra de dudosos y escurridizos arquitectos. El límite es una malla y bordeando la malla la ciclorruta se extiende interminable. Antes del pavimento, estaba allí la zona de ronda, o sea la zona seca pero inundable, un espacio necesario para controlar las crecientes de la cuenca del río Fucha. Ahora, la ciclorruta es el límite máximo de los constructores. Sigo por la vía y aún tengo mucho tiempo antes del amanecer; esta vez no hay pájaros distraídos que canten a deshoras,

»» \* Escritor, trabajador. Taller El Tintal.

entonces me arriesgo a seguir por allí porque quiero averiguar hasta dónde llega este camino.

Desde la penúltima curva de la vía, reconozco la Biblioteca Pública El Tintal, con su rampa nueva de ladrillo por la que hace ya varios años subían los camiones de la EDIS a descargar la basura para compactarla y echarla en las orillas del espejo de agua, pues en los años ochenta se les antojó aquí un basurero.

Pasando el puente de la avenida Ciudad de Cali llego al canal Castilla y sigo por el mismo hasta que, luego de muchas urbanizaciones, estoy en la sabana, y aún hay ciclorruta. Paso por un puente sobre un río maloliente, y desemboco mucho más allá de varias fincas, en la calle 13. El recorrido es tan largo que ya hace rato amaneció, y en el regreso tardo más de una hora.

Sin embargo, las aves me esperaron. Hay muchas, no sé por qué, ya hace rato debieron haberse ido, pero me esperaron para darme una lección de armonía, encuentro copetones que se disputan las lombrices con las maría mulatas, chorlos, monjitas y tingüas. Un águila de páramo se encuentra en las alturas y se abalanza sobre lo que debe ser una rata para luego elevarse y conseguir refugio en un pino inmenso. Las maría mulatas se quejan de mi presencia cuando empiezo a adentrarme en las cercanías del espejo de agua. Entonces entiendo lo que Alejandro Torres, de la fundación ASINUS, no se cansa de repetir: las aguas residuales del barrio Castilla se derraman con descaro en el humedal, que ha visto cortada su fuente natural y su desagüe, sin contar con la fractura en dos que le propina la avenida Ciudad de Cali, ni con las basuras que ya en el fondo desde los años ochenta, han acumulado suficiente energía para dejar escapar tres chimeneas de gas metano. Alejandro no se reserva el pronóstico: una bomba de tiempo.

Pero los caminos del Humedal El Burro, así como de La Vaca —detrás de Abastos— y Techo, empiezan varios siglos atrás. Hace millones de años lo que hoy llamamos Bogotá se encontraba en las profundidades del océano; el rápido levantamiento del suelo y los bosques de páramo, hicieron de esta región una suerte de laguna o mar interno, que según el relato muisca recuperado en las crónicas de varios conquistadores, se extendía sobre toda la sabana dejando apenas como islotes los cerros orientales y el de Suba, pero entonces Bochita, para salvar al pueblo muisca del naufragio, el frío y el hambre, abrió un tan alto y descomunal, que todavía en el siglo XIX, cuando Alexander von Humboldt vio el Salto del Tequendama, escribió de él que *“tal vez no exista en el mundo una cascada que, como ésta, concentre tal cantidad de agua a una altura tan considerable”*. Y en ese entonces era tan gruesa que el fragor de la caída apenas permitía la conversación.

### ♦ El Quijote de los humedales

De modo que Bogotá era una gran laguna, como también lo fue Ciudad de México. Y esta gran laguna que tenía su desagüe a la altura del Salto del Tequendama, y que inundaba y hacía cultivables los terrenos de Hunza, Facativá, Fontibón y Soacha, tomaba su alimen-

to del río Bogotá, cuyo caudal cubría de pantanos y humedales la localidad de Kennedy. Pero ahora sabemos que de esta gran laguna, de la que a mitad del siglo XX aún quedaban 50.000 hectáreas, hoy sólo tenemos 650, repartidas en 13 humedales. Alejandro lo pregona alarmado, como quien viera a los jinetes del Apocalipsis asomarse por el cerro de Monserrate, y agrega que ha trabajado más de diez años en una batalla contra el desastre en Bogotá, “*que tiene los humedales más impactados de Colombia, y en Kennedy, la localidad con los humedales más impactados de Bogotá*”, de modo que Alejandro, él sí un Quijote, batalla por los humedales moribundos del país, pero lo hace con una energía tan contagiosa que uno no acaba de atenderlo cuando ya se percata de sí mismo sembrando árboles, recogiendo basuras, amarrándose a los árboles para que no los corten, esquivando la puntería de los “traquetos”, peleando con alcaldes locales y vecinos, espantando las vacas que emergen por generación espontánea y quejándose sin descanso contra las constructoras, que no hallan como rellenar para atender con prontitud el déficit habitacional de 70.000 viviendas que tiene la ciudad, mi ciudad, que crece con cada nuevo desplazado que llega reclamando un semáforo para vivir.

El humedal es un abuelo, un celestino de historias anónimas, de encuentros furtivos de amor de páramo, que se camufla entre el follaje del bosque, entre los cientos de árboles que Alejandro Torres ha logrado sembrar. Alejo repite su conferencia, pregona con orgullo su identidad muisca, contagia su entusiasmo, explica con la agudeza de un experto cada problema del ecosistema, cada especie de ave, mamífero, reptil o anfibio, hace apuntes minuciosos del significado de cada vocablo, del origen desconocido de nuestro mundo. Entonces me explica que *chúcaro* es “hombre recio” en chibcha, y *Guaricha*, “mujer virgen”. Y a mí se me vienen a la memoria los desnutridos policías que vigilan la ciclorruta y el puente del Tintal; y las mujeres desprovistas de todo asombro que serpentean la noche en la Primero de Mayo.

Alejandro dirige grupos de adultos, jóvenes y niños por los caminos del humedal, nos muestra los problemas y los ejemplos de supervivencia, los lugares donde ha observado las aves, las vacas que aplanan el pequeño bosque de pinos, las tres chimeneas de gas, los lugares donde ha encontrado a la *atractus crassicaudatus* o culebra sabanera, y no se cansa de invocar en su latín característico, como si fuese un rezo, las muchas especies de plantas y aves: *gallinula chloropus*, *Anas discors*, *gallinago nobilis*, *Tringa solitaria*, *Juncos effusus*...

### ♦ La tumba de Bruno

Caminando por el humedal, a pocos metros de la salida, me encuentro con la tumba de Bruno. Hay flores en ella y unas tablas bien cortadas me previenen del lugar exacto de su lote, y del amor de su dueño. Bruno y Nicolás alguna vez jugaron allí; Bruno no era de esos perros que se almuerzan las aves que aún encuentran paz entre los bosques. Bruno apenas las perseguía y las molestaba, pero eso sí, las molestaba; ahora se habla de perros salvajes en otros humedales como en La Conejera, donde la manada bajo el mando de un

can dominante, practica rituales de cacería al mejor estilo de *Animal Planet*. Nicolás me cuenta que solía jugar con Bruno en el humedal, pero que odiaba cuando se lanzaba al agua y luego apestaba. Nicolás extraña a Bruno, visita su tumba cada semana y a sus cortos once años ya tiene una huella de los pasos de la muerte. Aún así le queda ternura y ha decidido adoptar el árbol que crece al lado de la tumba de su perro.

Mientras tanto, Bogotá es un plateminto que se derrama hacia el occidente y se trepa a los cerros hacia el oriente. Es así como Richard, el Mefistófeles de esta historia, me habla de las calles de la ciudad. Richard está consumido por la droga. Richard me ha dicho que fue al humedal a fumar, pero que lo espantó el frío, ni siquiera los policías, ni los porteros; me cuenta que las señoras ricas de Castilla le dan buenas propinas por cargar el mercado. Richard se ha caminado toda la Ciudad de Kennedy y asegura saber en donde encontrar comida todos los días y a todas horas. Me habla de Abastos, de “la pecha”, como él la llama, me pide quinientos pesos y yo se los doy, no sé si para que esté tranquilo o para que me siga contando historias sobre dónde pasar la noche, o cómo rumbear en la Primero de Mayo con apenas el alcohol de droguería y un frutiño, su cóctel explosivo. Lo invito al humedal a que me cuente historias de los otros “ñeros” y entonces, con su humor de agonía se hace sarcástico: “*Ni que estuviera drogo*”, me responde.

Richard me cuenta que los ‘ñeros’ van a dormir al humedal, a la zona que colinda con la avenida Ciudad de Cali. Allí puede observarse de día una chimenea de gas metano, que aunque tóxica, aminora el pavor del frío y les proporciona un abrigo traidor que en cualquier momento puede causar una tragedia, otra tragedia anónima. Le he expresado mis preocupaciones a Richard. Pero las mías no se comparan con las suyas, mi mundo, justo al lado suyo, no es tan salvaje, pero entre la charla de buen conversador me permite contarme mis pesadillas.

### ♦ Visión futurista

Bogotá, D.C. Año 2040. Amanece la ciudad con una temperatura extrema. Lo que en un tiempo fue una coyuntura electoral, hoy es una realidad climática irreversible. La madrugada evapora el granizo que no paró de caer toda la noche, a medio día las temperaturas son tan altas que la gente prefiere no salir a las calles y los negocios se cierran desde el medio día hasta las dos de la tarde. Las enfermedades de la piel son una de las principales causas de muerte. La ciudad ha devorado los municipios más cercanos y ha obligado a recortar el servicio de agua. Las lluvias desbordan los caños que antaño eran hilos de aguas negras y la fetidez de la urbe es insoportable. Un hombre abre la llave y ésta se queja en un aullido de resequedad, al mirar por su ventana el barrio naufraga en la peor inundación de su historia. La Empresa de Acueducto está al borde de la quiebra, luego de su privatización ha desprotegido los bosques de páramo que surten las represas, estos ahora se encuentran militarizados y se piensa en el agua como el principal producto de exportación del país, después de que el café y la amapola sufrieran las consecuencias del mayor cambio climático



de la historia del planeta. A veces la lluvia inunda la mayor parte de la ciudad que sufre con cada rugido de las nubes, lo que ha obligado a poblar los cerros, y a veces las sequías son tan largas que el racionamiento de agua se planea por meses.

Richard, con sus 28 años, me mira con los ojos entornados pero encendidos, sale desde su inframundo para extenderme una cajetilla con gran variedad de cigarrillos y apenas me pregunta: *“¿Usted cuál es que fuma?”*

Alejandro ya conoce a los vecinos y hasta los ‘ñeros’ de varios humedales, me cuenta que trabajar con la comunidad ha sido el proceso más largo, pero en realidad el único que le ha dejado satisfacciones duraderas. *“La cuestión no es sembrar árboles y hacer campañas de recolección de basuras y listo, es mucho, imuchísimo más complejo!”*. Entonces aprovecho para meter el dedo en la llaga mientras regresamos a la biblioteca. He leído una crónica escrita por Alejandro en la que cuenta cómo un anciano le enseñó por primera vez la gran historia del humedal, un encuentro que sin lugar a dudas lo marcó para siempre: *“¿Qué pasó con Héctor?”* Le pregunto. Entonces su mirada se hace lejana y en la orilla de sus 26 años lo asalta la nostalgia cuando me cuenta que el viejo está muy enfermo; entonces adivino que su mirada también se acuerda de la nieta del anciano periodista. Humedal celestino.

La tarde se va escondiendo hacia los barrios nuevos. En el puente peatonal unas bicicletas adaptadas como triciclos cubiertos, cargan trabajadores desde la avenida Ciudad de Cali hacia el interior de las urbanizaciones; así es como muchos jóvenes se rebuscan la vida, cargando secretarías y mercados por la ciclorruta hacia el fondo. Un color naranja se toma el horizonte, la luna no se ha esperado hasta el arribo de la oscuridad y se asoma tímida a espiar al sol que se esconde. El humedal resiste el peso de otro día y las aves todavía no llegan a descansar. Regreso por el camino del humedal hacia el Condado de Castilla en donde pululan los nombres reales: Condado de Castilla, Santa Cruz del Rey, Herrería del Duque, Alcázar de San Juan...

Kennedy ha sobrevivido a su suerte y ahora vivimos en él más de un millón de habitantes y hacemos el ruido suficiente para encoger poco a poco los bordes del agua escasa del humedal. Encuentro el rincón de silencio donde las ranas salen a cantar y la ciudad parece aullar como una fiera herida, entonces recuerdo una frase de algún poema de Oliverio Girondo: *“El ruido de los automóviles, destiñe las hojas de los árboles...”*

Por suerte las últimas noticias no son tan sombrías. El 28 de mayo pasado la contraloría de Bogotá publicó un documento que titula en voz de alarma y con negrilla: **“EN LOS ÚLTIMOS 50 AÑOS BOGOTÁ HA PERDIDO 59.000 HECTÁREAS DE HUMEDALES”** y pregona con timidez el lanzamiento de su campaña **“SIEMBRA UN HUMEDAL EN TU CORAZÓN”**. Yo me pregunto a quién se le habrá ocurrido el nombre de la campaña, pero no importa, ojalá quienes se le midan a echar raíces de humedal en el corazón, se dejen invadir la sangre de memoria, y se acuerden, como Alejandro, de que las mujeres muiscas cuando iban a parir, buscaban un pozo pequeño a la altura de un río de páramo donde el frío, a

veces incluso con trozos de hielo, adormecía sus piernas disminuyendo el dolor, y el agua facilitaba el parto. Hoy las mujeres ricas tienen los hijos en piscinas de hospitales privados.

Los humedales son ecosistemas de gran valor natural y cultural. Como los muiscas, deberíamos volver a ser una sociedad en torno al agua; el agua, ese elemento indispensable y abundante en nuestros suelos, con esa misma abundancia maldita que nos ha signado el hado desde el principio de los tiempos. Las sociedades del futuro, se juzgarán sin piedad por el uso que sus antepasados le dieron al agua. Pero reflexionar un poco en medio de tanto marasmo y afán, se nos antoja impertinente, es por eso que esos sueños ingenuos de hoy se parecen tanto a las terribles pesadillas del mañana.

# San Cristóbal: haciendo ladrillos, haciendo historia



**Andrés Javier Bustos Ramírez\***  
*melquiadesgitano@yahoo.es*

Las calles de San Cristóbal parecen un laberinto con dos perros en cada cruce. Si es de noche y está lloviendo la luz de los postes se refleja en el agua que baja por el pavimento inclinado hacia la parte plana de Bogotá haciéndola ver como un espejo gigante que hay que esquivar para no mojarse los zapatos. Si es de medio día y el cielo está despejado se ve toda la ciudad con tal claridad que a veces la vista se desborda sobre el límite occidental y se encuentra con tres nevados lejanos. Si es de madrugada, generalmente, al respirar sale un vaho de la nariz y de la boca de quienes caminan a buscar un cupo en los buses que salen llenísimos de sus paraderos. Y si es un fin de semana, las calles están llenas de muchachos jugando microfútbol o banquitas y los andenes y las tiendas están repletos de señoras y de señores tomando cerveza y escuchando rancheras.

Es la localidad número cuatro del distrito capital, la octava más grande, la cuarta más poblada y la tercera más pobre, con más del cuatro por ciento de su población en condiciones de miseria.

## ◆ **Así comenzaron las ladrilleras**

Fue a finales del siglo XIX que en San Cristóbal se instaló la primera fábrica para hacer ladrillos. Para ese entonces esta parte de la ciudad se resumía en un cierto número de haciendas alrededor de las cuales, a principios del siglo XX, se comenzaron a construir pequeñas barriadas que con el paso de los años y con la época de la Violencia recibieron a miles de emigrantes de diferentes lugares del país que huían de la muerte con la esperanza de encontrar mejor suerte en la ciudad.

►► \* Estudiante de Educación Básica de la Universidad Distrital, profesor de idiomas del Liceo Juan Miguel. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

*“Cuando llegamos aquí, no había sino una casita, la del finado José Sánchez, era una de esas que llaman casas de tapia, con ladrillos de arena, que no se cocinan sino que se van encarrando ahí, esa era la primer casa; otra, la casa de don Antonio, la casa quinta de don Luis Arévalo, y aquí la casa del finado Moreno y la comadre Anita Rodríguez; no había sino esas tres o cuatro casas, y el Veinte de Julio, que apenas lo estaban haciendo”, dice doña Carmen Rosa Silva Penagos, una abuela sonriente, graciosa y conversadora que vive en el barrio San Vicente Parte Alta, ubicado en la parte media de la localidad, y que vivió los años de la construcción de San Cristóbal. Y continúa: “¡Ay mijo, pa’ conocer yo todo esto si los hijos todos se han criado aquí, los seis, siete, todos se han criado aquí y estos también, que son los nietos, se están criando”.*

Cuenta orgullosamente la señora Carmen Rosa que ella fue una de las primeras en llegar a San Vicente, cuando este barrio comenzaba a construirse y que con sus manos se hizo la materia prima para levantar las primeras casas de San Vicente, de los muchos barrios de San Cristóbal y de la ciudad en general.

*“Yo me dedicaba a trabajar allí en los chircales, después entré a una fábrica a escoger café. En los chircales yo tenía que echar el ladrillo entre la carretilla y cogerlo en la gavera que va, uno lo lleva al sitio a encarrarlo crudo, después de unos días, dependiendo del clima, cuando ya está fuerte pa’ que no se totié, lo pasa uno pa’l horno donde lo cocinan, de ahí lo saca uno y pa’ deshornar dura tres días o cuatro días. Luego sacarlo pa’l sitio en que está, pa’ la venta”, cuenta Doña Carmen y agrega: “Yo era una niña cuando eché a trabajar, no ve que en ese tiempo eran todos los chircales allí de las fábricas de ladrillo. No ganábamos sino ochenta pesos, ochenta centavos, pero decíamos ochenta pesos”.*

Las fábricas de ladrillo ayudaron al desarrollo económico de la localidad y generaron empleo para muchos de los nuevos habitantes. El arte de hacer ladrillos fue aprendido en las primeras fábricas —San Cristóbal, La Sidel, Tubos Moore, Gressa, Tubos Vencedor, La Falate, entre otras— y fue transmitido de generación en generación, de padre a hijo, como aseguran los trabajadores de Colcerama, una de las pocas fábricas que mantienen la producción.

Es tan importante el impacto que estas fábricas de ladrillo han tenido sobre la localidad, que el buitrón de la ladrillera La Sidel comienza a hacer parte del patrimonio histórico local, lo que le garantiza permanecer allí durante mucho tiempo, recordándole a San Cristóbal que fue uno de los lugares claves en la producción de ladrillo del país; destino diferente al de las fábricas que siguen activas, puesto que por problemas ambientales que conlleva la producción de ladrillo, tendrán que cerrarse.

## ♦ El Instituto de los Ciegos

El instituto de los Ciegos está ubicado en la parte baja de la localidad, donde termina la rectitud de la calle once sur y comienza a meterse entre las curvas de los barrios que se decidieron a escalar la montaña. Es una casa vieja, grande, pintada de café. Desde mi llegada a San Cristóbal recuerdo ese color que se confunde con los troncos de los árboles

y muchas veces la tornan invisible a los ojos de los pasajeros de las rutas de los buses que suben y bajan de los más de 200 barrios situados más arriba de la planicie de la 11 sur. Un sábado, Jesús Galeano “Chucho” —uno de los pintores más reconocidos de San Cristóbal, amante y defensor del paisaje natural y conocedor de la historia local—, mientras pasábamos en bus frente a la institución que es bien representativa de la localidad, me contó, en medio de los juegos de palabras que muy bien sabe hacer, que justo en ese lugar, igual que pasa con muchos otros hitos de la localidad, quedaba una gran hacienda, y que un día el dueño recibió en su casa la notificación de que sus deudas con el banco entraban en saldo rojo y él, desesperado por la noticia, decidió darse un balazo en la cabeza. Pero, para su mala suerte y la buena fortuna de muchos otros el hacendado no murió, pero sí perdió la visión para siempre. Poco tiempo después, llegaría una corrección del banco excusándose por las molestias y negando la notificación anterior, que había sido un error. Así el desafortunado, decidió invertir parte de su fortuna para construir lo que hoy es el instituto de los Ciegos y terminó haciéndose a una hacienda mayor, pero no en la tierra sino en el cielo.

Bajando hacia “Bogotá”, luego de que el bus toma la recta de la 11 y va dejando atrás la altura de la localidad, justo en frente del instituto, al borde izquierdo de la calle hay un potrero grandote en el que frecuentemente se ven algunas vacas y caballos pastando. Al verlo, “Chucho” me cuenta que allí en la época de la hacienda había un lago bellissimo, con patos y pájaros, en donde se daban cita las parejas de enamorados para ir a caminar o para dar un paseo romántico por el lago en canoitas. Agrega que los árboles y las flores completaban el paisaje de cuento de hadas que hace unos 30 años él alcanzó a disfrutar cuando caminaba con sus amigos, no justamente allí, pero si un poco más arriba en el cerro de aguas claras o en cualquiera de las montañas de San Cristóbal, que en los últimos años han sido invadidas por los bloques de concreto que traen los urbanizadores. Ahora, en lugar del lago de aguas cristalinas, bajan las aguas contaminadas del río Fucha y en una de las esquinas del potrero se acumulan las basuras que ocultan la historia limpia de ese lugar.

### ♦ El Buitrón de La Sidel

La señora Helena Parra vivía junto con su familia en lo que ahora es el barrio Ramajal, justo en la esquina en la que termina “la Pared”, cerca de varias ladrilleras que funcionaban allí en ese entonces. Conocedora de historias y de palabra amable para compartirlas, le contó a su nieta Kelly Johana que el señor que construyó el buitrón de la ladrillera La Sidel, una de las primeras y más grandes que funcionó en San Cristóbal, tenía pacto con el diablo. *“Mi abuela contaba que el compadre Sergio, como le llamaban quienes le conocían, solamente le pedía a sus compañeros que le acercaran el material, ladrillos y cemento para pegarlos y durante toda la noche se dedicaba juiciosamente a colocar un ladrillo sobre otro siguiendo la forma de un anillo que se iba cerrando poco a poco a medida que llegaba a la punta y que al amanecer, el buitrón había avanzado tanto en su construcción que parecía imposible que lo estuviese haciendo un solo hombre. En tres noches el buitrón de más de 50 metros de alto estuvo listo y tan bien hecho que demostraba un trabajo esmerado y cuidadoso”, cuenta*

Nelly. *“Al mismo tiempo que el hombre construía ese buitón, sus compañeros construían otro no muy lejos del lugar y a ellos les tomó bastante tiempo más terminarlo”,* agrega. Años después, cuando muchas de las ladrilleras dejaron de funcionar, la gente con intención de construir viviendas derrumbó la mayoría de los buitrones, pero cada vez que intentaron tumbar el que había construido el compadre Sergio, el cielo se rebelaba y comenzaba a llover, impidiendo seguir adelante.

Hubo quienes justificaron así la buena suerte del hombre y dicen que después de construir ese buitón sus lazos de amistad con el maligno se estrecharon aún más porque obtuvo no riquezas, pero sí lo suficiente para vivir tranquilo con su mujer y sus tres hijos.

### ♦ Los parques

En San Cristóbal hay parques de todos los tamaños y para todos los usos. Los hay grandes como el parque Polideportivo de Villa de los Alpes, utilizado para competencias deportivas, actos culturales, recreación familiar o simplemente, para los caminantes de la zona. El Parque San Cristóbal, que tiene atracciones mecánicas y canchas de microfútbol y baloncesto y el parque Gaitán Cortés, antiguamente Parque de las Columnas, en donde los fines de semana cientos de hombres y mujeres se reúnen para realizar su rutina de ejercicios aeróbicos orientada por un instructor especializado de la Secretaría de Cultura, Recreación y Turismo.

La mayoría de los parques de San Cristóbal son medianos; no reciben tantas personas como los parques grandes, pero los domingos asisten decenas de personas que ríen, saltan, gritan y hasta lloran. Son utilizados para dar rienda suelta a la pasión predilecta de casi todos los hombres y de muchas mujeres de la localidad: el microfútbol. En este tipo de parques se organizan campeonatos que otorgan uno o dos millones de pesos al mejor equipo, dependiendo del número de inscritos. Luego de ganar más de diez partidos equivalentes a diez borracheras, una cada vez que se gana (o se pierde), se acerca el título de campeón que representa algo así como cien mil pesos para cada jugador y el resto para el patrocinador, dinero que no viene mal para ninguno. En otros casos, el premio obtenido con la habilidad de las piernas es la diversión del cuerpo completo; es así como el equipo ganador alquila una finca fuera de Bogotá y salen a pasear por varios días junto con sus familias, quienes conformaron la fanaticada, y se dedican a recordar las jugadas de astros del balón que les permitieron estar allí. Parques de este tipo son el de la “Y”, el de República de Canadá, el de La Victoria, el de La Gloria, entre muchos otros.

Por último están los parques pequeños, que no llamo así por su tamaño sino por el número de personas que disfrutan de ellos. A los parques pequeños no los visitan más de diez personas en un día normal, sus canchas están deterioradas, sus pasamanos oxidados por la lluvia y el abandono, el pasto crecido, las rejas rotas y los muros caídos. Estos lugares se han convertido en escenarios especiales para el consumo y el expendio de drogas, así como en escondite y vía de huida perfecta para los raponeros. No son un gran número,

pero siembran miedo a causa del abandono del Estado. Son los parques por los que lucharon los primeros habitantes de San Cristóbal, en los que se realizaron los primeros campeonatos y festines y los que acogieron las primeras carcajadas; ahora, muchachos de diferentes edades avanzan con desespero hacia los parques pequeños, algunos son visitantes constantes del lugar, otros llevan poco tiempo visitándolos, algunos son ladrones expertos, otros nunca han robado nada, unos van de vez en cuando, fuman un porro y no vuelven hasta mucho rato después; pero para nadie es un secreto quiénes frecuentan los parques pequeños. Desde las terrazas de las casas se divisa a los nietos de los fundadores de los barrios o jóvenes que habitan hace algunos años con sacos amarrados en uno de sus brazos para cubrirse el rostro, en la mano libre sostienen un palo que hace las veces de puñal y se enfrentan entre sí a manera de juego, destrabe o entrenamiento como gallos de pelea batiendo sus espuelas.

Risas, madrazos, historias se escuchan en los parques pequeños, como la historia de Orlando o la de Sneider, muchachos que vivían cerca de alguno de estos parques y lo visitaban con frecuencia. Orlando constante visitante y consumidor de drogas, ladrón de carteras pero nunca en el barrio, estuvo recluido en un centro de recuperación fuera de la ciudad, pero el apego a su parque lo hizo devolverse a pie. Sneider, nuevo en el parque, apenas comenzaba a gozar de la fama, el miedo, la desconfianza y el repudio de algunos. Un día, uno amaneció muerto a manos de un desconocido; luego el otro. Parece que hay quienes persiguen a los visitantes de los parques pequeños, dicen que sus nombres aparecen en listas y después están muertos en cualquier rincón. Parece que la ley no encontró un lugar para ocupar a estos muchachos en otra cosa y sacarlos así de los parques pequeños y parece que tampoco pudo sacarlos de allí por la fuerza aprobada por la ley, entonces "la ley" no mira cuando otros hacen su ley y con armas ilegales y de fuego remedian a su manera lo que las armas legales no pudieron.

Me pregunto qué pensarán los abuelos y las abuelas que a punta de trabajo duro construyeron a San Cristóbal, quienes con sus manos untadas de barro levantaron estos barrios de ventisca y de llovizna, quienes décadas atrás lucharon por los recursos públicos y por las vías de acceso que hoy tiene esta montaña, me pregunto qué pensarán los abuelos y las abuelas que salieron de su tierra huyendo de la violencia y la intolerancia y a quienes estos flagelos hoy les quitan a sus hijos o a sus nietos como una nueva aparición del pasado que no quiere soltar al país.

### ♦ La cura de todos nuestros males

En la historia de la construcción de San Cristóbal reposa tranquila una luz que puede alumbrar el camino para mermar los problemas de violencia, olvido e injusticia que se viven en la actualidad. Esa luz es la organización comunitaria. A principios del siglo pasado las personas que recién llegaban a la ciudad sin horizonte claro, con la única intención de comenzar de nuevo y se ubicaron en este suroriente frío, escucharon las palabras del pa-

dre Campoamor que les habló de unirse para facilitar el trabajo y, hombro a hombro, emprendieron la construcción de los barrios de la parte baja de la localidad. Amparados bajo una idea común los fundadores engendraron barrios pequeños, que aunque muy llenos de necesidades y faltos de representación en el resto de la ciudad les permitieron tener un lugar donde vivir. Con el paso del tiempo vino el nacimiento de más barrios y ante la oportunidad que dieron los gobiernos, los habitantes se organizaron en Juntas de Acción Comunal; este fue un paso importante para vincularse más a la ciudad. Ya mejor organizados y con mayor representación, la localidad creció con facilidad, pero de la mano del crecimiento se evidenciaron problemas de inseguridad, violencia, falta de educación, entre otros, y para enfrentarlos en la década de los ochenta nacieron en San Cristóbal las hijas que le ayudarían a educar, a fomentar la paz y a crear amistades entre habitantes de un barrio y otro: las ONG. Una vez más se demostraba en esta localidad de frailejones y campanitas que la organización comunitaria es la cura perfecta ante cada enfermedad que nos aqueja.

Pasa que el padre Campoamor ya se fue, que muchas JAC monopolizaron las llaves de los espacios comunales adquiridos con el esfuerzo de los primeros dirigentes de los barrios y cerraron los espacios de interacción de la comunidad, y pasa que luego de más de 20 años de trabajo las primeras ONG se han venido cansando sin dejar un legado fuerte que les renueve la sangre. Historia diferente a la de otras localidades, como Bosa, que con un tiempo similar de trabajo comunitario ya constituyen una fuerza decisiva en el destino político de Bogotá. Tal vez de la misma manera que en el pasado la enseñanza del Padre Campoamor venga otra vez y la organización comunitaria dirija los destinos próximos de una localidad de guerreros, como doña Carmen Rosa Silva Penagos, quien luego de más de 60 años de no haber podido estudiar, primero porque su mamá decía que a la escuela se iba a conseguir novio y que sólo se aprendía a escribir para mandarle cartitas de amor, y segundo porque cuando pudo no tuvo la oportunidad, hoy hace su mejor esfuerzo por aprender a escribir —“*pa’ firmar los recibos del subsidio*”—, dice ella, subsidio para la tercera edad de menos de \$ 200.000 mensuales por el que luchó más de cinco años y que sólo hace unos meses le aprobaron.



# Bogotá desde arriba



**Santiago Rodríguez Tarditi\***

*papafrita36@yahoo.com*

Mientras Bogotá aún bosteza y limpia sus lagañas, entre grises cielos que dan paso a tenues azules, inmersa en un frío soportable sólo para celadores momificados en ruanas y bufandas, un recoveco del barrio Rosales ya está despierto. A la altura de la calle 70 con avenida Circunvalar, los cerros orientales se abren paso entre edificaciones suntuosas que albergan algunas de las familias de estrato más alto de la ciudad para dar paso a una trocha que pocos conocen.

Después de vencer el sueño, el siguiente paso es vencer la Circunvalar. Por tandas o solitarios, varios caminantes uniformados con pantalonetas, sudaderas, botas y tenis, algunos acompañados por sus perros y ayudados de bastones montañistas, se paran nerviosos ante su primer cruce. Por el costado occidental de la avenida pasan fulminantes automóviles y buses que dejan al peatón segundos vitales —literalmente— para lograr esquivar los carros que sobrepasan el nivel de velocidad y así acortar la primera brecha. Los primeros en atravesar se quedan mirando desde el separador a quienes se quedaron rezagados, y vuelven a bostezar. Pero ésta vez es uno de esos bostezos obligados —de esos que no calman el sueño ni denotan el hambre— es un bostezo de nerviosismo que manifiesta soberbia, que intrínsecamente señala al quedado y le dice: *“Voy ganando en la subida, qu’hubo, pues”*. Obligados a cruzar en milésimas, los demás llegan al separador donde las cosas se empatan, y el segundo carril se cruza cabeza a cabeza, sorteando buses que se bambolean en las curvas mal tomadas.

Desde una de esas curvas observaba cómo paulatinamente la ciudad emperezada iba tomando su propio ritmo dinámico hasta convertirlo en caos. Eran ya las 6:45 a.m. y la cita con mis compañeras de subida era a las 6:30 a.m. Mis nariz y mis manos heladas retomaron

►► \* Estudiante de Ciencias Políticas de la Universidad de Los Andes. Actualmente hace su práctica en la revista SOHO. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

calor con el pitazo de un Mercedes-Benz nacarado que portaba a tres jóvenes señoras. A lo lejos me abanicaban con sus manos, como en señal de “disculpa por la tardanza”. ¿Por qué siempre hay que esperar a las mujeres?

### ♦ La Vieja, monte arriba

Y aunque la espera no había sido porque se estaban maquillando o emperifollando, del carro descendieron unas señoras ‘pinchadísimas’, aun cuando sus pintas no fueran las más sofisticadas y serían comunes en uno de los gimnasios de la zona (por más austera que sea la pinta, en Rosales la sangre azul es innegable: se lleva por dentro). Claudia, Ana y Annie, quienes se conocieron en noviembre del año pasado justamente en la montaña, estaban listas para arrancar el ascenso hasta la cima de los cerros orientales. La quebrada La Vieja atraviesa Rosales y crea un riachuelo transparente que baja puro y diáfano por la falda de la montaña, de igual forma guía en la subida a los caminantes por entre un camino quebradizo, enfangado y pedregoso que varía a medida que se avanza. Ellas odian los gimnasios. Odian tener que oír la música de otros, caminar sin avanzar, oler el sudor de los de al lado y la eterna comparación entre asistentes; una competencia narcisista y ególatra. Según ellas, en la subida por los cerros se hace la misma cantidad de ejercicio que en un gimnasio, y se tiene la ventaja de estar en un ambiente tranquilo y familiar, donde todo el mundo es igual y no hay que preocuparse por mantener una buena imagen. La montaña da igualdad. Por encima de Rosales, nadie tiene estrato. Pronto entendería que no es así.

Apenas empezamos a subir, ya venía bajando mucha gente; la mayoría sube desde las 6:00 a.m., minutos después de que los guardabosques delegados abren la reja de entrada a la reserva natural. Aun cuando hay un enorme letrero impuesto por la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá que prohíbe la entrada a la reserva natural, todos los días la reja se abre a manos de los guardabosques afiliados, y a las 9:00 a.m. se cierra. La gente que recorre la montaña ya se conoce entre sí; todos viven en el barrio, se han visto en comidas, o son *“gente bien, de las familias de toda la vida”*. Habiendo avanzado poco, ya hemos tenido que parar varias veces a saludar a aquellos que van de bajada. Por momentos parece un club campestre, donde los socios se encuentran en el turco los domingos y se dan el buenos días con una falsa sonrisa. Incluso de bajada vienen los directivos de uno de los colegios bilingües más caros y prestigiosos de Bogotá, entre ellos, un estadounidense sudado y afanado pues las clases están por comenzar.

Claudia y sus amigas llevan unos cuatro años subiendo por este camino y por otro alterno que arranca algunas cuerdas más al norte; escogen uno u otro dependiendo de qué tanto tiempo tengan a su disposición y cuán extenuante quieren que sea el recorrido. Se sabe de gente que sube hace más de 30 años, e incluso hay un señor que sube descalzo. Hacía unos tres meses que no tomaban esta ruta, más larga y menos empinada, y se toparon con caminos adoquinados, escalinatas entabladas y canaletas a los lados: una pavimentación del monte. No les gusta, pues se pierde el sentido de estar caminando entre el bosque. De

la nada bajan tres personas sudando con radioteléfonos en la mano. Detrás de este patrullaje viene uno de los empresarios azucareros más importantes y adinerados del país. Nos explica que el alcalde Luis Eduardo Garzón está adelantando obras para articular caminos por los cerros de la ciudad, interconectando los diferentes montes con senderos mejorados hasta llegar al cerro de Monserrate. Claudia se nota intranquila. No quiere que el camino se llene de gente, y mucho menos de atracadores que puedan atentar contra los deportistas. Seguramente a nuestro amigo empresario la preocupación ni le ha pasado por la cabeza, pues otros tres escoltas detrás de él, con radioteléfonos y lo que parecen ser armas de munición debajo de sus sudaderas, vigilan a los cuatro vientos.

Aunque sabe de varios robos a mano armada que le han hecho a gente conocida, Claudia nunca ha presenciado ni ha sido víctima de ninguno y espera que no le pase en sus próximas subidas. Sin embargo, recomienda no subir los domingos, cuando al parecer sube gente de diferentes estratos. Estos otros caminantes están privados —en el sentido de la palabra— de subir regularmente, pues no son del todo bien recibidos por quienes suben a menudo o viven por la zona. La gran parte de montañistas llega a esta ruta por invitación directa de otros escaladores, o por el voz a voz que corre entre gente conocida.

### ♦ Los guardabosques y la virgen de Rosales

O el aire se vuelve más denso a medida que subimos, o mi estado físico necesita una seria revisión, porque con cada paso que doy me siento como un futbolista en La Paz. De todas formas todos los que bajan vienen empapados en sudor, y los que van subiendo, sin aliento. Mientras le vamos dando la espalda a la ciudad, a lo lejos viene de frente una mula que carga en su lomo a pequeña con uniforme de colegio; la mamá lleva las riendas y bajan por las estepas resbalosas de la ruta. Hace seis años la señora y su esposo son los guardabosques encargados de abrir y cerrar la reja, y vigilar que no se maltrate el bosque ni que quede nadie atrás al momento del cierre. Contaron mis compañeras que la mula fue regalada por nuestro “dulce” amigo empresario; una migaja de donación por parte suya, una alegría para la niña que ya no tiene que bajar a pie los pantanosos caminos para ir al colegio.

Aunque la mayor parte del tiempo hay que mirar el piso para saber por dónde se está caminando, cada vez que uno alza la vista, la naturaleza abruma con una diversidad de colores, sonidos y olores, distintos a los que se perciben en la cotidianidad. Entre piedras resbalosas, musgos coloridos, y una inmensa variedad de árboles y helechos que adornan la empinada subida, se llega a un oasis. Claro de Luna es el nombre que se le ha dado al “parche”, naturalmente deforestado, que forma un círculo por donde en el día penetra la luz del sol, y por la noche, claro, la de la luna. Continuamos nuestro camino, no sin darnos cuenta de que en aquel bache de luz, dos amigos impresionados con la visión del otro, se habían reencontrado después de mucho tiempo, o por lo menos así lo denotaban sus cálidas palabras y sus fuertes abrazos, en aquel lugar libre de obstáculos propicio para un topetazo del destino.

Inmiscuidos entre la naturaleza y la mitad de la nada, conversaciones de política, de viajes y de negocios se entrometen en la relativa calma que crean la copa de los árboles y los cantos de los pájaros, para recordarle al visitante que no es dueño de lo que ve, para rememorarle la realidad bogotana y nacional. La mayoría de la gente que sube, y lo hace a diario, sobrepasa los treinta años pero mantiene un excelente estado físico. Muchos de los que suben lo hacen por ejercicio, otros como rutina para empezar el día, algunos para despejar la mente y hacer amistades, y el resto sube a rezar.

A las 7:30 a.m. la luz radiante va penetrando entre pinos alineados como alfileres sobre una extensión arenosa de ramas secas y anaranjado follaje de pino que crean un lecho acolchonado para el cansado caminante. Pronto se despeja el bosque y da paso a un pequeño valle formado por montañas encontradas, donde el verde es ilimitado en la espesura de las plantas y la calma es inminente. Claudia cree que ese es el mejor paisaje que un país pueda tener. Ella no cambia a Bogotá por ninguna otra ciudad del mundo.

Minutos después de nuestra pausa y luego de cortos avances, se oye el fragor del mar. A medida que avanzamos entre la penumbra interrumpida por sablazos de sol, la ciudad ruge como olas que se estrellan y rompen marea contra los estáticos cerros orientales. Hemos llegado de nuevo a la ciudad, y ahora la vemos desde arriba. Justo en la cima de la montaña, en un altar de piedras al lado de una blanca cruz de madera, se encuentra una estatuilla de María Auxiliadora que abraza a un Divino Niño de yeso. La virgen de Rosales —montada por el Colegio Sor Teresa Valsé en 1977— está en el cielo, en una altura inmaculada por encima del impuro firmamento capitalino, donde la ciudad poluta no alcanza a rozarla. La santa imagen que alguna vez ayudó al Papa Pío VII a derrotar las fuerzas napoleónicas y conseguir su liberación, con sus ojos puestos en el horizonte, ni siquiera se atreve a darle un vistazo a la Bogotá de los mortales. Desde arriba yo la miro, y la oigo.

# Sesenta años a los pies de un árbol



**Olga Marcela Cruz Montalvo\***

*omcruz@gmail.com*

A las 5:00 a.m. de un día cualquiera como son todos los días, comienzan a ladrar los perros fantasmales que habitan el garaje de esa casa esquinera. A los perros nadie los conoce, pero todos saben que habitan allí porque sus ladridos parecen competir con el canto de los pájaros alojados en los urapanes, que a esa hora comienzan a darle permiso a los primeros rayos de sol para posarse sobre los tejados de las casas. Afortunadamente, las palomas no cantan, porque allí posadas en el cable de la luz, frente al garaje de los perros enigmáticos, serían capaces de hacerles compañía en su alborada, mientras los vecinos (estoy segura) nos esforzamos en escuchar más bien el trinar de los pájaros.

Antes de 6:30 a.m. comienzan a escucharse también las bocinas, los aceleradores, las alarmas antirrobo y las frenadas de los carros que salen de las casas y de los parqueaderos en los edificios, los buses de la calle 68 y a lo lejos los de Transmilenio de la Avenida Quito. A las seis, más o menos, buses, busetas y camionetas pitan frente a las casas y en las esquinas para afanar a los estudiantes que se dirigen a todos los rincones de la ciudad, pasan buses contratados por la Alcaldía para transportar a los estudiantes de los colegios distritales y pasa a su lado también el bus amarillo del Gimnasio del Norte. En ese punto uno ya sabe que en cualquier momento comenzará el desfile aéreo de los aviones que van y vienen desde o hacia El Dorado, porque aunque el barrio está alejado de él, parece ser que sobrevolar estos techos de barro colorado es un paso obligado para muchas de las aeronaves que cruzan el espacio aéreo de Bogotá. Y pronto pasará también el primer recorrido del Tren de la Sabana que partió de la calle 13 y se dirige hacia Nemocón por el norte de la ciudad. Así que apenas se conjugan los sonidos de los vehículos, los aviones y el tren, y luego de que han pasado la muy tradicional zorra, variadas bicicletas y suficientes motos,

►► \* Historiadora de la Universidad Nacional, cursa una especialización en Antropología en la Universidad de los Andes. 22 años. Taller Biblioteca Virgilio Barco.

uno sólo añora que no haya un puerto más cerca, para escuchar algún buque y completar así la lección mañanera sobre los medios de transporte. El resultado de esa lección solo puede ser sentido por los urapanes, al fin y al cabo, son ellos los que cual pulmones aspiran el dióxido de carbono que resulta de tan particular desfile de motores y exhostos.

### ♦ Rutina matutina

Desde las 5:00 y hasta las 8:00 a.m., los deportistas salen a caminar, a trotar o a montar en bicicleta, algunos lo hacen en el parque del Foro Comunal, pero la mayoría aprovecha el privilegio de estar viviendo a pocas cuerdas del Parque Simón Bolívar, del Parque el Lago y del Salitre. La ropa, los estilos y las motivaciones de estos madrugadores son tan diversos como las rutas que eligen para salir a la Avenida 48. Algunos son consumados deportistas, otros son competidores retirados; muchas señoras de edad hacen parte de un grupo que se reúne para hacer gimnasia especial, mientras que otros y otras simplemente salen a exhibir sus piernas o sus perros. En ambos casos son un patético ejemplo de narcisismo.

Rápidamente las calles se inundan de estudiantes, el desfile de las faldas azules a cuadros distrae a los madrugadores, mientras que los balones de fútbol comienzan a zigzaguear por entre las piernas de los “pelados”. Los muchachos generalmente no caben en los andenes, quizá por eso ellos se inventaron esa costumbre que tienen los habitantes del Modelo de andar por la mitad de las calles, como si fuese un pueblito, los conductores pitan e insultan, pero a nadie le importa, porque aquí las calles son del que las usa, no del que las necesita. Eso lo saben los urapanes y por eso han extendido sus ramas para darle sombra a las calles, para que los caminantes del barrio no se asoleen demasiado y las señoras que barren todos los días, se mantengan ocupadas.

A las 7:00 a.m., la esquina de la Clínica Misael Pastrana ya está totalmente impregnada de olor a agua aromática y a arepa con queso, porque los pacientes, las familias y los empleados del hospital llegan a tomarse algo a las 5:00 o 6:00 a.m., antes de que comience al agite propio de una clínica del Seguro Social —los pensionados, las familias, el que pide para la droga, el enfermo que llega solo a la puerta del hospital, las ambulancias, el drama, los bebés, los niños, las visitas, los que esperan turno para ver si ese día sí los operan, los estudiantes universitarios que aprenden haciendo, las enfermeras impecables y los celadores que gobiernan en todo el edificio—. A unos pocos pasos, en donde funcionaba hasta hace unos años el Hospital Infantil Lorencita Villegas de Santos, se ha instalado ahora un Hospital Universitario que nada tiene que ver con lo que significaba para la ciudad el Lorencita Villegas, como se le conocía popularmente a este epicentro de la pediatría colombiana durante la segunda mitad del siglo pasado. Sin embargo, al hospital no lo mataron del todo, la liquidación acabó con él y con sus empleados, pero no pudo terminar con su fama. Por eso si usted necesita saber si la buseta le sirve o quiere darle las señas a un taxista para ir al Modelo, sólo diga que va al lado del Lorencita Villegas, con toda seguridad no se va a perder; pero aún así, Lorencita y los niños bogotanos ya no tienen su hospital.

## ♦ La defensa de los urapanes

Luego de que pasa todo el ajetreo del amanecer, a eso de las 9:00 a.m., el barrio se detiene por completo. La gente que se queda en sus casas durante el día solamente se agita un poco cuando algo extraordinario ocurre, por ejemplo, cuando llega una brigada del DAMA o de Codensa a podar o a talar por completo los urapanes. Entonces la gente se alborota y la polémica comienza, las señoras se niegan a continuar barriendo las hojas que se caen de los árboles, mientras otros argumentan que las raíces —que en algunos lugares superan los 30 metros— están hundiendo sus viviendas y que las ramas constituyen una amenaza para los cables de la luz, que parecen ser más valiosos que los árboles. Entre tanto, algunos vecinos defienden a los queridos abuelos de hojas verdes y troncos robustos sentándose en sus ramas y bloqueando por completo cualquier intento de acercarse a ellos. Sólo sus verdaderos propietarios, las decenas de pájaros que los colonizaron y que en las mañanas pueden escucharse en todos los rincones del barrio adornando el aire con su canto, saben que si se mueren estos gigantes de 50 o 60 sesenta años, se habrá perdido para siempre un privilegio del que sólo disfrutamos algunos pocos favorecidos en esta colmena de concreto.

Los urapanes inspiran un sentimiento de pequeñez sobrecogedor, pues superan de lejos la altura de las casas de dos y tres pisos, pero dependen de los minúsculos habitantes del sector para seguir en pie. Alguna noche, una niña —de las que se suben en las ramas del árbol cuando lo van a cortar— soñó que su vecino, que quiere desaparecer los urapanes, podía ver cumplido su anhelo: el árbol finalmente se estaba viniendo al piso, su esposa ya no tendría que barrer más las hojas que suenan tan provocativamente cuando se pisan, sus hijos ya no tendrían la tentación de subirse en las ramas, su perro —un “finísimo” pastor bogotano— ya no sería cruelmente despertado por el canto de los pájaros y su radiante casa, construida gracias al talento que su maestro de obra tenía para levantar muros de la forma más arbitraria, ya no correría ningún riesgo, al menos eso pensaba él, porque todavía no le creía a los ingenieros forestales que ya le habían explicado varias veces que las raíces del urapán llegaban al patio de la casa y que de allí era imposible sacarlas. El árbol, que había sido mutilado rama por rama desde el amanecer, ahora lucía esquelético y sobrecogedoramente indefenso, era un enorme ejemplar de más de 20 metros y, sin embargo, no tenía cómo defenderse de los funcionarios trepadores que habían escalado su tronco para comenzar a rebanarlo desde la copa. Pero a eso de las 5:00 p.m. el árbol efectuó su venganza: lentamente y dejándose llevar por la corriente de aire que recorrió la calle, cayó con la fuerza de su enorme tronco sobre la terraza del imaginario *penthouse*. Afortunadamente, el vecino con alma de leñador es un sujeto con suerte, todo había sido simplemente un sueño de la niña.

A las 9:30 p.m., muy seguramente, pasa alguna ambulancia. A los extraños podría parecerles que el Modelo es el escenario de una catástrofe continua, porque aquí las ambulancias no dejan de pasar, esos vehículos sufren de insomnio por culpa de la ciudad en la que los

enfermos y los accidentes no duermen tampoco. Las ambulancias van y vienen desde la Clínica Misael Pastrana y desde el nuevo Hospital Infantil. Pasan a las dos de la mañana y también a las tres de la tarde, pasan todo el día y por todas las calles. Quienes las vemos pasar nunca sabremos qué historia cargan adentro, porque las ambulancias tienen la particularidad de ser unos vehículos herméticos que trabajan a favor del anonimato, uno puede esforzarse muchísimo, pero jamás logrará adivinar quién es el paciente, a menos que participe en su llegada al hospital, de lo contrario, puede resultar interesante —aunque algo morbosos— construir una buena historia al respecto mientras se ve pasar la ambulancia frente a la casa.

### ♦ La danza de las escobas

A las 10:00 a.m., las señoras comienzan a arreglar las fachadas de sus casas. Limpian las ventanas y las rejas, lavan el piso del garaje, podan las matas y las riegan con agua y, sobre todo, barren. En el Modelo las escobas bailan ininterrumpidamente, las señoras barren el frente de su casa todos los días, sin falta, con paciencia pero con mucha energía, con una técnica que cada una conoce y que ha perfeccionado con el paso de los años, hay que hacerlo bien, pero debe ser una operación silenciosa y calmada, para que dé la posibilidad de conversar con las vecinas que, por supuesto, también barren, con la misma dedicación y meticulosidad, como tratando de desperdiciar el asfalto gris. Barrer es una práctica necesaria en este barrio, porque aunque parezca una pequeña aldea, está en medio de la ciudad, rodeada de avenidas con buses humeantes, por eso aquí el polvo cae como la llovizna y se dispersa por todas partes, metiéndose en cada resquicio de las enormes casas.

En sus primeras etapas, las casas del Modelo eran de una sola planta, contaban con dos o tres alcobas, cocina de leña y un gran patio trasero, además de un pequeño antejardín. Sobresale en su arquitectura el techo elevado, pues cuentan con un zarzo para la ventilación de la casa y para el cableado de luz y teléfono. Aún hoy, los tejados se caracterizan por la estética de la teja de barro que hace juego con el ladrillo envejecido de las fachadas y con las vigas de madera rústica. En etapas posteriores, se construyeron manzanas de casas con dos plantas y se remodelaron antiguas casas para hacerlas más funcionales. Aquí en el Modelo las casas son extrañas, mientras algunas conservan el estilo tradicional, que demuestra que sus dueños han calculado cada cambio para que no se altere demasiado el diseño original, otras parecen construidas con fichas de Lego, pisos superpuestos sin ninguna estética, que parecen a punto de caerse. De las casas de antaño, quedan pocas, la mayoría han cedido ante la necesidad de un segundo piso, de un garaje y de una fachada protegida contra la intemperie y los ladrones, otras simplemente se rinden ante los impulsos constructores de sus propietarios, incluso de los arrendatarios, que construyen y destruyen en función de lo práctico, no de lo estético, como si el urbanismo y la arquitectura fueran un asunto para *Dummies*.



Las 11:00 a.m., justo antes de que el alboroto del medio día comience, es la peor hora en el Modelo. Muy probablemente sólo le gusta a Luis, el mejor caminante del barrio. Luis siempre viste un pantalón clásico y un saco tejido, generalmente de rombos rojos y azules, es su estilo, elegante y poco llamativo. Él conoce cada una de las calles y de las carreras, sabe de memoria a quien encontrará en cada garaje y saluda a todos sin falta. Durante todo el día, va y viene de la Iglesia al parque, del supermercado Olímpica a los edificios, de la 50 a la clínica, en una eterna peregrinación que nadie sabe a dónde lo conduce; pero siempre, a las 11:00 a.m., pasa sin falta por el costado oriental de la carrera 44. Algunas veces se encuentra con sus amigos de infancia y les pregunta: "*¿Oiga, le gustan mis zapatos?*", no importa lo que su interlocutor le responda, Luis le dirá: "*Son nuevos y me los regaló el presidente Churchill*". Nadie sabe por qué él se refiere a Winston Churchill, el político y escritor británico, primer ministro de Gran Bretaña durante la II Guerra Mundial.

### ♦ Jornada de la tarde

Cuando llega el medio día, el barrio vuelve a levantarse del letargo. Los urapanes se sacuden con la brisa que refresca el sopor en que se encuentra el aire de los días exageradamente soleados y calurosos que últimamente caracterizan a Bogotá. Después de esa sacudida, en la que los urapanes le recuerdan al barrio que siguen ahí en pie, las señoras probablemente tendrán que volver a barrer los frentes de sus casas, ahora tapizados de hojas. Pero esa tarea debe dejarse para la tarde, porque, desde las 12:00 hasta las 2:00 p.m. el Modelo sólo piensa en el almuerzo. Los muchachos del Colegio Distrital, comienzan nuevamente el desfile de faldas azules a cuadros y balones que zigzaguean por entre las piernas de los pelados, por la mitad de la calle, armando trancón y generando ataques de gastritis en los conductores desesperados. Mientras salen del colegio los de la primera jornada entran los de la tarde. Algunos paran por un helado de palito o por un roscón, otros han decidido comprar más bien un vasito de mango biche o un *Bon Ice* —ese refresco congelado que viene en unos empaques largos—.

Casi ninguno recuerda que antes todos tomaban algo donde doña Avelina, porque era más barato y los atendían con cariño, ese era el epicentro del barrio a las doce y media. Ella siempre sabía lo que había en su tienda y sólo ella conocía el paradero de cada producto en el enjambre de artículos que se aglutinaban en las vitrinas de esa tienda de ocho metros cuadrados. Allí se podían comer los mejores dulces de coco del mundo, refrescos de veinte pesos, herpos gigantes y auténticas gelatinas de pata —unos dulces esponjosos que hacen al modo antiguo, con el caldo de la pata de res—. Si un habitante del Modelo necesitaba encontrar a algún familiar —generalmente de género masculino— un viernes en la tarde o el fin de semana, a la fija lo localizaba en las sillas de doña Avelina. Allí se decidieron importantes asuntos del barrio, se sellaron compromisos de amor y se planearon muchos torneos de fútbol. Los supermercados de cadena (Olímpica y Febor) nunca pudieron hacerle competencia, porque sólo allí se podía comprar una bolsa de leche, un

rollo de papel, veneno para cucarachas y betún negro sin tener que recorrer ningún pasillo para buscarlos, porque todo estaba “organizado” en no más de tres vitrinas y una nevera. El día que se iba a ir del barrio, los vecinos se amontonaron en el antejardín de la casa para despedirse de ella, pero además, para ver cómo trasteaba su tienda en un proceso lento y minucioso que parecía más la mudanza de una caravana de gitanos comerciantes.

Mientras tanto, a eso de la una de la 1:00 p.m., los comedores de las casas están listos para recibir a los comensales. Aquí en el Modelo mucha gente todavía almuerza sentada en la mesa de su casa, todos los días, con calma y con recetas tradicionales. Eso pasa porque el Modelo es un barrio de pensionados, los que fundaron el barrio y aquellos que llegaron siendo muy jóvenes, ahora disfrutan la posibilidad de permanecer en sus casas mientras ven pasar el día con calma. Algunos ya fueron a misa a las 7:00 a.m., otros prefieren asistir a la de 5:30 p.m.; si es martes, las señoras apenas tienen tiempo de recoger la loza y dormir una siesta antes de ir a la reunión de la Legión de María —un grupo de oración y estudio religioso que gira en torno al tema de la Virgen y que es muy común en casi todas las parroquias de barrio—, que comienza a las 3:00 p.m.; si es jueves, harán lo mismo antes de reunirse a las 4:00 en punto para la tarde de bingo y parqués en el salón parroquial. No todos los que almuerzan en sus casas son pensionados, también hay amas de casa, trabajadores sin horario de oficina, estudiantes de tiempo flexible y desocupados, muchos desocupados, de esos que nadie sabe muy bien a qué se dedican ni de qué viven, pero que son tan queridos por todos y no le hacen daño a nadie, por eso nadie los juzga.

Los que almorzaron en sus casas ahora duermen la siesta, una costumbre rural que aún se conserva en el Modelo, nadie tiene afán y todos —incluso lo que están de paso y los que trabajan a esa hora en el barrio— bajan la voz y tratan de no hacer ruido, como procurando no interrumpir el derecho a dormir de aquellos privilegiados que, en el centro geográfico de una ciudad en la cual 24 horas no alcanzan para nada, se dan el lujo de tomar media hora o 45 minutos para reposar el almuerzo y echarse un “motosito”. Así que el barrio regresa a su extraña normalidad después de las dos, cuando se levanten los que duermen la siesta y todos puedan volver a hablar normalmente y a hacer ruido si es necesario.

### ♦ Dulce fin de semana

Pero si es un domingo o un día festivo, la siesta debe ser más corta, porque hay que ir por un postre. El barrio es ahora conocido por la fama que han adquirido los postres que se venden sobre la carrera 48, eje vial que comunica con el Parque Simón Bolívar, la Biblioteca Virgilio Barco y el Museo de los Niños, y que por lo tanto es frecuentada por deportistas y turistas los fines de semana. Por eso no es raro ver los fines de semana decenas de carros haciendo fila para estacionarse un rato y permitir a las familias degustar la leche asada, el tiramisú, las repollitas, los postres de frutas, el merengón y el arroz de leche que los locales ofrecen, siempre con frescura y precios muy competitivos.

En los días hábiles, a las 3:00 p.m., el desfile de las rutas escolares comienza nuevamente y sólo se detendrá después de las seis. Es posible observar todo tipo de camionetas, busetas y buses, uniformes de todos los estilos y colores; niños y niñas de varias edades, mamás, abuelos y abuelas, empleadas y otros adultos responsables que recogen a los chicos mientras se imaginan qué tareas habrá que hacer esa tarde y cuántas notas traerá en la agenda cada uno. Las últimas rutas que pasan son las que salen del Colegio Distrital y del Liceo Hermano Miguel de La Salle con los estudiantes de la jornada de la tarde, a las 6:30 p.m..

En la mitad de la tarde, las papelerías atienden niños y jóvenes que compran materiales para las tareas, tratando siempre de dejar algo de vueltas para poder llevar algunos sobres de láminas del último álbum que estén haciendo y un helado de palito, de esos que hacen las señoras en su casa, con palitos cortos de madera y con sabores muy tradicionales. Los martes y los jueves, las señoras mayores van a la Legión de María o a la tarde de juego, según lo que corresponda; si no llueve mucho se quedan a la misa de las 5:30 p.m.. A esa hora Luis hace otro recorrido en su jornada de caminante, mientras “El Toro” —como le dicen los muchachos del barrio— sale todas las tardes de la fundación IDEAL (Fundación Instituto de Adaptación Laboral) a pasear por las calles del barrio; tan pronto visualiza algún peatón en la cuadra por la cual transita, se dirige directo a él con el cuerpo doblado y listo para embestirlo con su casco rojo. Pero justo cuando llega al frente del desprevenido transeúnte, se incorpora, lo mira a los ojos, suelta una gran sonrisa y pide permiso para continuar su recorrido.

Después de las cinco de la tarde, el barrio se concentra en las calles, a veces parece como si se tratara de una manifestación o del vía crucis del Viernes Santo, pero es algo cotidiano. Los pacientes y los familiares que vinieron a la Clínica Misael Pastrana y al Hospital Infantil salen de las consultas y del horario de visitas —y aunque nunca antes hayan caminado por el Modelo, casi instintivamente descienden de los andenes y transitan también por la mitad de la calle—; los empleados del hospital, de la clínica, de los cuatro colegios, de la decena de jardines infantiles, de las seis o siete fundaciones y del supermercado Olímpica salen hacia sus casas; mientras comienzan a llegar los trabajadores y los universitarios que viven en el Modelo.

Las siete de la noche es la hora de las compras en el barrio; se llenan las tiendas, las papelerías, las misceláneas, las panaderías y, sobre todo, el supermercado Olímpica, que a veces parece no dar abasto para atender a tantos. La verdad es que el edificio donde se ha instalado el supermercado nunca fue pensado para eso, porque desde la fundación del barrio allí funcionaba un teatro —el Copelia, donde los muchachos iban a ver cine en bancas de madera—, un billar y algunos locales comerciales, es decir, que era el centro de entretenimiento del barrio, no el lugar de abastecimiento. Pero en la década de los noventa llegó Febor —la antigua cooperativa de empleados del Banco de la República—, que durante más de una década dotó de bolsas estampadas de verde y productos de todo tipo a

los habitantes del Modelo, los mismos que vieron como, apenas llegado el nuevo milenio, el supermercado empezó a agonizar y nunca antes, ni siquiera después de que se incendió y todos los vecinos salieron a apagarlo a las 3:00 a.m., se vio tan triste y desolado como en sus últimos días. Una mañana Febor no abrió sus puertas, los empleados, de uniforme verde y naranja chillón, empacaron lo restante en cajas, limpiaron las góndolas, desocuparon las registradoras y se marcharon a media mañana. La incertidumbre se apoderó del barrio durante algunos meses, mientras los vecinos especulaban sobre qué cadena de supermercados tomaría el local; entre tanto, los tenderos y los pequeños supermercados del sector vivieron su bonanza. Pero unas semanas antes de Navidad, la zozobra de unos y la bonanza de otros terminó, la cadena de supermercados Olímpica llegó con camiones cargados de productos, armó las góndolas, uniformó a los nuevos empleados y reclutó a muchos de los antiguos —como José, el mejor empacador de mercados de la ciudad—, instaló una tarima con una orquesta y abrió sus puertas esa mañana de domingo, para no cerrarlas nunca más, por ahora.

### ♦ El barrio “modelo” de Brunner

Si es un viernes o un sábado, la algarabía del barrio aparecerá a eso de las 6:00 p.m. y durará hasta el amanecer. Los que simplemente se reúnen para tomarse unos tragos lo hacen en cualquier tienda, que hay montones, pero los que además quieren recordar viejos tiempos y discutir acerca de cómo arreglar el país, lo hacen en la tienda de doña Carlina. Es una costumbre que adquirieron hace décadas y que mantendrán viva mientras puedan, aunque ella ya no pueda acompañarlos en la mesa mientras se toma una cerveza con ellos, que van allá porque, según dicen esos expertos visitantes de aquella tienda, nadie preparaba un chicharrón ni unos tamales como doña Carlina, nadie conocía mejor el secreto de un huevo duro perfecto y nadie servía cervezas como ella. En su tienda se congregan los veteranos del barrio, por allí desfilan ediles, empleados públicos, vecinos notables y muy pocos “pelados”. Los sábados y domingos, desde la siete de la mañana, la olla tamalera de doña Carlina llena de olor a desayuno de fin de semana las calles del Modelo, pero nadie sabe quién la remplazó en la elaboración de los tamales.

Los muchachos y las familias “modernas” que viven en las nuevas torres de edificios, detrás de las casas del Modelo antiguo, tradicional y pueblerino, se congregan por las noches, desde las seis, en las tiendas de la carrera 45, en la calle 66 saliendo hacia la Avenida 50 ó en la Avenida Calle 68, a comer hamburguesas, perros calientes, pizza o comida valluna, dependiendo del antojo. Sólo dejaron de hacerlo aquella noche de octubre en la que Berenice no hizo hamburguesas, tampoco había gaseosa para acompañarlas, porque la tienda donde la dejaban ubicar su carrito de comidas rápidas estaba cerrada, en pleno viernes de quincena y a las siete de la noche. Los vecinos se habían arremolinado desde temprano frente a la tienda —allí también vivían sus propietarios— y a esa hora ya era cierto el rumor: al señor lo habían matado, a las tres de la tarde, en la sala de su casa, detrás de su tienda,

frente a su esposa, tres puñaladas y un tiro de gracia. Los motivos aún eran un misterio, pero los vecinos ya hablaban de lo complicado y multitudinario que sería su entierro, de la falta que haría la tienda en los días siguientes y de los líos de la sucesión entre sus hijos.

Pero esas cosas trágicas ocurren muy de vez en cuando, porque el Modelo es muy tranquilo. Éste es un barrio de calles bien trazadas y casas de antaño, el diseño urbanístico tiene un trazado de cuadrícula —con excepción de algunas manzanas dedicadas a la prestación de servicios—, los parques separan las diferentes etapas de la construcción, y las vías principales lo rodean sin atravesarlo. Todo esto constituye un conjunto coherente estéticamente y funcionalmente. Por eso que puede seguir cumpliendo con la tarea que decidió asumir para siempre y a cualquier hora del día, porque el barrio Modelo vive para los otros, para los foráneos, depende de ellos para seguir vivo. Es probable que el urbanista austriaco Karl Brunner, primer director del Departamento de Urbanismo de la municipalidad, encargado de diseñar el barrio en la década de los años treinta, no lo hubiera pensado como un barrio de servicios, sino más bien como un espacio autosuficiente y su nombre lo debe a que fue pensado como un modelo para la construcción de otros barrios en la capital, porque contenía todo lo necesario para satisfacer las necesidades de sus habitantes: Iglesia, teatro, tiendas, colegio, parques, paradero de buses, CAI, centro de salud, salón comunal, biblioteca y otros servicios ofrecidos por particulares.

Y día tras día, a las 5:00 a.m., volverán a ladrar los perros fantasmales que habitan el garaje de esa casa esquinera. Los sonidos de los carros seguirán recordándoles a los habitantes del Modelo que viven en medio de una gran ciudad. Pero ellos, como lo han hecho durante 60 años, se negarán a aceptarlo y se conformarán con nacer, estudiar, trabajar, jubilarse y morir, viendo pasar la vida bajo los urapanes, que son los testigos más fieles de la historia de este pequeño pueblo en medio de la ciudad.



# Navaja, pico y espuela



**Fabián Mahecha\***

*j.fabian-99@hotmail.com*

Está ardiendo la gallera. Los gallos se están matando. 'El Pinto' salta, pica y vuelve a esconderse debajo de las alas de su oponente. La valla se vino abajo en un bullicio tremendo. La valla es una especie de barrera dispuesta para contener a los borrachos eufóricos al ver dos gallos en medio de una pelea brava. Algunos están ebrios de aguardiente barato y cerveza enlatada. 'El Pinto' tenía desconcertado a 'El Colorado' con el tipo de estrategia que le estaba aplicando. Atacaba y se tapaba. Escondía su cabeza, atacaba y volvía a esconderse. Era un excelente agachón. Los galleros llaman así a los gallos que pelean con esa táctica. Lo cierto es que hacía una excelente pelea y merecía ser el vencedor. Se mantuvo mucho tiempo debajo de las alas de 'El Colorado'. Todos en silencio pensamos que se acercaba el fin. De pronto se tiró hacia arriba y dio el llamado espuelazo de la muerte. La gente quedó en silencio; un silencio de asombro. 'El Colorado' cerró sus ojos con el pico apuntando hacia el cielo, entre los alaridos del público. El espuelazo que lanzó 'El Pinto' le había partido la vena del cuello y la sangre salía a chorros. Este golpe se llama en las galleras un venazo. Poco a poco 'El Colorado' fue dejando su vida en el aserrín del ruedo. Los apostadores perdedores empezaban a pagar a los ganadores, en cuyos rostros se reflejaba la felicidad.

'El Tuerto' Peláez y yo salimos de la gallera contentos. Él me decía que en sus años de gallero experimentado ningún gallo, ningún gallo, insistía, había demostrado tanta cría para la pelea como la que había demostrado 'El Pinto' esa noche. *"Te lo había dicho. Este gallo es un verraco. Ahora lo voy a dejar descansar un buen tiempo. Se lo merece. Es el mejor"*. 'El Tuerto' Peláez hablaba y al mismo tiempo acariciaba la cola de su gallo, resultado de un cruce entre un canaguan y un criollo. Es un tipo de gallo de pecho fuerte, pico corto

▷▷ \* Estudiante del colegio Valles de Cafam, Usme.  
Taller de La Marichuela.

y un abundante plumaje. Ni hay gallo más bravo que el criollo y ni más aguerrido que el canaguay. Es una mezcla perfecta.

Los galleros no sólo son expertos a la hora de soltar sus gallos, también deben estar dotados de paciencia ya que su oficio les exige pasar tiempo con sus gallos. Y lo más irónico, tienen que saber hasta de peluquería para tuser a sus plumíferos. Tuser es hacerle al gallo el corte de la cresta. También se le rebaja la pluma del lomo y se le recorta la golilla. No es agradable ver como tusan un gallo. El gallo apenas sufre. Digo apenas porque sufren el corte de la cresta que se hace a sangre fría y sin anestesia. 'El Tuerto peleas' lo hace sin compasión.

El apodo 'Tuerto peleas' surgió un día en la gallera donde estaba alistando un gallo para la pelea. En un descuido sucedió lo inesperado: recibió un picotazo de su gallo en el ojo derecho. Por eso el apodo que lleva con mucho orgullo.

### ♦ Segunda pelea

Dos días después, en la gallera de Alfonso López, localidad de Usme, los galleros alistan otra vez los gallos. Se ponen de acuerdo en qué tipo de armas usarán los gallos para combatir. Hay tres tipos de armas que suelen usar los gallos de pelea: navajas, espuelas y pico. La navaja es un arma que tiene la forma de una medialuna y mide una pulgada desde la base hasta la punta. Su característica principal es que en la parte interna de la curva tiene un filo comparado al de una hoja de afeitar, con la diferencia de que esta es más robusta y letal. Por otro lado, la espuela es un arma con forma de aguja de gran volumen. No suele medir más de cinco centímetros y se fabrica con materiales que van desde el carey hasta la fibra de vidrio. En algunas galleras son más comunes las espuelas hechas con espinas del pez sierra. El pico de algunos gallos, corto con una punta tan aguda como la de un alfiler pero más grande, es un arma letal.

De sus respectivas jaulas salen 'El Pinto', que repite pelea, y 'El Catazay'. Junto a las manos del árbitro, un par de cigarrillos y un vaso de cerveza bien lleno. Se pactan las reglas del encuentro: si no hay un gallo vencedor antes de 10 minutos, perderá el gallo que esté tirado y no pueda levantarse durante el conteo decisivo que dura diez segundos.

*"¡Alcen gallos! ¡Enojen gallos!"* Ordena el árbitro escondido detrás de un mueble que le sirve de plataforma. Inmediatamente se da inicio a la pelea. El árbitro hunde sus inquietos ojos en el lugar donde 'El Pinto' y 'El Catazay' inician con estruendosos revoloteos de sus alas, una danza macabra en medio de la arena. La misma arena en la que inevitablemente uno de los dos gallos terminará vencido.

El cronómetro marca dos minutos desde los primeros revoloteos de los gallos. Sólo se han mirado fijamente y poco a poco se acercan el uno al otro, pero sin recibir picotazo alguno. Parece que se estudiaran como lo hacen los luchadores antes de dar un buen espectáculo.



El público demuestra su inconformidad. Las malas palabras y las ofensas se empiezan a escuchar. *"¡Vinimos a ver peleas de gallos no de gallinas, así deben ser sus dueños!"*. Cuando el reloj marca un minuto adicional, 'El Catay', de color negro, toma la iniciativa y de una sola embestida manda a su oponente al suelo. 'El Pinto', de color blanco y pintas cafés, se para y contesta con un espuelazo en la cabeza de su oponente. *"Comienza la verdadera batalla"*, dice 'El Tuerto' Peláez al ver que los dos gallos saltan tratando de herirse el cuello.

En efecto, a la mitad del encuentro ambos contrincantes se dan un espuelazo al cuello y caen al suelo. Los espuelazos fueron de tal magnitud que pasados 40 segundos ninguno de los dos gallos se para. El aserrín del ruedo está rojo de la sangre de las aves que parecen muertas. 'El Tuerto' Peláez cierra sus ojos y pone sus manos en posición de oración tal vez pidiéndole el milagro a Dios de que su gallo se ponga en pie. Las súplicas dan resultado. 'El Pinto' se pone de pie y se convierte en el gran vencedor del desafío. 'El Tuerto' Peláez, reclama sus apuestas que sumaban \$300.000, el triple de lo que había apostado y le pasa la comisión a la gallera.

Pero instantes después 'El Tuerto' Peláez se acerca a la arena y deja caer sus lágrimas en 'El Pinto', que se puso en pie pero no sobrevivió y cayó. Conmueve ver a un hombre rudo como Peláez, de 63 años de edad, llorar por un gallo.



# Refugio en La Soledad

**Carolina Cuervo G.\***

*figis2007@yahoo.com.br*

Carlos Escobar lleva una relación netamente sensual con ellas. Desde su infancia han estado a su lado y hace 12 años que se convirtieron en su oficio. Y cómo no quererlas, si casi tres cuartas partes de su vida las ha pasado a su lado. Ellas, las páginas de los libros, son para Carlos uno de los vicios que nunca ha pensado en dejar. Eso es lo que dice hoy, a sus 41 años cumplidos.

Recostado sobre una de las puertas abiertas del garaje donde se ubica su librería, bajo el sol de una tarde de miércoles, pasa las hojas de un libro sin distraerse con los motores de la fila de carros impacientes que pasan por la calle 39. *“El hombre es un dios cuando sueña y un simple mortal cuando vive”*, está escrito en letras negras sobre un tablero que cuelga de la otra puerta. Al lado, los rayos ocres del sol iluminan el vidrio opaco que cubre una vitrina con varios libros de esquinas raspadas y hojas amarillas.

*“Un oasis”, “una tienda de campaña”, “un refugio”*. Así describe Carlos Escobar su casa, librería, espacio para música, partidas de ajedrez y discusiones, todo reunido en un garaje del barrio La Soledad.

Dentro del lugar, las estanterías de libros suben por una pared hasta el techo. Los libros también están en una mesita de madera, y en una repisa sobre la cama siempre ocupada por los visitantes. Siguiendo las escaleras de madera que empiezan casi en la puerta del garaje, se llega a un altillo donde en un caos que tapa una cortina, entre los tubos que salen y entran por el techo, ropa, papeles y una ‘vista al mar’, hay más libros, entre ellos algunos con poemas escritos por él.

▷▷ \* Comenzó a estudiar Comunicación Social en la Javeriana.  
Taller de Usaqué.

Aunque parece que en la librería nada tuviera puesto y Carlos dice no gozar de buena memoria, sólo necesita de pocos segundos para encontrar cualquier libro entre más de 2.000 repartidos por el lugar. Recuerda y habla del pasado de cada uno, sus dueños y sus historias.

Y así ha sido durante el tiempo que lleva de librero, casi el mismo que ha vivido en Bogotá, pues fue acá donde adoptó este oficio con los libros. De hecho, cuando repentinamente decidió venirse a la ciudad hace más de 12 años, trajo en su mochila solo lo necesario: *“Un jean, un par de camisetas y un par de libros”*. Le habían presentado a Jackie en Medellín, pero ella estaba de paso, pues vivía y trabajaba en Bogotá. El caso es que, como lo define él, *“hubo un impacto afectivo muy fuerte”*. Tiempo después, el día que ella cumplía años, Carlos celebró su cumpleaños toda la tarde con unos amigos, y en la noche la llamó y le contó lo que estaba haciendo. Y al cabo de los días Carlos estaba montado en un bus que lo acercaría 2.600 metros a las estrellas. *“Es una de las personas más maravillosas que me han ofrendado para compartir esta vaina que uno no sabe como denominar, pero digámosle vida”*. Vivió con Jackie alrededor de un año, pero llegó a Bogotá para quedarse.

### ♦ Peculiar clientela

Luego de la separación, Carlos se fue a convivir con los libros en este espacio, que hoy es mucho más que otra librería de las tantas que hay en las calles de Bogotá. En ella confluyen todo tipo de individuos, que al contrario de lo que muchos creerían, no siempre van con la intención de comprar un libro. Algunos simplemente se sientan a leer un rato. Como Jaime, que pocos minutos después de llegar ya está acomodado en una silla leyendo un libro acerca del Mecong (un río que pasa por el sureste asiático y está entre los 10 más largos del mundo).

*“Pero vea, sí quedaron cosas buenas de la Feria de Tulúa!”*, exclama Carlos mientras hurgando detrás de la silla de madera en la que está sentado, hace aparecer una botella de aguardiente blanco, de la que queda poco menos de la mitad. Ayer llegó de este municipio del Valle del Cauca, después de asistir a conciertos, teatro, exposiciones y aglomeraciones de gente, y maravillarse con la música de Willie Colón.

Y es que no es cosa rara que Carlos ande de viaje. Parte del constante movimiento en el que se mantiene lo conforman sus frecuentes trayectos, con dirección, pero no siempre con destinos programados. Se considera un nómada. *“Es una de las particularidades que lucho ferviente y ardorosamente por no perder, que no quiero que me secuestren, que me quiten o que me exterminen”*. El nomadismo supone no establecerse en un lugar fijo, tener un movimiento absoluto, hacer del viaje un fin en sí. *“¿Cómo puedes controlar a alguien que siente que el planeta es su casa? ¿Dónde lo vas a encerrar? ¿Alguien para quien todos los seres humanos son sus hermanos, ¿De qué lo vas a acusar? No se puede”*.

## ♦ La trashumancia de Carlos

A pesar de sus “discrepancias de forma y fondo” con EEUU, también ha viajado en esa dirección. En su primer viaje, hace seis años largos, conocer un país con estaciones lo llevó a enfrentarse con un inclemente clima de varios grados bajo cero. Así fue como su cuerpo comenzó a producir una alergia, desde la cabeza hasta la punta de los pies, con formación de placas que se fracturaban. La exasperación lo llevó a viajar hasta el pueblo vecino, donde vivía su hermana. “*Motiláme*”, le pidió Carlos, y ella respondió: “*¿Usted está loco? ¿Está trabado?*”. Y no era para menos, pues su pelo se enredaba en rastas que colgaban de su cabeza hacía ocho años y medio. En este tiempo sólo una vez las había cortado, a manos de Toño, el dueño de la casa de la que se desprende la librería, y un muy buen amigo de Carlos, “*a tal punto que a veces siento que es mi hermano*”.

Hoy sus rastas bajan hasta un poco más abajo de los hombros y él constantemente está tocándolas, como asegurándose que todavía estén ahí. Al dar una mirada retrospectiva, Carlos ve mucho más clara la razón de su alergia: parecía que su organismo reaccionó a las bajas temperaturas, pero lo que realmente le resultaba intolerable no era el frío, sino el estar allá, era una reacción contra el *modus vivendi* de los estadounidenses.

A pesar de esto, no fue la última vez que viajó a Estados Unidos, pues algunos de sus hermanos viven allá. Carlos nació en la Vereda El contenido, en San José de Risaralda, y fue el último de 9 hermanos, pero de estos sólo 3 viven en Colombia. Los 9 están vivos, o bueno, “*al menos respiramos y nos palpita el corazón*”. En Colombia vive Maria Ximena, su única hija, que tiene 24 años, y su nieto, que el pasado 14 de junio cumplió 4 meses.

Un día antes, el 13 de junio, Fernando Pessoa habría cumplido 119 años. Este “*maravilloso escritor portugués*” lo ha acompañado por mucho tiempo, es alguien a quien ama y admira y que, según él, “*está más vivo que un altísimo porcentaje de las personas que me encuentro todos los días. ¿Tu todavía crees que estar vivo es que le palpita el corazón?*”. El libro del *Desasosiego* ha estado con él durante muchos años. Desde sus primeros años de librero lo acompaña a donde va, a todos sus viajes lo lleva y lo está leyendo constantemente, pues tiene un profundo significado en su vida.

## ♦ El rumbo de los libros

Pero Carlos está siempre buscando no apegarse a lo material, pues para él es inconcebible esclavizarse de objetos efímeros. Seguramente habrá un momento en el que sienta que *El Libro del desasosiego* ‘cumplió el ciclo’ con él, entonces, “*se lo vendo a otra persona para que tenga la oportunidad de convivir amorosamente con este personaje*”.

Todos los libros que han pasado por sus manos tienen su propio rumbo y Carlos es una estación en este camino. “*Estos libros que hay acá son míos en cuanto a que yo los adminis-*

*tro para que otros individuos puedan tener acceso a ellos, pero yo no veo en esto una posesión. Cada libro tiene una historia particular y queda en las manos de quien debe quedar”.*

El liberarse de las posesiones es una necesidad milenaria, promulgada por hombres y mujeres de nuestro “pasado mítico”. Se trataba simplemente de estar en armonía consigo mismo y con el medio ambiente, teniendo como resultado la felicidad. *“Hay muchas cosas que me interesan de Siddharta Gottana. Me parece que hay ciertos preceptos de Buda que deberíamos leer con mayor frecuencia”.* Pero no es que Carlos quiera ser monje, no le interesa en lo más mínimo. Más bien, como él dice, lleva lo que los pacatos podrían llamar una ‘vida disipada’. *“Me gusta el sexo, me gusta la marihuana, me gusta el alcohol”.*

Con Javeriana Stéreo de fondo la tarde en la librería va pasando. El sol comienza a hundirse entre las nubes y Manuel, de corbata y con unas gafas de gruesos lentes ocupa ahora un espacio más en el acogedor garaje. Saca de su bolsillo unas hojas, entre las que se lee la primera: una definición de “ritual” de Wikipedia. Y de eso es lo que quiere hablar. Del mito, los ritos y rituales, de las formas que palabras tan simples pueden adoptar y cómo su significado puede mudar entre diferentes épocas y culturas.

Este es un tema recurrente para Carlos, pues para él toda acción se podría mirar como un rito, porque su propósito es hacer de todos los actos cotidianos un ritual. *“Tu vida debe ser un permanente ritual, pero no una vaina abstracta, sino en la cotidianidad. Hacer que todos los actos sean un rito: la lectura de un poema, un trago de aguardiente, una mirada. Creo que si lo intentáramos hacer nuestras relaciones interpersonales variarían sustancialmente”.*

Los rituales y los alucinógenos siempre han estado unidos. Carlos ve en los libros y las mujeres otros alucinógenos, pues *“tienen la particularidad que creo que debe tener todo alucinógeno para acercarse a él de una manera ritualística: se pueden alcanzar otros estados de percepción”.*

## ♦ Los vicios consentidos

*“Los cuatro vicios que en esta adolescencia en que vivo no tengo la más leve intención de dejar son: las mujeres, la marihuana, los libros, el alcohol”.* Las mujeres, además de su ‘vicio’, han tenido una presencia constante en su vida: *“Tengo una hija, creo que tengo más amigas que amigos y he convivido con siete mujeres”.* Hace dos años que vive solo, aunque con la compañía de sus libros y sus amigos, que constantemente lo visitan. Vivir solo es para él una experiencia muy interesante. *“Si existe alguna misión en la vida del ser humano debe ser el hallazgo de nuestra música interior. Nos pone en conexión directa con la felicidad basada en el placer”.*

Pero Carlos también percibe la soledad como una enfermedad epidémica que se puede ver en todas las ciudades del mundo. *“Mientras más civilizados, más estúpidos nos vuelve-*

*mos. Los procesos que ha implantado la política neoliberal con sus herramientas de globalización tiene como una de sus armas más poderosas el exterminio de conocimiento, para así poder medir con el mismo rasero a cualquier individuo del mundo (...) La soledad que puede percibir un tipo en Brooklyn es muy similar a la que puede percibir alguien en Bogotá”.*

Y como consecuencia de esto, Carlos menciona —además del olvido de nuestro pasado— la pérdida del arte de la conversación. *“Veo que en muy poco tiempo las personas que sean encontradas en la calle conversando serán tratadas de extrañas, exóticas y luego de peligrosas. Porque están ‘conversando’; no están chateando, hablando por celular o ‘trabajando, trabajando, trabajando’”.*

Y ahí es donde Carlos hace la diferencia. Su librería, no es solo un lugar donde se venden libros. *“Mi relación con los libros es mas sensual que comercial”.* Es además su casa. Por eso tuvo claro desde el principio (tal vez fue lo único que tuvo claro) a quiénes abriría las puertas de su casa, por lo tanto, qué tipo de libros compraría. *“No es lo mismo que yo te venda a ti un libro de Anthony de Mello a que te venda uno de Fernando Pessoa. Me interesa más conocer individuos para discutir ideas, que vender fórmulas de felicidad y enamoramiento”.*

Es su librería. Es su casa. Pero también busca un lugar de encuentro donde las personas se puedan reunir con toda tranquilidad. *“Lo que me interesa es combatir el maquiavelismo de ‘dividir para reinar’ que nos está volviendo mierda”.* En esta *“tienda de campaña abierta a los nómadas”* nunca va a faltar un tablero de ajedrez y dos guitarras que no están de adorno. Allí llegan directores de cine, estudiantes, novelistas, músicos, poetas, ladrones.... *“Dije ladrones, no políticos; esos son honestos”.*

Mientras Carlos continúa su conversación con Manuel, un individuo se suma a la reunión y con una de las guitarras, adornada con una lagartija y una tortuga de papel brillante, hace parar a Carlos, que ahora canta y baila al ritmo de *Lágrimas Negras*. El garaje silencioso, tranquilo y en el que hace unas horas sonaba jazz, música fusión y bossa nova, de repente se transforma en un lugar donde las botellas de whisky no se quedan quietas y la música es en vivo.

*“Lo que me gustaría es que este tipo de cosas (pero no exactamente como lo estoy proponiendo yo), cada día se multipliquen más. Que en vez de haber cada día más soldados, haya cada día más librerías, más tableros de ajedrez, más libros sobre el Mecong, más poemas de Pessoa”.*





# El puente está quebrado. Historia de un atajo



**Myriam Luz Buitrago Arcila\***

*myriliteratura@hotmail.com*

Es la hora del descanso; en la distancia se observan varios grupos de niños haciendo lo que más les gusta: jugar. Un montículo de tierra junto a las canchas oculta la columna vertebral que separa el presente del pasado, pero la línea es tan delgada que algunas veces resulta imposible distinguirlos. Es el caño que divide a la Academia La Salle–San Benildo y el barrio San Antonio Norte, que entre sus paredes mojadas por las aguas lluvia, alberga el eco del puente que un día existió.

Aquel puente, del que no se tiene registro fotográfico conocido, parecía una de esas camillas utilizadas en construcción, para sostener las planchas, pero ¿qué podría tener de especial y digno de contar una estructura tan sencilla? La destartada armadura no sólo servía para que los alumnos entraran al colegio, era el pasaje más utilizado para ingresar al que en aquel entonces era llamado pomposamente barrio. En realidad había pocas casas que parecían más ranchos que cualquier otra cosa. La calle 180, cuadra por la que se llegaba al puente, era un camino real o de herradura, rodeado de algunos árboles que no hacían sino resaltar el aspecto rural de la zona.

Para bajar el mercado hasta las casas, los muchachos se cargaban las bolsas al hombro y tenían que caminar desde la séptima, ya que los carros no se atrevían a transitar por la otra entrada a San Antonio, la 182, conformada por varias cuerdas llenas de polvo y piedra en verano y lodo en invierno. Los vecinos no resistieron por mucho tiempo esa situación, así que decidieron unirse y el 30 de julio de 1990 enviaron una carta al director del Instituto de Desarrollo Urbano (IDU). El 23 de agosto del mismo año, Carlos Villegas, en representación del alcalde Juan Martín Caicedo Ferrer, le comunicó a Leonidas García, presidente de

►► \* Estudiante de Pedagogía en Literatura, Universidad Santo Tomás, 21 años.  
Taller de Usaqué.

la Junta de Acción Comunal, que la petición acompañada de 142 firmas de propietarios de casas, en la que se requería la ampliación de la 180 hasta la séptima, había sido aprobada y que pronto las obras se pondrían en marcha. La noticia los alegró y no tuvieron tiempo para pensar que aquel era el principio del fin.

Mientras tanto, el puente seguía siendo un objeto importante, sobre todo para los niños, porque este armazón de madera con barandas a lado y lado y más o menos dos metros de largo era, además, un pasamanos con el que Diana Nope y “los de la cuadra” tenían tardes enteras de diversión y caídas. Ella, estudiante de cuarto grado en aquella época, sonríe al recordar cómo los borrachos, eternos amantes del suelo, se tropezaban con los tres escalones que el puente tenía al comienzo y al final.

Asimismo recuerda: *“Algunos de los del barrio tenían un pito a la mano”*, prestos a avisar a los demás de presencias extrañas que perturbaran la tranquilidad de un barrio que no estaba lejos de ser un atracadero; las calles que discurrían junto al caño desaparecían bajo la oscuridad de las noches sin luna, porque el alumbrado público era aún una leyenda urbana. Precisamente, por aquel ambiente de inseguridad que rondaba al puente, los estudiantes preferían hacer su propio camino y utilizar llantas y tablas en un trecho más abajo del paso “oficial”, que cruzaban divertidos dando saltos como los renacuajos que habitaban el caño y los pastizales.

### ♦ Los enemigos del puente

Estas circunstancias daban pie para que los Hermanos de la Salle armaran pleito porque sus “sagrados” terrenos eran invadidos hasta por las vacas que llevaban a pastar en los potreros más arriba de la séptima. Aunque pronto su anhelo de derribar el puente de sus trasnochos, se iba a convertir en realidad, pues a la par de la solicitud para que hubiera vía principal, la civilización tomó en sus brazos la parte más rural de San Antonio.

La razón por la que no existía la 180 hasta la séptima era un potrero que de acuerdo con don Manuel, que vive hace 25 años en el lugar, pertenecía a un militar de apellido París. Pero quien utilizaba parte del terreno era Gegar Televisión (Germán García), dueño de una casona, más conocida como La Perrera, donde convivían algunos perros utilizados para su programa. El olor los hacía vecinos insoportables. Por el lado de la séptima, el lugar acogía algunas casas campesinas que se alzaban imponentes y hermosas, las cuales fueron inmortalizadas en la mente de doña Luz, comerciante del barrio y ex esposa de don Manuel.

Un día del año 1992, alguien decidió que era hora de aprovechar aquella extensión de tierra, así que fue comprada y convertida en lo que entonces se creía iba a ser un triunfo de los inversionistas: empezó la construcción de Codabas, centro de alimentos, réplica reducida de Corabastos y edificación utilizada en programas de televisión como *Pedro El Escamoso*, entre otros.

Quienes construyeron fueron conscientes de la necesidad de una calle digna de ser transitada por los autos lujosos y los humildes carritos de mercado de quienes vivían cerca. Por fin hubo vía decente para circular. Del mismo modo, el transporte, escaso hasta entonces, encontró el cañón que lo impulsó, permitiendo que San Antonio fuera reconocido como parte del mapa de Bogotá, que crecía como un bostezo. Ya no era más un barrio pirata.

### ♦ De puente a fortaleza

Pero fue el puente el que cargó sobre sus frágiles tablas la mala suerte de ser desechado y los Hermanos de La Salle respiraron a sus anchas. Inclusive sus palabras demostraron el alivio, pues don Manuel relata que el hermano Oliverio dijo: *“Bendito sea Dios que pudimos quitar esa entrada”*, sin pensar que perjudicaría a una inmensa cantidad de personas.

De un lado, los estudiantes fueron obligados a ejercitarse a punta de caminar hasta la entrada de la séptima. Al menos eso era en teoría, pues por más que los Hermanos trataron de cerrar el atajo de una cuadra más abajo, tanto padres como niños lucharon por obtener un nuevo puente que jamás llegó. Algunas veces las tablas se partían o las llantas facilitaban los resbalones y el barro cubría las ropas de quienes corrían con semejante infortunio, pero, obviando el fétido olor que las aguas no tratadas expelían, nada impidió que esta ruta fuera utilizada. Los improvisados pontezuelos se convirtieron en muestras latentes de la resistencia que todos creaban para desafiar la autoridad medieval. Los Hermanos hacían la guerra retirando los objetos que casi a diario aparecían como por obra de un duende. Cuando no podían reemplazarlos, las mamás se transformaban en expertas jugadoras de básquet, lanzando a la otra orilla las cosas que los niños olvidaban, tal como lo hacían doña Martha y doña Luz.

También se afectaron las tiendas aledañas. Doña Luz, la dueña de la tienda más cercana, cuenta como luego del abatimiento por la desaparición del puente, algunos estudiantes y profesores sorteaban los peligros del caño, jugando a la cuerda floja para comprar las onces o los útiles. Y es que el puente le sirvió a doña Luz hasta para que dos muchachos cogieran a un chico que un día intentó robarse una calculadora y se escapó saltando las llantas y las tablas puestas por los estudiantes. Pero la cruzada por desaparecer la vía de acceso inventada fue suficiente para acallar las voces.

El puente y sus alrededores tuvieron historia, incluso, como fuente informal de ingresos. Doña Irene, dueña de una de las casas junto al caño, mira no sin cierta melancolía hacia donde alguna vez existió el puente y habla de su lucha por conseguir algún ingreso extra que le permitiera una vida menos difícil. Por ello convocó a otros dos vecinos con los cuales pusieron junto al puente ventas de comida, entre las cuales no faltaban los helados, arequipes, dulces y papas chorreadas. Lo llamaban San Victorino. Los envidiosos no soportaron su éxito y decidieron montarles competencia... *“luego nos echaron”*, dice, cuando las autoridades decidieron que ese no era sitio para vender.

Las anécdotas no faltaron. Poco antes de que cerraran el puente, Jenny y sus amigos fueron a Codabas a comer patilla con la profesora Omaira y cuando volvían en fila, algunos de adelante dejaron cáscaras sobre el puente, *“más de uno se cayó por la patilla”*, exclama ella entre risas. Afortunadamente, era época de verano y el caño no constituía un gran peligro.

### ♦ Dos generaciones sin atajo

Desde ese entonces han transcurrido más de 17 años, y se puede concluir que las palabras de dos generaciones que hicieron del puente un objeto simbólico, se las ha llevado el viento o quizá navegan junto a la basura que el caño arrastra hasta su desembocadura diez cuadras más abajo. Los nuevos estudiantes se resignaron a caminar un trecho absurdo, sobre todo para quienes viven junto al colegio; más de 15 minutos de recorrido, cuando antes lo máximo eran cinco. Además, quienes tienen niños pequeños y les es imposible llevarlos a causa de sus trabajos, tienen que contratar a alguien más o arriesgarse a dejarlos ir solos, porque el “paseo” incluye un trayecto junto a la séptima, donde los carros no respetan los límites de velocidad.

Este caño, hogar de un pequeño gran puente, está a punto de ocultarse bajo las losas de una nueva vía que permitirá acceder a la carrera novena, supuestamente en construcción. No es probable que los estudiantes se vean favorecidos, pues si tantos años de disputas y peticiones no persuadieron a los directivos de la institución, mucho menos lo hará esta ruta. El único beneficio que traería sería el de quitarle a los marihuaneros el sitio para esconderse, así como el baño al aire libre a los borrachos.

Algunos aún pasan a brincos por el caño, tal como lo asegura doña Irene, pero son estos, esporádicos rebeldes, recopiladores de la memoria barrial, quienes batallan por una causa perdida.

# Edificio de Nogal

*Oscar Garzón Mejía\**

*o.garzon@javeriana.edu.co*

La basura, contenida en recipientes de un metro de alto, huele como toda la basura del mundo y contiene básicamente los mismos desechos. Papel higiénico, restos de comida, cáscaras de frutas. La diferencia radica en que estos recipientes se encuentran en el sótano de uno de los edificios más exclusivos de la ciudad, ubicado en el barrio El Nogal.

El cuarto de basuras es quizás el lugar más reducido de todo el edificio. En general, los espacios son amplios y rebosantes de luz, pero a este cuartucho apenas lo ilumina un titilante bombillo de neón que le agrega una atmósfera claustrofóbica y decadente. Al salir, la puerta se cierra con tal estruendo que asusta a alguna que otra rata del lugar.

El edificio tiene 12 pisos, 2 sótanos y 46 apartamentos. Pero más allá de cifras concretas, lo realmente importante es lo que sucede en su interior. Manuel\*, uno de los tres celadores encargados de la seguridad y vigilancia, se ubica en la entrada principal. Su función, casi kafkiana, consiste en presionar un pequeño botón rojo que acciona el mecanismo para abrir la puerta, repartir la correspondencia a todo residente que ingrese, y mirar un televisor que no transmite las telenovelas del mediodía o un partido de fútbol, sino las imágenes grises de las cámaras de seguridad repartidas por todo el edificio. Claro, si algún residente olvida cerrar la puerta correctamente al entrar, entonces se le suma la función de pararse de su silla, atravesar los cuatro metros que lo separan de la entrada, y cerrarla mientras, seguramente, maldice al incapaz de cerrarla.

—“*Ya hasta se me olvidó saludar*”—dice en tono irónico mientras habla acerca de su trabajo.

▷ \* Estudiante de Literatura en la Universidad Javeriana.  
Taller de Usaqué

\* Nombres cambiados.

Porque si hay algo que pareciera ser síntoma de opulencia y desaforada riqueza, es la incapacidad de hablar con desconocidos. Quizás por eso el ascensor es el único que habla en el edificio. Al llegar a un piso cualquiera, éste indica, con la inconfundible voz robótica de un Transmilenio, el piso al cual se acaba de llegar. Y como si se tratase de otra regla general, a mayor distancia se encuentre uno de llegar a las puertas del ascensor y se pida con toda la amabilidad del mundo detener las puertas, el residente que se encuentre adentro hará hasta lo imposible para que éstas se cierren antes de ingresar.

Rosa, una mujer bajita que recuerda a Mafalda, es una de las cuatro señoras encargadas del aseo. Comenta que la amabilidad no es precisamente uno de los fuertes de los habitantes del edificio y, buscando en su memoria excepciones, recuerda a unos funcionarios de la embajada norteamericana como los únicos residentes en todo el tiempo que lleva trabajando allí que la han saludado de manera amable y calurosa.

—*“Esos gringos eran lo más de buenos... lo más de buenas personas”* —dice tratando de referirse a sus cualidades humanas y no a las físicas.

### ♦ El rítmico pasar del trapero

Sus acompañantes a lo largo del día son el balde y el trapero, y los pasea con decoro por todo el edificio. Limpia como es debido el salón de billar, la cancha de squash, y el gimnasio, así estos permanezcan vacíos la mayor parte del tiempo. El mármol, seguramente importado, brilla en todos los corredores y da la impresión de ostentación y seguridad, pero según Rosa, el mármol sólo sirve para resbalar y bajar la temperatura del lugar un par de grados. De los techos, blancos y sin una mancha, viene la luz distribuida de manera equidistante por bombillos halógenos que agregan una amplitud falsa a los corredores. El silencio reinante la mayor parte del día es sólo interrumpido por el rítmico pasar del trapero de Rosa, el estridente taconeo de las señoras vestidas de Armani y los pasos firmes de los zapatos italianos de sus maridos.

Quizás de todos los espacios del edificio, el salón de choferes es el de mayor movimiento. Allí los conductores se reúnen a esperar; su oficio se debate entre conducir un automóvil último modelo por las atiborradas calles bogotanas y esperar en el salón a que “el doctor” o “la doctora” deseen hacer uso del carro.

El salón tiene vista a la bahía. Una bahía de carros que usualmente tiene algún Mercedes Benz parqueado con su respectivo chofer tomando una plácida siesta de mediodía. Además de la peculiar vista, el salón cuenta con un televisor de veinte pulgadas con sólo los canales nacionales, un baño estrecho con un jabón seco y partido, y una mesa donde las revistas *Soho*, *Aló* y *Fucsia* ofrecen tentadoras mujeres a medio vestir en sus portadas. Pero si deciden apagar el televisor y cerrar la revista, siempre estará el maltrecho tablero de parkés utilizado en batallas campales entre choferes hambrientos de entretenimiento en un día que sólo promete trancones y “doctores” malgeniados.

♦ **Pierre rumbo al spa**

Al preguntarle a uno de ellos por el jefe al cual transportan, hablan de Pierre. Sale todos los días, a excepción de los fines de semana, a eso de las once de la mañana vestido a la moda. Su destino: el *spa*. Allí, durante tres horas, es atendido por jóvenes mujeres adiestradas en el arte del masaje y la hidratación para luego salir librado de todo estrés posible y regresar al edificio justo a tiempo para el almuerzo. Hasta aquí la historia se mantiene dentro de los límites de lo normal, pero el chofer, dibujando una malévola sonrisa como quien cuenta un chiste, termina su cuento diciendo que Pierre no es un ejecutivo francés como cualquier persona imaginaría, sino un Chihuahua color café que lleva sus patas con tanta finura y delicadeza que es la envidia de todos sus vecinos caninos. En el asiento de atrás, el chofer debe poner un cojín forrado en una suave tela roja, donde Pierre posa gentilmente sus cuatro patas y su minúsculo rabo, aguardando a llegar a su destino final.

Tres pisos más arriba del apartamento de Pierre y sus considerados amos, vive una señora de 60 años que enviudó hace tres. La noche que murió el señor de la casa tuvo lugar una de las más absurdas jornadas de logística jamás registrada en los anales de historia del edificio. Puesto que el difunto pesaba más de 120 kilos, tuvieron que ser llamados los tres celadores para reforzar a los hombres de medicina legal que venían a realizar el levantamiento del cadáver. Las escaleras eran demasiado estrechas para bajar el cuerpo así que el equipo de logística compuesto por los celadores, la asustada empleada del servicio, la recién viuda y los hombres de medicina legal, optó por el ascensor. Inmediatamente se preguntaron cómo iban a sostener el cadáver dentro del ascensor, que sólo admitía seis personas y había que descartar la idea de enviar a dos o tres hombres con el cadáver debido a su peso. Así pues, decidieron sentar al muerto en su amplia silla de ruedas, y enviarlo completamente solo en el último viaje que habría de realizar en ascensor. En el primer piso las puertas se abrieron, y como en una película de terror, el ascensor anunció con su voz robótica el primer piso, descubriendo su tenebrosa carga. Desde ese día la empleada del servicio de la viuda prefiere bajar y subir por las escaleras, porque dice que desde aquella fatídica noche, el ascensor *"sigue oliendo al doctor, que en paz descanse."*

♦ **Los de arriba y los de abajo**

Ella es una de las más de 30 empleadas domésticas que prestan sus servicios a los habitantes del edificio. Si no son internas, llegan muy temprano a tener todo listo para que cuando los "señores" despierten, el mundo sea un lugar amable para ellos. Desayuno listo al lado del periódico con las últimas noticias del país de allá afuera. Ropa planchada que usarán los que salen a sus respectivos trabajos, dejando más de 200 metros cuadrados a manos de la empleada. Para muchas, la cocina se convierte en un vistoso escenario con luces donde entonan la ranchera o el merengue que primero se les viene a la cabeza y, mientras lavan cada plato de la vajilla alemana, se imaginan teniendo un apasionante romance con el galán de la telenovela que comienza después del medio día.

Al salir —por norma— todas son requisadas en la portería, asegurándose de que en sus pequeñas y ovaladas carteras de cuero desgastado no esté un Botero de dos por dos metros, o alguna preciada joya que adorne la comida sobrante que llevan a sus humildes hogares. Por eso, y para evitar problemas de seguridad, algunos residentes prefieren realizar exhaustivas entrevistas de trabajo a las candidatas a limpiar sus baños, preparar el desayuno y planchar su ropa.

Uno de ellos debe ser especialmente cuidadoso con la seguridad. En uno de los *penthouse* vive un honorable senador de la República famoso en el edificio por estrenar escoltas cada semana y hablar, por celular a viva voz. Cuando no está ocupado con los problemas que aquejan a la patria, organiza las ya célebres parrandas vallenatas, en las cuales, según dicen, se beben grandes cantidades de ron. En una de aquellas parrandas, el senador —al verse abrumado por la felicidad momentánea del licor y los acordes del vallenato— sacó una de las pistolas de sus escoltas y disparó unas cuantas balas cuidándose de llevar con los tiros el ritmo de la canción caribeña. Los vecinos, convencidos de un atentado o algún tipo de ataque terrorista, llamaron a la policía que llegaría media hora después para presenciar una penosa escena de borrachos entredormidos que apenas podían murmurar la letra de las canciones.

Manuel, el portero, recuerda el episodio claramente ya que fue su primera noche de trabajo en el edificio: *“Imagínese la sorpresa que se lleva uno, primera noche, primera balacera”*.

Esa ocasión fue excepcional. Pero desde entonces ha tenido que lidiar con los problemas de siempre: residentes groseros, correspondencia equivocada y vecinos ruidosos. Se le apunta a todo menos a una labor: sacar las mariposas grandes que en épocas de lluvia se meten en los apartamentos. Las empleadas pavorosas o alguna señora con fobias comprensibles, llaman a la portería reportando al intruso, pero Manuel opta por mandar a uno de sus compañeros y por eso prefiere estar a cargo de la puerta principal.

—*“A esas sí les tengo pavor. Eso sí no lo hago. Yo me encargo de la puerta y eso sí lo hago bien”*, afirma.

Manuel detiene la conversación y responde a uno de sus compañeros por el radioteléfono. Todo indica que hoy llegarán nuevos residentes y precisamente el camión del trasteo acaba de estacionarse. La puerta principal se abre y una escuadrilla de hombres entra un sofá de por lo menos dos metros de largo debidamente forrado en plástico para evitar dañar la tela importada. Más atrás viene la nevera de dos puertas y la lavadora con su respectiva secadora. Los nuevos residentes no se ven por ninguna parte, pero detrás de sus muebles finos y todos los enseres, lo que acaba de llegar es una nueva historia para el edificio.



# Antonio José de Sucre: una playa universal



*Deiby Galvis Estupiñán\**

*dgalvise@unal.edu.co*

El barrio Antonio José de Sucre está enclavado en las montañas de la localidad quinta de Usme, a diez minutos del primer sofisticado túnel que acorta el trecho de Bogotá a Villavicencio y a quince minutos (caminando) de lo que antiguamente fueron las selvas de Usme; ahora una zona rural que lucha por no ceder ante la inminente urbanización de la “moderna” capital.

¿Qué de particular puede tener este barrio con nombre de prócer de la independencia? Sus fundadores y primeros colonos, al igual que el General Sucre salieron de sus tierras en busca del sueño de independencia.

Aquí en Sucre, el punto de encuentro de la comunidad es el paradero de buses, de la misma manera que en otra época lo fuera la plaza principal. A este enorme paradero, dispuesto para el aparcamiento de los buses, se le conoce como “La playa”, como se suelen nombrar en esta ciudad todos los espacios que se disponen para el estacionamiento de camiones, taxis, buses. Son playas sin mar, donde hay piratas sin garfios, patas de palo o parches en los ojos. Los piratas de aquí son aquellos buses que no están adscritos oficialmente a su respectiva empresa transportadora para cubrir la ruta hacia este barrio, pero tentados por lo que representa este recorrido en las horas pico, invaden cual filibusteros la playa del Sucre, cargados de pasajeros y dinero en sus bolsillos.

Toda playa tiene guardacostas, y aquí estos sólo podían ser los legítimos conductores de este paradero, que cada vez que ven algún pirata en su territorio, la emprenden con piedras en mano, palos y hasta bujías ensalivadas por considerar que estas poseen un don mágico capaz de destruir vidrios templados.

►► \* Estudiante de Derecho de la Universidad Nacional.  
Taller de El Tunal.

Esta práctica se institucionalizó en todos los paraderos de buses de la capital, erradicándolos casi de manera total. Como ellos mismos afirman: *“Mala vida pa’ los piratas”*. Sin embargo, en Sucre se ha ideado la forma de burlar las arremetidas contra los piratas, ya que éstos antes de llegar al paradero se desvían por la transversal 1A este con calle 102A Sur sin consultar a los pasajeros, dejándolos a siete cuadras del paradero; decisión que les molesta sobremanera.

Aunque hablamos de una playa carente de mar, no le falta el agua. En los días lluviosos por todas las calles del barrio descienden caudalosos ríos que desembocan en el paradero formando un lodazal de piedras y escombros, producto de la falta de pavimento de algunas vías y del deficiente mantenimiento que se hace a los alcantarillados de aguas lluvias y, claro, a los escombros y basuras acumuladas.

Finalmente, no sería playa si no tuviera arena, tal vez por eso a las cambiantes administraciones se les olvida pavimentar las calles faltantes, para mantener vivo el espíritu veraniego que se respira en los días soleados; bueno, se respira es un decir, pues con las enneguecedoras polvaredas que se levantan y las espesas emisiones de dióxido de carbono es difícil percibir el ambiente del verano. Desgraciadamente no se ven espectáculos de ballenas y delfines reproduciéndose en la playa o ejecutando acrobáticas cabriolas, pero sí se ven perros callejeros —que de pronto en un arranque de respeto por el Estado de derecho se consideren como raza nacional— un no sé si espectacular acto de apareamiento, en el peor de los casos se ven espichados por las ruedas de un bus, de la misma manera que murió “Nacho”, un joven adicto al bazuco que residió durante sus 17 años de vida en el barrio. *“Dios lo tenga en su gloria”*, pide su progenitora cada domingo en la misa de la Iglesia San Juan Neumann, patrono del vecindario.

### ♦ De caserío olvidado a playa de la esperanza.

Entre las calles 106ª sur y 109 sur se ubica el paradero de buses de las empresas Universal de Transportes (en el costado norte) y Unión Comercial de Transportes (en el costado sur), que durante los últimos 15 años han llevado a sus lugares de trabajo a la gran mayoría de la comunidad obrera que reside en el barrio y los sectores aledaños.

Hacia 1986, el paradero de buses no quedaba en este barrio, así que los residentes se veían obligados a caminar desde Monteblanco, barrio donde estaba ubicado el más cercano paradero de buses, el de la empresa Sidauto S. A. *“En esos días nos tocó comer mucha mierda. Imagínese caminar desde Monteblanco, todos los días después de trabajar ocho o nueve horas. Y eso no es lo peor, pues en los días de lluvia las embarradas hacían del camino un lodazal. ¡Eso era muy verraco!”*, dice el señor Julio Gaona, de mediana estatura, espeso bigote y una no tan espesa cabellera que deja ver algunos visos de su cráneo; habitante de este barrio desde su fundación hace más de 25 años, cuando llegó a buscar suerte y la posibilidad de una casa propia junto con sus cinco hermanos y su cuñado. Monteblanco

se ubica a un kilómetro aproximadamente de distancia del barrio Antonio José de Sucre. Y agrega: *“Teníamos que recoger el agua potable desde una manguera pública, ubicada en donde es actualmente el paradero; era la única forma de tener agua potable, imagínese la sacadita de leche, suba los baldados de agua hasta la casa”*.

Para fortuna de los habitantes del sector, en 1990 la empresa Expreso Imperial S.A. incursionó con una ruta que venía desde Patio Bonito por la avenida 68, pero esta, al igual que la ruta de la empresa Sidauto, ubicó su paradero donde es actualmente la cancha de microfútbol del barrio Lorenzo Alcantuz, en la calle 102A sur con carrera 2A. Sí, por el mismo lugar donde se desvían los buses piratas.

Luego de la presión que ejerció la comunidad y el rápido crecimiento urbano que observaron estos barrios, Mauricio González y Alberto González (padre e hijo, respectivamente) propietarios de la empresa Universal de Transportes, decidieron ubicar dos rutas de su empresa en este barrio: una ruta se dirigía al centro por la avenida Caracas y la otra hacia Usaquén por la avenida 68. En ese momento era un negocio rentable.

En 1992 la empresa Sidauto se retiró del negocio en Sucre, agotada de tener que superar una serpenteada trocha para llegar al barrio. Además de los piratas y el progresivo incremento de robos por los jóvenes del barrio —que a diferencia de sus padres eran poco amantes del trabajo—, la nueva competencia fue la empresa Universal de Transportes, cuyo éxito se debe en gran parte a que la mayoría de sus conductores eran habitantes del barrio, o en su defecto eran los padres de quienes ejecutaban los robos, por lo tanto los hacía invulnerables.

Así que con la esperanza de progreso los habitantes del barrio idearon un enorme lugar de encuentro que contemplaba un parque, otras zonas verdes, además de un parqueadero, pues se conservaba la ilusión de que el progreso les alcanzaría hasta para tener su propio automóvil. Las calles 106ª y 109 sur y la amplia carrera 2A Este sirvieron de espacio para dar origen al sueño de transformación del barrio, pero sólo fue eso: un sueño, que se desvaneció con el tajante rechazo de parte de la administración distrital, pues este era un barrio demasiado joven y los más antiguos tenían prioridad. De tal manera que este sector se fue dejando poco a poco en el olvido, ya no se pensó más en colegios, parques, acueductos, alcantarillados. *“Se condenó a la indiferencia, a la soledad y sobre todo al desprecio para hacerlo de la modernización de la capital”*, asegura Marcela López, una joven que ha sentido el rigor de esa falta de oportunidades.

### ♦ La playa: lugar de encuentro

La necesidad de un lugar de encuentro se evidenció con el desmesurado crecimiento de este barrio, adonde llegaron muchas familias con el deseo de tener casa propia. El distrito sólo pudo organizar la vida política de este barrio mediante la apertura de un salón comunal y la

instalación de cuatro parlantes que se distribuyeron a lo largo de los puntos cardinales del barrio. Estos servían para que la gente estuviera al tanto del cronograma de actividades que había para el barrio. Ahora se han dejado en el olvido por causa del distorsionado sonido que emiten estos vapuleados artefactos y del inminente paso del tiempo. Por ello el salón comunal se derribará y con él se erigirá un nuevo edificio, así como un acantilado de expectativas con miras hacia el progreso. De esta playa, de este barrio.

Después de superar todos los inconvenientes que suponía surcar la enlodada trocha de Monteblanco a Sucre y los traumatismos burocráticos, en 1998 la trocha pasó a ser la opulenta vía a Antonio José de Sucre, abriendo paso a la ruta de colectivos de CootransFontibon S.A hacia Fontibón por la avenida Boyacá. Estos nuevos desarrollos sirvieron para que los más soñadores consideraran la posibilidad de que muy pronto la nueva vía se uniría con la carrera décima, en un mesiánico proyecto urbanístico que haría de Sucre un lugar propicio para el comercio y el desarrollo económico. Aunque resulta innegable el rápido crecimiento de los sitios comerciales, eso sí, hasta ahora la carrera décima está más lejana que nunca, pero el paradero de este barrio vio llegar una infaltable plaza los lunes, se consolidó la panadería La espiga dorada y el asadero de pollos El boyacense, sitio de encuentro de los conductores de la Unión Comercial de Transportes. También se afianzó el asadero de pollos Surtiaves La 22 y la famosa panadería San Diego, sitio para refrescar la sed de los conductores de la Universal de Transportes, pero también “parche” de todos los hijos del barrio que renunciaron a la alienación del trabajo. Allí se cuentan sus tragedias amorosas, sus aventuras robinhoodescas, se ríen mutuamente de sus defectos físicos para pasar el letargo que les deja el consumo de un sinnúmero de baretos; originando los más insólitos sobrenombres: ‘jeta e’ bagre’, ‘el caremarrano’, ‘el mojarra’, ‘el carecaucho’, ‘el carracas de estribo’, ‘el capulina’, ‘el dummy’.

Todos estos sitios se quedaron detenidos en el tiempo; siguen siendo los mismos desde su fundación, inamovibles ante los cambios de las estrategias mercantiles, excepto el supermercado Coopimercar, propiedad del señor Fídolo Hernández, la mayor muestra de éxito comercial por sus magníficas instalaciones, su novedoso circuito cerrado de cámaras que ahuyentan cualquier intento de robo, pero especialmente sus magníficos bazares llenos de rifas y regalos.

Para los jóvenes de este barrio el único modelo pedagógico está en las calles: allí aprenden de los hombres que deambulan con sus atuendos compuestos por jeans *Levi’s* 501, tenis *Converse*, chaquetas *Avirex*, su Yamaha DT, sus adicciones, pero sobre todo sus insondables contradicciones éticas. No significa que no existan personas que les guste el trabajo, y aquí en esta playa hay también espacio para ellos. La mayoría de ellos no tuvieron las agallas necesarias para asumir el inestable mundo del crimen y las drogas, por eso prefieren la relativa estabilidad del trabajo y la cerveza.

Aparte de conducir bus, aquí se realizan otras labores, como ser mecánico de los carros del barrio, latonero para reparar el físico del bus, despachador para llevar el control de los

viajes y los horarios en el paradero, barrendero o encargado del aseo tanto interno como externo de los buses, y también de vez en cuando se requiere de un improvisado diseñador gráfico que haga las “tablas” donde se indica la ruta del bus.

Sin importar que se le condene a este lugar a soportar la pobreza, la falta de empleo, de educación y el sentimiento de odio producto de la indiscriminada guerra que vive este país, sus habitantes luchan por mantener vivo el paradero de buses, por darle vida día a día, cuando suben a sus buses, cuando compran en los establecimientos que animan esta “playa”, cuando algunos de sus hijos consiguen su sustento en el paradero. Actividades que les son negadas en la gran metrópoli bogotana, por algún formalismo como es una libreta militar o un diploma. *“Aquí en Sucre no se le niega oportunidades a nadie. Mire, gracias a mi puestito de arepas y chorizos mi hija estudia mecánica dental y mi familia come”*, comenta doña Gertrudis Pacanchique. Y añade: *“Si no existiera el paradero en este barrio, muchos no tendríamos empleo, y los que lo tienen, quién sabe como harían para ir al trabajo”*. En el paradero cobra vida el barrio Antonio José de Sucre porque es la suma de los sueños de todos sus habitantes. El paradero es retrato del barrio, caótico retrato, pero muy pintoresco.

### ♦ Para ser chofer hay que ser “pato”

Cual si fuera un noble Sancho Panza, no puede faltar quien acompañe al conductor en sus largas travesías; el “pato” —como se denomina a los que se encargan de secundar a los conductores de buses en el transporte urbano— es su más fiel compañero. Casi podríamos afirmar que ser “pato” es condición para llegar a ser chofer de bus (o “fercho”, como ellos mismos lo denominan), se volvió una máxima de la experiencia de este barrio.

En este paradero están adscritos oficialmente 58 buses de la empresa Universal de Transportes, pero en cálculos del propio despachador, *“solo trabajan diariamente unos 34 buses por eso del pico y placa ambiental que es hasta las 10 de la mañana, pero muchos prefieren tomar todo el día. Sobre todo los que son propietarios de los buses. Por ahí unos 16.000 o 17.000 pasajeros transportan los buses de este paradero a diario”*. Según él, es muy difícil saber exactamente cuántos se movilizan, *“pues ahora como ya no se trabaja por timbradas, o sea, la cantidad de pasajeros que se registra con la registradora, sino que se trabaja por arriendo, eso es que el chofer paga una cuota diaria de \$200.000 y unos \$125.000 de ACPM. Claro que eso varía de acuerdo con el patrón y el carro”*, apunta con aire de profundo conocimiento.

Edward Gómez, “El Chocorramo” para el gremio de transportadores de esta playa, es un joven de tez morena, 1.70 metros de estatura y cuerpo macizo. Luce un corte de cabello que evoca a Jason Presley, isí!, Brandon en *Clase de Beverly Hills*, pero lo hace infranqueable al viento mediante un poderoso fijador. Por el precio de su ropa y la ostentuosidad del anillo que lleva en su mano derecha se nota que ha sacado partido de su trabajo de conductor. *“Ya más de 11 años llevo camellando en esto”*, comenta Edward mientras nos dirige hacia el centro. Hoy le tocó el turno de las 6:00 a.m.. A raíz de la cantidad de buses que

salen a trabajar en este horario, la empresa dispuso unos turnos de una frecuencia de cinco minutos cada bus, por eso hoy salió a las 6 a.m. pero mañana saldrá a las 6:05 a.m. y así sucesivamente.

*“Como la mayoría, empecé a camellar en los buses de ‘chinche’, con mi cucho, yo era el pato de él. Me gustó la plata desde esa edad y a pesar de que la mayoría de mis parceros robaban, me pareció fácil trabajar; yo creo que por eso no me degeneré tanto”, afirma mientras sonríe y guiña el ojo, en señal de complicidad, pues simultáneamente se sube al bus una mujer con una sugestiva minifalda que permite ver claramente sus largas y torneadas piernas, pero que gracias a un espejo que éste tiene junto a la barra de cambios puede divisar el color de su ropa interior. Acto seguido sentencia: “Son rojos”. Ahora se alegra y comenta que las mujeres son uno de los tantos motivos que lo llevaron a escoger esta profesión. “Créalas, que más de una hembra del barrio se le bota a uno, porque saben que uno porta las lucas. ¿No?i, a las hembras les gusta que uno se vista chimba y que las lleve en carro” (sic). Ahora con el Transmilenio se nos bajó un toque el número de pasajeros, antes me hacía de 700 a 800 pasajeros, ahora de 400 a 500 diarios”.*

El 50% de los pasajeros que transporta se suben por \$500, tiene que dar unas cuantas monedas a los calibradores de ruta dispuestos a lo largo del trayecto y a uno que otro “chirrete” que golpea con cierto misticismo las ruedas con el fin de evidenciar que la cantidad de aire sea la indicada, es decir, 60 libras.

*“Pero, todo bien, pues así haya el Transmilenio, uno ya tiene su clientela, que lo prefiere a uno porque aquí se les tiene musiquita, no hay gente que le esté “lanzando” (robando) las pertenencias y se les lleva por lo que tengan, allá (Transmilenio) si usted no tiene los \$1.400, paila, no lo llevan” (sic), sostiene con cara de satisfacción, mientras cuenta el dinero del viaje. Yendo al centro y regresando a Antonio José de Sucre se mantiene este hombre, que le huye a la miseria con la misma velocidad con que hace el recorrido de sus rutas.*

*“El marico del Edward es todo bien, si usted es amiguito del man ese lo lleva gratis”, asegura su hermano Eliseo Gómez, que ocasionalmente le sirve de “pato”. Al tiempo, un joven con una escoba descuartizada y un balde en la mano le pregunta: —“¿Qué, lo barro o qué Edwitar? —“¡Buena, el pirata!”, saluda Edward a este embadurnado joven. —“Hágalo realidad”, responde Edward.*

“El pirata” es un muchacho de la nueva generación de este barrio. A sus 16 años divide su tiempo en el trabajo como barrendero, sus amigos, uno que otro viaje como pato; porque tiene fe en que aprendiendo a manejar podrá mejorar la situación de su familia, y porqué no, su repertorio de *jeans Levi’s*. El tiempo que le resta lo dedica a estudiar.

Su sueño siempre ha sido manejar buses, por ahora los lava, al igual que sus hermanos, “el maletto” y “el pecas”; éste último es un excelente jugador de microfútbol, pero lo que más odia en la vida es que lo llamen “banano picho”. Ellos son unos de los tantos que a

diario escriben la historia y le dan vida a este barrio: quieren comprar una lavadora a su mamá, poner ventanas en casa y no tener una teja de zinc, poner un segundo piso a su casa para no compartir todos la misma habitación y, cómo no, formar una hermosa familia, pero con todos los lujos que ellos no tuvieron. Por suerte han escogido navegar por esta playa, resistiendo a la crueldad con que se les presenta la vida.

♦ **Después de la tempestad viene la calma.  
Sin paramilitares hay esperanza.**

El paramilitarismo también agobió este sector. Un día incursionaron en este barrio “el Sayayin” y “el Guajiro” (cuyos verdaderos nombres no fueron revelados por nadie, por temor o tal vez por el olvido voluntario) cobrando un impuesto diario de \$10.000 a cada bus, para brindarles la supuesta seguridad en contra de delincuentes comunes y adictos que los robaban. Todo resultó una simple excusa porque resultaba evidente que sólo ellos azotaban la paz allí. Cobrar “impuesto” y asesinar a todo aquel que consideraban enemigo de la institucionalidad del barrio, evidenciaba el poder desmedido de estos personajes. Gracias a los muchachos más “calientes” del barrio y a la intervención policial, se vivieron cuatro meses de zozobra. Todas las mañanas aparecía un muerto en cualquier lugar del sector; podía ser uno de los hombres de estos señores de la guerra o algún muchacho adicto o alguno de aquellos jóvenes que decidieron hacerles frente para así poder asumir el cobro del “impuesto”. Uno a uno fueron cayendo víctimas inocentes o culpables, pero al fin y al cabo víctimas. Ahora la mayoría de los protagonistas de esta absurda carnicería están tras las rejas, en una tumba o huyendo porque tienen la certeza de que olvidarán sus caras y con ellas las muertes ocasionadas.

Al parecer es un estado cíclico el que se vive en este barrio, siempre de un momento crítico, viene otro que llena de fe a sus habitantes. Esa fe fue lo único que no pudo arrebatárles la violencia.

En estos días don Julio, Edward, ‘el pirata’ y su familia, pero en general todos los habitantes de este barrio, se levantan con optimismo: atrás ha quedado la época de bajar con bolsas en los zapatos para evitar el barro de las calles sin pavimento, de escuchar en la noche tiros con la incertidumbre de quién sería la nueva víctima, de tener que mendigar por un cupo en un colegio. Todo eso hace parte del pasado que desean olvidar. *“Ya no más paras, no más pobreza; todo es posible si se tiene fe en Dios y seguimos trabajando nosotros mismos por afianzar la lucha de construir este barrio”*, afirma con vehemencia don Julio Gaona. Ahora ven en el horizonte la suntuosa construcción de la represa Cantarrana y se imaginan un hermoso día de campo.

Antonio José de Sucre se tranquiliza, ha aumentado la seguridad gracias a la construcción de un CAI en el tercer sector de este barrio, que refuerza la seguridad que brindó en alguna época la quinta estación de Policía Tequendama. También se edificaron nuevos colegios,

comedores comunitarios, se pavimentaron las vías principales, se derrumbó el antiguo salón comunal para darle paso a uno más moderno. La lucha de ellos continúa, lo más seguro es que seguirán combatiendo al gran monstruo de la indiferencia.

Por ahora las cosas mejoran y la fe de los habitantes crece; añoran que no se les obligue a soportar la indignidad de viajar en un atestado Transmilenio, o de soportar la desaparición de las rutas de la carrera 30ª, como lo siente don Julio al tener que ir a visitar a su hijo hasta Suba-Gaitana en un atiborrado Transmilenio. Necesitan de su paradero de buses; sin éste sería como si les apagaran el motor que da energía a su barrio. Que no les arrebaten la playa, porque mientras siga existiendo, sin importar su falta de mar o de arena, seguirán teniendo esperanza, mantendrán conexión con la desarrollada urbe a la que aspiran, pero que los mantiene en el olvido.



# La 46 Sur, más allá de una nomenclatura



**Yair Gustavo Gómez Martínez\***

*yairgmez@yahoo.com*

La diagonal 45 F sur, en el barrio Marco Fidel Suárez, comienza en la transversal 16 A bis y se extiende hasta la avenida Caracas, de oriente a occidente. Queda a un cuarto de hora del centro de la ciudad en Transmilenio, porque el trayecto puede durar hasta 40 minutos en una buseta. Si se le pregunta a un habitante de este barrio sobre su ubicación nunca nos daría razón. Si se le pregunta por la “calle 46” responde de inmediato. Este era su anterior nombre, y pesar de que el cambio de nomenclatura lo modificó, la siguen llamando “*La cuarenta y seis*”. La misma que vio nacer hace más de 60 años los barrios Marco Fidel Suárez y San Jorge.

A lo largo de esta avenida usted puede desayunar, conseguir los ingredientes para un buen almuerzo —o comprarlo hecho—, citarse con el novio o la novia, peluquearse para verse bien, apostarle un rato a la suerte, comprar un regalo, cenar, tomarse una cerveza con un amigo, curar una resaca con remedios naturales o artificiales, jugar microfútbol o baloncesto, orar y arrepentirse de todos los pecados. Hay 202 establecimientos comerciales que forman un cúmulo de colores, formas y sonidos a lado y lado de la calle, similar a una avenida principal de pueblo.

Entre los más comunes están: 11 panaderías, con ese único y provocativo aroma; 11 mercados de verdura —o líchigos—, llenos de ese verdor propio de estos alimentos; 12 restaurantes dispuestos a servir los “tres golpes” diarios, 20 centros de comunicaciones o cabinas telefónicas, 9 puntos de apuestas, conocidos como chances. Hay 10 tiendas de paredes y mesas amarillas —que es el color distintivo de la marca de cerveza más consumida—, donde es común escuchar, al máximo volumen, los éxitos de los artistas populares: Darío Gómez, Johnny Rivera, Giovanni Ayala, Charrito Negro, Los tigres del Norte, seguidos de

►► \* Estudiante de Ingeniería Industrial de la Universidad Distrital.  
Taller de El Tunal.

las voces de personas que los corean a viva voz. Continúan la lista las seis peluquerías en las que usted se puede acicalar para cualquier reunión y los tres únicos y particulares negocios de hierbas: sitios especializados en la venta de plantas medicinales que curan resfriados, malestares estomacales, dolores de cabeza, resacas y hasta matan pulgas.

### ♦ La decadencia

Durante varios años, la 46 fue la vía de acceso principal a los barrios Marco Fidel Suárez, San Jorge y San Pablo, por la que era conocida como “la Principal”. Por ahí llegaban las rutas provenientes de la avenida Boyacá, la 68, la carrera 30 y la Caracas, lo que estimuló el desarrollo comercial del sector. Pero aunque estaba iluminada, la opacaba la inseguridad. El parque, localizado en la 46 con carrera 13, era el epicentro del robo, y no era recomendable pasar por este lugar de aroma agri dulce —un olor generado por la combustión de la marihuana— en las horas de la noche. Un CAI, localizado en el lugar desde hace ocho años, se vislumbró como la única solución.

La construcción del sistema de transporte masivo por la avenida Caracas fue algo significativo para el futuro de esta polifuncional avenida. Desde el año 2000, la “Principal” no sería más la calle 46; la 47 sería su reemplazo. Nació la estación de Transmilenio de Santa Lucía, de modo que la única manera de ingresar al Marco Fidel Suárez fue por esta calle; la 46 vio su habitual camino sellado por ese esperpento de metal y vidrio donde se detienen grandes buses rojos atiborrados de personas, que más parecen mercancía de carga que seres humanos. Ya no sería el camino de llegada de los trabajadores y estudiantes hacia sus casas y el descanso nocturno; ahora se convertiría en el punto de partida de los habitantes hacia sus obligaciones laborales y académicas, en medio de las heladas madrugadas, puesto que los buses que cubrían algunas de las rutas que salían desde estos barrios hacia las principales avenidas partirían de allí.

Con la llegada del Transmilenio se implantó el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) para Bogotá y vino el cambio de nomenclatura. La calle 46 pasó a ser la diagonal 45F. Su sucesora contó con similar suerte, de calle 47 a diagonal 46. Por ello una dirección tan sencilla como “carrera 15 calle 46-12 sur” se convirtió en un adefesio numérico-literal como “transversal 16H Diagonal 45C 12 sur”, llevando a que muchos se perdieran *“¡incluso para llegar a su propia casa!”*.

### ♦ Si se prende una luz se apaga otra

El tramo que solía ser más transitado en la 46 iba desde el parque (carrera 13) hasta la avenida Caracas. Esto la hacía luminosa y llena de vida, pero esa luz —al no tener el mismo volumen de visitantes nocturnos— se trasladó al sur, a su sucesora.

Su pavimento se fue agrietando poco a poco, pero para el sistema de transporte masivo que se inauguraba en esos días no tenía importancia. Se buscó remediar el daño a la malla

vial con soluciones pasajeras, como regar escombros, lo que sólo aumenta el daño: la calzada parece la escenografía de un comercial de camionetas 4x4. Si se hace una reparación oficial, con *“ingenieros, maquinaria y toda la cosa”*, sólo se efectúa en un absurdo tramo de máximo 10 metros, *“y eso porque el barrio esté de buenas”*, según afirma la dueña de una de las panaderías más antiguas. Como si se escogieran al azar las partes de la calle que se van a reparar, es común ver un trayecto largo de obstáculos callejeros y en medio un sendero en perfecto estado.

La calle 47, conocida como “la principal”, fue repavimentada casi por completo. Los hijos verdes de los grandes buses rojos, conocidos como alimentadores, ingresarían a estos barrios por allí. Poco a poco fue recibiendo nuevos y antiguos comerciantes, empezó a llenarse de negocios que la reactivaron. *“Es que, al ver que ahora la principal iba a ser la 47, mucha gente se empezó a pasar pa’ allá”*, comenta un habitante del Marco Fidel Suárez que reside allí hace más de 17 años, y ha vivido muy de cerca este cambio.

¡Y se hizo la luz! La calle 47, que ni siquiera era común para el transeúnte se volvió en la más polifacética, iluminada y recorrida del Marco Fidel Suárez. Al suprimir las rutas por la Caracas, comenzó a ser transitada por los habitantes que vienen de alguna parte de esta avenida y que, desde la estación de Santa Lucía, recorren a pie lo que queda para llegar sus casas. Le dio un impulso grandísimo a los establecimientos comerciales. Se podría decir que goza de un mayor esplendor del que tuvo su antecesora.

### ♦ El párroco impulsor del Marco Fidel

Hacia 1958 un joven llamado Luis Eduardo Córdoba, estudiante de Contaduría, empezó a trabajar para Rafael Carvajal, dueño de una empresa urbanizadora. Luis hacía la contabilidad del loteo de una urbanización que se construía al suroriente de Bogotá. Las personas que adquirirían estos lotes tenían que recurrir a hipotecas para poder hacerse propietarios de una porción de terreno. La mayoría de ellos provenía del campo, tal como lo dice José Mauricio Sierra —uno de los habitantes más antiguos— en un pequeño libro que cuenta la historia del Marco Fidel Suárez. La división de las calles, avenidas y lotes hecha en esa época es la que aún existe.

A pasar el tiempo, Luis evidenció la importancia de destinar zonas para el desarrollo de la comunidad: parques, escuelas, centros de salud. Aprovechando la amistad que había formado con su jefe, le comentó su inquietud, argumentando que no sólo había que pensar en el dinero. Don Rafael se disgustó con ese comentario. Los enfrentamientos entre los dos se hicieron comunes, Luis, incluso, fue acusado de “comunista”; así que, cansado de la intransigencia de su jefe, optó por renunciar en diciembre de 1959. En 1960 terminó su carrera y decidió irse a un seminario ubicado en la Ceja, Antioquia. Seis años después se ordenaría como sacerdote. Por cuestiones del destino, en noviembre de 1968 fue nombrado párroco de la Iglesia San Judas Tadeo, en el barrio Marco Fidel Suárez; capilla fundada el año en que dejó de trabajar con don Rafael.

Lo primero que hizo fue acercarse a la gente. La apatía y desunión de los habitantes era una constante, además, había una rivalidad entre aquellos dos barrios hermanos. Un ambiente muy difícil porque la mayoría de personas que llegaron a esas tierras habían sido desplazadas por la violencia bipartidista que desangró al país; ningún vecino podía confiar en su prójimo debido a las secuelas que esa cultura de la violencia.

Pero fue en la Iglesia, ubicada en la calle 46, donde se generó un tipo de resistencia. El padre Luis Córdoba estaba empeñado en cambiar la mentalidad de los habitantes de los dos barrios, en quitarles esa desconfianza tan arraigada en pro de su desarrollo. Tuvo que enfrentarse a los gamonales de la zona, razón por la que empezó a recibir amenazas de muerte. Poco a poco consiguió el apoyo de los vecinos. Ahora sí tenía las herramientas para hacer realidad aquello que intentó 10 años atrás en el barrio.

En enero de 1970 fue capturado por dos personajes en pleno centro de la ciudad. Resulta que días antes citó a un grupo de personas a la iglesia, les dijo que llevaran picas, palas y *“todas las herramientas que tuvieran”*. En el costado sur de la iglesia había un terreno que aún no había sido construido, el padre Luis, al verlo, pensó en el colegio que tanto le hacía falta a su barrio, y se dio a la tarea de trabajarlo y cercarlo. Los vecinos lo apoyaron respondiendo a un persuasivo aviso que puso el párroco: *“Primero morir que ceder”*. Era una situación arriesgada porque aquellos terrenos pertenecían a la familia Pardo Morales. Efectivamente, al otro día de empezar las obras, la familia lo demandó.

Lo metieron preso, e indignado por semejante abuso de autoridad alegó: *“¡Señores! Si ustedes no se la saben yo se las voy a enseñar, un niño, cuando no quiere jugar más dice tacho remacho (...) eso en derecho se llama Habeas Corpus... ¡o me llaman al juez o me tienen que dejar libre! O si no, pongo una denuncia por abuso de autoridad”*. Motivo suficiente para hacerse merecedor de una golpiza. De allí fue trasladado a una celda. Le pidió a un militar que pasaba cerca que llamara al secretario del Presidente de la República: Álvaro Leyva Durán, amigo suyo. Estaba preso en el palacio de San Carlos.

Álvaro Leyva se hizo presente, lo sacó de ese lugar y le pidió que le explicara qué había sucedido. El padre Luis le pidió que lo llevara a hablar con el presidente Misael Pastrana Borrero. También contó la historia y aunque el Presidente reconoció que invadir los terrenos estaba mal hecho, le ofreció todo su apoyo. Esta es otra de las anécdotas que narra José Mauricio Sierra en su libro, *Diario de un híbrido*.

### ♦ Obras con el sudor de todos

El Alcalde de la Ciudad, Carlos Alban Holguín, y el Secretario de Educación, Antonio Bustos Rivero, a petición del Presidente, dieron al padre una indemnización por cinco millones de pesos. Luego los terrenos fueron comprados por el distrito, y, con los cinco millones se inició la construcción del Colegio León de Greiff, que duró ocho meses.

Luis Eduardo Córdoba había logrado su cometido: los vecinos estaban trabajando por el bienestar general. La junta de acción comunal era una de las más organizadas de la ciudad. Sin embargo, aún el barrio tenía problemas, uno de ellos la poca cobertura de los servicios públicos. Rafael Carvajal había vendido los lotes sin pensar en abastecerlos de agua, alcantarillado y energía eléctrica, lo que representó un gran problema. El padre decidió hablar con el gerente del Acueducto de Bogotá para poder meter las acometidas al barrio y que cada quien tuviera agua en su casa para no recurrir a las arcaicas pilas, en las que se creaban largas filas y se formaban peleas. Lo logró; al poco tiempo los dos barrios tuvieron su propio acueducto. El alcantarillado y la energía eléctrica fueron gestionadas por la Junta de Acción Comunal. La pavimentación también fue gestionada por los vecinos. Los barrios Marco Fidel y el San Jorge ya no eran entes separados, sus habitantes trabajaron unidos como nunca lo volverían a hacer.

Ya eran comunes las acciones conjuntas que enorgullecían al padre Córdoba. El parque era un agradable espacio destinado al paseo de los habitantes, tenía prados, jardines, bancas, pero el mal uso lo dañó poco a poco. Los vecinos se dieron a la tarea de reconstruirlo, trabajaron en sus ratos libres y los fines de semana; para financiar la remodelación, hicieron colectas. Su ubicación no ha cambiado: justo en frente de la Iglesia, al otro lado de la calle 46.

A pesar de tantas gestiones y buenas intenciones, aparecieron otros problemas. En los chircales del barrio se fabricaron la mayoría de ladrillos con los que se construyó gran parte de las casas, pero ocasionaban un gravísimo problema ambiental y había que clausurarlos. El padre vio la solución para que no fueran afectadas las familias que vivían de este oficio: propuso la creación de cooperativas de producción de ladrillo para poder adquirir maquinaria que simplificara la fabricación del ladrillo; hizo varias investigaciones y gestionó la capacitación; pero se encontró con el egoísmo y conformismo de estas personas, los jefes de familia sólo pensaban en conseguir la exigua cantidad de dinero para emborracharse. Los esfuerzos del padre fueron en vano y así se perdió la oportunidad de fundar una verdadera empresa ladrillera competitiva. Los chircales fueron cerrados.

La última obra que hizo el padre Córdoba fue comunicar al barrio con la ciudad. Este —como muchos barrios de Bogotá— no fue concebido ni organizado como parte integral de la ciudad; sus obras se fueron realizando según las necesidades. Para entrar había que ir hasta el barrio San Carlos, y girar por la calle 50 sur. La solución era abrir un pequeño segmento en el separador de la avenida Caracas para que los buses no dieran aquella vuelta —que era bastante absurda— e ingresaran directamente por la calle 46. El padre y los miembros de la Junta de Acción Comunal llamaron infinidad de ocasiones a la Oficina de Obras Públicas, y recibieron otra infinidad de excusas y evasivas. El padre decidió invitar al Alcalde Mayor y mostrarle la situación. El mandatario bogotano dio orden inmediata para que se iniciaran las obras. Desde aquel momento la calle 46 se volvió la vía de acceso principal y, mágicamente, se empezó a iluminar y a llenar de establecimientos comerciales.

Pero como todo lo bueno, duró poco. La Junta de Acción Comunal había logrado muchísimas cosas, entre ellas mantener unidos los dos barrios. Desde 1980 empezó la degradación de esta organización; muchos políticos —que nada tenían que ver con los barrios— llegaron con falsas promesas, y los líderes barriales empezaron a corromperse, a cobijarse al árbol que mejor les diera sombra. Poco a poco volvió la apatía, el egoísmo, la desconfianza, el escepticismo. Se volvió a abrir la brecha que separaba a los dos barrios. La calle 46 fue la más afectada. Aquel pavimento, hecho con el sudor y las ganas de muchos vecinos, empezó a agrietarse. La inseguridad estuvo a la orden del día, era común ver delincuentes amedrentando a los vecinos en plena luz del día. El parque se convirtió en una “olla” y un centro de acopio para la delincuencia.

En 1998 el Padre Luis Eduardo Córdoba Torres fue trasladado, noticia que cayó como un baldado de agua fría para aquellos que aún creían que el barrio —o los dos barrios— se podían salvar de la indiferencia de sus habitantes. Se volvió a conformar un Consejo Comunal que, lastimosamente, tenía miembros sólo atentos a sus intereses particulares. La 46 estaba retrocediendo aceleradamente. Ya no era ese remanso de paz y unión con el que soñó el párroco, de hecho, hasta se habían establecido un par de burdeles de mala muerte, muy cerca de la Caracas.

### ♦ Nuevos aires con el cambio de nomenclatura

Dos años después de la partida del padre, el cambio de nomenclatura parecía que le daba la estocada final; pero no fue así. La Iglesia San Judas Tadeo y el parque, ubicado justo enfrente, le empezaron a devolver la vida. El parque fue remodelado completamente, y se instaló un Centro de Asistencia Inmediata (CAI) para darle más seguridad a la población deportista. Hoy en día es común ver personas jugando micro-fútbol, baloncesto e incluso patinando hasta altas horas de la noche. Los fines de semana decenas de familias lo visitan para compartir un helado o un juego. Cabe anotar que en los 350.000 metros cuadrados que conforman los dos barrios no hay un mejor lugar para tales actividades.

No hay que olvidar que una parte de este sitio es especialmente colorida: el costado norte, o la “Cuadra de los Niches”. Niche es como en lenguaje bogotano se llama a un afrodescendiente o negro. Cualquier apelativo que tenga el prefijo “afro” no es bien recibido por la comunidad, pues hay quienes lo consideran como un eufemismo: “*Dígame negro, no se complique*”, comentó uno de los empleados de la peluquería *Black and White*, ubicada en el parque. Desde hace más de siete años la población negra del barrio se ha asentado en esa zona, llenando de color las oscuras noches barriales. Su peculiar forma de hablar, la música a todo volumen y la desbordante alegría, le dan al parque un ambiente de continuo carnaval, y es inevitable que se dibuje una sonrisa en la boca de quien cruce por allí; aunque para muchos sea de desagrado: “*Esos negros no hacen sino hacer bulla*”, afirma María Cano, propietaria de la papelería Lorena, que en otras épocas estaba ubicada en el lugar donde ahora se encuentra *Black and White*.

Gradualmente la seguridad se ha ido recuperando en este sector. Aunque aún se nota un poco de desconfianza entre los vecinos, hay quienes expresan que *“este es un barrio pacífico”*, como lo ratifica uno de los agentes de Policía del CAI, que agrega: *“En este barrio es raro ver un robo grande, ya la gente es muy pacífica, el problema son los barrios de arriba (ubicados en las lomas); esos sí son inseguros”*.

La iglesia continúa recibiendo feligreses cada noche que caminan por la 46, pero son pocos los que aún recuerdan a ese personaje que les dio esperanzas para formar una comunidad en torno a esta calle. Para aquellos que tienen presente la obra de Luis Eduardo Córdoba estos barrios simbolizan la resistencia contra la apatía, la indiferencia y el egoísmo, pues como dijo él: *“Primero morir que ceder”*. Sí, para todos ellos esta calle nunca será la Diagonal 45F; siempre será... la 46.





# La cuadra de las casas inclinadas



**Gladys Biviana Sánchez Murillo\***

*bivianasanchez0357@hotmail.com*

A las 9:00 a.m. del sábado se citó a una reunión para tratar el problema de la construcción de las casas que se venía presentando en San Mateo, barrio ubicado en el municipio de Soacha, a las afueras de Bogotá. Al salir, los habitantes de las cuadras vecinas vieron una carpa inmensa que ocupaba todo el ancho de la calle, y bajo ella, un tumulto de muebles, enseres y personas que contaban cómo había sido su estadía durante la noche a la intemperie.

Los ediles y representantes del comité formado por los mismos damnificados recogían firmas de los habitantes del sector para respaldar una denuncia ante la Alcaldía Municipal de Soacha sobre el mal estado de las construcciones y el peligro que representaban. Efectivamente, las casas del frente del conjunto Junín del barrio San Mateo estaban seriamente afectadas y aunque muchos habían pasado cientos de veces por ahí, nunca se dieron cuenta de lo inclinadas que estaban.

Masivamente acudieron al llamado. Los perjudicados procedían a mostrar las casas que estaban en peor estado e invitaban a todo el que pasaba a entrar, aunque la mayoría sentía miedo de que se vinieran abajo. Y es que al observarlas desde afuera, se nota una declinación considerable hacia la derecha, las puertas no encajan con su marco y ni hablar del interior: las grietas de las paredes tienen como cinco centímetros. ¡Cinco centímetros! ¿Cómo pudieron vivir así y por qué no se habían quejado?, ¿cómo los vecinos no se habían dado cuenta de que sus casas estaban como la Torre de Pisa?

En una de las viviendas había un niño de unos seis años en la mitad de cuatro paredes sostenidas con palos anchos en cada esquina; daba la impresión de que en cualquier

►► \* Estudiante de Licenciatura en Humanidades, con énfasis en Educación Básica, Universidad Pedagógica. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

momento todo podría desplomarse. La humedad casi omnipresente indicaba numerosas e inevitables goteras, que cruzaban grietas inmensas entre un ambiente oscuro, que hacía suponer el frío de la noche.

### ♦ Pesadilla conjunta en el conjunto

No se decían nombres, nadie tenía prioridad sobre el otro, todos peleaban por todos, por su conjunto, por las casas que se caen. Comparten, socializan con los vecinos de otras cuadras, y hasta con los típicos curiosos del barrio. Doña Agripina, con su característica ruana vinotinto y una disimulada curiosidad, decía: *“Entre más rápido se riegue el chisme, más pronto se verán los resultados”*. Todos unidos, aunque cada uno en diferentes condiciones. Unos con su deuda ya cancelada y otros por terminarla, unos reclamando indemnización, otros una casa sin preocuparse si será nueva, vieja o lejos desde que sea de ellos y reponga la que tenían. Opiniones diversas pero todos, en conjunto, viviendo la misma pesadilla.

Las casas fueron construidas en 1985 y este desastroso hecho se viene presentando hace cinco o seis años. El problema no sólo es del sector Junín o de la Urbanización Parques del Sol II; se calcula que hay alrededor de 10.000 familias damnificadas en la localidad de Soacha y hoy por hoy, con el apoyo de diferentes concejales y ediles, se planea un debate comunal al que invitarán a todos los medios y entes conocedores del tema para encontrar una solución.

Algunos incluso fueron engañados. Alfredo Gutiérrez, dueño de una de las viviendas que está en peor estado, tiene cerrada su papelería, negocio que le daba para vivir. La cerró porque, según él, las ventas no eran lo mismo. Tampoco quería arriesgarse a que en cualquier momento todo se le viniera literalmente encima con un cliente adentro. La noche anterior se unió a los que se quedaron en la carpa, y dice que fue la peor noche de su vida. No sabía si maldecir a la constructora, al barrio, al suelo o a la anterior dueña, que sabía del problema y luego le confesó que maquilló las grietas y echó un bálsamo para las goteras que, por cierto, no duró ni los primeros dos meses con el fin de vender y recuperar su dinero. Don Alfredo vendió todo lo que tenía para comprar esa casa y la papelería, y ahora no tiene ni con qué comer.

Caso similar al del señor José Polanco, quien también recibió su casa totalmente maquillada. El anterior dueño instaló un tubo de más para tapar una grieta que no pudo maquillar. Al pasar el tiempo la puerta del patio se cayó y recientemente se desplomó un lavamanos.

Cuando se le pregunta al señor Alfredo cómo se vive inclinado, se echa a reír. Dice que no se dio cuenta a qué hora todo se torció: *“Es como cuando ves a tus chiquitos crecer, como convives con ellos no notas el cambio, más bien te lo hacen notar otras personas”*. Él estaba conciente de las grietas, eran pequeñas porque estaban maquilladas y pensaba que era la humedad. Después de un tiempo, cuando vio todo peor, decidió invitar a su familia a la casa para mostrarles y de paso ofrecerles una comilona. Los invitados inmóviles en frente de la casa ni siquiera dejaron entrar a los niños atemorizados de que se fuera a caer todo,

según ellos, por la vibración de tantos pasos en el suelo. Don Alfredo les dijo: *“Sí, está un poco inclinada, pero no es mucho”*. Salió y miró su casa nuevamente y afirmó: *“¿Cómo he podido vivir así tanto tiempo?”* Miró al suelo y se derrumbó. Dice que la preocupación lo hizo caer en la cuenta de que debía hacer algo. Ese fue el tope.

### ♦ La batalla legal

Entre los habitantes de las casas más deterioradas hubo mayor comunicación. Empezaron a mirar entre casas. Organizaron un comité encargado de la parte legal porque sabían que esto iba para demanda. Era lógico, todas las casas se veían inclinadas unas más que otras. El deterioro y la inclinación están presentes en 12 de 16 casas de la cuadra, las otras y las de la parte de atrás de la manzana, si no muestran una humedad inhóspita que invade las paredes con lama y cunde de babosas y demás insectos, tienen grietas que se van haciendo cada vez más grandes. Debido a esta humedad decidieron demandar al Acueducto y al Fondo Nacional del Ahorro, entidad a la cual unos le pagaron la casa y otros continúan haciéndolo.

Las casas están tan inhabitables que la empresa de Gas Natural decidió suspender el servicio para evitar cualquier tragedia. No se logró, los residentes no podían salir más perjudicados, se opusieron porque necesitan el servicio. Esto aún está en negociación ya que representa un gran riesgo no sólo para los de la cuadra sino para todas las viviendas cercanas.

Conscientes de la situación los vecinos se comprometieron a llevar víveres y por lo menos todas las noches agua de panela y pan a los “hospedados” en la carpa. Tanto era el revuelo de este hecho que hasta los medios de comunicación se presentaron unos días después de que los perjudicados tomaran la iniciativa de quedarse en la carpa. Llegaron RCN, Caracol y Citytv, transmitieron por televisión imágenes y testimonios en directo, la noticia se volvió a transmitir uno o dos días más, pero no se le ha hecho seguimiento.

Los afectados pasaron un derecho de petición a la Alcaldía Municipal de Soacha y el alcalde Jesús Ochoa Sánchez le facilitó una carpa más grande y expidió un decreto en agosto de 2005 para declarar en estado de emergencia e inminente peligro varios de los inmuebles. Después de un par de meses durante los cuales se llevaron a cabo investigaciones del terreno y suelos —costeados por los mismos damnificados por medio de ventas de tamales, lechonas y hasta desayunos en las cuadras— y búsquedas de documentación de las constructoras, se supo que los terrenos eran un relleno que estaba en malas condiciones y era lógico que se estuviera dilatando con tanto peso. Por ello se demandó también al municipio, que no debió permitir la construcción en terrenos en mal estado. Se descubrió además que la constructora KVB, que construyó el sector Junín y la mayoría de conjuntos y urbanizaciones en la localidad de San Mateo y Soacha, ya no existe. Cambió de razón social y no hay a quién demandar.

Por otro lado y para tristeza de todos, 7 de las 12 casas ya tienen construido hasta tercer piso, todo el frente e incluso sobre el patio. El peso acentúa el daño y las partes demanda-

das dicen que por esa razón no estaba permitido construir hacia el frente ni más allá del segundo piso. También tienen la culpa los propios habitantes.

Los abogados costeados por los mismos habitantes buscan una indemnización y que los afectados se puedan quedar con el lote. Las casas costaron alrededor de 21 millones. Pero no se sabe lo que pasará con las de tres pisos. *“Lo único que hay para hacer es esperar, el proceso es largo y sólo nos queda buscar gente para hacer el problema más público”*, dice don José.

Después de que se llevaron a cabo las investigaciones y las demandas, los afectados que podían pagar un arriendo o tenían donde quedarse empezaron a marcharse de las casas. Los que no tenían adónde ir o sentían miedo de quedarse dentro de la casa —número bastante reducido— se siguieron quedando en la carpa. Tiempo después la Policía la levantó con el pretexto de que obstruía el paso peatonal y por quejas de otros vecinos. Según ellos, la carpa estaba sólo de adorno, nadie se estaba quedando allí. Ahora ni siquiera se debe pasar por esa cuadra y menos con carros porque fue declarada zona en peligro.

Los inmuebles que fueron desalojados no tienen ninguna vigilancia. La señora Végoles, dueña de la casa esquinera, se desprendió totalmente de su propiedad, dice que no le interesa lo que pase, si el Fondo Nacional del Ahorro le va a devolver algo. Tal vez esa inmensa casa púrpura, al igual que las otras casas abandonadas, estén siendo habitadas por indigentes, tal vez no. No se ha sabido nada en el barrio, no ha habido noticias sobre vándalos durante la noche y a plena luz del día no se ve ningún habitante.

Ha pasado el tiempo y lo cotidiano se volvió insoportable para algunos. Doña Pastora, dueña de una de las casas, no deja de echarle la culpa a los que construyeron más de lo que debían. Está desesperada porque le digan si le van a responder, si le van a dar la casa, la indemnización, o si le toca en últimas morirse allí. *“No me importa lo que me digan sea bueno o malo desde que me lo digan ya”*, dice cansada. Aguarda con poca esperanza porque para ella *“esos embaucadores”* ya tienen el as bajo la manga para salirse con la suya y huir de la responsabilidad. La resignación se ve reflejada en el aspecto de su casa: empañetó las grietas, pintó la casa, y oculta con cuadros las imperfecciones. Siempre teme al entrar a la casa a sabiendas de que se encuentra tan débil y dice que le da tristeza saber que está pagando por otros.

Don Alfredo confiesa que se acostumbró, ve “embolatado” lo de las casas, él mejor piensa en trabajar duro, en empezar de cero hasta volver a conseguir lo que tenía: *“Si no empiezo ya, me voy a hundir junto con estas casas”*. En la suya, a diferencia de la de doña Pastora, no hay arreglos. No los hace porque dice que en cualquier momento los encargados van a ver y se darán cuenta de que es una de las peores y seguramente será uno de los primeros indemnizados.

Sigue pasando el tiempo y no se sabe qué esperan las partes demandadas, no dan respuesta alguna. Las casas siguen allí, inclinadas, con muy pocos habitantes. La mayoría guarda la esperanza de que cumplan lo que piden: la indemnización o, en últimas, una casa, en otra localidad, tal vez nueva, pero eso sí, sin ningún problema de suelo o inclinación. Sin embargo, mantienen un gran temor: esas construcciones con más de dos pisos que pueden acabar con todos los esfuerzos. Otros dicen que saben que morirán en sus casas con plásticos en vez de vidrios porque los marcos no cuadran, con grietas rellenas de cemento que se cae al pasar el tiempo y con palos anchos en las cuatro esquinas para aguantar el peso. En este caso no hay lugar para modificaciones ni arreglos.

Tal vez la gente seguirá desertando, tal vez no. Doña Pastora no se acostumbra, el señor Alfredo ni siquiera se resigna, y don José persiste con toda firmeza. Todos seguirán a la expectativa con una sola certeza: *"Entre más rápido se riegue el chisme, más pronto se verán los resultados"*.



# Territorio muisca



**Andrea Paola Calderón Rojas\***

*andrecalderon155@yahoo.com*

Como si estuvieran cabalgando en un caballo y no en el bus azul que se transportan, se estacionan en el paradero de San Bernandino, en la localidad de Bosa, al suroccidente de Bogotá. Es un lugar desconocido, que se abre paso por entre las calles —o más bien caminos— adonde no llegan los buses. Los fuereños llegan a esta vereda recordando el arribo a las tierras americanas de los conquistadores españoles, que venían con el fin de reconocer el terreno y colonizarlo.

Los fuereños de hoy van en busca de un pasado que desconocen. La urbe bogotana parece que cambiara en este lugar, como si una pared invisible dividiera y trasformara el paisaje al encuentro de la vereda de San Bernandino.

Como un “cercado que guarda los mieses” se encuentra Bosa, territorio redescubierto en 1538 por tres conquistadores, hombres cubiertos de armaduras que protegían sus cuerpos de los contrincantes, los cuales estaban en desventaja ya que sus armaduras eran sus propias pieles y sus armas la resistencia y la valentía. Pareciera que estos tres hombres hubieran acordado una cita: cada uno venía de diferentes expediciones. Gonzalo Jiménez de Quesada llegó de Venezuela, Sebastián de Belalcázar del Perú y Nicolás de Federmán de Santa Marta, tras haber colonizado la comunidad Tayrona. Jiménez de Quesada ubicó en este territorio un cuartel general con más de ochocientos hombres, los otros dos conquistadores continuaron en la búsqueda de El Dorado, leyenda indígena de tradición y riqueza.

Aunque la costumbre de los españoles era volver a nombrar los territorios, casualmente Bosa conservó su nombre indígena, tal vez porque fue allí donde estuvieron los resguardos

▷▷ \* Estudiante de Educación de la universidad Pedagógica.  
Taller de El Tunal.

indígenas que ofrecieron esclavos a los opresores. Estos resguardos se disolvieron en 1870. Bosa no sólo significa en la escritura chibcha “dos”, y “martes”; simboliza, según José Joaquín Ortegón, un “cercado que guarda los mieses” (o sea, los sembrados).

Los aborígenes eran gobernados por Techotiva, cacique principal de esta comunidad. Según la Alcaldía de la localidad séptima, Bosa era considerado el segundo poblado chibcha después de Bacatá.

### ♦ Cuando el Tunjuelito era cristalino

Al encuentro con la vereda de San Bernandino, se transforma el paisaje dentro de la ciudad: sus caminos destapados, potreros y pequeñas fincas dan paso al territorio muisca, en donde sobresale la vida campesina con los cultivos de maíz, hortalizas y el cuidado de animales, como las vacas que pastorean tranquilamente. Las casas son de apariencia rural, algunas prefabricadas y con terreno donde cultivar. El río que pasa cerca da cuenta de lo fructífero que debió ser este lugar para los ancestros. Siendo los muisca pueblo agricultor, el agua era sagrada, a este líquido tan valioso se le brindaba culto por permitir la abundancia, la fertilidad, junto con el Dios luna que daba a conocer en qué tiempo, en cuántas lunas se debía sembrar el maíz o “abtyba”, como nombraba este pueblo el alimento que dio el padre Bochica, quien con su vara de oro enterró los granos de oro convirtiéndolos en maíz.

Ese río que debió ser cristalino es el Tunjuelito, que desemboca en el río Bogotá. Desagüe natural que se conserva, pero ahora como conductor de desechos, de opacas aguas residuales donde la luz de la luna no puede entrar. El olor transforma el paisaje junto con un aviso que anuncia el peligro al acercarse al río; es como si se pudiera contrastar el paso de la civilización que cambió la imagen de Bacatá y de Bosa.

Desde esta cumbre en donde se observa el río se puede imaginar como debió ser este territorio en épocas pasadas, cuando el color verde en todas sus tonalidades hacía juego con el cristalino del agua y el azul de cielo, cuando el sol o “Xué” bendecía los cultivos de este suelo fértil. Estos terrenos eran el hogar de un sinfín de especies, aves, venados, conejos, que recreaban el paisaje.

Pero también desde esta cumbre se pueden imaginar los bohíos que protegían del frío, cubiertos de paja, con piso de barro y pintados de colores que brindaba la misma naturaleza. Todas las macrofamilias tenían tierra donde sembrar. Actualmente no se encuentran indicios de su arquitectura debido a la destrucción ejecutada por los blancos. Las casas de ahora son de arquitectura campesina con su patio, lavadero afuera, espacio para colgar la ropa; no están tan protegidas como las de la urbe: la cerca o alambre de púas sirve de sistema de seguridad, y dentro de estos límites se encuentra la parcela para sembrar.



Al pasar la desembocadura del Tunjuelito, que se convierte en río Bogotá, se encuentra una tienda de cerveza en donde los trabajadores del campo se dan cita para tomar la bebida de los dioses, “la chicha”. En una de las paredes de ladrillo se observa un aviso funerario que informa de la conmemoración de un año de muerto de un descendiente de los muiscas, con dos apellidos reales y no el de la corona española que colonizó estas tierras: José Lino Tunjo Chiguasuque.

Los apellidos Tunjo, Chiguasuque, Chía, Quinchanegua son hoy son la prueba de supervivencia de esa cultura indígena. Los nombres de los descendientes muiscas no son sólo vistos como la palabra que designa o identifica a alguien, sino que dan cuenta de los procesos culturales que se han llevado a través del tiempo. Los nombres de Jesús y María unidos a un apellido muisca, transportan como una máquina del tiempo a la época de la evangelización cuando el pueblo adoptó el culto religioso impuesto por sus colonizadores. La iglesia de San Bernandino da fe de ello. El dios sol y la diosa luna se escondieron en el horizonte.

### ♦ Bajo los oscuros ojos de los fuereños

Después de haber recorrido algunos de los caminos de San Bernandino deteniéndonos en todo lo nuevo, bajo los ojos oscuros de los fuereños que buscaban el pasado en el presente, se encuentra en una de las pequeñas fincas una descendiente de apellido Neuta. Sandra, una mujer joven, morena con ojos cafés oscuros, no muy alta, nariz chata, manos pequeñas y de apariencia fuerte. Cuenta que su apellido le pertenece a los muiscas: “*Yo soy Neuta*”, y recuerda las costumbres de su comunidad que se reúne en el cabildo. “*Mi mamá va y baila, antes se reunían en el salón comunal, pero lo tumbaron, en este potrero hacen lo del festival de la luna y el sol*”, dice señalando con su dedo el potrero del lado, que colinda con el colegio San Bernandino, el cual tiene un enfoque intercultural en pro de la recuperación de la memoria. En el Festival del sol y la luna se realiza un homenaje a sus ídolos: al Xué, que significa el sol y Huán, luna, se dan comidas típicas, chicha y se realizan diferentes eventos.

Según Sandra, antes el territorio “*era como fincas grandes*”, en donde los dueños eran muiscas, poco a poco han ido loteando y han comprado los fuereños y personas de fuera. El territorio fue la causa de la colonización junto con sus tesoros, la pérdida del territorio significó en cierta medida el desvanecimiento de su cultura.

La familia de Sandra vive en una pequeña casa prefabricada, al lado siembra hortalizas. La mayoría de casas habitadas por los descendientes muiscas en la vereda, hacen parte del terreno que se ha salvado de ser consumido por la inclemente urbanización. Esta planicie de tierras fértiles en donde el dorado brota de la tierra transformándose en el maíz, hace saber que el cultivo de la tierra es la forma de resistencia que les queda a los muiscas.

Sandra señala una casa en donde hay otro muisca. Él no está muy dispuesto a hablar sobre su cultura, pero aún así su apariencia refleja la transformación de su comunidad: los trajes, costumbres y estilos de vida cambiaron con la entrada del hombre blanco. En Bosa funcionaba en épocas de la colonización un resguardo en donde eran ubicados los indígenas elegidos por los blancos. En estos limitados territorios dispuestos por los conquistadores podían continuar con sus vidas, lejos de la esclavitud.

Después de recorrer la vereda sin lograr encontrar otro muisca, llegamos a un puesto de arepas rellenas de queso. Una pequeña parrilla roja hace las veces de tienda, mostrador y vitrina, en donde los caminantes pueden disfrutar de una arepa caliente. Allí, detrás de la parrilla roja, un rostro da a entender que puede ser muisca, pero luego sabemos que la señora es de Ibagué. Angélica Guillén, morena, robusta, de ojos oscuros, atiende a su clientela muy amablemente. Cuenta que llegó a la vereda hace doce años, cuando estaban instalando el alcantarillado. *“Me vendió este lote una familia muisca, ya los papás murieron y quedan los hijos que han venido vendiendo todo”*. Al preguntar si conoce algo respecto a los muisca responde que *“ellos se reúnen en el salón, van a bailar cantan se visten con sus delantales y sus trencitas...”*

Tiempos atrás, cuando la cultura muisca florecía, los fuereños no eran aceptados, ya que la entrada del hombre blanco no fue tan pacífica y acabó con muchos integrantes de la gran familia chibcha. Ahora llegan, ya sea a comprar sus territorios o por desplazamiento. Lo curioso es que ellos son quienes narran la historia de los muisca; la tradición oral cobra fuerza en los fuereños.

Los fuereños y lectores de esta crónica, después de haber realizado varios viajes en su caballo azul que los llevaba al paradero de San Bernardino, ya no regresan igual a como llegaron, son distintos. Algo nuevo, pero a la vez tan antiguo como todo lo que conocemos los ha cambiado; reconocen que sus lazos con el mundo no sólo se limitan a un grupo familiar: este hilo que se teje a diario y desde hace mucho tiempo, recuerda de dónde vinimos, quiénes somos y qué nos hace diferentes a los demás.

Los fuereños llegan a los lugares que habitan en el caballo que unos metros más adelante de la vereda cambia su apariencia y se transforma en un vehículo de cuatro ruedas; su lomo son cómodas sillas, su relinchar un motor. En este bus azul el espacio y el tiempo se han detenido por un momento.

# Las guaraperías de San Fernando



***María Carmenza Rodríguez Vargas\****

*carmenza117@latinmail.com*

... “voy a llamar a la ‘pulicia’ y le voy a decir que usted, usted y usted están tomando y le voy a decir que se los lleve a todos”, dijo Camilito al pasar corriendo del puesto de chance de su abuela para detenerse en la guarapería donde suele “levantar el codo” su papá. Su dedito acusador señaló a todos, incluyendo al dueño del ‘chuzo’, como se refieren al establecimiento algunas señoras inconformes y estiradas, convencidas de que en la cuadra donde sobresalen sus casas de tres pisos y cortinas caras en ventanales que dejan ver la flamante sala, el solar y su siempre bien arreglado *French Poodle*, no deberían existir sitios de tan baja categoría, que sólo traen vicios y perversiones al vecindario.

El cucunubá es una de las atracciones que más atrae clientes a las guaraperías. El juego consiste en deslizar una esfera de hierro por una mesa de 42 centímetros de altura y 1,5 metros de longitud, con el fin de meterla en algún agujero. Los agujeros tienen diferente valor: en algunos cucunubá van desde el 100 hasta el 2.000, en otros (más avanzados) hasta el 4.000. Los jugadores, que pueden ser de tres a cinco, deciden la cantidad de puntos para ganar. Se recomienda lanzar con poca fuerza la esfera, para evitar que choque con los espacios que separan los agujeros y que se salga de la mesa, pero impulsarla para que alcance los agujeros y no quede en la mitad del camino. En ese caso otro jugador toma el turno.

## ◆ ‘Donde James’

‘Donde James’, le dicen los jóvenes que le tienen confianza; a él le gusta el apodo porque lo hace sentir un ‘pelado’. Su tiendita sirve de garaje de domingo a jueves a su hijo, un *man* de ojos un poco rasgados, con saco y corbata, el cabello como electrizado por una mediana corriente de gel o de aguadepanela con limón. Como buen vendedor de carros y acce-

▷▷ \* Estudiante de la Universidad Pedagógica.  
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

sorios, equipó “la nave” —un Chevrolet Stim—, lo mejor que pudo: vidrios polarizados, rines de lujo, sonido potente y un reproductor de DVD y CD. Algunas veces lleva a sus compañeros de trabajo al negocio de su papá, pero se quedan afuera para poder escuchar mejor música que la que ponen en la tienda, algo más *cross over*; desde la canción desechada del Charrito Negro, pasando por todos los vallenatos de los Diablitos y el Binomio con Rafael Orozco, hasta las más desgarradoras baladas de los Guns’n Roses y Metallica. Para todos los gustos.

Entonces ¿cómo caben el cucunubá y la rana, las canastas de cerveza, una pequeña barra y diez pendencieros jugadores en un espacio tan reducido? Fácil, el cucunubá está pegado a la rana, como una avenida al lado de un edificio, la barra sostiene las canastas de cerveza, sin contar que arriba hay una elegante repicita donde están expuestas unas inútiles botellas de cervezas extranjeras: *Danish Beer*, *Quilmes* y *Tigger Irish Beer*; que el hijo del dueño consiguió en un almacén de importados, “*pa’ probarlas sólo una vez porque eso sí, siempre cuestan su platica*”, dice James, que se caracteriza por usar un cinturón con una chapa grande, en el que carga al lado derecho su celular —un Nokia 1100— y al lado izquierdo un metro (que usa en su trabajo diurno de ornamentador). Extrañamente, entre tantas marcas foráneas, una Club Colombia salva la patria. Las botellas contrastan con un bonito florero de cristal lleno de tapas de Coca-Cola de todos los tamaños, sobre todo familiar.

El elemento más significativo que toda casa y negocio deben tener como “amuleto de prosperidad” es la espiga con sus reglamentarios siete granos: arveja, fríjol, garbanzo, lenteja, cebada, maíz y arroz; el bultico de café, los dos campesinitos con su ruana, sombrero, alpargatas y sin ojos, y el toque coqueto de una hermosa cinta rosada con líneas doradas que da la impresión de estar atando aún la trenza de su artesana.

Al lado de las canastas y la barra está estratégicamente ubicado un orinal con dos muros de metro y medio de altura, apenas para tapar al ‘amiguito’ pintado de color crema y unas baldosas amarillentas y agrietadas, como si los meados tuvieran la propiedad química de destruir las losas y surcar sus propios caminos hacia el sifón, lleno de ceniza y colillas de cigarrillo.

¿Y qué de los diez pendencieros jugadores? Acomodándose en el lugarcito, tres de ellos están pegados contra la pared al lado del afiche de ‘La Chica Águila’ y del típico letrero “*Hoy no fio, mañana sí*”, que amenazan tumbar con la cabeza. Otro más está tirando las argollas hacia la rana inestable que se mueve de vez en cuando y a la que toca ponerle unas tapas de cerveza en las patas para equilibrarla. Otro está deslizándose la esfera por el tapete del cucunubá diciendo: “*¡Ojo, que aquí va el cien!*” (porque siempre le faltan cien para ganar). Otros tres están entre la barra y la repisa, casi arrodillados para no tropezar con el florero de las tapas. El noveno, como es obvio y necesario después de cinco cervezas, está en el orinal mirando al que lanza las argollas a la boca de la rana, recostado en uno de los muros y sosteniendo al ‘amiguito’. Y el décimo es el menor de edad, de 17 años, que está afuera de la tienda para cuando pase la Policía, como ‘Pedro Navajas’, salir ‘volao’.

## ♦ 'Donde El Tolima'

El campo de tejo El Villetano es más conocido como 'Donde El Tolima'. Don Lisandro Mesa — se presenta él— es una versión más alta de Mario Bros, con camisas amarilla, manga sisa y cachucha de cerveza Águila, su patrocinador y, sin duda, accionista mayoritario de su negocio. Le dicen 'El Tolima' por ser originario de la región de los tamales, y después de 20 años de haberse ido, aún conserva su acento tolimese. El Villetano cuenta con tres "atracciones" (descontando la cerveza): cucunubá, tejo y videorrocola. Nada mejor que acompañar la cervecita y el juego con buena música: la música del pueblo, del despecho, de la recocha. Por una moneda de \$500, usted podrá disfrutar de los éxitos del momento, de los clásicos y de los corridos prohibidos que no pueden faltar. Después de cuatro cervezas, todos cantan a grito herido sus preferidas. He aquí el *Top Ten* de las más pegaditas en las guaraperías de San Fernando:

10. *La inmortal* Mujeres divinas, del 'Chente Fernández'.
9. *El aventurero*, de Antonio Aguilar, que se canta con el orgullo que caracteriza al "macho".
8. ¿Está usted entrando en los 50?, su canción es *La primera cana*, de Diomedes Díaz, que tuvo que ser su mayor trauma como para volverla tema.
7. Si le gustan las persecuciones, *La banda del carro rojo*, un corrido prohibido que no puede faltar y que ninguno de los clientes sabe de quién es.
6. *Nadie es eterno en el mundo*, de Darío Gómez, el rey del despecho y de las tumbas.
5. ¿Despechado porque lo cambiaron por otro? Por qué no dedicarle *El Muñeco de Vitrina*, de Darío Darío.
4. *Tirana*, también de Darío Gómez, mujer que deja en pañales al emperador Julio César.
3. A todos nos quedó clarísimo que la quiere; sí, es Leo Dan: *Amigo mío*.
2. La reconciliación no es tan difícil, si está de pelea con su novia o esposa llévela donde 'El Tolima' y cántele con sentimiento: *Empecemos de cero*, de Jhonny Rivera.

Esta ya tiene aburrida a toda la cuadra, el vallenato-ranchera-reggetón-champeta *Así de Fácil*, de Otto Serge.

¡Viva la música y, por supuesto, el tejo! El dolor de cabeza de las casas vecinas, no es raro que la señora de la casa rompa un plato, se corte un dedo, suelte la olla del arroz o se pinche con la aguja, cuando escucha el reventar de la mecha que siempre la toma por sorpresa. El tejo es un deporte en el que se presentan algunas relaciones, mientras la vecina asustada dice con rabia "*mecha hijue'puta*", otros con alegría expresan su triunfo usando las mismas palabras "*iiiMecha hijue'puta!!!*" Con el tejo el ama de casa parte la panela, los jugadores, como es obvio, el triángulo de pólvora y de vez en cuando amenazan con "partirle la mula" al que no quiera pagar, todo esto con el mismo objeto.

El campo de tejo es bastante amplio: cuenta con seis espacios para jugar; cuatro para expertos (de larga distancia, aproximadamente tres metros entre cancha y cancha) y dos

para principiantes (1.30 metros de distancia), estos últimos separados por las "rejas de seguridad", que ya están débiles y dobladas en la punta superior. Una ya está rota, como el agujero tiene más o menos el tamaño de un tejo, se creó entre los deportistas la leyenda de que hubo un hombre que logró romper la barrera de un tejazo terrible en una descachada por la "jinchera" y el *man* no volvió para no pagarla, pero al preguntarle a 'El Tolima' si esa leyenda era cierta, solo se rió y me dijo que imaginara la fuerza que debería tener un hombre para romper con un tejo la malla; tendría que tener el brazo de 'Superman'.

Es extraño ver tipos con cartera, pero allí sí los hay. Algunos llevan el estuche de los tejos al hombro, como las mujeres, y otros se lo ponen terciado como los paisas. Hay estuches de todos los colores y estilos: café con la tapa en piel de vaca, negro con figuras precolombinas, blanco, beige. Muchos, para preservar su tesoro y para evitar también que la mujer lo use para partir panela deciden dejarlo en un perchero dispuesto en el lugar; 'El Tolima' sabe de quién es cada uno, pero por seguridad algunos los marcan con una cinta o les tallan el nombre con una puntilla.

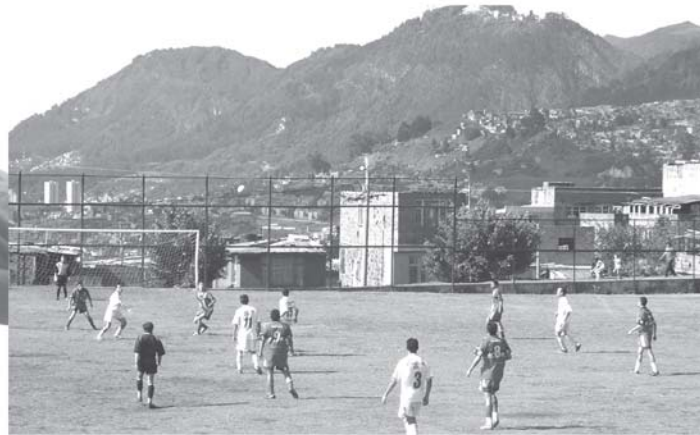
Hay muy pocas mesas para sentarse, sólo cuatro, dos en la entrada y dos en la barra. La barra está en un cuarto muy pequeño donde se apilan las canastas de cerveza; sobre ella reposa el cuaderno para anotar a los deudores morosos. Bueno, quién necesita sentarse si hay seis canchas de tejo esperándolo, una rocola con buena música y 'El Tolima' dándole la conversa a todos los clientes, sin contar también que hay que estar atento para correr, porque puede ser posible que el 'Superman' de la leyenda se vuelva a descachar y el tejo le caiga en la cabeza a cualquiera.

Para alivio de la clientela masculina, el campo cuenta con dos urinales ubicados dentro de las canchas para principiantes; son muy pequeños y la base es más alta que 'Donde James'. Los usuarios pueden hablarse de frente, separados por un muro de 1.60 metros de altura. De resto todo es igual: el sifón lleno de ceniza y las baldosas blancas agrietadas.

Las guaraperías en San Fernando no tienen muchas diferencias, ya sea la cerveza a \$1.000 o a \$1.100, sea más grande o más pequeña, haya rocola o grabadora, se caracterizan por dos contradicciones: sus propietarios dicen que abren los fines de semana, aunque desde el lunes se escuche la música y la algarabía; y en todos los negocios se encuentra el letrero de "Hoy no fío, mañana sí", "El que fía no está y el que está no fía", "No fío no insista", pero sus dueños anotan en un cuaderno las cervezas que le fían diariamente a los clientes.

Y hay algo más, algo que siempre van a compartir: las guaraperías son lugares de esparcimiento y relax para trabajadores de clase media baja, que esperan su paga el viernes o sábado para divertirse con sus amigos y familia. Son la comidilla de las viejas chismosas y estiradas. Son el lugar de trabajo de vendedores de chance y empanadas ambulantes. Son el escenario que no le puede faltar a un barrio de estratos 2 y 3. Son su identidad y la mía.

talleres de crónicas barriales talleres de crónicas barriales



**prácticas  
y oficios**





# Rimas como ráfagas certeras



**Mario Alejandro Aguirre Taborda\***

*anolagei@yahoo.com.ar*

"Impaciencias y sueños que todas las madrugadas se deslizan  
de nuevo ladera abajo, rodando por las azoteas de la ciudad  
que se despereza, hacia las luces y los edificios  
que emergen entre nieblas...."

J. Marsé, 1966

El silencio azul de la madrugada se va yendo tan tranquilamente como los trabajadores que bajan por la calle de piedra, la única del barrio. Y hoy, como todos los días, también baja 'Andru', que se llama Henry, con 25 años y que vive en una casa grande del barrio Egipto. Y si en Colombia somos 40 millones de soldados, cada uno con su guerra, 'Andru' lidera un grupo de pequeños artistas, los sobrevivientes diarios de la lucha del pan, niños armados hasta los dientes, de palabras, de cosas para decir. Esta batalla será de "*dientes pa' fuera*".

En uno de los cuartos de su casa funciona S. A. Clan, Escuela de *Rap*, sitio en el que planea montar un estudio de grabación, para rimar desde la loma y que su música baje como un río acaudalado sobre este lecho de piedras. Para hacer música se necesitan 'juguetes', "*¿nos conquistan o conquistamos mentes?*" (estribillo de una canción de Brutal Flow, el grupo de 'Yaga').

Este barrio tiene mucho de particular: una iglesia grande y famosa en la entrada, donde tradicionalmente se conmemora la llegada de los reyes magos cada 6 de enero; caminos de piedra que sobreviven desde la Colonia, con edificaciones típicas de la arquitectura obrera del siglo XX; una hermosa vista panorámica del centro y una escuela de rap: S. A. Clan.

Llegar aquí es muy fácil. Antes de la plaza de mercado donde la Circunvalar se convierte en sexta por nomenclatura, aún antes de la estación de bomberos, se levanta el barrio. Cir-

►► \* Estudiante de Sociología, Universidad Nacional.  
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

cunvalar. Una línea gris, una frontera que separa los árboles del concreto, los lugares exclusivos del ruido de la ciudad, el último lugar al que llegan los buses antes de Monserrate. “*Circunvalar: cercar, ceñir, rodear una ciudad, una fortaleza*”, según el diccionario de la Real Academia. Para el caso de Bogotá, está a los pies de los cerros, el cinturón de unos dioses que guardan el paisaje citadino. Y justo antes que deje de circunvalar está la iglesia de Egipto, en su costado sur un camino de piedra, la calle diez, la misma de la Plaza de Bolívar, el Colón, la Salle; de la carrera cero para arriba las piedras enseñan el camino y los carros no pueden entrar; cuando los ancianos del barrio enferman, las ambulancias no pasan porque la calle es muy angosta y solo hay un acceso de escaleras.

‘Andru’ ha pasado por muchos trabajos, con Misión Bogotá, reparchando calles, contestando teléfonos, y me parece curioso cómo se refiere a sí mismo a veces como en tercera persona: “*Al ‘Andru’ le pasó... El ‘Andru’ dice... A ‘Andru’ lo distinguen...*” Al ‘Andru’ le salió un trabajo con el papá por allá después del peaje, y todas las mañanas, en la misma Circunvalar toma uno de los buses que lo lleva hasta allá. Porque hay mucho que trabajar, porque no son uno, ni dos, ni tres, los millones que necesita; son más. Para montar el estudio de grabación que S. A. Clan requiere, es mucho el dinero que hay que conseguir: computador, consolas, micrófonos, audífonos. Pero se irá haciendo de a poco. No se le ve muy contento con la sentencia de “*ganarás el pan con el sudor de tu frente*”, trabajando. La mejor vida sería pasar los días haciendo música, pero la vida que a todos nos toca nunca es precisamente la mejor. El secreto está entonces en hacer todo eso que no nos gusta, por el amor que le tenemos a lo que nos gusta.

Nada más es visitar su casa.

—Buenas, ¿está Henry?

—Sí, sí está.

Él mismo nos abre, su cuerpo es delgado: “*Andru’, mucho gusto*”, se presenta, aprieta la mano duro y mira a los ojos. Después de la puerta hay un zaguán en el que aparece un labrador grande que perfuma la casa. En el patio hay un lavadero, se gira hasta adelante de una cortina que hace las veces de puerta, detrás está la sala de ensayo. Este es el lugar de S.A. Clan, Escuela de Rap.

Las paredes están tapizadas de afiches y un tricolor ilumina la parte alta del cuarto, sobre la tela hay estampadas firmas interminables y al fondo está la cabina de control. Una mesa de madera con un equipo de sonido y varias torres de CD, unos bafles grandes sobre el piso y unos de mediana altura junto al equipo. Este no es solamente un cuarto, es el taller que el artista comparte generosamente con sus aprendices, un laboratorio de *hip-hop* donde se dictan las clases.

Cuando a S.A. Clan llegan los novatos, no se les exigen zapatos perfectamente lustrados, ni se les asigna un pupitre, como en cualquier escuela. La membresía se va ganando de a poco. Antes de empezar con los talleres se debe conocer lo que saben hacer, las técnicas

que dominan, las canciones que han hecho, las que saben. Y, por otro lado, averiguar qué es lo que tienen en la cabeza, lo que piensan y lo que saben de la cultura *hip-hop*. 'Andru' dice que los chinos tienen que estar preparados, con la mente clara para cuando les pregunten en una entrevista o algo así y tengan que responder en nombre de la escuela, del rap bogotano, o de ellos mismos, para que no queden mal.

—Sí, yo llevo en lo del rap desde el 92, ya va pa'quince años.

El rap llegó a Bogotá como a mediados de los ochenta; lo primero fue el baile, *break dance*. En el barrio Las Cruces comenzaron a rotar los casetes, a bailar en las azoteas; luego fue loma arriba desde los barrios del centro, y cuando sobrepasó este límite circunvalar, dice 'Andru', se regó como epidemia. Entonces todos los chinos bailaban y a todos les gustaba. Pero de esos, los sobrevivientes son muy pocos, como en la mayoría de las historias, quedan sólo los huérfanos y las viudas, de los viejos guerreros sólo quedan los recuerdos. El rap se regó por el barrio como epidemia igual que la muerte y el destierro. De todos los que asistieron a la llegada del rap en esos tempranos noventa, a casi todos, dice 'Andru', "*se los tragó el sistema*"; con sus escasos 25 años, 'Andru' ya es un veterano en estas justas (¿justas?).

"A muchos niños del barrio les cascan en la casa si escuchan rap. Este es un sitio al que la gente puede venir y escuchar la música que quiera, al volumen que quiera". Así fue como empezó S.A. Clan, hace ya siete años. Una escuela que, según expresan ellos mismos, en un informativo local de La Candelaria, está dirigida a niños y jóvenes de la "población en riesgo".

Y es que aquí sólo abundan los riesgos, no por estar en la periferia de la ciudad —donde tan pronto entra la Policía, sus motos se destartalan por la irregularidad de las piedras—, sino porque en Colombia también se está en la periferia del mundo, el límite entre vivir y matar, entre los bolsillos vacíos y el derroche. En los bordes de la 'Tenaz Suramericana', de la Capital Mundial del Libro, pocas casas cuentan con biblioteca, la letra todavía tiene un cobrizo sabor a sangre, por eso es posible esta escuela. "*El rap inteligente puede salvar almas y mentes*"\*. Gracias al *hip-hop* saben que no están solos, que hay más personas en otros barrios, en otros mundos, que tienen las mismas carencias, que se les muere la gente y los lamentos son tan fuertes que hasta acá se escuchan.

"Algunos grupos se dedican a invitar a los chinos, a tentarlos: que el combo, que el fierro. Pero la idea es que el rap sea una opción, una manera de interpretar las cosas y protestar. Liberar la cabeza y todo lo que se siente".

En S. A. Clan la violencia es de discurso, "*estilo bandolero, entre rimas los pistoleros*"\*. Hay muchas cosas para decir y pocos medios, por eso hay que ser contundente y claro, no hay tiempo para explicar, hay tres minutos para hablar y que se entienda, las canciones se acaban rápido. Por eso se debe sobrevivir a la calle, a las duras batallas, para saber por qué se pelea contra el destino, porque a pesar de todos los impedimentos, y también en su nombre, la cultura *hip-hop* es la libertad, la creatividad sin control. El caballo del arte bajando desbocado por los empinados callejones de la loma.

## ♦ El toque

Es domingo en la capital y hay toque de Brutal Flow, el dueto conformado por Henry y su hermano Robin; hoy están en Fontibón. Bajo de la loma como de una montaña rusa, subidas lentas, descenso fácil, la iglesia y el camino de piedras. En la casa no abren, seguramente ya salieron, se asoman de otra ventana, al fin suena la cerradura. Adentro, el zaguán, el perro, el olor, el patio y la cortina, el salón de clase. Al fondo hay una puerta angosta que lleva a otro cuarto, una cortina más, 'Andru' con la cámara de video en las manos.

—*Quiubo, muchachos... Ayer tocamos en el Fonti. Iba a ser hace ocho días, pero lo cambiaron a última hora. Pero todo bien, apenas puedo devolver el video. Acomódense ahí y lo pillamos.*

Brutal Flow, 'Tian' y 'Yaga', los hermanos al micrófono. En la tarde de Fontibón parece que va a llover, a ellos los protege una carpa blanca. "Sí... sí... Brutal Flow"... pruebas de sonido, una pista, comienzan esas líricas que ya se van haciendo familiares, otra vez *Maltrato Infantil* la canción para los niños que nadie defiende. Supe que Robin trabajó de celador, una vez estaba en el turno de la noche viendo televisión y salió la noticia de la bomba incendiaria que mató a varios niños en el alimentador del barrio Inglés... Había que cantar sobre eso. Montó una pista en el computador de la empresa, conectó el micrófono y la canción empezó a salir. En S. A. Clan se trabaja por esos niños, los del mete-gol-tapa en la pendiente de las calles, que estrenan sólo en navidad, "*los que viven donde pasar un día en paz es un milagro. Donde es fácil nacer pero criarse no es querer, es poder*".\*

En la azotea de la casa hacia los lados, sólo se ven los ladrillos de otras casas, pero hacia el occidente está la inmensa urbe desplegada, la calle diez se ve recta hasta San Victorino. Desde aquí se puede hacer un informe sobre el clima bogotano: panorama nublado, muy nublado. Mientras sea domingo no dejará de llover en Bogotá. En este barrio, a estas alturas de la ciudad el paisaje es privilegiado; algún empirista habló de pararse en hombros de gigantes para ampliar las perspectivas y desde aquí, sin duda, es más pavoroso el tamaño de la miseria.

—*El rap es un telescopio de la realidad* —dice 'Andru'.

Lo que hace el rap, que no le preocupa mucho a otros géneros, es contar cómo es la realidad, regar la historia de lo que pasa todos los días, en todas las calles, sin filtros, sin edición. Contar esa parte del cuento de los que hasta ahora no habían tenido voz, ni manera de contar; por eso el mensaje es brutal y rabioso. Porque hasta ahora no había plataformas desde las que se pudiera escuchar las quejas, el grito de los oprimidos está a punto de estallar. El rap hace saber que la desgracia no es un asunto de pocos, que hay muchos otros con mierda en el plato y no lo merecen, o al menos no están contentos con que las cosas sean así. Porque no es un privilegio aguantar hambre y, encima de todo, ser los malos del paseo. Esa discriminación genera malestar, pero ahora los gritos son escuchados. El *Mr. Hyde* del mundo está cantando, no tiene laboratorio, pero trabaja para montar un estudio de grabación.

♦ **La nueva escuela**

S. A. Clan no es la primera —y ojalá no sea la última— escuela de rap. Llevan trabajando siete años, pero hace ya 15 existe Golpe Directo, una escuela con asiento en el barrio Las Cruces, el territorio más insigne de la cultura *hip-hop* en la ciudad: de este barrio salieron los grupos La Etnia y Gotas de Rap. El encargado de esta escuela es Ever Santacruz, otro veterano de esta cultura. 'Andru' trabajó allí tres años y medio, como ellos son más viejos y hay más gente vinculada con el proyecto, desde 1995 tienen una revista, con todo y patrocinio de las Naciones Unidas; no sólo enseñan voces, sino también *break dance*, *grafitti* y *D'Js*. Además tienen los equipos.

Una tarde sonó Brutal Flow en el Chorro de Quevedo, la misma carpa de Fontibón, la misma lluviecita; compartían escenario con otros colectivos de trabajo de La Candelaria. Los de Golpe Directo hacían *grafitti* parsimoniosamente, enfrentados tranquilos a la tela blanca. Mientras cantaban 'Tian' y 'Andru', arribó a la plaza un parche de raperitos, no más de siete niños entre los nueve y 14 años, con su ancha ropa limpiecita y su cara de malos. *"Esos chinos son de Las Cruces, de la escuela de Santacruz, él los manda para que sepan cómo es la vuelta, para que escuchen lo que los otros hacen"*. *"En mi barriada tengo mis soldados"*<sup>\*</sup>, dice el mismo Santacruz. Luego supe que también lo invitaron a él, pero que el evento pagaba muy poquito, que él ya no está *"pa'esos trotes"*.

S. A. Clan fue primero un sitio al que venían a escuchar. Luego la gente quiso cantar, entonces se consiguieron unos micrófonos. Así se convirtió en una nueva escuela. Dice 'Andru' que él enseña voces, porque sabe de eso. Pero tocó despacio, *"porque uno puede saber cosas, pero es distinto saber enseñarlas, eso toma su tiempo. Porque enseñar tiene su responsabilidad, no se puede hacer arbitrariamente, se debe saber qué se les va a decir a los pelaos. Por ejemplo, a la escuela le hace falta alguien que enseñe a mezclar en vinilos, porque el 'Andru' sabe hacerlo, pero no cómo enseñarlo"*.

En S. A. Clan, en Colombia, en Bogotá, en el mismo barrio, hacen falta muchas cosas. Esperanza, para echarse al hombro este país con su historia mezquina; saber lo que somos y lo que podemos decir. Sólo en el rap, como en el bajo mundo, el origen humilde es motivo de orgullo, la pobreza envalentona, quita la vergüenza. *"Rap, música para reñerísimos, los más ajizosos, para los parceros en el gueto"*<sup>2</sup>.

En S.A. Clan se entrenan guerreros, se descubren talentos; y no es necesario madrugar ni andar gritando *"¡¡SÍ, SEÑOR!!"*. Hay unas guerras más justas que otras, unas son a traición, me matas o te mato. Otras, en cambio, son cara a cara, con el micrófono en la mano, botando al ruedo todos los gallos. *Hip-hop*, arte de calle, de invasión, como los barrios. Las palabras son muy poderosas, serán la espada y el escudo. A la ciudad como avalancha, al mundo.

▶▶<sup>2</sup> Frase de una canción de rap.



# La anatomía del cotejo



**Daniel Marroquín Botero\***

*eldanodaniel@yahoo.fr*

"Detrás de un balón siempre hay un niño", es una frase por todos escuchada siempre que una pelota está a punto de atravesar la calle. En romper este tabú reside la magia de Bogotá. El mito no es respetado en ningún lado: el balón es venerado por el tránsito y alrededor de su aparición se organiza el flujo en las vías, provocando detenciones abruptas como fichas de domino alineadas, maniobras monumentales de evasión dignas de un espacio en películas de Steven Seagal, y se dice incluso que a veces es tal la destreza de los conductores que con un movimiento brusco de timón logran devolver la pelota "de taquito" con la parte trasera del carro. Igualmente, cuando aparece rodando, detrás no hay un niño sino una población entera: obreros, abuelos, policías, ejecutivos, escoltas, cocineros, taxistas, profesores, alumnos, seminaristas, mimos, golfistas, papás, mamás e hijos corriendo.

La mayoría de los bogotanos reacciona ante un balón aunque de manera diferente: o lo odian o lo aman, o sienten infinitas ganas de patearlo o de mandar todos a una hoguera, pero eso sí, los ven colgados y exhibidos en la tienda de la esquina —donde en mallas de color toronja o guayaba penden en las entradas de los establecimientos y no superan los \$10.000—, así como se encuentran en grandes supermercados y almacenes especializados en los que se encuentran los de la liga profesional colombiana, los de Italia, los de Alemania, los de Argentina, todos fabricados en China. Cuando ya se tiene el balón, el estadio Nemesio Camacho el Campín —escenario que puede alzarse junto con 46.018 almas cuando está a reventar—, queda completamente olvidado, esperando a que sea un domingo más de partido; mientras tanto, infinitos estadios van naciendo espontánea y alegremente por toda la ciudad. Dos troncos, un par de sacos, canecas, palitos enterrados, cachuchas, cascos o piedras definen los arcos cuando se carece de su estructura metálica. Se juega en parques, en colegios, en el pavimento de las calles o de los separadores,

▷▷ \* Estudiante de Literatura de la Javeriana.  
Taller de Usaquén.

dentro de las casas y los apartamentos; se juega con un balón de caucho, de cuero, de goma, profesional o lleno de espuma, con envases plásticos de bebidas (hechos bolita) o incluso con un amasijo de medias que pretenden cierta redondez. Cualquier explanada es propicia para jugar, cualquier objeto “pateable” y visible sirve. Si se está en Bogotá, se respira fútbol.

### ♦ Chompita

Es el caso de Chompita, que vive en Suba. Un tipo promedio que no supera ni el 1.70 metros de estatura ni los 68 kilos; de piel oscura, labios gruesos, cejas pobladas “como signo de poder”, y cuando se ríe asoma una sonrisa llena de tranquilidad y unos dientes devastados por el *Pielroja* debajo de su bigote aplastado. Se levanta todas las mañanas a las 5:00; antes de salir se prepara una lonchera con *“aguapanela de limón y un sanduchito de atún”*. Cuando llega a la 104, un par de cuadras arriba de la autopista a trabajar en la construcción de un edificio con otros 53 colegas, ya son las 6:30 a.m. y está embalsamado en su overol lleno de parches y de manchas de aceite reluciente; se pone el casco y con delicada lentitud empieza a trabajar apartando material con el martillo mientras llegan los demás. *“Lo complicado no es madrugar, uno se acostumbra, sino que a veces el trabajo se pone cansón porque uno siente que anda haciendo siempre la misma cosa, y por eso tiene que despejarse ¿sí me entiende? Divertirse y hacer otras cosas, pero eso sí, no parar de trabajar porque mi Diosito nos da el trabajo afortunadamente y hay que cumplirle y agradecerle”*. En esas también agradece a Dios por el deporte, por el fútbol, porque tal vez Dios no sea redondo como dice Villoro, pero de esa redondez nacen alegrías y esperanzas.

Chompita tiene apenas el tiempo para hablar cuando aparece su compañero Johnny, quien en su tulita no carga sino la adorada “pecosa” que permitirá el “cotejo” del almuerzo, la “ventilada” necesaria para compensar tanto trabajo, el instante de liberación, en el que se trabaja no con la fuerza de las manos sino con las del corazón. Chompita y Johnny se saludan, se abrazan y sus bocas muecas cruzan una que otra palabra sobre las familias, se instalan y se disponen al “laboro” y a armar los equipos, según el orden en que van apareciendo sus compañeros.

Cuando el mediodía asoma, desfilan los 53 obreros de la obra junto con el ingeniero y algunos extras, un grupo cercano a los 30 camina en masa hasta una calle cerrada a dos cuadras de la obra. Por lo general son 17 los que se tiran sobre el pasto y tapan el sol como pueden y los otros 13 se organizan sobre el cemento en donde están dispuestas en perfecta geometría dos arquerías, hechas con pedazos de madera finamente seleccionados entre los materiales de desecho, y con costal verde fluorescente delicadamente recortado y clavado. Son, tal vez, las dos puntillas mejor colocadas en tres manzanas a la redonda. El terreno de juego está delimitado en sus costados oriental y occidental por la fachada de varios edificios, incluyendo las rampas amenazantes de sus parqueaderos; al norte hay una calle de doble vía, muy transitada debido a la conexión que establece entre los dos



ejes viales de gran importancia; y, finalmente, al sur no hay sino pavimento cubierto de cascotes. Ponen el balón en el centro, de un lado hay seis y del otro idéntico número, más el “Ñapa”, el que llegó de último y pone en ventaja numérica a un equipo y cambia de bando en cada gol. El partido está por iniciar.

### ♦ **Sobremesa con gambeta**

Estos partidos representan un gran respiro para trabajadores y para sus jefes. Es común ver a mucha gente que antes de comer el almuerzo preparado en sus casas o el que compran en una tienda, dedican tres cuartos de su hora del descanso a jugar, por lo general de lunes a viernes, si hay buen tiempo. Los fines de semana también se organizan torneos en las canchas de los parques de algunos barrios o dentro de las instalaciones de la misma empresa, como es el caso de Usaquén y de Avianca, respectivamente. En estas ocasiones se aprecia una buena organización del torneo, los equipos participan con sus respectivos uniformes y se cuenta por lo menos con un árbitro. Hay jugadores afortunados que pueden desplazarse en automóvil los siete días de la semana para cumplir con los torneos que se realizan en algunos clubes, cuyas instalaciones cuentan con un sistema de iluminación casi tan bueno como el del propio estadio.

Y es que sin importar el cargo que se desempeñe o el lugar donde se viva, el fútbol representa no solo un pasatiempo, sino también un momento de relax en el que se queman energías y “se desahoga el alma”. Hay amor por el deporte, un amor que llega a casos extremos, como la historia de varios que han dicho *“mi novia me puso a escoger entre el fútbol y ella, y dejamos de ser novios”*.

*“Eso son casos extremos, de gente como bien loca, ¿cierto? Yo creo que el amor a otra persona y el amor al fútbol son dos cosas distintas y se pueden llevar al mismo tiempo”,* dice Andy, quien se despidió de su novia, al otro lado del celular, con un *“te cuidas, amor, ¿bueno?”*. Deja caer un pequeño maletín donde se asoman unos guayos igualitos a los de su ídolo: Kaká. Andy está en décimo en el colegio. Parece un pequeño irlandés por su cara muy blanca y llena de pecas; es flaquito y de brazos largos, los ojos marrón oscuro y el pelo negro, engominado hacia atrás. Él y sus amigos juegan al menos dos veces por semana, usan los medios electrónicos o mensajes de celular para citarse *“y el que llega, llega”*. Se encuentran en el parque de Usaquén a eso de las once de la mañana, porque todos son perezosos y duermen hasta tarde, y si están en el colegio juegan los viernes y los domingos por la tarde: *“Es perfecto antes de irse de ‘parche’ o de dormir bien para madrugar al otro día”*.

*“Yo soy siempre el que organiza”,* dice Antonio, vecino de Andy. *“Ya tenemos tanto la costumbre que es no más dejar escrito en el nickname de Messenger el día y la hora y nos vemos en la cancha, y si alguien no aparece, fácil, va uno corriendo y le timbra y lo saca a la fuerza porque todos vivimos cerca”*. Andy suele ser el primero en llegar porque vive al lado de la cancha, en el barrio Santa Ana, al nororiente de Bogotá. A pesar de ser un sector elegante, el campo está en mal estado, sobre todo en el centro donde la tierra se impuso

ante el pasto averiado. Allí mismo se organizan luego de cambiarse y en contados minutos, Andy, Antonio y el resto de sus amigos parecen un batallón de guerra; se llaman mediante los apellidos y todos están equipados hasta los dientes: portan canilleras que absorben el sudor y se acomodan a la forma de la pierna, usan pantalonetas de última tecnología, material expandible y termodinámico (aunque parezca inhóspito) y visten las camisetas de las grandes y bien pagadas estrellas del fútbol mundial.

Durante el *“pica-pala, pisando cordón”* que definirá las alineaciones de batalla, uno se reto-ca el pelo, otro quita las ramitas que hay en los arcos (que parecen una réplica de los de la liga de Estados Unidos), otro organiza las botellas de *Gatorade* dentro de la neverita, otro está aplicándose *“la cremita en la molestia”*, otro se arregla la cintita que no deja que el pelo se le venga a la cara, otro revisa el vendaje que tiene en el brazo y el estado del boti-quín, otro se lamenta de todo lo que comió antes de ir a jugar porque piensa que va a regurgitar todo el tiempo y no va a poder correr, otro le chifla a un par de niñas que pasan, otro se hurga la boca con frenesí e intenta limpiarse el mugre de los frenillos, y así, uno tras otro van poniéndole candado a sus maletines en el protocolo previo al partido. El partido nunca arranca con el balón en el centro porque *“eso está pelao y cuando uno se mueve por ahí levanta tierra que se le mete en los ojos y en la boca”*, aclara Antonio, quien evita la tierra tanto como la lluvia.

### ♦ Para todos los guayos

Y es que si llueve, el juego se complica por un rato, pero nunca es razón para suspenderlo. Algunos prefieren evitar molestias desde el principio y sólo juegan en los sitios cubiertos, que estuvieron de moda durante una época cuando a un tipo se le ocurrió importar la idea de Argentina y de Estados Unidos y creó La Cancha, en la 102 con paralela, en el costado oriental. Luego se fueron abriendo más lugares del estilo, como en la avenida 19 con calle 122, donde Lucas Jaramillo, ex jugador de Independiente Santa Fe, montó un complejo con varias canchas de fútbol cubiertas y sintéticas. En ese escenario se encuentran desde niños que celebran sus cumpleaños hasta importantes empresarios o funcionarios públicos que a altas horas de la noche persiguen un balón. Con un poco más de \$7.000 se logra pagar los dos pasajes de bus y la cuota para el alquiler de la cancha, cuyos precios varían según la hora en que se solicite, pero son accesibles y hay descuentos para grupos. Algunos lugares prestan uniformes, camisetas de imitación de los seleccionados nacionales del mundo, y claro está, el balón. Al lado de las canchas hay siempre una tienda con lo mejor de la hidratación cortesía Postobón y Coca-Cola. En esos sitios se organizan torneos nocturnos, en donde hay que dar una buena cuota para inscribirse, pero vale la pena participar porque, además de pasar un buen rato, el equipo ganador se lleva una gran cantidad de premios como balones, kits de fútbol, botiquines o bonos para gastar en buenos restaurantes.

Aunque la lluvia dejó de ser un problema en las canchas cerradas, sigue dando lugar a anécdotas simpáticas, como la de Javier Méndez, alias Chompita, quien fue siempre Javier

hasta un sábado en que jugó con sus compañeros para festejar la entrega de una obra en el norte de Bogotá. Un poco llevados por las cervezas y la euforia del momento siguieron jugando a pesar del aguacero. En esas, Javier fue hasta el depósito sin que nadie se percatara, y llegó con las chompas rojas y amarillas que les dan para los días de lluvia en el trabajo. Así los equipos estuvieron más definidos que nunca, y fue *“una mamadera de gallo total”*, llena de caídas, salpicadas risas y abrazos; una tarde que los marcó.

Truene o relampaguee, la pelota sigue pasando de pie a pie. A la hora del almuerzo Johnny la saca de la tulita, las banquitas arrancan para los que juegan y para los que ven echados como una plasta a los lados de la cancha, con una cajita de icopor en una mano, el tenedor en la otra, y un juguito en caja entre las piernas. *“Cuando es a jugar es a jugar”*, y el resto del mundo queda de lado; aquí pensar es de pocos, todos son movimientos rápidos, rotando, supervivencia a tope, un toque, un pase, se pisa la pelota, gambeta como la de Estrada, saca uno, dos, pase a la banda, “pivotean” cerca al arco, la pelota no se despega del piso, en cambio las botas de caucho parecen sacar chispas en su enfrentamiento constante con él. Johnny camina, corre, se devuelve, *“rótele mijo”*, *“no la envíe”*, *“hágame famoso”*, *“si me estima”*, va gritando y escuchando mientras no pierde de vista al balón, y sí se estiman porque todos tocan la pelota, todos la siguen con los ojos y con el espíritu, la patean, la persiguen, es el amor por la pelota. *“Aquí hay de los que hablan y de los que no. Pero es que hay unos a los que toca gritarles porque se ponen a jugar solos, y le fútbol es de equipo. No todos somos amigos, pero ninguno es enemigo, en la obra trabajamos juntos, en el almuerzo jugamos y nos saludamos y nos despedimos, y si pasa algo en la cancha se queda en la cancha”*, dice Johnny, y si se le pregunta por quién es el mejor contesta riéndose y acomodándose la gorra; *“Pues yo, no ve que soy el que trae a la pecosa”*. “La pecosa” es como le dicen al balón, como le dicen algunos narradores los domingos por la radio y la televisión, es como la novia de todos, cualquiera podría ser responsable por uno de los tantos graffitis en los muros de la capital que dicen “Te amo Pecas”; porque cuando no juegan la tratan con gran delicadeza, la cuidan, le hacen mantenimiento lavándola o “echándole airecito” y todos se preocupan porque no le pase un carro encima o tenga un encuentro cercano con un alambre de púas.

En una de esas jugadas, Chompita, que está cuidando el arco, se la pasa con *“borde interno y preciso al pie”* a Carlos, el que maneja la mezcladora; quien se “descuelga” por la punta izquierda, amaga al que lo marca y en menos de lo que canta un gallo está tirado en el piso, con el pantalón roto en la rodilla y un raspón que sangra como si se hubiera hecho una gran cortadura con una máquina de afeitar, *“pero uno aprendió a no llorar”*. Se levanta, se limpia las manos, se soba un poquito y sigue. Edwin le había hecho zancadilla *“porque eso de ser rápido con estas botas tan grandes es muy difícil”*. El sentido común del futbolista aficionado dictamina *“falta tiro libre”*, retomando las palabras del glorioso narrador anónimo del juego de Super Nintendo “Fútbol colombiano 96, terrible, oye!”, palabras que marcaron y trascendieron la pantalla. Javier, el duro de los tiros libres coge el balón y lo pone a tres metros del arco, en diagonal, en donde fue la falta, y se prepara para cobrar, no metien-

do un bombazo como los de Alejandro Brand —porque la pelota iría a dar al vidrio de algún carro parqueado, o terminaría rodando en medio de la calle *“y ahí sí que uno se pone a parirla rogando que no le pase ningún carro encima porque se tira el baloncito y ahí sí, paila”*—, sino que prepara una “jugada de laboratorio”, como las que ve en el noticiero que *“Beckham y esos manes maquinan en Inglaterra”*.

### ♦ La escuela del fútbol mundial

Porque es una realidad que el fútbol del mundo está a la mano, literalmente, está en espichar un botón y cambiar de canal, o teclear el URL de una página de Internet. Se ven y se rememoran jugadas de todos los calibres, cuantas veces se quiera y en la velocidad deseada. Por las noches el combo de Chompita ve como *“ese chino Messi la mueve, la mueve”* en las tiendas, los bares del barrio, o el modesto televisor de sus aposentos, comprado en algún local de San Andresito. Se puede ver fútbol apostando al chance y tomando cerveza, todo al mismo tiempo, con los de la gallada. Porque no hay quien falte a las citas “en donde don Alfonso” que se ponen cada que hay un partido importante de algún equipo colombiano o de la misma Selección. Otros más pudientes no echan el chance, pero se sientan igual ya sea en el sofá de la sala, en el club, en un bar, en un restaurante con pantalla gigante o en el parque de la 93, que consta de la misma dotación. Se sientan a tomar cerveza importada o guaro y ven las mismas jugadas en los noticieros; están pendientes del fútbol de Italia, de España, de Inglaterra, de Argentina que pasan los fines de semana, igualmente atentos a la liga de campeones de la UEFA, de la Copa UEFA, y con menos detenimiento se fijan en la Copa Libertadores, la Suramericana y los equipos con potencial oriundos de tierra colombiana que sorprenden en la Copa Mustang. Van más bien poco al estadio porque el nivel del fútbol colombiano es motivo de vergüenza para algunos mestizos que siguen convencidos de que todo lo que viene de fuera es mejor, siempre y cuando sea del Ecuador hacia arriba, y eso... de resto sólo se salvan Argentina y Brasil. Así, dejan su lugar en las tribunas occidentales del Campín vacío, porque sólo van a esa; algunos como Andy dicen de cualquier otra localidad: *“Zafo, yo ahí no me meto ni a bate”*.

Pero sí es capaz de metérsele “en plancha” a Juanchito, el hermano menor de Antonio, para quitarle el balón luego de un “pase en profundidad”, pero Andy, a sus 17 años todavía es un poco torpe con los pies, y *“le zampo severo patadón en la canilla”*, como diría Antonio atendiendo a su hermano mientras este se retuerce en el piso, como lo hiciera Rivaldo en sus eternas simulaciones en el Barcelona. Cuando se levantó se le escurrían las lágrimas del dolor y de la rabia, era el menor y un gol significaba ir ganando respeto entre los demás, pero su amigo lo cruzó y lo frenó con violencia. Sin embargo, llamó a Andy, le susurró *“me dolió, idiota”*, sonrió y lo abrazó. *“El fútbol es para divertirse, para ser amigos, no me voy a enojar con mi amigo por un pinche partido en el que no está en juego nada”*. José puso el balón encima de un morrito, son mañas que se ven y se aprenden los domingos por la televisión y en los entrenamientos en el club, puso sus brazos en jarra, escupió, se alejó cerca de cinco metros del balón, tomó impulso —primero con pequeños pasitos y luego a

zancadas como imitando a Roberto Carlos— y golpeó la pelota apuntando a Omar, que estaba del otro lado del campo. *“Qué pena, lo confundí”*, grita José cuando es Camilo Andrés al que le llega la pelota. Porque es fácil confundirse, Andy, Antonio, José, Juanchito, Omar, Carlos Andrés parecen todos sacados del mismo punto de fábrica, por cómo se mueven, cómo hablan, cómo piensan, porque tienen las mismas camisetas de fútbol, los mismos guayos... Como si fueran las figuras de un juego de video y sólo se diferenciaran por el peinado. A Omar le dicen *“carroloco”* porque *“arranca a toda mecha y a veces corre por correr. Es que el man se manda severo pique de choro”*, y apenas le llega el balón arranca a correr, en tres zancadas recorre cinco metros, de los cuales dos los hace solo porque pierde la *“posesión”* y es el otro equipo el que ataca.

### ♦ Jugadas de antología

La *“esférica”* atraviesa llena de parsimonia el ancho de la cancha porque *“mientras se juega en el parque uno puede practicar lo que se aprende en los ‘entrenos’”* y habían empezado con el tema de los cambios de frente, de hacer *“rodar la pelota entre los cuatro del fondo”*. El caso es que el balón rueda, rebota y vuela, y los jugadores se mueven más bien poco; tienen tiempo para amarrarse los cordones tranquilamente, para sonarse, o acomodarse los calzoncillos y la mallita de la pantaloneta. No obstante, hay lugar para las sorpresas, como juegan sobre pasto y juegan de recocha, deleitan al espíritu y al ojo con jugadas de antología, haciendo *“chilenas”*, *“chalacas”*, *“tijeretas”*, *“boleas”*, *“palomitas”* y *“escorpiones”*, reviviendo las hazañas de los grandes, como el gol del ‘Tigre’ Castillo en Santiago de Chile para las eliminatorias al mundial de 2002, como las piruetas del ‘Tren’ Valencia, del ‘Palomo’ Usuriaga, de Higuaita, de Hugo Sánchez, de Gullit, Puskas... En uno de esos intentos acrobáticos fallidos Juanchito le regala la pelota al equipo de Andy, este le pega una patadita al Nike que anda despacio sobre el suelo como pidiéndole permiso para avanzar hasta llegar a los pies de Antonio —que estaba cerca de la mitad de la cancha caminando sobre el tierrero— camina unos cuantos pasos, *“levanta la mirada”*, *“calcula centro”*, pero no; abre la envergadura de sus brazos en diagonal, fija los ojos en *“el punto de contacto en el que va a conectar”*, mientras en su cabeza se dibuja el destino, toma aire, con el pie izquierdo acomodado junto a la pelota levanta la pierna derecha que se pliega, se le marcan los músculos del muslo, de la pantorrilla; cuádriceps y aductores en pleno recogimiento se van soltando rápidamente mientras los brazos se dejan llevar por el impulso y la cadera se acomoda con un leve movimiento, antes de que el balón salga disparado como un meteorito presto a mutilar cualquier cabeza que se le atravesara en su intento por llegar a fundir su fuerza en la malla. Si entra, es un gol de antología.

Goles de antología hay muchos, y cada aficionado o no, atesora en su memoria expresiones de la belleza futbolera. En Colombia, aunque son pocos los triunfos conseguidos internacionalmente, abundan momentos de gloria en el recuerdo colectivo, sin contar aquellos momentos del fútbol colombiano en que ha palpitado el corazón de los seguidores de los equipos locales. La mayoría de los colombianos narra como si hubiera vivido en carne

propia el gol olímpico que le marcó Marcos Coll a 'la Araña Negra' en el Mundial de Chile 62, siendo este el único gol de ese calibre en competencias mundialistas. Igual, en la tienda de la esquina, en el club, en la casa y hasta en *videoclips* musicales se habla todavía del gol de Rincón a Alemania en el 90, o del 5 a 0 con el que aplastó Colombia a Argentina en el monumental de River y abundan todavía los padres que cuentan con orgullo *"yo estuve en el partido que jugó Pelé en Bogotá, yo vi que el Chato Velázquez intentó expulsarlo y no pudo porque terminaba expulsado él; y también le metí su buena insultada a Vilarete cuando se sentó encima del balón en una eliminatoria en el Brasil"*. Y aunque a veces pareciera que el colombiano amante del fútbol vive de glorias pasadas, la pasión crece. Eso se ve, se vive, se siente, y se manifiesta, como en 2001, cuando la Selección salió campeona de la Copa América o el Once Caldas campeón de la Copa Libertadores, cuando el país fue un solo carnaval, Bogotá la ciudad donde se jugó, donde no se paró de celebrar.

A todo el que le guste el fútbol, lo juegue o no, celebra. Antonio se quedó quieto y levantó el puño mientras una enorme sonrisa de satisfacción se dibujaba en su rostro. Había confirmado que era el más viejo, el más alto, el que va al gimnasio todos los días, simplemente el mejor. Y el que había decretado el final del partido luego de que se cantara "gol gana". El "severo taponazo que metió" atravesó en cuestión de microsegundos la distancia entre su pie y la portería, haciendo que el balón entrara "donde las arañas tejen su red". Celebró como en los viejos tiempos —cuando los jugadores (sobre todo los europeos) ni brincaban ni corrían ni se lanzaban en plancha, sino que ratificaban su gloria del momento— con un gesto de "káiser", en una actitud afín con su personalidad. Antonio logró el gol de la victoria, gol que obliga a su hermanito a pagarle los \$5.000 apostados y a cumplir con los próximos cinco "mandados" en la casa, ganó escoger el *Gatorade* y ser el primero en echarse un duchazo. Porque luego del fútbol viene la ducha, *"los quince minutos con agua caliente, quince minutos reviviendo el partido recién jugado, pensando en lo que se hizo y lo que no, pensando en que luego hay que comer con la familia y toca estar presentable, pensando en la novia, que hay que ir a recogerla, luego salir con ella, pensando a donde salir"*, pensando en Millonarios, o Huila, o Boca Juniors, pensando en que el lunes hay que volver a apostar la cancha contra el equipo de los grandes, pensando que ese partido sí es en serio, pensando que hay que echarse champú, que hay que estirar, que hay que entrenar, pensando en las palabras que se dirían en una rueda de prensa luego de un juego como ese, pensando en cuando vuelve a jugar fútbol, en cuando pasan fútbol por la televisión y en la camiseta de fútbol que quisiera comprar. Pero ahora le tocaba comer, y luego manejar, pensaba en su cuerpo agotado y en lo que el conducir exige, pero no importa, vale la pena.

Todo aquel que se mueve por las calles de Bogotá a pie o en carro tiene de donde maravillarse, y si busca fútbol, encuentra fútbol a la vuelta de la esquina, literalmente. Se puede pasear por la 116 con carrera 15, a las once de la noche y ver a uno de los niños de la señora del carrito de los *"Marlboro, Chiclets, Charms"* pegándole a un baloncito hueco mientras el otro hace las veces de portero entre el poste de la luz y la caneca. O bien, a plena luz del mediodía ver a un tipo con casco, sobre el separador de la Primero de Mayo

con Avenida Boyacá, o bien en la 101 con avenida 9ª, o en la 104 arribita de la autopista, dando un bote en el aire, al mejor estilo del Tino Asprilla, luego de haber recibido un pase de taquito, de pasar la pierna derecha sobre el balón haciendo un engaño y arrancando a correr hacia la izquierda, de haber levantado la cabeza, sentir la cadena de oro que rebota sobre el pecho y le pegaba a la boca, después de haber halado la pelota con planta del pie evadiendo al primero, de haber regateado a Ever, que era el segundo, y de haber colado con matemática precisión y sutil toque de punta el balón por entre las piernas de Chompita, con toda la elegancia del billar, toda la potencia del nado en mariposa y la alegría del fútbol. Eduardo Galeano dice que el gol es como un orgasmo, por eso se entendería qué algunos jugadores se quiten la camiseta, que otros simplemente se dejen caer esperando al resto del equipo encima, por eso todos suspiran o gritan o se alocan, pero todos parpadean, cierran los ojos en un ínfimo instante de satisfacción y todos sonríen.

Al caminar por las calles se ve a los locos celebrando; es fácil sorprenderse por el fútbol que cierra algunas calles del centro con ladrillos para que unos privilegiados puedan tener su partidito, es fácil encariñarse con cualquiera de los dos equipos, con todos los jugadores, es fácil encontrarlos cinco minutos después pagando las apuestas: arepa o liberal con gaseosa, salchichón con cerveza, helados de \$1.000 o en su defecto, la infaltable cerveza fría.

Los que recién jugaron en la calle y deben regresar a la construcción sudan mientras comen, tienen la cara sucia y las mangas en los codos, respiran agitados, agarran el casco y piensan en la tarea que los espera a dos cuadras de ahí cuando haya que retomar el trabajo. Unos se quejan de los callos en los pies mientras caminan lento de vuelta, otros juegan con el mondadientes, otro se pasa por el poco pelo la peinilla que guarda en el bolsillo trasero del pantalón manchado de pintura, otro no hace nada, todos saben que al día siguiente es la revancha, que el partido se acabó, y de él es muy difícil que se acuerden en dos días. Porque así es la memoria, cuando se trata del país o del equipo del alma los recuerdos están más presentes, pero en los enfrentamientos futboleros de los almuerzos o los fines de semana el recuerdo no dura más de una semana, porque en cada ocasión se reinventa el deporte, como el ritual de creación y apropiación, las jugadas del martes opacan a las del lunes, y las del miércoles a las del martes, y así sobreviven en cada jugador las hazañas propias durante su carrera como apasionado jugador aficionado y cada cual va armando un palmarés y salón de la fama íntimo. Los hechos sobreviven más en la mente del espectador, del caminante curioso y desocupado que se queda viendo un partido de obreros contra ingenieros, o niños contra más niños en un parque y llega a narrar y compartir el desarrollo de tal espectáculo. Sobreviven los marcadores: empates a 7, a 9, victorias estrechas de equipos que pierden por un gol y quedan 14 a 13, goleadas como 9 a 6, o 11 a 7... en Bogotá, de los infinitos partidos que se juegan en la semana. Sólo en el Campín se corre el riesgo de presenciar un 0 a 0.





# El oro tiene alma



**Víctor Alfonso González Carreño\***

*vicocoplay@hotmail.com*

Isidro trabaja en El Popular, un centro comercial esquinero, de cinco pisos. Allí funcionan unas 28 joyerías que se dedican a la venta de oro y plata. Son joyerías pequeñas, en su mayoría atendidas por una sola persona. La gente de los locales llega a levantar las rejas que rechinan de vejez. Su sitio de trabajo es un pedazo más de ellos mismos: las fotografías de sus hijos en los escritorios, la bendición en la entradita y el seguido rastrillar de la escoba, como queriendo sacar la mala energía. Como hay vacaciones, se ve a los niños ayudando a sus padres a alistar las vitrinas, desocupar la caja fuerte para surtir las y encender los tubos halógenos y las luces amarillas que de adentro hacia fuera iluminan las joyas.

‘El científico’ —como le dicen— me llevó a un local con las rejas a medio abrir y avisos pintorreteados que dicen: “Compro oro”. Durante una hora, encerrados entre el fuerte olor del amoníaco y los ácidos propios de un experimento químico, me explicó el sencillo e ingenioso proceso de fabricación del Oro Nacional 18K.

La mayoría de las máquinas que allí se utilizan están diseñadas para otro tipo de actividades, pero con algo de “ingeniería casera” se convierten en el motor que les permite obtener variedad en diseños. Con el Oro Nacional 18K se fabrican anillos, aretes, candongas, topes y cadenas. Para lograr la aleación se funde primero el cobre o el latón, y en caso de que se acaben las existencias se utiliza, como me explica ‘el científico’, *“el material del que está hecho el sartén en el cual hicieron el desayuno”*.

Una vez fundido, el cobre se convierte en una barra gruesa que hay que ir adelgazando pasándola por una “hilera”, un aparato de metal lleno de agujeros de diferentes diámetros. Así se continúa hasta que se transforma en varios hilos que se sueldan y laminan

►► \* Fotógrafo independiente y colaborador de la Fundación Shakespeare de España. 22 años.  
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

para que finalmente el oro haga su aparición, recubriendo con sus 18 kilates todo el contorno del alma de los hilos. El veneno queda por dentro, pero deslumbra en su exterior.

Ya con el oro hecho, sólo falta estampar con la troqueladora piolines, corazones, palomas, vírgenes, divinos niños, 15 años, *Snoopys* y hasta todos los equipos de la liga nacional, entre miles de motivos que vienen y van con la moda. Así queda lista la joya para su comercialización.

Luego de la inducción en el taller, la búsqueda del Oro Nacional 18K se volvió una necesidad. Me puse entonces a buscar en las vitrinas de las joyerías bogotanas. Quería poder reconocerlo, saber más acerca de su comercialización, entender si este oro se comercializa como imitación (oro “hechizo”), o como una marca registrada común y corriente con nombre legítimo y precio establecido en el mercado.

### ♦ La marca Isidro Carreño

El recorrido empezó en la calle 12 con carrera sexta, en un sector de joyerías conocido como ‘la sexta’, uno de los comercios de oro más concurridos en la ciudad. El problema era precisar las preguntas para que el vendedor me confirmara si allí se realizaba la venta de este tipo de oro y, lo más importante, saber si su precio apuntaba al de un oro rebajado y de menor calidad o si, por el contrario, se comercializaba al mismo precio del oro fino.

La gran sorpresa fue encontrarme con vendedores expertos que ponían en duda todo lo aprendido en el taller con ‘el científico’. Una vez creía que había identificado una joya con las letras 18k IS, creía que estaba claro lo que significaba: 18K; era oro nacional, e IS: Isidro Carreño. Las marcas que más se veían estampadas en las joyas tenían las letras JB, MB, Q y la infaltable IS, de Isidro Carreño. Fue de gran ayuda aprender la manera en que los fabricantes marcan sus joyas, pero me serviría de muy poco para enfrentar a los astutos vendedores que me dieron tres vueltas con frases como estas:

—“Yo le garantizo que es oro de 18 kilates, la garantía es de por vida, eso no se le va a negrear, ni se le va a pelar, aquí solo vendemos oro”.

Yo trataba de defenderme preguntando: “¿Y las letras que traen, no son las de los fabricantes del oro nacional?”

—“Claro que trae marca, y es la del fabricante, porque de esa manera nosotros diferenciamos la mercancía de un fabricante del otro, y así ellos nos hacen los cambios. Claro que es oro nacional, pero es oro limpio, es oro fino, no vaya a pensar que es ‘tacado’, aquí no vendemos eso”.

¿Y si en verdad pudiera no ser ‘tacado’? ¿Y si fui yo quien me equivoqué? Pues ante tremenda duda decidí volver a donde ‘el científico’, quien a manera de “se lo dije” me hizo caer en cuenta de que había sido un comprador primerizo y sin experiencia; el auténtico “marrano”.

Aún había muchos interrogantes que justificaban mi intento fallido por encontrar el Oro Nacional 18K, así que le pregunté al 'científico' si había la posibilidad de entrevistarle en su casa-taller, para responderme algunas inquietudes. Accedió con una petición: que le llevara un litro de aguardiente por aquello de soltar la lengua.

### ♦ Mojito boyaco

Es una tarde tranquila en el barrio el Quirigua, al noroccidente de Bogotá, estoy a unas pocas cuadras del encuentro con 'el científico'. Al entrar veo que hay una cantidad de materas, todas con colillas de cigarrillo. Es una casa sencilla de tres pisos, en las paredes hay numerosas fotografías de familia; uno de sus hijos me conduce hasta el piso superior. Isidro está allí en su reservado espacio de trabajo, sentado en su silla de joyería, forrada en cuero y con un espaldar tan alto que apenas si alcanzo a ver algunas puntas de su pelo erizado. En medio de su arsenal de herramientas, Isidro está inmóvil. Los ácidos utilizados para fabricar su oro crean un ambiente sicodélico. Los fuertes colores de su ropa contrastan con el color de los ladrillos que rodean el taller. Lleva pantalones gruesos de pana que apenas si le caben en sus botas de caucho y una camisa roja que serviría como evidencia de que estuvo en la guerra: toda agujereada por el accidental goteo de los fuertes ácidos.

—*“¡Qué hubo chino!, me saluda. ¿Trajo el encarguito?”*

Carreño es un hombre corpulento, de 1.60 metros de estatura, pronunciada barriga, pelo negro erizado a medio teñir de canas. Su esposa Vitelvina, compañera de lucha y madre de sus tres hijos, revolotea por la terraza buscando hierbas para su menjurgue. *“Uno nunca sabe, que un dolorcito de muela, que un dolorcito de cabeza, una mala digestión, en fin, hasta yerbabuena para que el guarito sepa más rico”.*

Tras brindar a nuestra salud, le pregunté por las numerosas cicatrices que noté en su cuerpo cuando hablamos en el local, y que ahora cubre con una gruesa ruana. Isidro la levanta y señala las cicatrices. Una por una, de un total de 15, me enumera cuatro atracos a tiros y dos a puñal, todos ocurridos entre 1996 y 2000, cuando viajaba por el país con uno que otro “mosquetero del rebusque”, llevando paños llenos de oro de 18 kilates a los pueblos. No deja de servirse aguardiente cada vez que recuerda y ríe evocando los mejores años de su vida. Esas cicatrices, asegura él, son historias que le han quedado bajo la piel

*“Yo tenía plata y andaba siempre con dos amigos que vendían oro y relojería, lo mismo que yo, pero que estaban más vaciados. Nos íbamos de pueblo en pueblo, nos iba bien, eso sí pa’ qué, pero éramos unos hijueputas borrachos y encima nos gustaban las putas; eso no era sino decirles que vendíamos oro y se les abría la tarasca, y pues uno las transaba con un dijecito del Divino Niño y listo”.*

—Don Isidro, y cuénteme, ¿cómo es eso de la maldición del oro, que usted dice que ya rompió su hijo?

*“Bueno, empecemos por mí, ¿usted cree que eso que me pasó es normal? Pues no, eso es la maldita maldición que les cae a los que trabajamos con el oro ‘tacado’. Mire, entre nosotros hay un dicho y es que ‘quien se mete con el oro tacado se llena de plata y es infeliz con su familia o sufre como un desgraciado y quiebra en todos los intentos de levantarse, pero al final encuentra la felicidad’. Lo que cambia es el orden en que suceden las cosas y sé que eso puede sonar a pendejada, pero es una pendejada que respeto. Yo tengo varios hermanos que trabajan en lo mismo y tal vez sus vidas sean un fotocopia de la mía, y hay mucha gente, mucha que uno se va encontrando por el camino que ahora está muy mal, pero téngalo por seguro que alguna vez fueron felices y estuvieron llenos de plata como lo estuve yo. Es que el oro atrae muchos negocios turbios y es por eso que la gente se llena rápido de plata. Todos esos ‘duros’ que usted ve por ahí en el Sanandrecito y en las grandes joyerías, todos esos son unos levantados que eran celadores de esos centros comerciales y desde que he estado en esto, conozco gente que ha quedado loca, que se mata a tiros en la misma joyería, que se hunde en la ruina y los que se llenan de plata son muy infelices o padecen graves enfermedades o tienen hijos drogadictos o maricas. Esto no es de todos los comerciantes, lo normal es vivir arriados por las deudas, pero esto sólo pasa en este maldito negocio, porque sólo nosotros estamos malditos. Pero ese es mi trabajo y no hay que renegar, eso es sagrado, porque si hay trabajo hay paz”.*

### ♦ El fin de la maldición

Ese sería su lema de vida desde que abandonó su casa a los 14 años en el municipio de El Espino (Boyacá), en medio de una falla geológica en plena Cordillera Oriental, entre inmensas rocas sedimentarias y frailejones. En Boyacá aprendió a trabajar la tierra, pues era eso o estudiar en la escuela, que no le gustaba. Él quería trabajar independiente, ya estaba cansado de romperse el lomo para sus padres y sus 12 hermanos.

Mientras habla no deja de manotear con ambas manos y de repente empieza a gritar: *“¡Julián!.....!Julián!.....! Julián!.....”*

Su hijo menor, de dos años, sube por las escaleras, casi arrastrándose.

*“¡Mire!, este chino fue el que acabó con mi maldición. Desde que nació no me ha traído nada más que tranquilidad y amor para mi familia. Mire que ahora trabajo duro, pero trabajo poco, apenas para comer y el estudio de los chinos. Ya no ambiciono la plata. Además, siento que ya he loqueado mucho por culpa de ella”.*

Al cabo de unas horas de charla y de un par de “mojitos boyacos” (aguardiente con yerba buena), me despedí de ‘el científico’. Él respondió con un consejo: *“Mire, chino, si usted quiere averiguar más, empiece por buscar a los ‘duros’, porque yo soy un chichipato y en esto del taco hay mucha gente metida y la mayoría no son joyeros, sino gente con plata que le puso el ojo al negocio y esos sí la están haciendo toda”.*

♦ ***“¡Tome, mija!”***

Para seguir los pasos que me recomendó Isidro era necesario volver al Popular a investigar. Lo mejor era entrevistar a algún comerciante de manera directa. Me acerqué a uno de los locales de la entrada. Fabio, un tipo amable de unos 35 años, me permitió entrevistarle a ratos, mientras estaba desocupado. Me habló de curiosidades, como las joyas que más compra la gente:

*“Aquí viene mucho man con la mocita y les compran buenos anillitos de oro puro, pero lo que compran pa' la mujer son esos anillitos de oro 'tacado' que pesan 1 gramo, a esos anillitos de 15 mil pesitos los llamamos 'itome, mija!'. También viene la gente pobre a comprar los anillitos de 15 años para las hijas, ellas se ponen muy contentas por tener su primera joyita en oro; pero eso sí, se les dice que eso va 'tacado'. Lo que si no se hacen 'tacadas' son las argollas de matrimonio, para eso la gente sí tiene plata”.*

Mi inquietud principal era saber si en el centro comercial también se comercializaba el Oro Nacional engañando a la gente o si, por el contrario, había claridad en la venta. Le pregunté si ahí le explicaban a la gente acerca de la calidad de oro que la gente iba a comprar. *“Claro, aquí no se puede engañar como antes porque le va a uno mal. Por aquí sí hay comerciantes que lo hacen, pero también es cierto que la gente ya no es boba y cotiza.. En todo lado les dicen cosas diferentes, hasta que terminan confundiéndolos. Yo trato de ganarme la confianza de la gente y se les dice la verdad”.*

—¿En el tiempo que lleva aquí ha tenido algún problema con un cliente por motivo de la calidad del oro?

*“Claro...y no sólo yo, sino mucha gente de por aquí. A mí me han llegado policías. Hace unas semanas le vendí a una señora oro 'tacado' al por mayor. Ella era consciente de lo que estaba comprando, pero yo no sabía que iba a venderlo al Guaviare y lo único que recuerdo es que llegó aquí con tres policías llorando porque la iban a matar por allá. Se puso a venderle a la gente de un pueblito de la selva y con ese humor tan fuerte que tienen allá, pues el oro se fue negreando, hasta que los clientes la acusaron con la guerrilla de estafadora y la tuvieron amarrada dos días. Casi la matan por bruta”.*

♦ ***“Me llegó ‘el brinco’ ”***

Un sábado en la tarde llega mucha gente al Popular, así que consideré pertinente dejar trabajar a Fabio y observar desde lejos, sin hacer mucho bulto. La mayoría de los que vienen a comprar al centro comercial es de estrato medio, gente como usted o como yo, que regatea y que si puede saca fiado. Al otro lado del pasillo se escuchan gritos. Un “brinco”, como le llaman los comerciantes a los reclamos de algún cliente. Fabio comenta que es cosa de todos los días. Es todo un espectáculo que pone en desorden el pasillo: se escucha gente gritando, echando madrazos, mientras los comerciantes se ríen detrás de

sus vitrinas; les causa gracia ver de qué manera el vendedor de turno va a sortear “el brinco”. Algunos apuestan si tendrá que devolver el dinero o saldrá del apuro.

En esto de los “brincos” algunos tienen fama. Hay personajes como Julio Marín, o ‘la Mona’, con mucha experiencia, incluso de otras joyerías que les pagan para que entren a sus vitrinas y le pongan frente al problemita. Julio Marín es un viejo zorro que enfrenta al cliente poniéndoselo bravo y hasta lo reta a que traiga a la Policía; es tan vivo que él mismo manda a llamar a los agentes. Con lo que no cuentan los incautos es que él ya los tiene preparados y difícilmente pueden estar a favor del cliente, pues hay plata de por medio. ‘La Mona’, por su parte, es la mejor para atender los “brincos” masculinos. No es por nada que se ha hecho tres cirugías plásticas, hace gárgaras a diario de miel y limón, no deja que las raíces negras opaquen su rubio encendido, sólo usa ropa de marca y tiene la plancha para cabello encendida durante las 10 horas que trabaja en su joyería.

Son muchos los casos en que el cliente lleva las de perder, pero todavía hay comerciantes como Fabio que conservan una superstición: el engaño tarde que temprano se les puede devolver, no sólo económicamente, sino como castigo o maldición que los perseguirá hasta el resto de sus días.

De nuevo hay que hablar de la maldición, de la que Fabio comenta: *“Yo he decidido que en este negocio no se pueden decir mentiras, nada de engaños, todo con la verdad. Y mire que hay muchos que me critican y hablan mierda de mí, me joden la vida porque no vendo tanto como ellos, pero a mí no me interesa llenarme de plata a costillas del engaño. Antes lo hice, pero llevaba una vida muy ‘paila’, estaba muy mal, no tenía más que problemas y desgracias, me la pasaba jartando y todo lo que ganaba me lo tiraba en vicios pendejos. Pero eso fue antes, después de que me volví cristiano me di cuenta de que eso no estaba bien, por eso le cambié el nombre a la joyería. Antes se llamaba El Palacio del Oro, ahora se llama Esmirna, le puse así, en honor a la antigua ciudad de Esmirna, famosa por sus cristianos y su lucha, por la que se le conoció como ‘la ciudad de vida’. Además, vea que cuando uno les dice la verdad a los clientes, apoyan con su compra. Y cuando les explica la diferencia entre el ‘tacado’ y el oro de 18 kilates, siempre termina comprando el ‘tacado’. Es que un gramo de oro ‘tacado’ vale \$14.000 y uno de oro puro vale \$32.000. Aquí no viene mucha gente de plata, el oro bueno se le vende a uno que otro traqueto que viene de vez en cuando y a gente que tiene modo y quiere ahorrar alguna platica; como el oro sube de precio según el dólar, la compra de una joyita se convierte en una inversión. Esa es la ventaja del oro bueno”.*

Es curioso saber que el oro se vende por peso. En todas las joyerías hay tanitas o pesas con las que se valora la joya y se multiplica por el precio del gramo. En el caso del Oro Nacional 18K, se rellena con cobre para que aumente su peso y de esta manera valga un poco más.

## ♦ “Los zares del ‘taco’”

Luego de la charla con Fabio, sólo me queda ir en busca de lo que ellos llaman en broma “Los zares del ‘taco’”, pero estaba convencido de que sería muy difícil acceder a una entrevista con ellos. Tuve que hacer primero una lista, el método era sencillo. Había que mirar las marcas más repetidas de las joyas y dar con el nombre de estas personas. ‘El científico’ me había hablado de algunos, pero había otras marcas que figuraban repetidamente en algunas joyas, como por ejemplo la C y la BH. Con ayuda de algunos comerciantes podría obtener una lista final. Cuando pregunté por ellos, me llevé otra sorpresa: la mayoría vivía en Bucaramanga. De los grandes distribuidores de Oro Nacional 18K en el comercio, solo uno estaba radicado en Bogotá y se negó rotundamente a dar la entrevista; la única posibilidad de conocer más a fondo el negocio era hablando con los comerciantes, joyeros, relojeros y los más antiguos en el centro comercial.

## ♦ ¿Bucaramanga?

Los testimonios de estas personas fueron claves para responder a algunas preguntas como, por ejemplo, el hecho de que la mayoría de empresarios del Oro Nacional 18K fueran de Bucaramanga. Era contradictorio que siendo Bogotá el centro principal de ventas, no funcionaran aquí buena parte de las fábricas.

La capital del oro ‘tacado’ es Bucaramanga, en donde lo llaman “oro de Bucaramanga”. Esta historia empezó en Francia, donde lo llamaban *chapar*, de ahí partiría a España adoptado por un joyero ibérico. En Colombia se le conoce desde 1992, año en que empezó a consolidarse el negocio en Bucaramanga. Lo curioso es que en esta ciudad se comercializa muy poco. Gran parte, por no decir todo el Oro Nacional 18K se trae a Bogotá. Tal ha sido el crecimiento de este mercado, que se acaba de materializar un proyecto de exportación para que las manos, orejas, cuellos y tobillos de ecuatorianos y venezolanos estén decoradas con joyas *made in Bucaramanga-Bogotá*.

Y con la maldición dando vueltas en la cabeza, termino por pensar si será una leyenda de su oficio o simplemente un poco de lo que llaman “justicia divina”.





# Confesiones de odio ambulantes



***María Fernanda Galvis Vejarano\****

*la\_mona2@hotmail.com*

Cuatro, tres, dos, uno... arranca una carrera y una competencia a muerte para ganar plata y orgullo, pero en esta oportunidad no se enfrenta carros, ni motos, ni nada que se le parezca, no se lleva a cabo en un autódromo ni en una pista profesional, y sus participantes no son expertos conductores que se ganan la vida por hobby; esto más bien ocurre en una esquina cualquiera de La Candelaria, con cochecitos de bebé improvisados para acomodar sus productos, y sus protagonistas —o más bien rivales— son madre e hija: vendedoras ambulantes.

Salí de la Biblioteca Luis Ángel Arango un poco ansiosa, sin saber qué hacer y hacia dónde ir, después de que me fuera asignada la tarea de involucrarme en alguna situación para después narrarla y compartirla con mi grupo de taller. Una mujer parada en una esquina llamó mi atención de inmediato: de aspecto cansado, ojos rojos, cabello corto y con más de dos sacos por el frío y las enfermedades que a diario tiene que soportar mientras intenta ganarse la vida vendiendo chicles, cigarrillos, papas y galletas. Me acerqué a ella y me recibió con una inmensa y contagiosa sonrisa diciéndome:

—*“A la orden, mi amor, ¿qué desea?”*

—Déme estas galletas, le dije.

—*“Claro, sumercé, son mil pesitos”.*

Le pagué, y mientras abría el paquete decidí charlar con doña Yolanda, como luego supe que se llamaba. Lo último que recuerdo haber dicho antes de que me empezara a contar su historia fue: —¿Y cómo le va acá?, ¿si vende bien? Después de eso, doña Yolanda a duras penas respiró para tomar impulso y retomar el relato de su vida.

▷▷ \* Estudiante Lenguas, Universidad Pedagógica. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

Me contó cómo formó su familia, que con el tiempo se fue deteriorando para convertirse en un grupo de extraños, a quienes no quiere siquiera recordar. *“Es que mis hijos me han pagado mal”,* me decía mientras hacía un gesto de tristeza y decepción. *“Vea, sumercé, yo tuve un hijo y tres hijas, la última de ellas fue producto de una violación”;* acto seguido buscó en su bolso una carterita, de donde sacó las fotos de cada uno de ellos para enseñármelas, y apuntando a una de ellas me dijo: *“Esta es la menor, la que le digo que nació porque me violaron cuando tenía 25 años. El que me violó fue el novio que tenía; un día llegó borracho a buscarme, me pegó el desgraciado ese, y como yo me defendí, ahí mismo se le saltó la piedra y abusó de mí”.* En la foto se ve una mujer muy joven, de cabello rubio, ojos color miel, bonita, pero con una mirada un tanto intimidante, que reflejaba angustia y odio. Sentimientos que yo desconocía en ese momento, pero que comprendería al cabo de los días.

En ocasiones llegaban personas a preguntarle por minutos de celular y ella contestaba con un cierto tono de rabia: *“Al otro lado los consigue”,* señalando a la vendedora que se encontraba a media cuadra.

### ♦ La vendedora de minutos

*“¿Si ve esa señora de allá?, esa es mi hija, la menor, y el que está con ella es el mozo. Ella viene todos los días para quitarme los clientes vendiendo minutos de celular”;* volteé a mirar intrigada, pero disimuladamente, hacia donde me señaló y desde allí, para mi sorpresa, Maritza no nos quitaba la vista de encima. — *¿Y usted por qué no vende eso también?,* le pregunté.

— *“Mamita... porque lamentablemente no sé manejar un celular”,* me respondió. Luego me fue contando con más detalles la historia de su última hija.

*“Esa muchacha está loca. Fue a la única a la que le pude dar estudio, y no lo aprovechó. Hace 18 años, exactamente un 22 de noviembre, me mandó a matar con la amiga. Pero no pudo, sólo me hizo una cortada profunda en la frente; eso me tocó limarla para que mis compañeros de trabajo no se dieran cuenta y no se burlaran de mí. Ella me ha tratado y me sigue tratando de loca, de puta y me reprocha el hecho que para mi fue lo más bonito: haber sido su mamá”.*

Después de escucharla unos 20 minutos, vi cómo se deslizaban las lágrimas por su rostro. *“Mire, sumercé, yo ya ni me acuerdo de los cumpleaños de mis hijos, y no espero nada de ellos, pero eso sí le digo una cosa: mamá no es por un momento, ni por un segundo; mamá es para toda la vida. Yo ando muy dolida, no sólo por mi físico, porque ya estoy vieja y cansada, además de que a los dolores ya estoy acostumbrada, sino más que todo por mi corazón. Vea, usted no se imagina el daño que ellos me han causado y lo triste que me han hecho sentir; es un dolor inexplicable que después de tantos años sigo sintiendo”.*

Ese mismo día, abruptamente, llegó un camión de la Policía, que amenazaba con decomisar todos los puestos instalados en esa zona, obligando a los vendedores, a doña Yolanda

y a Maritza a tomar sus pequeños coches y a retirarse del lugar. Al despedirme y desearle mejor suerte, sin pensarlo dos veces ella me contestó: *“Qué pena con sumercé por haberle contado todo esto, pero es que yo siempre busco a alguien con quien hablar y desahogarme”*. Así la vi partir ese día, rápidamente.

Otra tarde, mientras acompañaba a doña Yolanda en su jornada de trabajo, de manera automática, decidí caminar media cuadra hacia donde estaba Maritza para hablar con ella, mientras su madre a lo lejos me gritaba:

—*“¿Para dónde va? No se le acerque a ella; la va a tratar de loca y de puta como a mí”*.

Dichas advertencias no me importaron mucho; quería saber qué opinaba ella de todo esto. Me aproximé con la excusa de hacer una llamada y sin dudarlo intenté charlar con Maritza, que al principio resultó ser un poco difícil, debido a su carácter áspero y a que me había visto junto a su madre.

*“Yo no quiero hablar con usted, mona”*, me dijo.

¿Por qué?

—*“Porque usted se la pasa con esa puta de allá. Mínimo ella la mandó para que me averiguará la vida”*, respondió.

—No!! Para nada, yo sólo vine porque necesitaba un minuto de celular y como ella no los vende... pues vine hasta aquí, le dije para tranquilizar un poco el ambiente.

—*“Ah... es que esa vieja me saca la piedra, ella es mi mamá... por desgracia mía”*, me dijo Maritza mientras miraba de reojo a doña Yolanda.

Me tomó varios minutos ganarme un poco de su confianza para que poco a poco me fuera revelando el porqué de su odio. *“Vea, mona, yo siempre soñé con una vida llena de lujos, poder vivir con una familia que trabajara duro en empresas millonarias y tirarme el billete que me dieran en mis propias vainas, si me entiende?”*, a lo que yo asentía con ella. *“Pero, lamentablemente, nací en donde existía todo lo contrario a eso. Pa’ más piedra yo fui un error pa’ ella, porque como la violaron...es la hora y no sé quién fue el desgraciado que lo hizo. Vea, a mi me daba piedra que mi mamá fuera tan pobre, que todos los días llegara con plata que apenas alcanzaba pa’ un pan pa’ cada uno de nosotros, me daba piedra que no me diera gusto en todo lo que yo quisiera. Los días fueron pasando y mi odio por ella fue creciendo cada vez más. La odio porque me dio vida de pobre y me convirtió en lo que soy: una vendedora ambulante como ella. Hubo un día en que no me aguanté ni siquiera verla y la mandé matar con una china del barrio, pero a la muy boba le dio miedo y sólo le cortó la frente. Cómo me hubiera gustado que la hubiera matado. Eso habría sido un descanso pa’ mi. Por ahora me encanta venir aquí sólo pa’ amargarle la vida y pa’ quitarle los clientes; se lo merece... como es tan bruta que no sabe manejar un pinche celular, pues entonces yo aprovecho y vengo a*

*vender minutos... no se imagina lo que disfruto cuando se me llena el chuzo de gente llamando, y el puesto de esa puta se la pasa desocupado...".* Sólo con escuchar a Maritza, comprobé que la historia era real.

Los gritos de los vendedores de la zona alertaban que el camión de la Policía se acercaba. Decidí retirarme. Crucé la esquina de nuevo y desde allí observé cómo todos salían corriendo en una carrera desenfrenada con sus pequeños carritos, incluyendo a doña Yolanda y a Maritza, que sin darse cuenta se alejaron atemorizadas, pero juntas, cruzando por un mismo camino sin dirigirse ni una sola palabra. Así, nuevamente las vi partir...

Tiempo después volví a encontrarme con esta humilde señora, porque me propuse enseñarle a manejar el celular. Gracias a eso, hoy en día sus ventas han mejorado un poco. Pero sigue la competencia diaria entre madre e hija llenas de odio, tristeza, rabia, arrepentimiento, pobreza y desprecio ambulantes.

# Santa Marta, mundanamente sagrada



**Ginna Marcela Rivera Rodríguez\***

akira2824@hotmail.com

Cada semana, cada martes, cada día de la apabullante vida desde hace cuatro, cinco, seis o siete años, según las distintas y confusas versiones de algunos devotos, miles de personas se apretujan a la entrada de la parroquia de santa Marta, en el sector de Teusaquillo, para que les haga el favorcito.

## —¿Que quién es Marta y por qué los martes?

*“Marta responde al sentido de señora, jefe de hogar; santa Marta es la abogada de los casos imposibles. Martes es el segundo o tercer día de la semana, dependiendo en lo que cada quien crea; se supone que es el día más laborioso. Proviene del latín martis diez o día de Marte. Con Marta comparte raíces fonéticas y quizá históricas. Le rezan los martes, sin embargo, en el santoral católico el día del santo se pone de acuerdo con el día que nació o que murió o la fecha de canonización, yo no recuerdo si tiene algo más que ver el día con ella”,* explica sin premura el nuevo párroco engativeño resguardado en su ruana chocontuna.

## —Pero, ¿a quién venció santa Marta?

De santa Marta se sabe que fue hermana de María (ni Magdalena ni la Virgen, según aclara el párroco) y de Lázaro, que vivió en Betania, una pequeña población distante unos cuatro kilómetros de Jerusalén donde prestó a Jesús su casa, su hospedaje y su diligente servicio. Según las costumbres de la época, sería la que traería el agua, las toallas y las esencias para los lavatorios, quien guiaría al huésped en la casa, le ofrecería la silla, encendería el fogón, prepararía los alimentos, arreglaría las alcobas y alistaría la mesa con sus vasos y jarras. Tarea bíblica por la cual se le reconoce como la patrona de cocineras,

▷▷ \* Estudiante de Trabajo Social, Universidad Nacional. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

empleadas domésticas, amas de casa, hoteleros, administradores de hospitales, escultores, pintores, lavanderas, hermanas de la caridad y hasta de moribundos.

Sin embargo, a santa Marta se le reza sobre todo por sus poderes para interceder en casos difíciles. “*Algo que sea urgente, por ejemplo, si mi trabajo está flaqueando, que como que me van a echar, o una enfermedad, o incluso que si la dejó el novio*”, dice don Alfredo, fiel seguidor de la santa. Esta gracia se le atribuye porque con sus súplicas consiguió de Jesús la resurrección de su hermano Lázaro.

*Jesucristo le dijo a Lázaro, levántate, levántate y Lázaro le contestó...*

*...Santa Marta, Santa Marta tiene tren, Santa Marta tiene tren, pero no tiene tranvía...*

Pero además, santa Marta es conocida por la leyenda de la Tarasca, un monstruo que debe o dio su nombre a la ciudad de Tarascón, Francia, y que es la criatura más temible que en el juego de rol *Dungeons & Dragons* pueda poner en el camino de sus jugadores un *Master*. Pero ese es otro cuento.

Según las creencias católicas, santa Marta, después de la Ascensión del Señor, fue deportada y puesta en un barco sin velas para que pereciese, sin embargo, logró llegar al puerto de Marsella donde se estableció y donde se originó lo que cuenta la leyenda: “*Entre Aviñón y Arlés reinaba un dragón que mataba a todas las gentes que pasaban por allí, además de zambullirse en el río para hacer zozobrar los barcos y devorar a sus ocupantes. Su guarida se hallaba en una gruta inaccesible, debajo del castillo de Tarascón. Algunos dicen que tenía cabeza de león, crines de caballo, cuerpo de toro, cola de serpiente y seis patas armadas de garras de oso; con un caparazón de tortuga y una cresta de aristas cortantes. El Rey de Tarascón había atacado sin éxito a la Tarasca con todas sus filas y su arsenal, pero santa Marta encantó a la bestia con sus plegarias y volvió a la ciudad con la bestia así domada. Los habitantes aterrorizados atacaron a la criatura al caer la noche, que murió allí mismo sin ofrecer resistencia*”.

### **—¿Por ello santa Marta arriba, santa Marta abajo, santa Marta en la puerta, en el carro, en las tiendas, en las velas, en el agua, en las estampas, en la iglesia, en la ilusión, en la fe?**

Pues no, porque a pesar de haberse acercado a Jesucristo, convertirse en guía del camino hacia la santidad o haber hecho milagros, razones por las cuales la Iglesia Católica canoniza a una persona, santa Marta era poco conocida en el mundo de la devoción popular y ocupaba un número nada importante en la lista de los santos más *in*, hasta hace algunos años cuando ciertos bolsillos y cerebros hicieron *iboom*!.

“*Lo que pasa es que los jijuemadres (sic) brujos, los esotéricos y los que se creen adivinos aprovechan ciertos santos para hacer su negocio. Se están beneficiando de la piedad popular que despertaron para crearle su hinchada a santa Marta, de ahí para adelante el resto sobra decirlo*”, afirma al ritmo del cruce y descruce de pierna, codo y rodilla, el párroco engatifeño.

## —¿Y, entonces, quién la dio a conocer?

Contra pitos indomables, gases molestos, lluvias pasajeras, mercancía sagrada, frío corporal y calor estomacal, una de las vendedoras que rodea por la carrera 17 No 48-59 las bodegas del profesor Salomón —el tolimense contemporáneo más conocido en la congestionada historia esotérica de la fe popular bogotana—, revela:

*“Yo lo distinguí cuando este templo todavía eran unas bodegas largas y vacías, en ese tiempo, él todavía no había recibido la iluminación de santa Marta, que seguramente le hizo un milagro o algo así para que se volviera tan devoto a ella. Me acuerdo que el profesor trabajaba en junta con Rosa María; yo creía que ellos dos eran pareja, pero no, al final como que se pelearon porque cada uno empezó a trabajar solo. Ahorita Rosa María tiene su propio programa en Radio Recuerdos a las 12 de la tarde y el profesor, como dejó de trabajar en ‘Muy Buenos Días’, también montó su programa a las 6 de la mañana, ahí lee el horóscopo, da los números del chance, los martes reza la novena a santa Marta como dos o tres veces, y si usted quiere puede llamar a hacerle preguntas. Santa Marta no era conocida hasta que el profesor Salomón empezó a hablar de ella, a decir quién era y para qué servía... a la orden madrecita, le tengo la novena de santa Marta... Incluso él fue quien mandó a arreglar la iglesia de la 51 y desde ahí la dio a conocer porque antes esa era una iglesia común y corriente...”*

—Si busca a san Próspero, también se le tiene, tenga mami, todo con fe—. *Eso hicieron pacto con el padre porque el profesor empezó a hacer muchas donaciones y hasta el padre vino una vez aquí, pero ya cuando se preocupó de que la gente venía más donde Salomón que a la iglesia... No lo dude, mi reina, que ella es muy milagrosa...* —Compre la vela del dragón, esta es la poderosa... *Pero como que se les acabó el paseo, o bueno, por lo menos se les dañaron las relaciones porque a ese curita amigo de Salomón lo trasladaron a otra iglesia...* —Mi amor, le tengo la estampa, la novena— *¿Cómo es que se llama?* —para santa Lucía, mejor dicho, para el Claret— *¡ay mija!, sabe que no me acuerdo, bueno, pero el hecho es que el padre de ahorita no es muy amigo del profesor y dice en la misa que no molesten con los velones y se pone bravo cuando ve por ahí que alguien alza el ramito de ruda, como quien no quiere la cosa, para que le caiga el agua bendita. A pesar de eso la gente sigue viniendo y creyendo y cuando sale de aquí se va para allá, o al revés, cuando salen de la iglesia vienen donde el profesor, especialmente los martes que es cuando es duro el ajetreo, aunque ahora también los viernes porque hizo pareja con san Próspero, que es como su nombre lo dice para la prosperidad. Inclusivamente (sic), yo también creo, porque es que eso no es malo, no ve que el profesor también es católico, lo que pasa es que él trabaja con cosas que no van en contra de nuestro Señor, porque es que Jesús también utilizó todo eso de los baños, las esencias, los aromas, o dígame si la misma Iglesia no usa los sahumerios en Semana Santa, y lo de las velas, esas siempre han dado claridad y tampoco tienen nada de malo; más bien tome esta estampita que se pone al lado izquierdo de la puerta de su casa o del negocio si tiene, me voy a trabajar, yo veré, con mucha fe”.*

A su vez, el párroco de pasos ligeros y ojos tranquilos manifiesta un tanto de indignación que intenta diluir con el mismo pitillo con el que revuelve el azúcar de su tinto cargado “Sí,

*eso dice todo el mundo. Eso se llama malversación de sentido, lo que conocemos como obra de Satanás: esoterismo, magia, superstición, hechicería; cosas que finalmente son producto del deseo de generar un comercio que llegue al vulgo de manera fundamental, porque si hay algo cierto es que en el pueblo hay sed de Dios, eso es lo que los esotéricos aprovechan, lo que hacen es alimentar la piedad popular y explotarla, es impresionante pero es la verdad: hemos prostituido la religión y hemos prostituido la piedad y si eso no lo rechazara la iglesia estaríamos graves. Las novenas no son ni para atraer la prosperidad ni para dominar a nada ni a nadie, sólo son instrumentos que hacen parte de la devoción religiosa con un uso que no es obligatorio y que lo único que busca alimentar es una relación más cercana con Dios, un desarrollo de la espiritualidad."*

### —¿Una misa en la Iglesia de santa Marta?

Al compás de vientos ligeramente alborotados, de la tierra salen vendedores, de las tiendas compradores y de la iglesia bendiciones.

*¡Hosanna, Hosaanna, Hosanna, Hosaanna, Hosanna, Oh Señor!*

...De columnas oscuras/encuentro el templo/cientos de visitantes/sostienen su velón...

(Entiéndase que se pretende un remedo del ritmo conocido del Hosanna, cántese por tanto con el mismo, si no sale, no se enfade).

La iglesia está a reventar. Toca hacerse en la puerta, la multitud y el poder divino marean. Las oraciones pasan de las bocas de ejecutivos, encorbatados, amas de casa, desempleados a las de estudiantes, mendigos, ancianas, ancianos y enfermos. Rondan los misterios, ruedan las lágrimas, reviven las angustias. Medallones, plegarias, oraciones, repeticiones, ruda, cantos, arrodilladas, inclinaciones, novenas, bendiciones, consejos, regaños, vitelas, culpas, arrepentimientos, reconciliaciones, velones, santos, santa, Cristo, yo...

Y al momento del agua bendita, arriba el tarro de agua. La bolsa. La caramañola. Arriba los crucifijos. Las novenas. Las imágenes. Abajo el demonio. El piso. El pecado. Abajo la mirada. El cuello. Los ojos. En el medio los corazones. El perdón. Las canciones:

*¡OH! GLORIOSA SANTA MARTA  
SERVIDORA DEL SEÑOR  
SANTA MÍA, SANTA MARTA  
INTERCEDE POR FAVOR...*

*Agua marca LA TINAJA*

*Pa' rogarle al Señor*

*santa Marta tiene tarro*

*Con su foto pa'l clamor...*



Pueden ir en paz. Dan gracias al Señor. Una feliz tarde. Gracias, Padre. Aplausos. Unos salen, otros entran, algunos se quedan, las sillas intercambian dueño, el sacerdote se retira, Cristo deja de ser observado, santa Marta con cruz, aceite e hisopo en mano abre sus oídos y los creyentes su boca y sus bolsillos.

Ya en la calle, en el espacio que también permite el aprendizaje de prácticas religiosas y el comercio de la adoración, don Luis espera, como un devoto fervoroso y se anima a explicar sus experiencias con santa Marta:

—¿Santa Marta es virgen o es santa?

*“Pues lógico, debió serlo, esas viejas son como beatas, ellas no tuvieron relaciones sexuales de ninguna especie, sino que se dedicaron a la oración, a no sé que, a esto y que lo otro y por eso son vírgenes”.*

—¿Cuándo le ha rezado a santa Marta?

*“Cuando yo he estado en la mala, mejor dicho en algo así muy urgente, le compro su vela, acomodo su cuadrito y me pongo a hacer la novena de corrido, no espero a que llegue cada martes, durante nueve días seguidos también vale. Igual, lo que ella mira es si uno lo hace con fe y no por mamar gallo”.*

### **—¿Quién hace la novena de santa Marta?**

*“Pues los que sean devotos a ella, uno es devoto. Depende la necesidad. Con santa Marta es para la fertilidad, para la salud y para el trabajo. Yo lo hago con fe y, bendito sea Dios, todo se me ha cumplido, porque es que estoy bien de salud, de todo lo imaginable, físicamente, mejor dicho no estoy loco, estoy bien protegido en todos los aspectos, tengo mi trabajo. Hay un problema (susurra, mira de lado a lado y en sus ojos hay algo de temor): es que yo no me le pego a ella sola, yo me le pego a muchos. Por ejemplo, yo le he hecho la novena a ella, al Divino Niño, a San Judas Tadeo, mejor dicho, yo no me quedo quieto, esa es la verdad”.*

—¿Y usted como conoció la iglesia?

“Pues porque yo he escuchado a Salomón”.

### **—¿Usted alguna vez ha estado en el templo del profesor?**

*“No, porque es muy caro, aquí entre nos, yo conozco una parte más barata, no cobran sino \$2.000 pesos, son unos chinos, chinos de la China, pero eso no es por joder, esos manes sí saben, hablan español, ahí a media lengua, pero uno les alcanza a entender que dicen cosas de Dios, de Jesucristo. Esos chinos me han limpiado de todas las brujas que me rondan, si quiere un día de estos vamos”.*

## —¿Y qué tan sola trabaja santa Marta?

En grupos virtuales de esoterismo, en diapositivas amenazantes, en tiendas de barrio, en juegos de niñas de colegio, en calles de Chapinero, en escondites de Bogotá circulan no una, sino varias versiones de la abogada de los imposibles. En muchos casos santa Marta se desdobra en 'La poderosísima santa Rita de Casia': *"Con razón te aclama la cristiandad como abogada de imposibles. Ya que todo lo alcanzas del Señor, no rehúses obtenerme de Dios la gracia que te imploro en los días de esta novena. Y quiero que todo sea para mi bien y salvación de mi alma. Amén"*. A esta nueva santa se le atribuyen logros como evocan algunos apartes de su novena... *"Con la fe obtuvo la conversión de su marido y sirvió a Dios en toda su vida. Santa rita alcanzó una de las espinas de la Corona de Jesucristo. Regando una raíz seca, consiguió Santa Rita hacerla reverdecer y echar flores"* ¡Que ella me venga a acompañar cuando yo exhale mi último suspiro! Amén.

A santa Rita se le une *"San Judas Tadeo, ¡Santo Apóstol, San Judas fiel siervo y amigo de Jesús! El nombre del traidor que entregó a tu amado maestro en las manos de sus enemigos, ha sido la causa de que tu hayas sido olvidado por muchos; pero la Iglesia te honra e invoca universalmente, como el patrón de los casos difíciles y desesperados ¡Ven en mi ayuda en esta gran necesidad, para que pueda recibir consuelo y socorro del cielo en todas mis necesidades, tribulaciones y sufrimientos..."* Incluso la misma santa Catalina se une al combo, al ser buscada para casos imposibles, dentro de un místico santoral, por haber sido luchadora y defensora de la verdad.

Una última versión de santa Marta respira ciertos hálitos que teñidos con tonos brujeriles dan cuenta de medievales conjuros, invocaciones y oraciones al diablo. Estas atribuciones abundan en las declaraciones hechas por mujeres acusadas de brujas ante el Tribunal del "Santo Oficio". Un texto sobre conjuros, oraciones y brujería en la Castilla de los siglos XVI y XVII, al respecto menciona que *"en 1611, Mariana de Morales fue denunciada porque había hecho muchos hechizos, conjuros y embelecocos invocando a demonios para "enhechizar". La mujer declaraba que encendía tres candelas de cera amarilla, diciendo que la una era para el hombre que quería atraer, otra para María y la otra para santa Marta, y le rezaba nueve días para efecto de atraer hombres a su voluntad y decía que no había cosa más valedera que aquella oración"*. A esta confesión se anexan otros rituales satánicos usados por las brujas, entre los cuales destacan "la celebración de la liturgia al revés, y de la realización de las oraciones a santa Marta y a san Erasmo. La oración a Marta es como el Evangelio al contrario: *Marta, Marta la diabla y no la santa, y diablo cojuelo, tráeme a fulano en el vuelo y diablo del horno tráemelo en torno."*

Así se da paso a una versión de santa Marta que traspasa las barreras de lo religioso inmiscuyéndose en el mundo de las brujas, los hechizos, los amarres, el tabaco y el demonio, rezarla implica pensar en santa Marta como *"una Metrésa famosa de las 21 Divisiones de Filomena Cubana. Responde al nombre de santa Marta la dominadora o la culebra. A la*

*poderosa se le ofrece café negro, tabaco, y malta morena. Es bien conocida por su habilidad de dominar a cualquiera, por lo cual es común que su ayuda sea cuando un individuo desea dominar a un amor o a una persona que esté en contra de usted", según la versión de una consejera virtual que dice haber estudiado sobre el asunto.*

¿Quedan en esto convertidas las ilusiones y necesidades populares que encomendadas a un poder sobrenatural subestiman las propias capacidades humanas? Llegan hasta aquí los límites de la paciencia de hombres y mujeres cuando solo queda el resguardo que ofrece la fe, cuando ya no queda más por esperar en un mundo adolorido en el que sobrevivir es causa imposible.

¿Y Salomón qué?

Salomón permanece en sandalias y camisas de satín morado conjurando cuanto velón, loción, desatrancadera, talismán, riego o jabón le sirva para revelar los secretos de su éxito, de su fortuna y de su prosperidad. Que se quede esperando que esta intrusa cronista, además de observar y sorprenderse, también le pague la entrada, la consultica y quizá la untadita de un poquito de shampoo para ser iluminada o al menos más y mejor amada.



# Duelo entre empacadores



***Freddy Alexander Ramos Díaz\****

*isapolun@hotmail.com*

Al igual que en un documental de naturaleza salvaje en donde los chulos se pelean por su carroña, los empacadores pelean por dinero. Sus días más favorables son las quincenas, aunque no las tengan porque la recompensa a su labor es una “*compensación voluntaria*”, como llama el jefe William a la propina. Prestan sus servicios a almacenes de cadena organizados en cooperativas de trabajo asociado y sus edades oscilan entre los 17 y los 23 años. En Bogotá, sobre la autopista Norte, podemos encontrar el enorme supermercado donde trabajan Carlos, Sandra, Adriana, y Damaris, cuatro de los 55 empacadores del lugar. Usan bluyín, camisa azul y borceguíes o botas color negro, que los diferencian de los demás empleados.

## ◆ Un sábado para los empacadores

A eso de las 9:00 a.m., cuando el sol comienza a calentar con fuerza, Adriana se alista en su sitio de trabajo y llega el primer grupo de empacadores. Los mercaderistas terminan de poner los productos en los anaqueles y llevan los productos restantes a la bodega. El olor a pan fresco sale de la panadería, en donde los panaderos ubican las galletas en la estantería fijándose en su presentación. Cuando todo está preparado para la apertura se abren cuatro registradoras, de las cuales tres son caja rápida y tienen arriba un letrero que dice “máximo una canastilla”, por lo cual el empacador que esté en la caja normal será el primero en salir y “bajar bandera”, como ellos llaman a recibir su primera propina del día.

A las 10:00 a.m., las frutas y las verduras ubicadas al lado izquierdo de la sección de mercado continúan frescas a la espera de que los clientes se las lleven, mientras tanto, la cafetería se llena de un olor a suave café y de trabajadores que hasta ahora se disponen a desayunar. Hay cuatro cajas normales y doce empacadores que pasean de un lado a otro por un amplio pasillo de mármol blanco punteado con negro, en donde avisos multicolor-

▷▷ \* Trabaja y estudia Economía en la Universidad Nacional. Taller de Usaquén.

res, sobre todo amarillos, dan vida al almacén. Sandra debe haber empacado ya cuatro mercados y obtenido unos \$3.000.

Casi todos los empacadores piensan que las propinas están en acompañar al cliente y acomodar los productos en sus carros, más que en el proceso de empacado. Las amas de casa pasan los alimentos que se registran uno a uno y que Adriana empaca en las respectivas bolsas, al tiempo que revisa la tabla para cerciorarse de si algún empacador llega tarde.

Al mediodía hay 15 registradoras abiertas, tres de ellas caja rápida y 36 empacadores. El polvo, casi imperceptible para los clientes que sólo permanecen allí aproximadamente dos horas, comienza a cubrir los productos alimenticios y la garganta de los empacadores, quienes además empiezan a sentir hambre; sin embargo, no se mueven de su puesto de trabajo dado que en la tarde se complica su labor. Hay una norma interna que dice "máximo dos empacadores por caja" y otra que hacen cumplir las coordinadoras Ángela y Adriana: "La ley es para todos". Los sábados son los días de mayor movimiento, y el trabajo, por fácil que parezca, resulta agotador y produce sed al tener que moverse de un lado para otro en un sitio caluroso.

A las 2:00 p.m. llega la última tanda de empacadores. Los días en que el almacén está lleno de gente, se encuentran en servicio desde 18 cajeros hasta 25. Los panes de la panadería comienzan a perder sabor, las carnes y los pescados continúan fríos en los refrigeradores que algunas veces visitan los empacadores para hacer una devolución o un cambio de producto a petición de la clientela, la sección de las flores pierde sus olores y vivacidad. De 2:00 a 6:00 p.m. es el periodo crítico, cuando todos los empacadores están y no hay dónde trabajar. *"Sin caja no hay clientes, si están ubicadas en la sección de mercado, mejor, porque es allí donde está el dinero, y sin cliente no hay plata"*, afirma Carlos.

Los que permanecen hasta el cierre del almacén, turno que termina a las 9:30 p.m. son quienes recogen el desorden de carros de mercado hecho por los clientes en los estacionamientos y los ubican en las filas. Esto significa empujar entre dos personas una cantidad de 20 a 25 carros metálicos de mercado, operación que les lleva 15 minutos y retrasa su salida hasta las 10:00 p.m.

Pero no son los únicos, porque el almacén obtiene de todos los empacadores 30 minutos de plusvalía, ya que tienen que reportar las propinas hechas y sólo pueden hacerlo cuando se termina su turno. Algunos empacadores, como Damaris, de ojos somnolientos y cabello negro y liso, en vez de esperar prefieren aguantar el regaño e irse sin reportar las propinas hechas ni recoger los carritos de mercado.

### ♦ La estrategia del empacador

"Los nuevos", o sea quienes llevan menos de tres meses, tratan de monopolizar las cajas de la sección mercado, envuelven los productos por salir del paso y amontonan paquetes en los carros de mercado; sin embargo, los antiguos, más astutos, los hacen regañar de

las coordinadoras, que los envían a empacar a otro lado, mientras ellos esperan pacientes hasta que se liberan las mejores cajas y al lograrlo se agrupan dos. Cuando uno sale llaman a un tercero para no perderla.

“Chula o chulo”, así llaman a los empacadores que siguen a los clientes con los mercados más jugosos. Sandra, de curvas pronunciadas por su uniforme ceñido al cuerpo, mirada penetrante y piel bronceada, reconocida entre sus compañeros como la “más chula”, mira sólo a la clientela con los mercados grandes desde el pasillo donde se ubican los empacadores y los sigue hasta que se ubican en una registradora. Llega saludando, mientras consigue un carro deja una bolsa empacada, símbolo de su triunfo supremo al concretar a los compradores (su presa) y advertencia para sus demás congéneres de labor.

Ella menciona, mientras recoge una lata de atún que cae del carro desbordante en productos, *“así logro mantener un promedio de \$15.000 diarios en una semana”*. Todo no es color rosa, Sandra estudia música en la Luis A. Calvo y vive cerca a la Universidad Nacional. Para pagar sus estudios y el transporte no es suficiente ese dinero, pero igual persiste. Para poder ir a tomar con su novio un fin de semana tiene que ahorrar \$1.000 diarios durante la semana a fin de no descompletar lo demás.

Cuando un empacador hace su labor en los grandes mercados tiene la esperanza de que el cliente premie su labor con propina, si esto no sucede utilizan la expresión: *“Me hicieron un gol”*, porque éstos sí duelen. Cuando ocurre por primera vez se sienten deprimidos y hasta lloran, luego la costumbre los hace resignarse, pero siempre les enoja.

Un día, cuatro empacadores perseguían un cliente con dos carros de mercado hacia una caja registradora, dos caminaban lento, otra más rápido, y quien ganó el mercado, que en este caso llamaremos César, literalmente corrió. Luego, a César se le acercaron otras dos empacadoras que entre charla y chanza le ayudaron a empacar. Él y la primera que cogió el otro carro salieron, a la que se quedó le dieron \$1.000, afuera la recompensa de \$5.000 se repartió equitativamente según el esfuerzo realizado: para César \$3.000 y para ella \$2.000. La operación se demoró 45 minutos.

Carlos, trigueño, de desbordante sonrisa, cabello negro y peinado en forma de hongo, oriundo de Bogotá, decente pero sagaz y con una memoria fotográfica, lleva usualmente una camiseta negra bajo la camisa azul del uniforme, y tiene los mejores promedios de propinas que van desde \$450.000 a \$500.000 mensuales. Toma siempre el Transmilenio cuando sale de su casa porque es el único transporte que tiene ruta desde Usme hasta el norte de la ciudad y el trayecto dura casi dos horas; regresa de la misma forma a su hogar. Su estrategia reside en observar a los compradores; mira si usan ropa de marca, si están bien presentados, qué tantos productos llevan, escucha su acento e idioma, estima su estrato; además, su memoria le ayuda a recordar fácilmente a los clientes que dan mejores propinas.

Él distribuye su jornada entre los estudios de enfermería y el supermercado; tiene que sacar tiempo para hacer trabajos de la universidad, reunirse con sus compañeros de clase, prepa-

rarse para los parciales, y cumplir horario. Con todo esto sufre de constante insomnio. Le gusta hacer domicilios a los apartamentos de atrás del almacén porque puede hablar con los clientes tranquilamente mientras les acompaña. Aunque un día sufrió una experiencia traumática. Acompañó un cliente a su apartamento, durante el camino éste no le hizo ningún comentario hasta que llegó a la casa y lo invitó a pasar; Carlos entró y el cliente lo convidó a sentarse a tomar leche y bocadillo. Mientras que Carlos tomaba la leche, el cliente comenzó a hacerle comentarios insinuantes e intimidantes. Carlos, entrado en pánico, se levantó y agradeció dirigiéndose hacia la puerta de forma brusca, cuando advirtió que no se abría por más que la forzó con una colosal fuerza que le vino del alma a su delgada figura. Le dijo al cliente que la abriera, quien le contestó acercándose a la puerta *“Cálmese, ¿no cree usted que si yo le quisiera hacer algo no se lo habría hecho a la leche?”*, abrió la puerta y sacó de su bolsillo la propina de \$2.000. Carlos regresó al almacén presuroso y pálido del susto, tuvo que tomar su descanso porque los nervios no le permitían trabajar.

Los antiguos y los nuevos arman sus cofradías; los antiguos para no perder su clientela ni su promedio de propinas, los nuevos en un sentimiento mutuo de rechazo y soledad por parte de los antiguos. Lo que prevalece es pertenecer a algún bando porque de lo contrario se complica la consecución de las cajas y no relacionarse con los compañeros vuelve la labor aburridora.

### ♦ **Adriana, la estrella**

Pero esta ley no se cumple de forma total. Existe un caso excepcional, símbolo de que el arduo esfuerzo lleva a culminar las metas: el de Adriana. Ella, de ojos verdes, piel refulgente, cabello rubio y temperamento apacible, entró a trabajar en la temporada de octubre de 2005. Obtuvo, como todos los demás, la preparación requerida, pero Adriana desde un comienzo decidió hacer las cosas de la forma correcta. Y su trabajo dependía no de la cantidad de propinas hechas, sino de la calidad de la labor realizada; su clientela eran todas las personas que necesitasen del servicio de empaque en todas las cajas registradoras sin distinción alguna. Fue catalogada como uno de los mejores empacadores del almacén durante cuatro meses seguidos. Sabe que la calidad es mejor que la cantidad y esto lo ha aprendido en los tres semestres que ha cursado la carrera de administración de empresas. Se esmera mucho en su estudio y en su trabajo y por ese motivo fue postulada por su jefe como coordinadora auxiliar, una labor difícil, porque debe dirigir a los otros 50 y tantos empacadores y garantizar que todo funcione bien. Si hay alguna falla recibe regaños de los superiores del almacén, todo esto por nada, sólo por la oportunidad de ser coordinadora, porque a las coordinadoras sí les pagan un porcentaje del salario más propinas, pero a las coordinadoras auxiliares no les pagan salario y con todas estas funciones tiene que conseguir sus propinas para pagar la universidad.

Es una excelente coordinadora; observándola no se nota cuando está estresada y sus órdenes no son mandatos sino tareas en las que ella da ejemplo; esto hace a los empacadores



seguir sus indicaciones al pie de la letra. Ella concluye: *"Manejar a todos los empacadores es complicado, los antiguos piensan que por llevar más tiempo que yo tienen la libertad de hacer lo que quieran, pero saben que tienen que dar ejemplo, los nuevos son personas que no obedecen una autoridad, pero temen perder su puesto."*

En el año existen tres temporadas en las cuales les va bien a los empacadores, según las directivas de la Cooperativa: en abril, octubre y diciembre. Pero los empacadores opinan lo contrario, porque en estas temporadas el almacén solicita entre 30 a 40 empacadores más para satisfacer la demanda.

Estos empacadores trabajan sólo en las temporadas y son quienes más violan las normas básicas por obtener sus propinas. ¿Otra forma de guerra del centavo? Aquí realmente hay una guerra del centavo, todos hacen lo que sea por obtener su paga y no reducir sus promedios. Miradas con ceño fruncido, cofradías, domicilios, hasta llegar a sacar al compañero de la caja en la que está. Todo es un desorden, antiguos, nuevos y de temporada en permanente riña. Adriana, con humor, dice: *"Esto parece la aldea de los pitufos, un montón de pequeños azules de un lado para otro corriendo caóticamente. Digo pequeños, porque se comportan como niños chiquitos disputándose la atención al cliente"*.

### ♦ Labores simples, graves dolencias

En la semana trabajan de 5 horas y media a 6 horas, los fines de semana y festivos trabajan de 8 a 10 horas. El promedio de propinas es de \$10.000 entre semana y de \$15.000 los fines de semana. Igual no están exentos de accidentes.

*"Empacar es sencillo"*, pensaba Martha, una joven de piel lozana, antes de tener que retirarse porque la labor le dejó un síndrome de túnel carpiano. La enfermedad se desarrolló progresiva y silenciosamente durante los seis meses que ella trabajó, hasta que un día tuvo que ir al médico por un dolor en las manos. Lo mismo le sucedió a Carolina, madre de un pequeño de dos años, que llevaba trabajando cinco años y que en repetidas ocasiones fue incapacitada por este motivo y sometida a tratamiento, pero la enfermedad persistió hasta que tuvo que renunciar. Hay productos que superan los cinco kilos y los empacadores los levantan para ubicarlos en los carros; productos como cajas de leche, lonas de arroz, bultos de alimento concentrado, y demás. Lo hacen mínimo unas veinte veces al día en un fin de semana. Martha, después de retirarse, utilizó un guante especial durante dos meses que le ayudó a reducir el problema. Carolina no contó con tanta suerte, todavía sufre de las dolencias causadas por esta enfermedad y asevera: *"Estoy tranquila porque ya no someto mis manos a estas labores que hoy en día se me hacen complicadas, me duele cuando le doy la mano a alguien"*.

Damaris comenzó a sentir la piel de sus manos un poco ásperas, y un pequeño dolor. Al finalizar la semana ya tenía las manos cuarteadas y escamosas cual suelo árido, le dolían mucho y casi no las podía mover, sin embargo, tenía que seguir trabajando en tales condi-

ciones. Debido a esto se apartó de sus compañeros de trabajo para no sentirse avergonzada y utilizó guantes para ocultar su problema. En el médico le dijeron que tenía un eccema o dermatitis atópica, le recetaron una crema para la piel y que se cuidara mucho las manos. La causa de esta afección se haya en la exposición prolongada a detergentes y demás materiales para la limpieza y el aseo del hogar. Damaris se curó, pero no ha sido la única en padecerla. Los empacadores se cuidan mucho aplicándose cremas y capacitándose en la forma apropiada de empaque, pese a lo anterior continúan sufriendo estos padecimientos.

### ♦ El cliente no tiene la razón

Los clientes van y vienen, pero el empacador permanece. Atento a alguna solicitud de domicilio, Carlos está dispuesto, pero ahora es más reservado. Sandra ha tenido que aguantar los regaños de algunos clientes que no desean que los huevos de codorniz se empaquen con los huevos de gallina. Adriana ha tenido que atender casos en que los empacadores lloran en el puesto de trabajo porque los clientes les hacen desplantes sin motivo alguno. A pesar de lo anterior, lo primordial para la empresa es la atención al cliente.

Todos los empacadores están de acuerdo en una cosa: nadie más que ellos sabe lo difícil de esta labor, lo que es lidiar con los clientes, sus reclamos, sus caprichos y los sentimientos que tienen luego de haber paseado por un almacén a pie durante casi dos horas, posiblemente sin haber encontrado lo que buscaban, probablemente por haber sido mal atendidos por los empleados que sí paga el almacén, o por haber tenido un mal día. En fin, como dicen las directivas del almacén: *“Los empacadores son la última línea de atención al cliente y son los que recogen las experiencias de los clientes en el almacén”*. Es grato cuando los consumidores tienen una buena experiencia, pero cuando no, la mayoría se desquita con estos jóvenes, que no están vinculados al almacén.

Ana, una ex empacadora, grande como persona y corta de estatura, estudiante de contaduría pública, afirma ante la pregunta *¿Qué es lo que usted le gustaría plasmar en una historia sobre la labor del empacador?* *“No sé, de pronto cómo se siente uno frente a otras personas que exigen y tal vez en el momento no hay como suplir esa necesidad”*.

Finalmente, el cliente no tiene la razón, tiene la libertad de escoger servicios y productos, pero no tiene la libertad de hacer sentir mal a un trabajador, menos si este ejecuta su labor de manera óptima. Cuando un cliente ha sufrido un agravio se queja ante los respectivos entes gubernamentales y hasta demanda, sin embargo, ¿Ante quien se queja un empacador cuando es maltratado por su cliente si ni siquiera cuenta con un sindicato que lo defienda?

# Caminante sin sombra



**Alejandro Jiménez Schroeder\***

*adjimenezs@unal.edu.co*

Tras ponerse el semáforo en verde los carros arrancaron y él se detuvo. Levantó la cabeza y se percató de que lo miraban. Había caminado cerca de tres horas sin distraerse de su oficio hasta aquel momento en el que cruzó un par de miradas con aquella mujer. Ella también le sonrió.

Luis Eduardo Castro se levantó a las 4:00 a.m., al igual que todos los días. Tomó su maletín, desayunó y puso pasador al portón, para luego hacer un viaje en transporte urbano que lo llevaría desde su residencia en la localidad de Kennedy hasta el barrio El Encanto, ubicado en la localidad de Engativá. Un viaje que duraría cerca de una hora desde el momento en que tomó aquel ejecutivo a la altura de la Primero de Mayo con avenida Boyacá hasta llegar al sector de Normandía, en donde se bajó.

En ese momento las manecillas del reloj marcaban las 5:50 a.m., hora en que Luis Eduardo acostumbra llegar al trabajo, luego de atravesar más de media ciudad. El silencio que rondaba el lugar se quebró con los lejanos ladridos de un perro. Las bombillas de los postes seguían prendidas, pues el manto de oscuridad que envuelve las noches aún permanecía sobre el cielo.

Tras los ladridos, el silencio era lo único que existía en las calles donde cohabitaban las miles de sombras que se escondían de la luz de los faros. En algún momento resonaron pisadas en la acera que anunciaban la presencia de alguien más; sin embargo, no había nadie más. En ese instante recordé el poema de Octavio Paz. Luis Eduardo quizás pensaba que la calle larga y silenciosa era una realidad. Caminando entre tinieblas, tal vez tropezaría para luego caer, levantarse y pisar con pies ciegos... pisar piedras, hojas, tierra y basura que en un par de horas recogería. Detrás del él, alguien también las pisa. Se detiene y

▷▷ \* Estudia Literatura en la Universidad Nacional, 20 años. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

aquel también se detiene. Él corre, también corre y al darse la vuelta a nadie ve. Su sombra, su soledad, su día, su vida estaban en la calle, que ahora era su cotidianidad...

Al dar las 6:00 a.m., el manto nocturno que cubría el cielo se había disipado, y yo no sólo podía ver desde mi ventana con la primera luz del día los cerros de Bogotá, sino también a un grupo de hombres que, al igual que Luis, caminaban por la calle para ir a recoger sus implementos de trabajo.

En Bogotá, dos personas que vivían en lados opuestos de la ciudad se habían juntado circunstancialmente en aquella esquina de la calle 68, cual si el universo estuviese conspirando para unirlos, y justamente en aquel momento en el que ella lo miraba sus ojos se cruzaron. Sus miradas se juntaron por un par de segundos y tal vez, ese era el tiempo necesario para enamorarse. Ella lo veía con cierta curiosidad, aunque intentaba pasar desapercibida. Intentaba verlo de reojo y tras un ligero movimiento de cabeza nuevamente sus miradas se tocaron. Él, en un principio no la vio, pero sintió que lo observaban. Giró su cabeza y notó que ella lo veía de arriba abajo con curiosidad, aunque intentaba disimular. En el instante en el que sus miradas quedaron fijas las palabras sobraron.

### ♦ Detrás de la escobita

Hace un par de meses, a unas cuantas casas de la mía, se ubicó el depósito en donde una cuadrilla de escobitas recogía en la mañana y dejaban en la tarde sus implementos para trabajar. Son cerca de 50 empleados pertenecientes al grupo de barrenderos manuales de vías públicas de ATESA, empresa encargada del servicio de aseo de las localidades de Fontibón y Engativá, con más de 300.000 personas.

Uniformado con su vestido naranja y acompañado de su carro de basuras, Eduardo emprendió el recorrido que día a día realiza por las calles de la localidad desde hace más de año y medio. La diferencia es que hoy lo acompaño yo desde la otra acera cual si fuera su sombra. La víspera le pregunté si habría algún problema en acompañarlo en su recorrido y luego de un instante respondió: *"¡Claro, pero no me puedo distraer!"*

Como todas las mañanas inició su recorrido frente a una casa de color café ubicada justo al frente al parque. Caminaron un par de calles hacia el oriente y desde una esquina, donde hay un poste de la luz con un aviso de mecánica automotriz, iniciaron su marcha por los barrios aledaños. Él, junto con una cuadrilla de tres compañeros avanzaron con una técnica que parecían saber de memoria.

Desde la esquina de la calle 63 caminamos un par de casas hasta llegar a nuestro primer objetivo. Las calles se encontraban aún desiertas y el penetrante frío de Bogotá cubría toda mi piel (a pesar de mi chaqueta). Al final de la cuadra hay una panadería que acababa de abrir. Miré hacia el cielo y vi que se encontraba despejado. Parecía ser el comienzo de un lindo día a pesar de que la noche anterior lloviznó.

Al llegar a una nueva cuadra se detuvieron. Se ubicaron de forma intercalada para cubrir ambos costados de la calle y en un lapso de dos a tres minutos limpiaron aproximadamente cuadra y media. Al terminar, caminaron un poco más y nuevamente se detuvieron. *“caminar, parar y barrer/ caminar, parar y barrer”*.... ¡Aparentemente un trabajo fácil de hacer!, pensé. Pero luego me di cuenta de que nada estaba más lejos de la realidad, pues aquellas paradas desgastaban más que el caminar fluido al que estaba acostumbrado.

Luego entendería que su labor consistía en algo más que caminar calle tras calle, atravesando cada uno de los barrios a medida que se dan vueltas y vueltas sobre cuadras y manzanas en busca de aquellos papeles, plásticos y demás desechos que la gente suele arrojar, imaginando que van a desvanecer.

Seguimos caminando y al rato me percaté de que el caminar pausado no era el único obstáculo para realizar aquella labor, sino el mecánico e infinitamente eterno procedimiento de barrer, recoger, botar y rodar hacía que cada segundo se volviese más lento. *“Barrer, recoger, botar y rodar/ barrer, recoger, botar y rodar”*. ¡Y digo rodar!, pues a veces pareciera invisible la difícil labor que es llevar junto a cada uno aquel carrito de basura que paso a paso se hace más pesado.

Cuando él la miró, sus miradas por tan sólo una fracción de segundo quedaron fijas y tan sólo eso era lo necesario para cambiar ambas vidas. Ella posiblemente era una vendedora o algo así, por su forma de vestir. Él, el mismo hombre que hacía un par de años no tenía novia, aunque según me dijo, no le hacía falta, pues *“de esa forma se sale mejor con los compañeros a rumbea”*.

### ♦ Un inmigrante más

Luis Eduardo llegó del municipio de Madrid hace más de diez años, pero apenas el año pasado consiguió trabajo. Antes, vivía de las ventas en la informalidad o de aquellos trabajos temporales que escasamente le permitían subsistir. Cuando piensa en la familia que dejó por venir a estudiar, enronquece y sus ojos se convierten en ventanas del pasado.

Se considera hace un par de años hincha del honroso club Los Millonarios, aunque no suele ir al estadio y los días en que juega la selección se pone la camiseta tal como antes, aunque según me dijo, era consciente de que hace tiempo no teníamos una buena selección.

Cuando le pregunté: ¿y qué opina del país?, con una risa improvisada me respondió: *“¡No opino!”* Luego me dijo: *“Nunca nada es fácil... no sé, tal vez algunos hayan sufrido más que otros, pero, ¿para qué quejarse?”*. En aquel momento me quedé callado, pero sin abrir mi boca, él comprendió: *“Mi hermana y mis padres se quedaron en el pueblo y yo vine, a los 24 años, buscando una vida mejor. Llegué con el deseo de estudiar Ingeniería Industrial y luego traerme a la familia para acá, pero ¡qué va! Apenas llegué a buscar dónde dormir, luego buscar con qué pagar el arriendo y, además, día a día algo pa' comer”*.

¿Se arrepiente entonces de haber venido? *“¡No, para nada!! Las vivencias que acá he tenido no las cambio por nada; además, ahora con este trabajo las cosas se me componen y quién*

*quita que pueda empezar a estudiar". ¿O sea que le gusta su trabajo? "Pues como todo. Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Lo único que no tolero aún es la deshumanización de pasar todo el día sin hablar con la gente. ¡Barra que barra! como si fuera una maquinita, y la gente...ya ni se toma la delicadeza de notar que uno está ahí para mantener bonita la ciudad. Porque mal o bien, lo que uno hace es importante, aunque el reconocimiento sea nulo; es como ser un caminante sin sombra... ¿usted me entiende, no?"*

La rutina siguió de la misma manera por algo más de una hora hasta que los cuatro compañeros se juntaron para descansar. Durante cinco minutos el silencio y la rigidez en la cara que llevaba cada uno se desvaneció al entablar una conversación entre chanzas y sonrisas. Hubo un instante en el que dudé si acercarme a hablar o mirarlos desde lejos, pero una seña de Luis bastó para que me integrara en la conversación.

Al pasar los cinco minutos, Luis y sus compañeros se levantaron de la acera y sin mediar palabra continuaron su labor. Caminan, paran y comienzan a barrer. Luego forman con la basura un montículo que al final recogen con la pala, para luego volver a empezar.

El tiempo fue pasando a medida que andábamos a paso lento y sin darme cuenta llegamos a la calle 68 con avenida Boyacá a eso de las 10:00 a.m. Para aquel entonces no podía más con mis pies y dándome por vencido me apoyé junto a una pared. El habitual comercio del sector había empezado unas horas atrás; había gran movimiento de peatones y las calles se encontraban atestadas de automotores.

Luis Eduardo en aquel momento dio media vuelta y me miró. Lo único que se me ocurrió hacer fue levantar la mano y despedirme, pues era imposible retrasar su recorrido. Él cogió su carrito para cruzar la calle. En aquella esquina, frente a él pasó un torrente de vehículos que le avisó que el semáforo había cambiado. Sin más opción se detuvo y soltó el manubrio del carrito mientras veía los vehículos pasar. Intentó voltear, tal vez para mirar hacia acá, pero junto a él encontró unos ojos que lo miraban fijamente.

Ella era una mujer de unos 30 y tantos años que en aquel momento lo miraba con curiosidad. De cabello castaño y piel blanca. Vestía un traje que le llegaba hasta las rodillas y una chaqueta gris. En un principio, Eduardo no se percató de que estaba junto a él, pero al darse cuenta de que ella lo miraba, le sonrió.

Luego de sonreírle, Eduardo esperaba una respuesta, pero el rostro de ella seguía atónito por aquel sorpresivo encuentro; justo antes de cambiar el semáforo, ella también le sonrió.

La sensación de invisibilidad que lo había acompañado aquel día había desaparecido ante la mirada de aquella mujer y, tal vez, solo tal vez, con su sonrisa expresaba un interés particular. Al detenerse los vehículos, los peatones cruzaron con rapidez haciendo que la imagen de ella se perdiera entre la multitud. Luis se quedó un instante quieto. Solamente una sonrisa, una fracción de algo que duró un poco más de treinta segundos, bastó para hacerlo feliz aquel día.

# Rayado de lo escondido



*Juan Camilo Herrera Casilimas\**

*kuroneko\_club@hotmail.com*

Acá no huele a mierda, más bien huele a orines secos filtrados en los espacios de cemento entre las baldosas, capas superpuestas de orines en las paredes de los cubículos metálicos oxidados, o pequeñas cantidades estancadas en las esquinas. En definitiva, no huele.

Personalmente no permanecería acá por mucho tiempo, por esto es que me parece tan extraño que los baños estén llenos de letreros. Ignorando este contexto, algunos se toman el tiempo de escribir ideas filosóficas que luego se convierten en conversaciones, protestas políticas que pueden ser apoyadas por otros escribas, conflictos entre géneros o simplemente los sentimientos fanáticos por un equipo de fútbol; estos son los temas reiterativos. Sin embargo, existen unos avisos en particular que llaman mi atención, son anuncios de hombres buscando sexo...

Medio día, lluvioso, edificio atestado de gente mojada, el agua que su ropa ha absorbido empieza a evaporarse y el olor de la ropa húmeda, un poco caliente, se mezcla con el de los almuerzos recién abiertos. No sé qué facultad es, no estudio acá, sólo he venido porque fue aquí, en la Nacional, donde descubrí estos letreros. Para entrar al baño hay un orden que no se ve pero existe, una fila desordenada y dispersa, hay tanta gente que me empieza a dar un poco de pena entrar con el lápiz y la libretita para tomar nota. Cuando entro es peor, pues se sienten las tensiones en un espacio como éste, relacionado directamente con el sexo, falos, tacto, desnudez, excreción. Claro, cualquiera se siente vulnerable, por eso la competencia de machos, miradas desafiantes, exhibicionismo de cuerpos y miembros imaginados, despliegue de testosterona... No soy capaz de mirar por mucho tiempo a nadie, apenas el camino hacia el cubículo, llegar allí en estas circunstancias es un descanso. Aún así la publicidad está por todos lados, en cada una de las paredes, incluso en el marco de la puerta, ningún espacio es virgen, sólo el techo, nadie se pondría en evidencia

▷▷ \* Estudiante de Filosofía y danza contemporánea. Taller Biblioteca Virgilio Barco.

escribiéndolo y tampoco resultaría tan eficaz si se quiere que el anuncio sea visto... Es un buen medio de divulgación el poner lo que se busca o lo que se opina en el baño de una universidad pública, cualquiera que entre está obligado a leerlo y de una forma tan desprevenida, justo en el momento de relax, cuando nadie observa y se piensa en los huevos del gallo. En parte esto explica por qué se toman el tiempo.

### ♦ Eduardo en todas las paredes

Eduardo, primer individuo al que llamo a un teléfono fijo, además dice: *“lo mamo y chupo el culo”* y esto me hace pensar que es sumiso, dispuesto a obedecer a tales peticiones. Sus letreros están en los baños de varias facultades, diseño, física y artes plásticas: es metódico, ¿y de poca suerte? No está, me dicen que llega en dos minutos, ya lo volveré a llamar. Mientras tanto chateo con un amigo, la camarita está encendida. Suena el teléfono, me da escalofrío, ha devuelto la llamada.

Su voz no es amanerada, es gruesa, suena como un 'ñero' viejo por la forma ordinaria en que pronuncia las palabras, si éstas pudieran tocar manosearían con los dedos sucios y pegajosos. Va directo al grano, no le importa el nombre, la edad, ni nada parecido, sólo dice: *“¿Y entonces?”* Voz jadeante, respiración entrecortada; lo imagino echado en algún sillón, tocándose. No me excita, el tono de su voz me adormece un poco. *“Pues nada, que quería saber si lo del letrado es verdad”*, y comienzo a hacer preguntas que en este caso resultan un poco inocentes; determinadamente las evade con respuestas cortas, hasta llegar a la pregunta *“¿Y...qué le gusta hacer?”*. Sé de ciertas aberraciones, y bueno, lo que estaba escrito era bastante claro, pero a medida que sigue hablando sus palabras me hacen entender que tiene una marcada fijación por el excremento. (Me siento idiota escribiendo sobre esto, hastiado de todo lo que me dice, desesperado por no lograr un tono para describirlo. La camarita sigue encendida). Llega el punto en que libero una risa nerviosa, él sigue: *“Papi, de qué de ríe si esto es un gusto”*. Luego me dice que lo tengo muy arrecho, que si yo también lo estoy. *“No particularmente”*, respondo. *“¡Ah! ¿Por qué no se viene? Cuando esté en la 45 con 19 me llama de una cabina y lo recojo. Venga y la pasamos rico, mire que no nos vamos a demorar”*, insiste. *“No, ahora no, me tengo que ir... Luego hablamos”*, corto para que no continúe, ya tuve suficiente información.

Se supone que venía a una conferencia en la que me encontraría con unos amigos, pero llegué tarde y tengo curiosidad por otros baños que no he recorrido. Entonces voy al edificio viejo de ingeniería, punto de encuentro tomado como referencia en varios letreros, *“A la 1 en ingeniería viejo”*, escriben, además una compañera que acabo de encontrar me dijo que si buscaba baños rayados estos eran los propios, con puerta de madera y sin remodelar, últimamente han estado instalando cubículos metálicos, plateados, mate, difíciles de rayar, y baldosas blancas y brillantes, en ambas superficies es posible ver, aunque levemente distorsionado, el reflejo.



♦ **Cual gato asustado**

De nuevo en un baño, sumergido en la atmósfera densa de este lugar silencioso, rincón al que sólo llegan los restos de las voces que recorren la construcción, sensación de sueño. Dos hombres se lavan las manos o la cara, están a punto de salir, cruzo derecho a uno de los compartimientos y me encierro un rato para anotar los letreros; hay otro de Eduardo. Termino, uno de los hombres sigue allí, sólo quedamos los dos, reviso los otros cubículos dejando las puertas abiertas, empezando un juego extraño al ver como reacciona el tipo que pone cara de sorprendido. Salgo, no sin antes mirar atrás, no lo veo, se ha metido en una de las cabinas. ¿Por qué ha permanecido tanto tiempo dentro del baño? Parece que es de los que ponen horas específicas de encuentro, de los que esperan a alguien todos los días... Casi bajo las escaleras pero me detengo y me devuelvo (muchas veces los mundos ocultos, un poco oscuros, son más fuertes y verdaderos que la rutina visible). Desaparece, es raro porque aún no lo he visto salir, entonces intento mirar desde lejos por debajo de cada puerta, yendo hacia la cabina de la esquina izquierda, pero no logro ver pies; me doy la vuelta y descubro una parte del baño que no había visto antes: hay dos cubículos más, pienso que está ahí pero tampoco, en cambio me encuentro con más letreros, los apunto rápido sobre un volante que me dieron hace un rato, con la puerta abierta, al cerrarla está él, me dice tranquilamente *“¿Qué haces? Ah, mirando lo que escriben. Ven”*. Sello mis labios y no respondo nada, una especie de parálisis producida por lo inesperado, sólo lo miro: es un hombre pequeño con unos *jeans* medio apretados, bota campana, deshilachados. Tiene un saco azul oscuro y gel en el pelo corto, nada particular físicamente. Los ojos le brillan y me habla de forma dulce, con cierta ternura, como si se dirigiera a un niño y puede que en ese momento lo pareciera, pues abro mucho los ojos, gato asustado, acorralado en una esquina. *“Ven”*, repite, muevo la cabeza diciendo “no” y me escapo caminando por un ladito, él no me retiene, no es una situación pesada, en cambio continúa el juego en que ambos —él siguiéndome e insistiendo y yo evadiéndolo— nos divertimos. Viene detrás de mí, avanzo más rápido, bajo las escaleras, me tropiezo pero sigo y logro salir del edificio. Pienso que he escapado, o por lo menos que ya voy lejos, pero viene detrás y me dice que no tenga miedo; me hago el que lo ignoro y me pongo nervioso, no sé como responder, no sé qué quiero hacer.

Todo termina, de lejos veo a mis amigos, corro y los abrazo diciéndole al hombre que no estoy solo. A pesar de que hubiera preferido seguir el juego no supe cómo reaccionar.

♦ **Nadie habita en un baño**

Debí haber hablado con este tipo, aprovechar que lo tenía al frente. Hace un tiempo lo hubiera hecho, hasta hubiera podido ir un poco más allá. Ahora sin más datos, sólo anotaciones de otros letreros, números telefónicos, un montón de suposiciones e ideas repetitivas que no se resuelven; pasan los días sin que pueda escribir. He llamado a algunos otros pero nunca

están, o no es su casa, o suena ocupado, o buzón de mensajes, o, como un par de veces sucedió, no habían sido ellos —cosa que con uno dudé de que fuera así—, quienes ponían los letreros. Anderson, el personaje de quien sospeché, se asustó cuando, al igual que a Eduardo, le pregunté si era verdad lo de los baños y me respondió reiteradas veces que no. Por lo temeroso de su voz se me cruzaron dos ideas: o se arrepentía de haberlo puesto, o alguien lo había escrito para molestarlo y ya muchas personas lo habían llamado.

Nadie habita en un baño, sólo se pasa un rato, se transita, pero empiezo a sentir que vivo en este espacio y que además no soy el único. Encierran sus palabras en esta caja, muro de lamentaciones. Vienen a llorar, las paredes, las puertas, el piso, el techo, todo tiene los residuos de sus lágrimas, el registro de sus vidas. (Buscando a los monstruitos que se esconden tras estas huellas resulto descubriendo que en parte también me pierdo por momentos en una clandestinidad, especie de oscuridad húmeda, refugio al que se va a parar con lo que se prohíbe de lo que en el fondo se desea). Su vida, rayones escondidos con un fondo gris o blanco turbio, pintura descascarada por el óxido, llena de manchas, tachones e insultos porque hasta lo escondido intenta ser borrado. Pero ahí están, no hay que buscar mucho para encontrarlas y no dejarán de seguir apareciendo.

# Bogotá en tres ruedas



*Juan Guillermo Cárdenas Malagón\**

*uanito829@yahoo.com.ar*

El bicitaxi, un vehículo no motorizado que se asemeja a la forma de un triciclo por tener tres ruedas, empezó a perfilarse como una opción para el transporte de pasajeros en Bogotá al cumplir más de cinco años de servicio. A su paso se tejen toda una serie de historias que van desde la del personaje que lo conduce, hasta la del desprevenido transeúnte que mira atónito el deambular de estos vehículos por algunos lugares de la ciudad. Los siguientes relatos destacan tres puntos de la capital por donde suelen transitar y a su vez, tres miradas diferentes que tienen que ver con su condición de ilegalidad, su relación con los medios de transporte público y el colorido que dan en sus recorridos por un sector de la capital.

## ◆ Bicitaxi de Los Mártires

En un extremo de un cuadrado que está compuesto en tres de sus lados por tres tipos de controles: el político (Dirección de Reclutamiento del Ejército), el religioso (Basílica del Voto Nacional) y el administrativo (Sistema de Transporte Transmilenio), se ubican los bicitaxis. Un grupo de bicitaxis se acomoda en la esquina noroccidental de la Plaza de Los Mártires. Allí brindan a los visitantes y comerciantes del sector una sensación de uniformidad, al resaltar por encima del gris opáceo del aire, el amarillo y el rojo de sus formas como recuerdo de los colores de la bandera de la ciudad.

Los bicitaxis se han convertido en algo tan propio de la plaza, que ubicarlos no cuesta mucho trabajo, si se llega a este sitio por la estación Avenida Jiménez de Transmilenio. Y entre todas las voces que se escuchan en el ambiente, se destaca la de una mujer que al grito de: “*Lo llevamos a Sanandresito-San José en mil*”, produce una especie de encantamiento en los oídos del desprevenido transeúnte, que posiblemente no conozca las cualidades del servicio.

►► \* Estudiante de Trabajo Social en la Universidad Nacional. Taller Biblioteca Virgilio Barco.

Abordar el servicio es fácil y más cuando se tiene una coordinación como la existente entre los conductores, mediada por la mujer de la voz atrayente y una bandera amarilla que se le asigna al último triciclo en llegar de un recorrido, para efectos de organizar los turnos de salida y de llegada. Al tomar uno de estos bicitaxis e iniciar el recorrido, lo primero que se siente es un ensanchamiento de las formas corporales y una expansión de los sentidos. Estar alerta es fundamental, por lo del velo de la ilegalidad. Los artículos robados, las drogas ofrecidas y la piratería ambulante, matizan los recorridos que a diario realizan los conductores de bicitaxi por las maltrechas y destapadas calles del sector, en rutas que comprenden desde la calle sexta hasta la avenida Jiménez en sentido sur-norte y en dirección oriente-occidente desde el Parque de Los Mártires hasta la carrera 30.

La ilegalidad junto con los huecos de la malla vial, los “cierres” de los demás automotores (especialmente taxistas) y las difíciles condiciones laborales enmarcadas en el constante esfuerzo físico, entre otras dificultades son parte de la vida cotidiana de los aproximadamente 50 conductores que trabajan por turnos en este sector desde hace cinco años, y que por medio de una serie de iniciativas han querido impulsar esta actividad como una opción práctica de movilización.

Entre estas medidas se cuenta la conformación de una cooperativa denominada Cootraecocartur (Cooperativa de Transporte Ecológico de Carga Liviana y Turismo), que agrupa a más de 50 afiliados. Este tipo de organización es una de las posibilidades que ofrece la legislación actual referente al tema, para que los bicitaxistas puedan ejercer su oficio, según lo contemplado en el Proyecto de Acuerdo de abril de 2004. Al referirse al tema de la ilegalidad como una de las características predominantes de este tipo de ocupación, las voces de los conductores de bicitaxi expresan en la mayoría de los casos algo de timidez y mesura, al no ser un tema de conversación al que puedan referirse de manera espontánea. Otros, por el contrario, como Henry Ocampo, expresan que *“si somos ilegales para trabajar porque la ley nos considera como legales a la hora de cobrar”*, recogiendo el inconformismo de bicitaxistas que han visto cómo en múltiples ocasiones en los operativos de la Policía de Tránsito, les quitan los vehículos, los llevan a los patios y en algunos casos les cobran multas propias de vehículos automotores, que en ocasiones han llegado hasta los \$350.000. Actualmente les imponen estas medidas, dada la falta de claridad que se tiene en cuanto a la normatividad del servicio.

### ♦ Bicitaxi del Siete de Agosto

En un país de montañas y de ciclistas, de Vueltas a Colombia, de la Juventud y de tantas clásicas ciclísticas como barrios populares existen, tierra de “Cochise”, “El jardinero” y el “Santi” Botero; don Ignacio Garzón añora viejos tiempos vividos como ciclista aficionado, mientras emula en su oficio de todos los días, las grandes gestas que alcanzaron sus ídolos y que fueron visibles a sus ojos a través de un televisor. Y aunque él no participa en etapas del Tour o del Giro, recorre distancias equiparables en sus trayectos, de hasta nueve

horas diarias, por las calles del Siete de Agosto en su “caballito de acero” o bicitaxi, que maneja hace tres años.

La idea de manejar el bicitaxi (en un escenario poblado de los autos mejor “engallados” de la ciudad), le surgió para suplir la demanda de transporte de algunos habitantes del barrio Benjamín Herrera, que se vieron afectados por la eliminación de una ruta de buses del sector. Entonces, don Ignacio se acordó de un transporte que vio por primera vez en la costa y en Bogotá, en el parque de los Mártires. Al apreciar las bondades que ofrecía este vehículo, en las destapadas y congestionadas calles del barrio, don Ignacio no lo dudó más. *“Mire, si es que hasta de éstos hay en la China y en Hong-Kong”*, afirma señalando en dirección al triciclo, como queriendo resaltar de esta forma, las ventajas de este particular medio de transporte.

Mandó a fabricar el bicitaxi en una bicicletería del centro de la ciudad, donde se arman bicicletas de todos los estilos y formas posibles; las hay para la práctica de deportes extremos, el transporte de elementos como cajas de cerveza, las famosas “panaderas” y hasta triciclos para los pequeños. Cuenta don Ignacio que le encargó el montaje del bicitaxi a un amigo de confianza, que trabajaba allí. Finalmente, el negocio se cerró por \$1'600.000.

El bicitaxi, que pesa unos cien kilos, puede transportar cargas no superiores a los 350; lo que quiere decir que, en el peor de los casos, don Ignacio puede desplazar de ocho a nueve veces su propio peso corporal: 55 kilos.

Al transitar por el barrio llevando pasajeros en el bicitaxi, su mirada, contenida en unos minúsculos ojos negros, se tiñe de nostalgia, al cerciorarse de que ya son más de 40 años de permanencia en un lugar donde el tranvía subía por la calle 66, volteaba por la carrera 24 (que era destapada y tenía un único carril en dirección hacia el norte), tomaba luego la calle 68 (antes en doble carril oriente-occidente en esta parte de la ciudad), hasta conectar con la carrera 13 en dirección hacia el centro de la ciudad. A su vez, se sitúa en lo que fue la periferia de la ciudad, el barrio Rionegro, caracterizado por los eventos populares y la diversión en torno a la plaza de mercado.

Al regresar al presente, destaca entre sus recorridos más largos, trayectos hasta Galerías y el Polo Club, con tarifas que oscilan entre los \$800 y los \$1.500, debido a que, en palabras de don Ignacio: *“No cobro más porque cogen taxi”*.

En general, del transporte público en Bogotá critica la calidad del servicio. No le gusta Transmilenio por la incomodidad y porque *“lo llevan a uno como sardina en lata”* y asegura que ha acabado con miles de pequeños transportadores. En relación con su competencia más inmediata, el taxi, dice que se complementan, puesto que el taxi es apropiado para las carreras largas y el bicitaxi para los recorridos cortos. Pero, sin lugar a dudas, resalta la bicicleta *“porque se puede ir por donde uno quiera, es un transporte más cómodo y ligero y, sobre todo, no produce contaminación”*.

Don Ignacio representa, más que una manera distinta de transportarse en el Siete de Agosto, un diálogo personal con el pasado, una ruta alternativa en el presente y una seria reflexión para el futuro.

### ♦ **Bicitaxi de Prado Veraniego**

En las inmediaciones del templo de la Iglesia mormona ubicado sobre la Autopista Norte con calle 127, no sólo transitan lujosos automóviles BMW, camionetas Renault Megan o Mazdas 626; también se desplazan por el sector vehículos no motorizados de tres ruedas, dos sillas y cabinas de vistosas tonalidades. Y aunque el nombre con el que se les asocia es el de bicitaxi, sus conductores prefieren el de tricimóvil; término que al parecer eleva el “status” del conductor.

Estar un día entre semana a las 5:00 p.m. en la salida de la estación Prado de Transmilenio hacia el occidente, puede significar sentirse atrapado por un arcoiris ciudadano —que no se produce en el breve espacio en que confluyen el sol, la lluvia y el viento—, sino por la reunión de colores de los bicitaxis parqueados. Así, el amarillo con verde, el azul con blanco o el rojo con negro de algunos vehículos, abren el apetito visual.

En primer lugar tenemos el verde. Hay días en que el bicitaxi se recubre de un verde amarillo, verde esperanza y justicia (pero no verde camuflado), un verde que promete espacios de seguridad y comodidad para sus usuarios. Los de este tono suplieron el déficit de rutas que antes pasaban por el sector (reubicadas por la Secretaría de Movilidad) y de Alimentadores del Sistema Transmilenio (no asignados por la misma Secretaría). Un medio de transporte que en sus comienzos se asociaba con algo recreativo, pero poco a poco fue amoldándose a los afanes de sus pasajeros y a la gastada piel de la malla vial. Un tono que también transmite seguridad por el transporte puerta a puerta y por la duración del servicio: 5:00 a.m. a 11:00 p.m.

En otras jornadas, el amarillo es la referencia principal del bicitaxi. Amarillo pálido, encendido; amarillo dinero, usurero; amarillo sol sin corazón; amarillo que más adelante desembocará en una disputa. Un amarillo que no emerge de los rayos provenientes del astro rey, sino de encuentros con los agentes de la ley. Un amarillo evidente, cuando el requerimiento de los agentes es de billete; como lo traducen las palabras de don José Francisco López, habitante del sector, quién asegura que llegan cada ocho días a realizar controles al servicio.

Por este amarillo, doña Leonor González y su esposo Saúl Rodríguez vienen liderando desde hace un año, el proceso de consolidación de una organización llamada Asotransarti Suba (Asociación de Transporte Articulado de Suba), para hacer frente a este tipo de situaciones.

El bicitaxi se vuelve rojo candente, encendido, explosivo y hasta batallador, cuando sobre el escenario de alguna calle o sitio especial, los “primos” amarillos o taxis se ven llegar. Transpira incandescencia, se reviste de tenacidad. Es un rojo matizado por la lucha y la confron-

tación de caballos de fuerza, motores y corporales. Competencia al rojo vivo por tener dominio sobre los lugares estratégicos para el transporte de pasajeros, como las zonas de Niza 9 y los conjuntos residenciales La Sultana y Multifamiliares, las mejores tarifas y el control absoluto de este sector. Las acciones que se dan entre los “bandos” son variadas y van desde el parqueo de taxis y tricimóviles en las mismas zonas para que el pasajero haga su elección, hasta los frecuentes cierres viales a que se ven sometidos los bicitaxis por parte de los taxis, en las estrechas calles por donde suelen cruzarse. El rojo va a seguir quemando a unos y otros hasta que la llama que lo enciende (la escasa normatividad para el servicio de bicitaxi) enfoque su luz para alumbrar a todos por igual.





# Se apaga la Navidad en Ciudad Montes

*Laura Mayorga\**

*laurama20@yahoo.es*

Las calles de Ciudad Montes ya no tendrán luz. Y no es precisamente porque la hayan cortado o por falta de bombillos, fue simplemente porque la cultura ciudadana que tanto enseñó el ex alcalde Antanas Mockus, desapareció. La proliferación de bares y discotecas en la calle 8ª, la molestia de los habitantes por el ruido hasta altas horas de la noche y su incomodidad por el parqueo de carros, además de la invasión de vendedores ambulantes, amenazan el espíritu navideño del barrio.

Durante los últimos ocho años el Ciudad Montes fue admirado por propios y extraños gracias a sus casas bellamente adornadas, las vitrinas comerciales más iluminadas y el trabajo en equipo de vecinos que, armados de escaleras y todo tipo de herramientas, se destacaban a la hora de encender sus cuadras para las fiestas decembrinas. Por ello Ciudad Montes empezó a ser reconocido como el “barrio más navideño”.

La emisora Tropicana Estéreo, el noticiero CM&, el Instituto de Recreación y Deporte y el periódico El Tiempo otorgaron este reconocimiento. El 22 de diciembre de 2000, *El Tiempo* reseñó el suceso con un artículo titulado: “Aguinaldos con Los Alfa 8”. El barrio más alegre y mejor iluminado recibió como premio la fiesta de navidad con Los Alfa 8, agrupación que desde hacía cinco años ayudaba a promover el concurso. Familias enteras que desde antes del 7 de diciembre decoraron las fachadas de sus casas, se reunieron en la calle 1ª con carrera 39, frente al despacho parroquial, a gozar de la música.

## ◆ El corazón del barrio

En noviembre de cada año las casas de Ciudad Montes abren sus garajes para empezar a sacar de cajas de cartón los Papá Noel, renos, pesebres, trineos, osos, ángeles, pingüinos y las luces de navidad que las harán resplandecer con cerca de 3.000 mil bombillos.

► \* Estudió en el colegio de la Universidad Nacional y comenzó Comunicación Social en la Javeriana. Taller de El Tunal.

El barrio está ubicado en la localidad 16 de Puente Aranda, y hace parte de un conjunto de 55 barrios. Limita por el norte con la calle 8ª, donde en pocas cuadras funcionan una decena de bares y discotecas que perturban a la comunidad. Los vecinos afirman que esos sitios *“desprestigian y crean una mala imagen del barrio”*, que en su mayoría es residencial, con excepción de unos 50 pequeños negocios como panaderías, papelerías, famas, heladerías y tiendas.

Ciudad Montes cuenta con tres parques, y uno de ellos representa el corazón del barrio. Ubicado en la calle décima sur con 39 sirve de punto de encuentro de los vecinos y habitantes de barrios aledaños que realizan diferentes actividades culturales y deportivas. Asociaciones de adultos mayores como Asomontes y Caminar Juntos, practican relajación, aeróbicos y yoga desde tempranas horas de la mañana. Grupos de *scouts* y capoeira, escuelas deportivas de fútbol, tenis, sóftbol y artes marciales también practican allí. Las tres canchas de tenis, tres de baloncesto, dos de voleibol y seis de fútbol son escenarios óptimos para el deporte.

Existe, además, un diamante de béisbol y un patinódromo, donde dan clases a niños. Para los más pequeños hay juegos infantiles y una arenera gigante. Quienes sólo desean descansar pueden caminar alrededor del estanque donde pueden observar medio centenar de patos, o sentarse bajo de la sombra de un árbol a disfrutar uno de los libros del paradero *“Libros para parques”*. Una visita obligada es a la Casa Museo Antonio Nariño, patrimonio cultural, localizada en el extremo nororiental del parque. Una casa colonial construida hacia 1650 —que habitó el precursor de la Independencia entre 1803 y 1804— y sirve de escenario para actividades culturales y sociales.

En este Parque Montes se reza la tradicional novena navideña al ritmo de los villancicos y luego se dirige la mirada al cielo para apreciar los fuegos artificiales.

### ♦ Se encendieron los problemas

Pero la ilusión navideña se ha venido opacando desde que el barrio fue reestratificado. *“En el segundo gobierno de Mockus nos quisieron pasar de 3 a 4, argumentando que si teníamos plata para hacer esas decoraciones éramos un barrio de ricos y hasta se atrevieron a decir que de narcotraficantes”*, relata todavía indignado Prudencio Martínez, cerrajero que preside la Junta de Acción Comunal del barrio.

Además del debate por la reestratificación, empezó a llegar un gran número de vendedores ambulantes que dispersó la atención de la Policía Metropolitana. Nancy Rodríguez, líder de este gremio en el sector, cuenta que *“esas personas no eran de acá, venían de otras localidades y no fue posible una organización. La fuerza pública, por estar pendiente de ellos, descuidaba sus funciones y los vándalos terminaban robando bombillos, dañando las instalaciones y atracando a los transeúntes”*.

Los vendedores ambulantes trajeron consigo otros problemas, como el aumento de basuras, la congestión en los andenes, el deterioro de las calles y los altos decibeles de sonido. Debido a ese caos los vecinos decidieron desconectar sus instalaciones navideñas y apagar una de las más decoradas y tradicionales zonas de Bogotá. En la navidad de 2006 el número de casas y cuadras no decoradas fue evidente. A pesar de los esfuerzos de la JAL, que hizo perifoneo para alentar a la gente y ofreció premios de \$ 200.000 y \$ 300.000 pesos a la cuadra y la casa ganadora, respectivamente, las luces no se encendieron. La JAL se ingenió la estrategia debido a que Ciudad Montes, por tres años consecutivos había sido declarado el barrio mejor adornado de Bogotá y estaba fuera de concurso. Saber que ya no serían tomados en cuenta en los concursos importantes también desanimó a muchos vecinos.

### ♦ Los campeones de la decoración

Este no es el caso de don Jaime, ganador de numerosos concursos, entre ellos, el de Vitrinas Cámara de Comercio en el 2003, de Vitrinas Navideñas en 2005, de Fachada Residencial en 2006, pasando a competir con Monserrate, Centro Andino, Santa Bárbara, entre otros. Según dice, no decora por llevarse los premios, sino por gusto propio, por pasar momentos en familia con algo que ya es muy escaso en estos tiempos: el espíritu navideño.

Elabora sus decoraciones con paciencia y esmero y se tarda unos diez días en hacerlas. Junto con su esposa e hija ha construido osos y pingüinos guiado por la estructura de los populares venados con movimiento: instala un motor dentro de un armazón cubierto con guata. Sus creaciones han causado tanto furor que ya vendió tres osos por encargo en \$500.000 cada uno, y a su casa llegan estudiantes de ingeniería a solicitar su ayuda para la construcción de aparatos con movimiento. En el garaje de su casa construye un pesebre de cuatro por cuatro metros, con un tren que atraviesa un túnel y una fuente. Las personas que antes entraban a su casa depositaban monedas en una alcancía y don Jaime compraba con ese dinero 50 o 60 mercados para los ancianos.

Pero don Jaime decidió no permitir el ingreso a personas particulares por su falta de cultura ciudadana, ya que dañaban la casa o dejaban basura por todos lados. Acabó de desanimarse por las presiones de sus vecinos tenderos que querían que encendiera las luces de su casa a las 6:00 p.m., cuando empiezan a llegar los visitantes y se registran mejores ventas. En estas decoraciones ha invertido entre 4 y 6 millones de pesos para la compra de materiales, sin contar el dinero que paga a Condensa por el gasto de luz que siempre es el doble del habitual.

Doña Sara Gómez, una señora de 73 años que participaba todos los años con su familia en la decoración de su cuadra —una de las modalidades que más unía a la vecindad—, recolectaba \$30.000 por casa para comprar pasacalles y organizar un pesebre. Cuenta nostálgica cómo durante una semana y media los vecinos se daban a la tarea de colocar adornos y organizar el pesebre, lo que les valió un reconocimiento por parte de la Empresa de Aseo

Capital, ya que era construido con materiales reciclables como vasos de plástico, cartón y vidrio. Al frente del pesebre, una de las familias rezaba la novena cada noche. Además, recuerda un gran premio que se ganaron hace unos años y que fue repartido entre los niños participantes.

Pero su labor se fue apagando cuando las personas dejaron de arreglar la cuadra comunalmente y sólo se preocuparon por diseñar las decoraciones de sus casas. Así se acabó la unión que había entre los vecinos y la decoración armoniosa que vestía con un solo manto una de las cuadras más llamativas y visitadas de Ciudad Montes. Las lechonas que recibían como premio y la presentación de orquestas eran compartidas por todos los vecinos, y si la recompensa era dinero, se invertía en decoración para el siguiente año.

### ♦ Los últimos intentos

De todas formas, existen esfuerzos e iniciativas para encontrar soluciones y una de ellas es la que ofrece la líder del gremio de vendedores ambulantes, Nancy, una mujer que promedia los 50 años y que cada mañana sale a vender jugo de naranja al frente del Parque Montes. Ella, con la convicción de un político en campaña, se dirigió a la comunidad en repetidas ocasiones buscando orden para su gremio: *“Como su líder les dije que les prometía organizarlos, que no íbamos a dejar meter vendedores de afuera y trabajaríamos junto con la Policía, la alcaldía y la acción comunal”*. Doña Nancy llegó a organizar a 30 vendedores, carnetizarlos y uniformarlos. Hicieron brigadas de aseo, comités de seguridad para disminuir la delincuencia y cursos de manipulación de alimentos para dar una mayor seguridad a la clientela.

También ayudó a establecer los horarios, pues años atrás algunos vecinos tenían el equipo prendido a todo volumen hasta las 3:00 a.m. Se acordó que entre semana las luces se iban a prender hasta las 11:00 p.m. y los fines de semana hasta la medianoche. Esto le valió el reconocimiento por parte de los habitantes del sector, y es ella quien orgullosa comenta los resultados de sus acciones: *“Nos hemos ganado la confianza del mismo barrio porque lo que estamos haciendo no es ver al vendedor como un estorbo, sino como la persona que sirve para informar o los otros y para ayudar a cuidar el barrio, porque tenemos ese sentido de pertenencia”*.

Pero a pesar de acciones como las de doña Nancy, muchos habitantes ya tomaron la decisión de no decorar más y otros tantos lo vienen pensando. Frases como *“el mugrero nos aburrió”*, *“se acabó esto, ya no más”*, se escuchan en boca de muchos. Frases como las de la mayoría de jóvenes: *“Qué mamera, que aburrido arreglar”*, *“no me parece gastarle plata a eso”*, demuestran que la tradición se está perdiendo y que de la Ciudad Montes iluminada, en un futuro, sólo quedarán las fotos.

# Las rebuscadoras de la rumba



Edison Monroy\*

edison\_monroy@yahoo.com

A las 11:30 p.m. llega el momento que más odia Luz Dary: su turno para realizar el show de *striptease*. No obstante, en la cara de esta morena de 31 años, se dibuja una sonrisa ficticia y al son del *raggaetón* empieza a quitarse la ropa ante la mirada libidinosa de alrededor de veinte hombres que se encuentran en un bar de la Primera de Mayo, sector conocido como la zona rosa del sur —también el norte del sur— de Bogotá.

Todas las miradas apuntan hacia ella. Los hombres se quedan absortos, sin palabras, al ver como esa torneada figura de mujer enclaustrada en unos *jeans* bien apretados y en una blusa negra que deja al descubierto su ombligo, se bambolea ante sus ojos. Se trata de Alejandra, una mona de rasgos delicados de tan sólo 20 años, quien sin ninguna obligación, al igual que sus compañeras, se subió a la barra de madera y comenzó a bailar con movimientos insinuantes una canción de ritmo *House*. Se encuentra en una discoteca de la zona rosa del norte de la ciudad en donde trabaja como *barthender* (lo que en español podría traducirse como mesera, camarera o incluso cantinera, pero de lugares “bien”, es decir, de estrato alto) y aunque su función sólo consiste en servir tragos, por gusto a esta hora de la noche, las 11:30, deleita al público con un baile muy sensual.

—“¿No te han dicho nunca que te pareces mucho a Rosemary Bohórquez?”, pregunta un joven universitario de pelo abundante y ondulado que se encuentra en un bar de la calle 75.

—“Sí. Una que otra vez”, responde Mariana mientras que le pica el ojo a su interlocutor. Eso sí, ella no le cuenta que su pelo está pintado de rubio y que también tiene puestos unos lentes de contacto verdes para, además de verse sexy, lograr un mayor parecido con la famosa actriz de telenovelas. Mariana es una mujer de 37 años que trabaja como tequilera

▷▷ \* Estudiante de Comunicación de la Universidad Sergio Arboleda.  
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

(vende tragos de este licor mexicano vestida como vaquera) en las zonas de rumba universitaria, especialmente las de las calles 51 y 75.

### ♦ Show a \$2.000 por cabeza

*“Micaela enferma, enferma de amor, le dice a su papá que la lleve al doctor / El doctor le pone la mano en el pecho, Micaela dice: por ahí no hay derecho”,* dice parte de la canción con la que Luz Dary, que viste un traje semitransparente de color rojo parecido al de las árabes, empieza su *show*, por el que los asistentes tan sólo han pagado alrededor de \$2.000. Incluso, minutos antes, cuando esta morena de baja estatura pasó puesto por puesto rogando que le colaboraran con dinero para el acto, hubo quienes se negaron.

Por situaciones humillantes como esta, Luz Dary lamenta haberse venido de su pueblo natal, Buenaventura, a conseguir un trabajo bien pago. *“Mi hermana me dijo que acá en Bogotá me tenía el súper trabajo, el que me iba a poner a comer bien a mis hijos y a mí. Pero cuando llegué me encontré con esto: un bar en el que por unos pocos pesos unos manes miran felices como uno se empelota. Pero, ya qué, igual en otras partes también pagan mal por hacer más cosas”,* afirma esta morena de pelo negro y grueso, quién lleva sólo un mes en Bogotá y vive en una casa en arriendo en Bosa, en el sur de la ciudad. Allá la recibió su hermana, otra mulata pero mucho más alta, que trabaja en ese mismo bar.

En contraste, la *barthender* Alejandra no se ha tenido que quitar ni una sola prenda para que los clientes que asisten a esta discoteca del norte le hayan dado propinas de hasta \$20.000. A esto se le suma los \$70.000 que le pagan por su trabajo y los más de \$10.000 que se gana gracias al 10% que le restan al total de consumo de la noche y que se divide en los cuatro *barthenders* que hay, más el D’J. Eso sí, además de servir tragos, gaseosas y demás, la bella rubia ha tenido que aguantarse la mirada lujuriosa de los cientos de hombres que cada vez que le hablan apuntan los ojos hacia sus voluptuosos y turgentes senos que parecen no tener un centímetro cúbico de silicona porque no son tan redondos, ni tan parados y erguidos como los falsos que lucen algunas modelos.

Aleja, como le gusta que la llamen, ya está acostumbrada a que la miren todo el tiempo, a que los hombres y a veces las mujeres le coqueteen. Es más, en cierto modo le gusta que la observen, no que la desvistan con la mirada, sino que simplemente admiren su belleza. Tal vez, a causa de esa misma condición es que desde hace dos años decidió estudiar actuación, estudios que alterna con la presentación de un programa de música —que se emite en un canal de televisión por suscripción— y también con el trabajo de *barthender*, que le permite obtener el dinero suficiente para comprarse sus caprichos: ropa de marca como *jeans Diesel* o blusas *Lacoste*. *“Las miradas siempre estarán, pero uno debe tranquilizarse y pensar que mientras no te toquen ni te hagan algo, no hay nada de malo”,* dice Alejandra, mientras recuerda que desde los 17 años, cuando trabajaba ilegalmente, ha servido tragos en los sitios de rumba más reconocidos del norte de Bogotá, los mejores de la calle 82 y otros aledaños al parque de la 93.

### ♦ A mayor seducción, mejores propinas

El caso de Mariana es parecido al de Alejandra. A ella tampoco le molesta mucho que los hombres la miren como un objeto de deseo. Es más, la tequilera considera que si no fuera por que los hombres la consideran atractiva, no vendería un solo trago en toda la noche. Por esa razón, los días en que sale a trabajar —viernes, sábados y también domingos cuando hay lunes festivos— intenta vestir de la forma más seductora posible: una blusa negra con un profundo escote que deja entrever unos senos que parecen desafiar la gravedad, lo cual posiblemente indica que no son naturales. También viste un pantalón del mismo color de la blusa, que tiene bordadas en dorado las letras del nombre del tequila que vende. Esta prenda, estratégicamente ajustada, resalta su pequeño pero a la vez empinado trasero. Y lleva puestas unas botas negras de tacón alto que tiene que rellenar con periódico para que se le ajusten y le hormen lo mejor posible, con el fin de que sus piernas no se vean tan flacas.

Al igual que Luz Dary, Mariana también vino a Bogotá en busca de un mejor futuro. Llegó proveniente de su natal Cali hace más de diez años, junto con sus dos hijas —que en ese momento tenían siete y cinco años— y con su esposo. Ella era recién egresada de Licenciatura Infantil y se proponía escribir cartillas de enseñanza para luego venderlas a colegios privados o distritales. En un principio le fue bien, pero luego llegaron los problemas con su marido, algo que desencadenó una serie de peleas y al final la separación. Como él era su socio, el negocio se dañó porque ya no tuvo el dinero suficiente para los materiales y por eso dejó esa labor. Intentó buscar trabajo como profesora e incluso reemplazó provisionalmente a una maestra de un colegio del sur de la ciudad. Sin embargo, el salario no era muy bueno por lo que cuando, hace tres años, le dijeron cuánto podía ganar como tequilera, decidió cambiar los salones por las discotecas. *“En una noche depende de las botellas, uno se puede hacer entre \$60.000 y \$120.000, pero como yo, además, dirijo a las otras niñas, pues me dan un dinero extra”*, afirma esta mujer de 37 años, que vive en la 80 con 13, muy cerca de la zona rosa donde trabaja.

### ♦ La noche sí distingue

Por su parte, Luz Dary gana entre \$30.000 y \$60.000 diarios, aunque pudiera ganar más si se acostara con sus clientes, cosa que sí hacen ilegalmente algunas de sus demás compañeras de trabajo, pues el lugar donde trabaja no es un prostíbulo sino un bar en donde las meseras atienden con ropa muy sexy, y además hacen *striptease* cada media o una hora, dependiendo de la cantidad de público. A Luz Dary le han propuesto varias veces que tenga relaciones con los clientes, pero ella se ha negado porque no quiere convertirse en una prostituta. También teme que por andar en esas, quede nuevamente embarazada. Si eso sucediera, sería el sexto hijo que traería a este mundo. Los cinco que tiene los tuvo entre los 15 y 24 años de edad, cuando todavía vivía en Buenaventura. No obstante, acá solo vive con una niña de 13 años, que cree que su mamá y su tía trabajan en un restaurante que abre las 24 horas y a ellas les toca el turno de la noche. *“Espero que no llegue el*

*momento en que tenga que contarle lo que hago, aunque lo único que tiene esto de malo sea la empelotada. Es que yo aspiro tener en algún tiempo un mejor trabajo, o al menos uno en el que pueda ver a mi hija más seguido", dice.*

En contraposición, los padres de Alejandra, con los que aún vive, sí saben que ella es *barthender* de una discoteca. No le ven nada de malo. Por el contrario, creen que es una buena forma de que su hija empiece a hacer su propio dinero, a independizarse, lo cual no quiere decir que Alejandra esté pensando en irse de la casa. Ella es muy consentida y por el momento quiere seguir viviendo con sus padres, sus dos hermanos menores y su perro *Golden Retriver*, en su casa ubicada en el barrio Mazuren, al norte de la ciudad.

Por su parte, las hijas de Mariana, la tequilera, también saben que ella tiene ese trabajo. Ellas, que ahora tienen 18 y 16, años, ven a su mamá como lo que en realidad parece de ellas: una amiga mayor. Su relación es tan estrecha que en varias ocasiones han salido a rumbeear juntas a los sitios más exclusivos de música electrónica en Bogotá, pues a las tres les gusta ese tipo de canciones. Además, Mariana también espera que su novio muy pronto se vaya vivir con ella. Él es un joven de sólo 20 años, que conoció cuando realizaba su trabajo. Según Mariana, lo que la enamoró de él fue, aparte del físico, su actitud madura.

Todas las noches, o mejor mañanas —pues a eso de las tres o cuatro de la madrugada—, cuando la jornada de Mariana termina, su novio la recoge en el carro de sus papás o en taxi. A Alejandra la lleva su jefe. En cambio, a Luz Dary le toca coger taxi junto con su hermana, o en el peor de los casos, cuando tiene que ahorrar para el arriendo, como varios de los rebuscadores de rumba, espera el colectivo que, sorprendentemente, a esas horas pasa cada 30 o 45 minutos. Así es como, aunque la rumba acaba, la travesía para Luz Dary no termina. Tendrá que esperar cerca de una hora antes de poder descansar en su cama. Para entonces, Mariana ya habrá comido algo con su novio y estará terminando la rumba en una discoteca del norte. Por su parte, Alejandra, con un poco de agotamiento, pero también con una buena suma de dinero, acostada en su cama doble pensará qué clase de ropa comprará en la tarde.



talleres de crónicas barriales talleres de crónicas barriales



**memorias  
de sucesos**



# Búsqueda en el Bosque



**Lizeth Escobar Triviño\***  
*lichas1@hotmail.com*

Me encuentro con mi amigo 'Farra' en el anfiteatro esperando un muerto... Es un día espantoso allá afuera, llueve suavemente y yo, aquí adentro, siento un frío que entra por los dedos de mis pies, recorre mis piernas, logra colarse en mi pecho y se refleja en mi cara de terror. Estoy en una pequeña oficina frente a los NN —personas sin identificación, ni familia— buscando a Jairo. Las primeras cinco hojas son las de los hombres. Paso por el primer NN y es horrible, tiene el rostro deforme y aunque siento mucha curiosidad, no soy capaz de modular ni una palabra; me dirijo al segundo y tiene la boca y los ojos abiertos, es como si hubiera visto un fantasma a la hora de morir: pude sentir el mismo pánico que sintió esa persona antes de que el alma se desprendiera de su cuerpo y, estoy segura de que 'Farra' también lo sintió. Sigo el recorrido con mis ojos llenos de pánico y veo gente sin dientes, con hematomas, raspones y absolutamente todos son de color morado. Termino con la sección de hombres y no conforme con eso reviso las últimas hojas donde están las mujeres, a lo mejor se había coló allí, pero cuando veo las dos primeras fotos no puedo disimular mi cara de espanto: éstas son más patéticas y la reacción de mi acompañante es cerrar el libro con fuerza. Finalmente no encuentro a Jairo; eso me volvió el alma al cuerpo porque, sencillamente, me da miedo saber que lo que se está murmurando en el barrio es cierto.

## ◆ De gomelito a 'ñero'

Todos soñamos con ser altos, trigueños, rubios y de ojos verdes; pero Jairo Andrés Delgado Jiménez era el único afortunado en el colegio Gimnasio San José. Se veía muy apuesto con su sudadera verde y blanca, y aún más con su traje de diario de corbata azul oscura que contrastaba perfecto con la camisa blanca, los zapatos negros brillantes y el buzo azul claro. Estudió allí desde el grado sexto hasta el segundo periodo de noveno. Sus notas

▷▷ \* Estudiante de Comunicación y Periodismo del INPAHU, 19 años.  
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

siempre fueron aceptables y cada año bajaba más su rendimiento académico, hasta llegar al punto de pasar únicamente tres de las once materias que veía. Sólo tuvo calificaciones excelentes en religión, danzas y educación física.

Además de tener el airecito de un actor de cine, tenía las cosas más lujosas que pudieran existir en el Gustavo Restrepo. No le faltaba nada en la vida gracias al esfuerzo de sus padres. Vivía en El Cuadro —plazoleta ubicada en aquel barrio—, un lugar muy reconocido, pero a la vez desvalorizado por tener un pesebre tras él: *“Aquella loma es la maestra de los vándalos vecinos”*, decían por ahí.

Todo empezó en una fiesta. Jairo se fue con sus amigos sin saber que ese día empezaría a perder todas las cosas buenas que había cosechado en sus 16 años de vida. Esa noche el gomelito probó el bazuco, droga que se decía era sólo para los “ñeros”. Esa rumba le duró quince días, y a partir de ese momento se empezó a alejar de su mamá, Gloria Esperanza Jiménez, de sus dos hermanos y, no conforme con eso, dejó el colegio.

Días después apareció intacto con sus *jeans* y zapatillas de marca a visitar a sus amigos del Bosque de San Carlos en El Triángulo —el centro de operaciones de los marihuaneros de la zona— y a los del Gustavo Restrepo, en la calle 28, o en la cigarrería Montblanc, para pedirles dinero. Primero les pedía a cada uno de a \$500, luego de a \$1.000 con el pretexto de que era para pagar la noche en un cuarto en el barrio San Bernardo, en el centro de la ciudad, que le costaba seis mil pesos. Al ver que ellos no siempre le colaboraban, decidió perderse de nuevo. Realmente ninguno lo extrañaba. A los tres meses regresó, y al pedir la plata de siempre le contestaron: *“Cómase una empanada, todo bien”*, porque ellos sabían que parte de ese dinero él se lo gastaba en droga, billar o jugando *The King of fighter 97*. Intentó rehabilitarse por sus propios medios, pero infortunadamente no lo logró.

### ♦ En la mala...

En cada visita al Bosque de San Carlos, además de pedirles plata a los muchachos, les contaba historias de su vida solitaria. Tras varios meses, su aspecto físico empezó a cambiar, ya no era el niño envidiado del colegio, se había vuelto irreconocible: no lucía ropa de marca y su cuerpo escultural había desaparecido al igual que su cara de portada. Llegó al punto de pedir ropa regalada y lo único que recibió fue una *bomper* —chaqueta gigante que usan los raperos— negra por fuera y anaranjada por dentro, que Rafael, uno de sus amigos, dejó de usar. La combinaba bastante bien con un zapato de un color y el otro de otro. Pero era tanta la ansiedad que le producía el bazuco que llegó a robar a sus propios amigos del barrio. Las veces que comía bien era cuando Antonio Barbero, coordinador del colegio en el que estudió, le compraba algo en La Panadería 2000, donde Manuel Garzón. *“La última vez que vino me dijo que tenía ganas de irse unos días para Ibagué”*, recuerda Barbero.

Cada mes llegaba con algo nuevo. La mayoría de veces lo veían “embalado”; llegaba trabado a pedir cachitos de marihuana y llegó al punto de aparecerse “galeado” con su bolsita

de b6xer. En ese momento fue cuando se empez6 a escuchar: “No, este man ya paila”. Pero todo no qued6 ah6; era tanta la necesidad de Jairo de sentirse en otro mundo y olvidarse de los problemas que, por falta de dinero, se beb6 su botella *chamber* —alcohol et6lico con fruti6o— que lo pudo haber dejado ciego.

Las mam6s saben que sus hijos son prestados, pero Gloria Esperanza jam6s se imagin6 que ese tiempo iba a ser tan corto. Obviamente lo busc6, pero tras tantos intentos fallidos se refugi6 en un hombre que ocup6 el lugar de su marido. 6l la maltrataba, pero ella, por no sentirse sola, lo perdonaba y se aguantaba sus guachadas. Parec6a que sus otros hijos, a pesar de ser muchachos de bien, no le serv6an como compa6a. Jairo, al enterarse de la mala vida que el padrastro le daba a su familia, decidi6 matarlo y fue a parar a la c6rcel por seis meses. A lo mejor all6 tuvo una mejor vida que la de la calle.

### ♦ El Cartucho, 6ltimo refugio

Al comienzo 6l llevaba la suciedad, pero despu6s de salir de la c6rcel, la suciedad lo llevaba a 6l. Adem6s de haber sido tildado de asesino, tambi6n fue nombrado “chirri” (indigente sin importancia para la sociedad). Empez6 a trabajar en buses, ped6a dinero para apenas sobrevivir, pero finalmente llegaba al mismo lugar: El Cartucho. Al ver que no pod6a hacerlo por su propia cuenta, busc6 a su mam6 para pedirle ayuda, pero todo termin6 en llanto. Ella ten6a muy claros sus sentimientos hacia 6l, lo 6nico que sent6a en ese momento era una ira inmensa por no haber agradecido todo lo bueno que le hab6a brindado cuando ni6o; la cit6 varias veces, pero ella siempre lo dejaba metido. Jairo no hac6a m6s que llorar, las l6grimas sal6an de sus ojos verdes y apagados, y corr6an por su delgado rostro. Se dedic6 al negocio de los celulares, los robaba en diferentes lugares y los vend6a en el Bosque de San Carlos. Le iba muy bien. La gente que lo conoc6a le compraba bastantes, pues costaban de diez a treinta mil pesos. Muy econ6micos.

Era un experto en robar carros, pero una vez sus c6culos le fallaron. Se fue para el centro, se encontr6 un auto solo, lo abri6 sigilosamente y al entrar vio unos CD de rock, su m6sica preferida. Se qued6 escuch6ndolos por largo tiempo y cuando lleg6 el due6o del carro con otros dos tipos, lo sacaron a la fuerza y lo golpearon hasta que varios de sus dientes se integraron a la calle, al igual que su due6o.

La 6ltima vez que lo vieron en el barrio fue el 28 de diciembre pasado. Estaba vestido con una sudadera azul oscura y zapatillas negras. Ese d6a sus amigos jugaban f6tbol, cuando de un momento a otro apareci6 como el 6rbitro del partido. “Nosotros no le 6bamos a hacer el feo”, dijo Juan Sebasti6n, quien pudo salir del mundo de la droga y ahora recuerda a Jairo con nostalgia. Adem6s, dice que se le hizo muy raro que no lo fuera a saludar a 6l y a su familia el 31, como acostumbraba a hacerlo todos los a6os. A mi no me gustaba estrellarme con Jairo porque me daba miedo, no consent6a que un desconocido lo mirara porque se pon6a de mal genio y lo trataba mal. Todos los vecinos lo ve6an un poco cambiado,

pero yo empecé a notar que su cabeza era ahora más grande de lo normal y su cabello y sus ojos se habían oscurecido.

Después de dos meses y medio se empezaron a escuchar rumores de que dos hombres lo habían chuzado en el barrio San Bernardo y había muerto, y que su cuerpo, por no haber sido reclamado, lo habían cremado y botado. Aparentemente él estaba solo en el mundo, pero desde que vi los avisos pegados de los postes del sector donde se reportaba su desaparición, me di cuenta de que su familia siempre siguió sus pasos.

Ahora nadie sabe de él. A Medicina Legal, diariamente llegan cuerpos morados y deformes, pero el de Jairo no ha llegado. Ya hasta se quitaron los carteles; sólo quedan tres avisos rasgados y los otros se cambiaron por unas hojas parecidas, pero para perros perdidos; otros por avisos laborales, cursos de baile y afiches de los muñecos Ben 10. Por lo pronto, su familia espera poder compartir con él la celebración de un año más de vida el 19 de julio y yo sigo soñando con cantar: *“En el bosque de la China el chinito se perdió, como yo estaba perdida nos encontramos los dos”*.

# Bajo el concreto, bajo la luna



*Juan Sebastián Sánchez Mendoza \**

*juanacrata@gmail.com*

La luz de la luna se esconde de sus ojos por el techo de ladrillo del túnel que sostiene a la carrera séptima con 39 y que pasa por encima del caño Arzobispo o “de camaján” (nombre que le ha puesto “el parche” que vive debajo). Es de madrugada. Sólo se escucha la respiración agitada de los parceros, los escasos carros al pasar, la lluvia, la rauda corriente de aguas negras del caño y uno que otro comentario sin importancia que sale de vez en cuando de sus bocas. Sus caras pálidas y agujereadas sonríen en un escenario siniestro. Esto es lo que se ve y se siente al entrar en la noche al túnel desolado, y sus paredes de concreto, el fétido olor que exaspera el olfato, los agujeros en lo alto de sus paredes desgastadas y la oscuridad disipada sólo por la tenue luz de mi cigarrillo; todo esto combinado con el temor de una redada policial le dan un aspecto de horror al túnel.

Pero ellos esa noche, inocentes de lo que les esperaba, reían mientras se drogaban, sintiendo apenas el temblar de sus piernas doblegadas por el frío de las madrugadas lluviosas de Bogotá. Y sin aviso alguno el terror entró húmedo desde arriba, desde el Parque Nacional. Una tremenda corriente de agua, rocas y barro se abismó sobre ellos. Sin piedad fueron arrastrados por el agua violenta. Sólo uno, ‘El Tatú’, se pudo agarrar del caucho de unos cables viejos, de antiguas conexiones eléctricas sujetas a la pared. Son apenas unos cortes de grueso caucho, ya que todo el cobre de la electricidad del túnel lo vendieron en chatarrerías del centro. Solo él, ‘El Tatú’, sobrevivió.

En diciembre último, una fría noche murieron, sin dejar rastro, cinco habitantes de la calle a los que sorprendió una fuerte subida del nivel del agua. ‘La Flaca’ —quien por casualidad no se encontraba en el momento—, describe el río subido como impredecible: “Ese río es

▷▷ \* Estudiante de Antropología, Universidad Externado de Colombia.  
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

*traicionero*", opinión que ratifica 'El Tatú. *"Yo estaba haciendo del cuerpo, relajado, cuando se me vino esa mano de agua"*, me comenta con un tono inexpressivo.

'El Tatú' es un personaje frío. Sus ojos casi inertes, su cabello crespo, enredado y sucio, sus varias cicatrices y su cara pálida expresan lo dura que ha sido su vida. De sus amigos muertos no se supo nada desde la noche en que fueron arrastrados por el río; el caño los pudo haber arrastrado esa noche, tal vez vivos, hasta donde vuelve a ser subterráneo, que es en la carrera 24 con 44. Luego, en la oscuridad total, con la compañía única del las rocas, el barro, los desechos que arrastra el caño, la desgracia y el fétido olor de las aguas negras, murieron ahogados y sepultados. Y no se encuentra ningún registro en los diarios sobre su trágica muerte, como no se encontraron sus cuerpos.

*"Los parceros se ahogaron y ni idea de ellos, nunca se volvieron a ver"*. Además, no se puede tener idea alguna de hasta dónde pudieron llegar los cuerpos ya inertes de sus compañeros. Pero ellos afirman casi al unísono, como un eco: *"Nosotros ya llevamos muchos años acá y ya no nos vamos"*.

### ♦ **"Aquí vivimos bien"**

En este momento viven cinco personas allí: 'El Albert', 'El Rolo', 'El Toribia', 'La Chinga' y 'La Flaca', que ya construyeron su hogar bajo el puente. *"Aquí vivimos bien"*, afirman cuando les pregunto por su forma de vida en grupo y bajo el puente. En el día *"cada uno coge por su lado"*, algunos van a comedores comunitarios. 'La Flaca' se mantiene en la esquina del Parque Nacional casi todo el día. Cuando cae la noche, se encuentran varios o todos, y con el producido que les ha quedado después de comer y comprar algo de beber se sumergen en las profundidades subterráneas de las impredecibles alcantarillas para consumir bazuco.

'La Flaca', una mujer baja, con un rostro desgastada y sucio, no ha dejado de sonreír con sus seis dientes ausentes desde que llegué. Me cuenta lo que ocurrió a sus compañeros de lucha y me recuenta su dura y azarosa vida desde que salió huyendo de su casa, a los 14 años, por los abusos y maltratos que recibía de sus padres y hermanos. Eran cinco hermanos y 'La Flaca', y como si no fuera suficiente con sus hermanos, su papá también abusaba de ella. Sin ningún lugar a dónde ir entró al mundo callejero del delito y las drogas. Llegó a la frialdad de la cárcel, ya que hirió a un hombre que la intentó violar una noche en una olla de La Perseverancia. Se encontraban soplando bazuco y el tipo le ofreció unas cuantas "bichas" (papeletas que contienen el bazuco), a cambio de satisfacer su necesidad sexual, a lo que ella se rehusó firme; como él intentó arrancarle los harapos, ella sin vacilar le enterró un cuchillo en el pecho. El hombre no murió y la envió a la cárcel acusada de intento de homicidio. Hace 15 años se fue a vivir bajo el puente, y dice que han sido relativamente tranquilos: sólo el río en invierno y la Policía representan un peligro para ellos.



La otra vez la encontré corriendo por el caño mientras un agente de la Policía bajaba de un camión para arrestarla, sin haber cometido delito alguno. *“Yo sigo aquí, luchándola, y además mis doctorcitos me respaldan con la liga”*, me cuenta con una sonrisa alegre y expresiva refiriéndose a los oficinistas de los edificios cercanos que le colaboran y no sin desconfianza hablan con ella.

No la conozco más. Es difícil conocerlos más, su vida los ha vuelto duros y solitarios. Aunque me hablan con aparente respeto, me doy cuenta de que me ocultan algunas cosas que tal vez les avergüenzan o tal vez sienten que no me deben contar.

¿Qué más les puede pasar en una vida bajo la luna, bajo el concreto?



# Una muerte en La Uribe

**Juan Pablo Bonilla\***

*juanpb1983@gmail.com*

Al clarear el alba se perfila nítida la cresta de los cerros orientales a cuyas faldas ha estado tendida la ciudad de Bogotá durante los últimos 469 años. Llegando a la altura de la avenida 170, la última por su orden de aquellas vías que cruzan de extremo a extremo la ciudad, esas montañas están divididas entre el rojo tierra de los barrios de invasión que se han establecido allí y el jade oscuro de los bosques que aún sobreviven, siendo su línea divisoria tan recta como sólo la mano de la ley la puede trazar. Se ven también los vacíos arenosos de las canteras y sus ríos sin agua, ahora navegados por camiones que acarrean la arena con la que se construyen las casas de los ricos y los pobres que comparten de forma extraña esta porción de la cadena montañosa de Cundinamarca.

Esa es la vista que se tiene desde la entrada de la calle 172 donde hasta un día de mediados de marzo Manuel Espitia vivió en compañía de su madre. Salió a las 10:00 a.m. de aquel día, el último de su vida, sin mayores preocupaciones ni otras presiones que las relativas a su trabajo y a la relación que llevaba con una mujer separada, quien estaba recibiendo toda clase de amenazas de su ex esposo desde hacía unos días.

Empezó a caminar calle arriba tal vez pensando en ella, o tal vez dejaba volar su mente por aquel barrio, su barrio, y en las cosas que habían cambiado durante los últimos diez años en los que su vida había transcurrido allí. Como la cancha de microfútbol, donde habían quedado anotados algunos goles olvidados por muchos. Ahora los obreros e ingenieros del Distrito habían borrado este espacio y prometían trasladarlo a media cuadra de ahí. Tampoco viviría para anotar un gol en aquel espacio reformado.

▷▷ \* Escritor y digitador, con una novela en la blogosfera (*Flores para Irma*, [puestodecombate.blogspot.com/](http://puestodecombate.blogspot.com/)) y dos inéditas.  
Taller de Usaquén.

La calle 172 y sus planchas de concreto habían resistido el peso continuo de los camiones insaciables que hora tras hora, día tras día, extraían muebles modernos de toda índole fabricados allí mismo, justo frente a su casa. Una muestra más de la irrupción comercial en un sector planeado como área residencial.

La frescura propia de la mañana estaba armonizada por el constante tráfico de personas que abandonaban sus casas en dirección a la avenida 170 o a la Autopista Norte. Ya entonces los comercios de esta calle estaban recibiendo sus primeros clientes. La carnicería, el café Internet, la típica tienda esquinera, el minimercado de los paisas, con todo y su eterno reguero de vainas de arveja, tallos de cebolla larga y papas fugadas de sus bultos que corrían hasta la entrada de la única farmacia de todo el barrio abrigado por un alto pedestal de ladrillo con una Virgen en colores siempre vigilante.

El vallenato estridente de la tienda de los paisas y el continuo paso de taxis que abandonan el almacén Éxito quedó atrás cuando cruzó la carrera 22. Tal vez en ese momento ya lo estaban siguiendo, entre aquellas casas que aún se conservan iguales a como fueron edificadas, 30 o hasta 40 años atrás: de una sola planta, de amplias ventanas, puertas en madera y muros blancos bajo techos de teja de barro y canales de zinc. La esencia de lo que parecería un pequeño poblado.

### ♦ **Salió cadáver de la panadería**

Pasando la esquina, girando a mano izquierda frente una miscelánea está la panadería. Esa mañana Manuel entró como lo hubiese hecho cualquier otro día, como podría hacerlo usted ahora o más tarde; pero cuando salió, tiempo después, fue en compañía de policías y del forense.

Para conocer más acerca de este hecho decidí hablar con quienes lo conocieron; entonces me topé con Azucena. Con su timbre de locutora de radionovela y los finos movimientos de sus manos me explicó que el homicidio del joven Espitia fue un asunto pasional. Aunque no se interesa por los chismes de la cuadra, ella sabe, como otros tantos en el barrio, que Manuel mantenía un noviazgo con una mujer divorciada, madre y ex esposa de un tipo lo suficientemente violento como para ejecutar a aquel que quisiese arrebatarle lo que pensaba era suyo.

A Azucena es difícil adjudicarle una edad; por su aspecto y modales, ponerle o quitarle un año sería un tanto infame. Conserva la elegancia de la madurez, el cabello trigo, abundante y lacio como el de una niña, sobre un rostro tan ajado por el tiempo que si no fuera por el tono dulce de sus palabras generaría miedo. Nacida en otro tiempo, ahora administra y atiende de tiempo completo el café Internet de su esposo; ahí vende minutos de celular y alquila los *X-Box* por horas. Artilugos que no eran de uso común cuando ella llegó a vivir ahí.

Antes que los avatares de la economía trastornaran sus vidas y los enviase a vivir del lado oriental de la gran Autopista Norte, Azucena y su familia habitaban una hermosa casa de

jardín, porche y cochera en medio de Villa del Prado, entre calles por donde se transita a menos de 40 kilómetros por hora, no escasean los parques y el murmullo de los árboles es lo único que se escucha durante la mayor parte del día.

En medio de constantes interrupciones —llamadas a teléfonos móviles de distintos operadores, pago por el uso de redes, impresión de documentos y venta de dulces— ella trae al presente lo que recuerda de La Uribe del pasado: una veintena de casas arrimadas al pie de la avenida; residencias de tono campesino con ventanas de marcos en madera y techos empinados, todo en una nimia cuadrícula de apenas unas calles sin asfalto cubiertas de polvo. El resto del paisaje eran pastos, árboles muy altos y un riachuelo estancado, últimos sobrevivientes de lo que fue una gran finca de descanso.

Tal hacienda, propiedad de la familia Gaitán, contaba además con una enorme casona, propia para vivir fines de semana lejos del mundanal ruido de la capital. Ahora, ni este inmueble, ahogado y barrido por la irrupción de la avenida 170, ni el riachuelo existen. Una iglesia de juguete ocupa la porción de terreno que tenía esa casa y una fila de comercios artesanales está cimentada sobre aquel extinto curso de aguas. Pero entonces, recuerda Azucena, cuando el transporte urbano se negaba a llegar a ese confín de la ciudad, la muerte de un joven a manos del odio y de los celos, no sólo habría sido noticia, sino que habría tendido un manto de horror en quienes hubiesen oído la historia.

De lo que era aquella finca, y las casas pequeñas de pueblo recóndito que la habitaron cuando los predios comenzaron a ser vendidos, a lo que es ahora, una barriada más, arrinconada entre dos arterias vehiculares, poco queda, y los últimos vestigios de su pasado lucen proclives a la extinción. Las amenazas vienen de todos lados.

Orquídeas, Toberín y otros parecen la vanguardia, que desde el sur han traído sus enormes fábricas, depósitos de material y talleres para autos. Los mega-almacenes sobre la autopista, junto al Transmilenio, flanquean el barrio por el occidente, y los hervideros humanos de Verbenal y San Antonio cierran su retaguardia. Estas tres fuerzas no avanzan, sino que se cuelan y corroen La Uribe.

### ♦ Un no lugar...

Nada de esto es nuevo, ni creo que impresione al lector. ¿Qué decir frente a la expansión de la ciudad y su imparable derrame carente de orden y estética, sobre sectores antes sólo ocupados por hatos y pinos? Nada; qué le vamos a hacer. Así como la montaña, antes boscosa y fértil, ahora carga un parche arenoso producto de la explotación de su suelo, el norte, el extremo septentrional de la capital, fue inundado de constructores de toda índole, y entre la legalidad y la ilegalidad dejaron un sector donde conviven los conjuntos residenciales, con sus rejas de dos metros que encierran parques y naturaleza planificada, y las cuadras sin pavimento, donde el tendido eléctrico parece una intrincada red de telarañas, las casas suelen ser de dos pisos con terrazas planas donde el perro familiar atiende y

vigila, y donde cualquier espacio demasiado verde o demasiado antiguo será arrasado para erigir otra caja de fósforos habitable.

Esto en palabras de Lilia, otra habitante del barrio, quien lleva cerca de un año viviendo aquí, trabajando del amanecer al ocaso en su apartamento. Meses atrás, explica, su día comenzaba con la luz del sol invadiendo su cuarto, derramándose desde el momento en que despuntaba sobre los cerros orientales. Ahora tiene que tolerar la presencia inacabada de un feo monstruo de piel de bloque y grises huesos de hormigón armado. Esta construcción, alzada sin miramientos entre casas que no superan los cuatro metros, tiene hasta la fecha cuatro pisos, pero como lo dejan ver las puntas erizadas de las varillas de acero, quizá alcance las cinco o seis plantas, eso si no lo abandonan ante una posible falta de recursos.

Ella sabe más bien poco acerca de las causas de la muerte del señor Espitia, pero, como lo dejan ver sus opiniones, un hecho así habría podido presentarse en cualquier momento, y de seguro se seguirán viendo cosas así a medida en que todo rastro de identidad se evapora como pasa cada día en tantos puntos de la capital.

Si, el barrio se ha dañado. Lilia cuenta haber conocido La Uribe muchos años atrás; en los días en que visitaba una casita de techos empinados conocida como 'el avión', lugar que resguardaba el transmisor de una emisora ya en decadencia conocida entonces como La Voz de la Víctor fundada por Manuel J. Gaitán, traída de fuera por la RCA Victor a finales de los años veinte.

Ahí donde ella recuerda haber presenciado la emisión de diversos programas, se encuentra ahora un Café Oma, una pieza más del complejo comercial del almacén Éxito Norte. La llegada de este coloso de las grandes superficies significó también la popularización del sector. Frente a sus puertas los vendedores ambulantes empezaron a florecer de la misma forma en que se expande una mancha en el intersticio de un muro afectado por la humedad. Pero no fue este un golpe surgido de la nada, sino la respuesta del comercio ante el despliegue de conjuntos residenciales planteados en la búsqueda expansiva de algunos por encontrar espacios más abiertos, la cada vez más solicitada vegetación, el aire puro y el silencio.

Con el tiempo llegaría Transmilenio y sus planes de dejar a toda una ciudad conectada por líneas de concreto y buses articulados de uniforme rojo. Con la certeza de que la ciudad termina en la avenida 170, los planificadores urbanos del Distrito ensamblaron el Portal Norte en la calle 173; tendieron un gran puente colgante e hicieron de aquel punto de la Autopista Norte un no-lugar, un punto de paso, de entrada y salida; aunque también de llegada: venidos desde disímiles estaciones llegan los viajeros intermunicipales a interceptar a las rutas que salieron del lejano Terminal de Transportes, y que tienen en estas calles finales de la localidad de Usaquén su última estación de parada.

Viajeros, de todo lado; surgidos de sólo ellos saben dónde. En hordas los fines de semana semejan una procesión inmóvil. De sus pies a sus hombros hay maletas, maletines, bol-

sas, costales e incluso cajas de cartón atadas con cabuya. Unos agotados y con ojos hinchados; los más jóvenes, alegres y parlanchines descansan entre los leños ordenados de un fuerte para niños tan descolorido como los últimos arbustos bajo los que se amparan los vendedores de minutos a celular, siempre equipados con media docena de teléfonos y tres o cuatro clientes alrededor.

Así el senderista de fin de semana espera a medio metro de la vendedora ambulante de San Victorino, a dos pasos del campista que viaja al gran lago, equidistante entre el reo liberado que va de regreso a su pueblo y el soldado de permiso con los minutos contados. Todos pendientes de la llegada del Omega, la Berlinave o la Gacela.

No hay pausa aquí entre arribos y fugas, al menos hasta la hora en que el Portal se cierra, y entonces la ciudad se cierra un poco y la orquesta de acomodadores, vendedores de minutos, proveedores de perros, pizzas y arepas se callan y se largan. La constelación de basuras regadas en torno a las bases del puente es la estela dejada por los trabajadores de un epicentro comercial que no pertenece a nadie.

...donde la muerte no significa nada

La vida, claro está, no se detiene. Aunque los articulados rojos ya circulen y el gran almacén Éxito tenga sus muros sumidos en la oscuridad, una percusión sin nombre fluye por los corredores de La Uribe. Es la 172A, la tercera calle del barrio, donde el concepto de 'comercio' está expresado sílaba por sílaba en menos de setenta metros que van de la Autopista a la carrera 22B; donde están apeñuscadas diez tabernas hermanadas por el sello y los colores del gigante emporio de las cervezas. Ahí en cada una el número de mesas puede cambiar, no así su color amarillo nacional y dos provocadoras botellas ilustradas. Las rockolas —computadores baratos enclaustrados entre láminas de triplex— pueden reproducir igualmente a *Metallica* o a Poncho Zuleta. Bajo los avisos luminosos producidos en serie con la variante única de sus títulos, se sientan taxistas, obreros, policías, cajeros de banco, loteros o los chicos que están hartos de visitar los estrechos antros donde se paga *cover*, se bebe caro y se tiene que tolerar el vaho de la marihuana, la coca y el “popper”.

Por aquí la actividad no cesa, ni aún en domingo, ya que siempre habrá gente con deseos de apuntarse de tres a diez cervezas, y las noches en el barrio estarán siempre recorridas por sombras que se ocultan, que vigilan o que se protegen.

En este sentido el cerco está también cerrado al sur. En jueves, viernes o sábado, cuando se avanza por la carrera 19, ya sobrevenida la noche, se queda uno en el semáforo de la avenida 170 bajo la luz ácida del verde neón. En este punto funcionan seis bares-discoteca con reflectores que ahuyentan los fantasmas de los callejones industriales de Toberín y atraen tanto a hombres como a mujeres de distintas edades, ávidos de rumba, al igual que a esos que pretenden negociar o intercambiar toda clase de mercancía, ocultos en medio de los futuros clientes, los cerilleros, del personal de *staff* —seguridad— y las esquinas a

donde no llega la luz ni la vigilancia de los policías que están obligados a permanecer allí debido a la amenaza inherente a estos sitios.

Pasan los policías, pasan las personas, pasan los trasnochadores y pasan también los desconocidos. El delito común ha aumentado en el barrio La Uribe, y eso ya no sorprende a nadie porque ésta es igualmente la tierra de nadie. Un punto de vista infinitesimal o un corredor de paso bien simbolizado por el puente colgante del Portal.

Eso es lo que ven sus habitantes, o al menos quienes aceptan verlo. Y el ciclón que aplastó la identidad del barrio no será un problema para nadie sino hasta el día en que a cada uno le toque chocarse con esa realidad, como le sucedió a Manuel Espitia, quien según los testigos no entró como cliente a la panadería esa mañana, sino como un hombre perseguido. El desconocido que lo acechaba entró tras él, lo atrapó, lo sujetó y con la afilada hoja del cuchillo le rebanó de un tajo grotesco la garganta antes de hundirle completamente el arma entre un pulmón en escasos segundos en que este ex esposo descargó toda su ira.

Los curiosos no tardaron en rodear el cenagal de plasma carmesí. Se realizó el levantamiento y se llenaron las actas de rigor. El revuelo no fue mayor porque la historia de trasfondo era, y sigue siendo, un asunto familiar que se pasa de una boca a otra con cada vez menos detalles. Un relato de violencia pasional en la que faltaron las detonaciones de un arma de fuego o la trepidante persecución en pos del asesino. Nada; tan sólo una muerte más en este nuevo siglo en que estamos tan acostumbrados a todo; en una ciudad donde cada uno de estos hechos es una mera anotación en un libro de estadísticas; en este barrio ya sin eje y sin memoria donde la muerte de una persona ya no significa nada, tal y como me lo dijeron en cuanto planteé el tema para hacer esta crónica. Y ese, ese cuerpo inerte, anónimo para todos, en el piso de un establecimiento del montón, y el poco peso que puede tener para el interés colectivo, es el más claro signo que nos muestran los tiempos en que vivimos.



# Música urbana y tormentas de plomo



**Edgar David Martínez García\***

*allgunsblasting@gmail.com*

*Dedicado a Alonso y su familia*

## ◆ El lugar

En las faldas de la montaña en donde habita el grueso de la población de Ciudad Bolívar, existe un barrio llamado La Estancia: un puñado de 2.260 viviendas repartidas en 78 manzanas, todas construidas sobre lo que anteriormente era una finca que dejó de serlo a partir de 1980 para convertirse en la casa de 12.000 personas. Además de tener uno de los centros deportivos más grandes y bonitos de la localidad 19, su iglesia con techo de coliseo fue hasta hace poco la más concurrida en el sector, gracias a las facultades chamánicas del párroco —quien bendecía carros y fetiches religiosos, y expulsaba demonios por la no siempre módica suma de lo que Dios colocaba en el corazón del beneficiario—, personaje que a pesar de sus habilidades fue más célebre por una falsa acusación de pedofilia.

## ◆ Las excepciones

En La Estancia, como en cualquier barrio de la clase media baja bogotana, convergen todos los sueños y los problemas de la vida del obrero: la templanza del busetero que trabaja con la esperanza de ser un pequeño burgués, el ama de casa que busca refugio a sus frustraciones en las novelas de los canales privados, el abuelo que quiso ser aviador, el profesor que ya no sueña o el que sueña demasiado, la jovencita embarazada, el cuarentón desempleado... Todas las historias y fantasías de esa fauna que crece alrededor de la plaza de mercado y de la iglesia como en un pueblo medieval. Un rasgo distintivo de los barrios de la localidad 19 es el estigma de violentos que han soportado por décadas y que acompaña los nombres de algunos de ellos. María Cano, Perdomo, Las Cruces, El Espino, Sierra Morena, entre otros. Sin embargo, La Estancia había escapado del rótulo de muerte y miedo que ha acompañado y empañado a sus vecinos... o así fue hasta ahora.

▷▷ \* Estudiante de la Universidad Distrital, 19 años. Taller de El Tunal.

## ♦ Los truenos y el derrumbe

El 24 de marzo del 2007 los estudiantes de algunos de los colegios que están desperdigados por todo el barrio interrumpieron sus clases para asomarse por las ventanas o las puertas y atender el llamado de tres truenos que irrumpieron el normal desarrollo de la incipiente sinfonía urbana de las 8:00 a.m. No se oyó ni el escándalo de "la loca mechuda del parque" (como la llamaba doña Yineth, la dueña de la panadería) que a esa hora pone a todo volumen un amplificador que vomita la música de moda con la cual baila frente a 10 o 12 viejitos, quienes tratan de seguirle el paso; no se oyó tampoco el ruido de los buses de la Nacional o los colectivos de Sotrandes, ni se dejó oír más el sonido del chorro de agua que golpeaba el fondo metálico del lavaplatos en la panadería de la esquina. Todo paró para concentrarse en la visión de don Sergio\*, derrumbado y herido en la entrada de la 59B.

## ♦ La guardería-garaje-colegio

Dos horas antes, al sonido de las persianas oxidadas de la panadería, los últimos madrugadores abrían sus ojos para dedicarse a los oficios de la higiene inconsciente y al igualmente inconsciente vicio de la televisión. Muchos en la 59B apenas se despertaban, pero don Sergio ya tenía tiempo en pie. Prueba de ello era su camioneta Mazda blanca que había sacado para desocupar el espacio del garaje. Dentro de poco este se transformaría en un pequeño colegio-guardería, que había adquirido cierto reconocimiento dentro de la comunidad debido a que era uno de los pocos (por no decir el único) cuya responsable no era una ama de casa aburrida que cuidaba niños para llenar sus horas vacías y ganar algún dinero; sino una recién graduada especializada en el cuidado de infantes: la hija de don Sergio.

## ♦ Las certezas y la mala memoria

Al terminar de subir las persianas y al ver el carro blanco, doña Yineth recordó la charla sostenida con doña Laura, la esposa de don Sergio, una semana antes, charla que concluyó con la adopción de una medida de seguridad que duró poco, debido a que ese día que hablaron, un hombre de cabello castaño y vestimenta borrada por la memoria se escondió detrás del poste ubicado frente a la panadería y miraba a su alrededor, particularmente a la camioneta. Doña Laura decidió estacionar el carro en la entrada oriental de la 59B para confiar su cuidado a la atenta mirada de doña Yineth, mientras encontraba un garaje adecuado. La potencia de la palabra no pasó a los hechos y el garaje del Mazda siguió siendo la calle amplia y vacía, cada vez más al frente de su casa, más lejos de la entrada y más cerca del visitante de vestimenta indefinida. "*Seguro que este tipo está detrás del carro*", se dijo doña Yineth con ese sexto sentido del sexo femenino. "*Seguro*", y no se equivocaba.

►►\* Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de los protagonistas de los hechos.

♦ **El extraño de chaqueta café**

El grifo disparaba chorros de agua que parecían miles de agujas acuosas. Todas morían reventadas contra el brillante fondo del lavaplatos. Alguien rasgaba cartulina con unas tijeras de mango negro que igual servían para confección y corte de cabello. Ya la panadería llevaba una hora abierta cuando de repente la mirada de doña Yineth se cruzó con la figura de dos jóvenes y uno de ellos, no sabe por qué razón, le recordó al sospechoso de ocho días atrás. Pero pronto se desentendió del asunto y regresó al lavaplatos. Mientras tanto, su hijo estaba absorto en la tarea de darle forma de máscaras y rostros antropomorfos a unas cartulinas verdes. Entonces sonaron los disparos. Ahora sí doña Yineth entendió por qué razón relacionaba al extraño de chaqueta café con el de pinta indefinida: el foco de atención del nuevo rostro era el mismo y sus movimientos eran casi idénticos a los del viejo desconocido. Se diría que eran la misma persona, salvo que el color del cabello era distinto. A esas conclusiones llegó después, cuando tuvo tiempo de pensar; por el momento se dejó llevar por la histeria que le produjo ver al nuevo rostro disparar contra el piso dirigiendo su cañón muy cerca de don Sergio, quien lo perseguía. *"¡Edgar! ¡Edgar!"*, gritó doña Yineth llamando a su marido y sonó el segundo trueno cuando don Sergio se perdió detrás de las latas de un cambuche que lleva años como proyecto de casa cural. *"¡iEdgar!!"*. Volvió a gritar y esta vez la figura de un hombre de 40 años apareció por las escaleras de la casa con chancletas, pelo enmarañado por los sueños y cara de susto. Sonó el tercer trueno.

♦ **El comienzo del viaje**

Su mirada se perdía entre las telas de araña que se amarran contra la pupila cuando la vida se escapa. Sus ojos ya no reconocían el espacio ni los rostros que lo rodeaban. Lentamente se entregaba a un sopor que por la expresión de su rostro se diría placentero. Esta vez el último rayo de plomo no era de advertencia como los otros dos y por él había caído en el centro de la calle atravesado de lado a lado. Uno de los vecinos, que había visto cómo el extraño en plena carrera decidió detenerse y darle el tiro definitivo mientras su compinche se subía a un carro rojo que los esperaba al otro lado de la iglesia, salió a socorrer al herido. *"¿Qué pasó?"*, preguntó el vecino al verlo aún vivo y consciente. *"No, es que me iban a robar"*, le contestó don Sergio. *"¿Lo hirieron?"*, le preguntó. *"Si, imire!"*, y exhibió un pequeño roto en el saco que parecía la quemadura de un cigarrillo rodeada de un aura oscura: la mancha de sangre. Ayudado por su vecino, don Sergio caminó hasta las puertas de la panadería donde se derrumbó y comenzó un viaje que no tiene tiquete de regreso.

♦ **La nueva mala**

El viaje que había iniciado tirado en el suelo lo continuó sentado en la silla trasera del único automóvil que se prestó para tratar de retenerlo en este mundo. La compañía se había

hecho más agradable y conocida, ya que no eran las caras sorprendidas de sus vecinos, sino el húmedo rostro de su hija. El viaje más importante de su vida y el más largo lo había hecho en menos de quince minutos. Don Sergio había muerto. La noticia voló hasta La Estancia por medio de los *walkie talkies* de la Policía y cayó sobre las cabezas de todos como un mazazo seco. Las lágrimas comenzaron a brotar.

### ♦ El miedo y la protección divina

Después de las indagaciones e investigaciones realizadas por la Policía; después de que la gente se apiñara detrás de las cintas amarillas para saber qué pasaba; después de ver a los niños imitar la suerte de don Sergio; y después de que han pasado unos meses desde que cayó en medio de la calle, el asunto ha sido casi borrado de la memoria de la comunidad. Sin embargo, algo subsiste como un reflejo de lo que sucedió hace tiempo: de aquel día quedó heredado el miedo y la protección de San Manotas, la gigantesca escultura de Cristo que se encuentra frente a la iglesia.

# Los talleristas



Los seis talleristas de la primera fase son jóvenes egresados de la Facultad de Comunicación de la Universidad Javeriana. Hicieron su escuela en la revista *Directo Bogotá*, medio de prácticas de la facultad, y están vinculados a medios impresos.

## **Juan Camilo Maldonado Tovar**

Es redactor del semanario *El Espectador*; colaborador de *Cartel Urbano*, *Revista Shock* y *Directo Bogotá*. Fue tallerista para la fundación *Viva la Ciudadanía*, en el Municipio de San Gil. También ha incursionado en radio universitaria como locutor y programador de la franja de jazz de Javeriana Estéreo. Actualmente adelanta un pregrado en Ciencias Políticas en la Javeriana.

## **Pablo Correa**

Periodista de *El Espectador* desde hace tres años, encargado de reportajes especiales sobre salud y medio ambiente. También coordinador de una página universitaria que se publica en este semanario. Ha dictado talleres de redacción en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Recibió el premio Álvaro Gómez Hurtado del Consejo de Bogotá a mejor reportaje en 2006. Actualmente termina estudios de literatura en la Universidad Javeriana.

## **Edwin Bohórquez Aya**

Vinculado a *El Espectador* desde hace dos años, primero como reportero judicial y luego económico. Con diplomado en "Periodismo responsable en el conflicto armado", de la Universidad Javeriana y Medios para la Paz.

## **Simón Posada Tamayo**

Ha sido colaborador de *La Hoja de Bogotá* y redactor de planta del Grupo Editorial 10 más. Actualmente trabaja en la revista *DONJUAN*, de la Casa Editorial *El Tiempo*. Tiene un libro de crónicas, *Las barbies también sueñan con muertos* (Norma, 2007). Realizó los talleres de guión cinematográfico en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, en Cuba, 2007.

### **Angélica María Gallón Salazar**

Comenzó en El Espectador en la sección cultural y luego se vinculó como redactora económica de la sección de Negocios. Ha participado en tres investigaciones sobre medios y conflicto armado con el Instituto Antonio Nariño y la Konrad Adenauer y participó en el taller de crónica de La Fundación Nuevo Periodismo dictado por el cronista del *New Yorker*, Jhon Lee Anderson.

### **Germán Izquierdo Manrique**

Ha publicado artículos en el diario El Tiempo, La Hoja y Ciudad Viva, entre otras publicaciones, especialmente de tipo cultural. Desde 2005 se desempeña como jefe de redacción del periódico Ciudad Viva, de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte. Además, escribe los boletines de prensa de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Ha realizado varios cursos de música en Berlín (Alemania) y Bogotá.









BOGOTÁ  
CAPITAL MUNDIAL  
DEL LIBRO  
2007



BANCO DE LA REPÚBLICA  
BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO



**Bogotá** *sin indiferencia*



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.  
Secretaría de  
Cultura, Recreación  
y Deporte

MEMORIAS DE LA CIUDAD  
**DE BOGOTÁ**